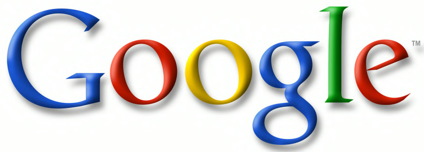

Google





LA AUSTRALIA ARGENTINA

TOMO II

ROBERTO J. PAYRÓ

LA

AUSTRALIA ARGENTINA

(PRÓLOGO DEL GENERAL MITRE)

QUINTA EDICIÓN

TOMO II

BUENOS AIRES
CASA EDITORA É IMPRESORA DE MANUEL RODRÍGUEZ GILES
Corrientes, 1379

1908

Imp. y estereotipia Casa Editorial Sopena.—Barcelona.

LA AUSTRALIA ARGENTINA

I

Los fueguinos en la actualidad.

UN TRABAJO DEL REVERENDO MISTER THOMAS BRIDGES

La muerte acaba de sorprender en Buenos Aires, adonde lo habían traído asuntos particulares, á un hombre vinculado estrechamente á la historia de Tierra del Fuego, desde la primera tentativa fructuosa de incorporarla á la civilización.

Era un misionero anglicano, que desembarcó en la península de Usín en 1879, para no salir ya del suelo fueguino. Su labor, si no ha conseguido el principal objeto á que iba encaminada—reducir y civilizar á los indios,—dió, sin embargo, resultados muy apreciables de progreso, creando en aquellos parajes centros de recursos de que antes carecían, como la misión de Usín, frente á Ushuaia, el importante establecimiento de Haberton, etc.

Pero, además de esto, el reverendo mister Thomas Bridges se ha distinguido en el estudio de las lenguas fueguinas, especialmente la de los yaganes, determinando su estructura, y compilando con

extraordinaria paciencia un vocabulario yagán que contiene más de treinta mil voces con su correspondiente traducción inglesa.

Durante una visita que le hice en Haberton, tuve oportunidad de hablar con él sobre tan interesante asunto, y le manifesté mi extrañeza de que indios de costumbres completamente primitivas, con escasísimos instrumentos y rudimentarias ideas, poseyeran riqueza tal de palabras, que casi iguala á la del castellano.

—Imposible parece—dije—que encuentren suficientes objetos é ideas abstractas como indicarían sus treinta mil y tantos vocablos, si es que no tienen numerosos sinónimos para designar una misma cosa...

—No, amigo mío— contestó mister Bridges.— Eso depende de que han especializado cada verbo y cada sustantivo hasta la minuciosidad. Sus verbos son singulares, duales y plurales, con tres conjugaciones distintas. En los nombres, no sólo señalan un objeto ó una persona, sino también el sitio que ocupa con respecto al que habla. Naturalmente, entonces, el número de sus palabras tiene que ser casi ilimitado.

—¿Y piensa usted publicar su vocabulario?

—Pienso en ello, pero no lo he resuelto aún. He hecho imprimir, sí, en Londres, varios evangelios en idioma yagán, que está reducido á la escritura por el sistema fonético de Ellis. Sí, amigo mío; es muy bueno para la predicación de las palabras de Dios.

—¿Ha hecho usted otros trabajos relativos al yagán, Reverendo?

—He redactado, amigo mío, la gramática, y hace algunos años di en la English Literary So-

ciety de Buenos Aires, una conferencia en que me ocupaba del idioma. Sí, amigo mío.

Tengo en mi poder la conferencia en cuestión, cuya parte lingüística ès muy interesante. Será sin duda el documento más completo publicado hasta ahora sobre el idioma yagán. Me permitiré, pues, valerme de él en lo que sigue.

El yagán tiene, según mister Bridges, cuarenta y cinco sonidos ó letras diferentes, de las que dieciséis son vocales.

Las palabras son tan numerosas como ya se ha dicho, y se multiplican aún por la composición.

Los nombres, pronombres y verbos tienen tres números: singular, dual y plural, cada uno de ellos completo en sus varios cambios de caso y tiempo, y en las formas interrogativa, afirmativa y negativa. Es muy rico en pronombres y verbos, y su pronunciación es suave; pero la gran variedad de sus sonidos hace imposible un método silábico de escritura.

Los yaganes, muy aficionados á la conversación, por su raro espíritu de sociabilidad, y que dedican á ella la mayor parte de su tiempo, dominan perfectamente su idioma, pero son incapaces de separar las palabras que forman una sentencia. Así, el único medio de aprenderlo, mientras no se conozca la gramática y el vocabulario de mister Bridges, será oirlo de boca de los indios, lo que reclamará años de paciencia y contracción.

Análogas dificultades presenta la lengua de los onas, que pocos blancos conocen, siquiera sea superficialmente.

Pero necesario es explicar algo más el espíritu particular del idioma yagán, y mister Bridges lo hace en la siguiente forma:

«Una de las grandes peculiaridades del yagán—dice—es que tiene un sistema ó serie regular de verbos singulares y plurales, totalmente originales y distintos. Cada serie es perfecta y tiene sus tres números—singular, dual y plural—y sus modos y tiempos propios.

Así, *ata* significa tomar ó traer *una* cosa; *atapay*, tomar *dos* cosas; *tumina*, tomar *varias* cosas. Ejemplos:

El lo tomó—Catud.

El los tomó (dos objetos)—Catakipinda.

El los tomó (varios)—Cataminude.

Lo mismo sucede con una extensa serie de verbos transitivos que, con sus innumerables compuestos, forman una parte muy importante, y única de la lengua.

Mas también hay otra serie de verbos igualmente importantes en su forma primera, pero que entran por mucho en gran número de verbos transitivos. Daré sólo dos ó tres ejemplos. El verbo «ir á pie».

Singular........	Cataca.
Dual............	Catacapai.
Plural...........	Utushu.

Ejemplos de conjugación:

¿Dónde ha ido á pie? (una persona)—¿Cutupai catacara?

¿Dónde han ido á pie? (dos)—¿Cutupai catacarapai?

¿Dónde han ido á pie? (varias)—¿Cutupai utushara?

Para el uso de estos verbos no hay necesidad de pronombres. Hay varios participios que, como los pronombres, tienen las inflexiones de número y de caso, y reemplazan á menudo á los pronombres.

En yagán no existe diferencia de género en ninguna clase de palabras.

La estructura de la lengua requiere palabras largas; pero es muy sencilla y regular. Estas palabras largas tienen, por lo demás, un amplio significado. Ejemplos:

Cataguamush—Dice que lo hará.

Cawashtakgaiadagagupikinamashundeaca. — Dicen (dos) que lo hicieron en tal tiempo. (1)

En estas palabras el prefijo nominal empieza el verbo, y la terminación de tiempo lo completa, formando así un solo verbo toda la frase.

El número de afijos y prefijos de los verbos es muy grande, y los cambios que el verbo sufre en el proceso de la inflexión son tan completos, que la palabra original acaba por perder su estructura y su sonido.

Así, *ata*, tomar, se convierte en *ukrdu*; y *ura*, llorar, en *aune cusk*, «él ha llorado.»

Otros datos de la misma fuente: Tienen palabras para designar las estaciones. La correspondiente al otoño, *hanitush*, significa «hojas coloradas», porque en esa época enrojecen las del fagus.

Su nomenclatura geográfica es muy lógica, y tiene siempre una referencia al sitio. Por ejemplo:

Wulla, es el nombre que dan á la isla Navarino.

---

(1) Con paciencia y etimología puede llegarse á demostrarlo todo... Sin proponerme demostrar nada, me parece conveniente recordar aquí una particularidad análoga del araucano.

La palabra *Rucatunmaclópean*, por ejemplo, significa: «Venid por favor á ayudar á fabricar una casa,» y se descompone así: *Ruca*, casa; *tun*, fabricar, *ma*, interjección de súplica; *clo*, ayudar; *pean*, venir.

Los araucanos, como los yaganes, cuidaban mucho de aprender su lengua, también suave, de variadísimos acentos, é indefinida facilidad para formar compuestos.

Wullaia (ata-bahia), es la bahía mayor de Navarino.

Wullaiashea es una isla importante de una ensenada de Navarino.

Wullaiyusha, á la costa de Navarino.

Wullalanuk ó fin de Wulla, á la isla de Gable, situada al este de Navarino.

Otro ejemplo:

Onaisín ó tierra de los onas, es la Tierra del Fuego.

Onashaga ó canal de Ona, es el del Beagle.

Onagusha ó costa de Ona, es la costa norte del canal.

Las islas de Wollaston se llaman Yashousín, ó tierra de islas, y sus naturales yashcaiamalím, ó sea isleños.

Otros nombres geográficos califican el lugar, como, por ejemplo, Roca Parada, Cerco Redondo, Raíz Colgada, Bahía Caliente, Aguas Amargas, etc.

Tienen también términos para designar todos los grados de parentesco, indicando la rama, y hasta para padrastro, madrastra, cuñado, cuñada, suegro, etc.

Sorprendía notablemente á mister Bridges, que la palabra yagán *yamana* signifique al mismo tiempo hombre, y vivo, vida, vivir. Esto, sin embargo, no es tan sorprendente. La idea, y justamente la más rudimentaria, de vida está tan ligada á la del ser humano, que esta manera de expresar ambas con un vocablo solo, parece muy natural en el ignorante salvaje, incapaz de atribuir mayor amplitud al concepto superior de la existencia.

Un informe curioso, y generalmente desconocido: Queda dicho que los onas del norte entienden el idioma de los tehuelches; los del sur tienen mu-

chas palabras comunes con los del norte y se comprenden fácilmente; los yaganes pueden hablar de las cosas más comunes con los del sur; los alacaluf se hacen entender por los yaganes, y quizá también con los naturales de Chonos, formando así una cadena del nordeste al sur y al noroeste, creada evidentemente por las relaciones, y quizá también por orígenes comunes.

Un ona del sur, llamado Tataminick, aprendió en pocas semanas el yagán, y casi en seguida el alacaluf.

Los onas, según me comunica el contramaestre Morgan, manifiestan su espíritu poético no sólo en sus leyendas y en sus cuentos, sino también en el significado de muchas palabras, verbigracia: la estrella matutina tiene por nombre *Gsaselp*, que significa «el cantor de la mañana»; la vespertina *Jartum* «el adormidor», y Sirio, *Gsasiulp*, que quiere decir «la luz de los ojos»...

EL FIN DE UNA RAZA

El fueguino se extingue con pasmosa rapidez. Asistimos á los últimos estertores de su agonía, comenzada desde que los primeros hombres blancos pusieron el pie en su isla.

Sin embargo, esos indios, y especialmente los onas, no merecen suerte tan cruel. Por su inteligencia, por sus condiciones de carácter, por su mansedumbre, eran acreedores á los beneficios de la civilización, y debió tratarse de conquistarlos poco á poco para ella. No ha sido así. ¡Qué! Se ha hecho todo lo contrario, y se les ha cazado como á fieras, en nombre de los más altos principios de la humanidad.

Dentro de pocos años, las dos razas que pueblan la Tierra del Fuego propiamente dicha, habrán desaparecido casi sin dejar rastro de su paso por el mundo. ¿Por qué?

Las causas—ya que no las razones,—de esta rápida extinción, son bastante complejas. Presentemos primero una general, para detenernos en seguida sobre las particulares.

Darwin, Quatrefages, de Rochas, Blaine, Garnier, y muchos otros antropólogos, han hecho notar que donde quiera que pasa el europeo, muere y desaparece el indígena, atacado por enemigos naturales y artificiales que tienden á desalojarlo, para que lo suplante otro más apto.

Fontpertuis, hablando de la extinción de los indios australianos, hace estas atinadas consideraciones:

«Sabido es, desde el punto de vista moral, lo que debe entenderse por la sustitución de razas superiores. La caza de los australianos, y el exterminio gradual de los pieles rojas, ha dado á esta expresión un sentido tan preciso como terrible...»

Tanto en Tierra del Fuego, como en la Pampa, como en las demás comarcas pobladas por salvajes, en efecto, las razas superiores han ocupado el puesto de las inferiores, destruyendo primero á éstas, como medio más expeditivo que la educación paulatina, para apartar obstáculos y no verse incomodadas en su desarrollo ulterior. Los indios del extremo austral de América no podían quedar exceptuados de esta ley general, y no lo han sido.

Los indios y los blancos son naturalmente enemigos. Los últimos, más fuertes, tienden á despojarlos de sus territorios, y subyugarlos para que trabajen en provecho suyo; los primeros se esfuer-

zan por mantener el dominio de su país, y por conservar su libertad absoluta. Para que los odios no estallen de una y de otra parte, sería necesario desplegar una habilidad blanda y suave, que es ridículo esperar de parte de los conquistadores, *pioneers* y aventureros que invaden las tierras nuevas, buscando facilidades de vida y enriquecimiento agotadas en los países civilizados, y decididos á conseguirlas por todos los medios. En teoría, los misioneros protestantes ó católicos serían los indicados para desarrollar esa mausa é ideal clase de política, pero en la práctica ocurre otra cosa muy distinta, pues los catecúmenos tienen que someterse á una especie de sujeción, que se torna más dura cuando los misioneros se dedican—como lo hacen siempre,—á las industrias y al comercio á que se presta el país. El Chaco misionero dió antiguamente un ejemplo de esto, como lo dan hoy las misiones de Río Grande, de la península de Ushuaia y de Dawson en el extremo austral de América, donde el indio cree hallar más bien una cárcel disfrazada y una vida penosa de trabajo, que las dulzuras del hogar en plena civilización.

La lucha que forzosamente se traba entre el salvaje y el blanco, tiene que ser, forzosamente también, mortal para el primero, como está comprobado por los hechos en todas partes del mundo.

En cuanto á las causas particulares de la extinción de los fueguinos, son de diversos órdenes y pueden enumerarse así:

La persecución—que ya hemos indicado en tesis general—de que han sido objeto desde tiempo inmemorial por parte de los nuevos pobladores de su territorio;

Las enfermedades importadas, como, por ejem-

plo, la tuberculosis, que han hecho estragos entre ellos y que continúan su obra destructora;

La exportación de adultos y de niños, hecha antiguamente por los misioneros, y hoy día por los gobiernos, en la forma que se dirá más adelante;

La escasez cada vez mayor de elementos de vida, que antes abundaban, y que el blanco ha hecho disminuir enormemente, persiguiendo sin tregua los animales silvestres;

El uso de alcoholes nocivos que le procuran la avidez de comerciantes sin escrúpulo;

El cambio de costumbres y método de alimentación, que no han podido evitar, pues deriva fatalmente de la influencia directa ó indirecta de los extranjeros;

Y por último, su mismo espíritu batallador, que los arrastra á guerras en que se diezman entre sí.

Pueden examinarse rápidamente estas diversas causas parciales de desaparición, que trabajan de consuno en su obra destructora con éxito tal, que dentro de poco no quedará un fueguino en la isla.

En la primera colaboran desde un principio los exploradores, las autoridades, los hacendados. Estos últimos, sobre todo, se llevan la palma hoy, y son los que con más eficacia persiguen á los indios. (1) Los exploradores han llegado en su celo científico, hasta fusilar á los fueguinos, para enriquecer

(1) «Lo que más odia en el mundo el propietario de ovejas, es el lobo, aunque el lobo haya tomado la forma humana. Los *farmers* están descontentos porque el gobierno de Wáshington preconiza oficialmente una política humanitaria... Encuentran que sería más viril y más decisivo aplicar el sistema del gobernador mejicano de Chihuahua, que puso sus cabezas á precio: 100 pesos por la piel de la cabeza de un varón adulto, 50 por la de una mujer y 25 por la de un niño.

»...El apache, pueblo-lobo, tendrá la suerte del lobo. El lobo perecerá comido por el cordero.»—*E. Reclus.*

los museos de Europa con sus esqueletos!... Así, como suena... El mismo Popper, que no era muy blando de carácter, y que muchas veces disparó su rifle para alojar una bala en la órbita de un indio—especialmente en su primer viaje,—denunció el hecho en una conferencia pública, acusando también á un excursionista argentino. Oigámoslo:

«Hace cinco años (1886) desembarcó un explorador en la bahía de San Sebastián, y comenzó su noble tarea atropellando mujeres y criaturas que condujo en seguida á Buenos Aires, heridos y sangrientos.

»Hace tres años (1888) un vapor embarca en la primera angostura del Estrecho de Magallanes á un grupo de seres humanos remachados á pesadas cadenas, como tigres de Bengala. Era toda una familia ona, que después fué exhibida en Europa, en los jardines zoológicos ó de aclimatación.

»Hace pocos meses (1891), un grupo de hombres del que formaban parte los señores Willems y Russon, individuos que necesitaban *vaqueano* para recorrer las playas ya conocidas de Tierra del Fuego, asesinan ancianos indefensos, arrancan á las mujeres del lado de sus maridos, y satisfacen sus bestiales instintos ¡oh sarcasmo! á nombre de la ciencia, mancillando vergonzosamente la misión que les confió el Ministro de Bellas Artes de una culta y elevada nación...»

¡Qué entrañable amor deben profesar los indios al blanco, después de estas calurosas manifestaciones! Sí, tanto que hoy apenas se ve un fueguino fuera de la misión, de Ushuaia y Haberton. El resto, el pobre resto, huye, se esconde, se sepulta en lo más espeso del bosque, en lo más inaccesible de las serranías del interior de la isla, sin atreverse á aso-

mar, expuesto á las penurias del hambre, quizás á la muerte, que prefiere á la inevitable exterminación á que lo condena el civilizado: siquiera libre, tiene alguna probabilidad de escapar.

Las autoridades hacen, por otras razones especiosas, lo mismo que los exploradores. Tienen que hacerse respetar y obedecer. Olvidan que no han instruido previamente á sus súbditos, como olvidan que estamos en un país republicano, para seguir innatos instintos de autocracia. ¿No cumplen los indios un decreto, una disposición, una orden que quizá no conocen? ¡Pues fuego con ellos! que así aprenderán... desapareciendo... Esto es inicuo, pero ha sido y es así.

En cuanto á los hacendados, quedan citadas las palabras de Elíseo Reclus. Básteme añadir que también en Punta Arenas hay estancieros que no pagan por la piel de la cabeza de los indios. ¡No, eso nunca! Se contentan simplemente con la oreja derecha, demostrando así que no son sordos á los dictados de la caridad cristiana. El precio también varía: pagan dos libras por pieza.

¿Qué puede resultar de esto sino un odio mortal, implacable? ¿No estaría dentro de la lógica de las represalias, que los fueguinos cazaran á su vez á los blancos? Pues sin embargo, las manifestaciones de ese odio son relativamente pocas, y la venganza no se ejerce muy á menudo. Y si suceden, hay que repetir las palabras de Darwin hablando de los australianos que cometían «una terrible serie de robos, incendios y asesinatos,» y decir con él, francamente: «Confieso que todos estos males y sus consecuencias han sido probablemente causados por la infame conducta de algunos de nuestros compatriotas.»

En efecto, antes no eran hostiles á los blancos, y son innumerables los náufragos recogidos en sus playas, sobre todo por los onas. Nada tuvieron que temer de ellos los primeros que bajaron en la isla; sólo más tarde comenzaron á ser hostiles, y la historia no muy bien averiguada de la desastrosa expedición Gardiner inicia el período de sus inacabables luchas con el blanco, en que siempre llevó la peor parte. Pero los que intervinieron en aquellos luctuosos sucesos no fueron los onas, sino probablemente los yaganes, cuyo carácter es menos franco, abierto y generoso. Así parece demostrarlo el sitio en que ocurrió la catástrofe, que tendré oportunidad de relatar.

Los onas se han mostrado y se muestran todavía benévolos con los blancos, cuando no se los hostiga más de lo soportable. Pero es curioso que no distribuyan por igual sus amistosas intenciones. Demuestran, en efecto, marcada preferencia hacia los rubios, no hacen buenas migas con los morenos y se burlan estrepitosamente de los negros. Nuestros vecinos, que desde hace muchos años recorren aquellas tierras, no gozan de sus simpatías, sin duda porque, llegados antes á la caza del lobo, también antes los han hecho objeto de persecuciones y crueldades. Para los onas, todo hombre que lleva gorro de piel obscura es chileno...

Entretanto, llega tan lejos el desprecio de los blancos por ellos, que los consideran al igual de los animales silvestres de la isla.

Un lobero de Punta Arenas cuenta como gracia, á quien quiere oirlo, que cuando vuelve de sus excursiones no deja nunca de acercarse á la costa para ver si hay indios. Si descubre algunos, se en-

tretiene en hacerles fuego con su fusil, cargado de gruesas municiones para focas.

—¡Viera usted—exclama riendo—los gestos y los saltos que hacen cuando la munición les pica en alguna parte carnosa del cuerpo!...

Semejante cosa no se hace ni con las fieras.

Y, sin embargo, no me cansaré de repetirlo, no hay razón para perseguirlos de ese modo, y es cometer una verdadera iniquidad. (1)

Sin embargo, y para que no se crea en un propósito preconcebido de ocultación, voy á referirme á los datos que me suministraran el jefe y otros funcionarios de la policía de Ushuaia, respecto á la acción actual de los fueguinos.

Los onas—me dicen—destrozan los alambrados, roban las haciendas é incendian las poblaciones, asesinando siempre que les es posible á los que habitan en ellas. Matan también á los viajeros que transitan por el territorio.

Sus últimos crímenes—añaden—son los siguientes:

Asesinato alevoso de dos mayordomos de la comisión de límites y de dos peones, cuyos cadáveres fueron descuartizados y quemados después. El móvil de este asesinato ha sido el robo de víveres.

Póco tiempo más tarde la misma tribu que cometió ese crimen asesinó al marinero Gallardo, de la subprefectura de Bahía Thetis.

Un mes después, dos marineros náufragos de la

(1) El mismo Rev. Thomas Bridges ha dicho en su conferencia ya citada:

«Los onas han sido gente de buena índole, y si se les ofreciera una oportunidad, probarían que son dignos del título, rango y privilegios de hombres. Pero tal oportunidad no se les presenta. Antes que tomarse molestia alguna á su respecto, son mantenidos, por medio del rifle, lo más lejos posible.»

tripulación del Duchess of Albany, que estaban postrados por el hambre y el cansancio, viéronse asaltados por los indios, sin poder defenderse á causa de su debilidad, y fueron asesinados.

Dos marineros austriacos que atravesaban el territorio fueron asesinados también, al norte de Río Grande. Las armas que llevaban habían despertado la codicia de los indios.

Después de haber cometido un robo de hacienda, los onas mataron á los peones Williams y Traslaviña, que los perseguían, también al norte de Río Grande.

En febrero del corriente año, un oficial y un marinero del buque chileno Magallanes cayeron en manos de los indios, que los torturaron horriblemente durante dos días, al cabo de los cuales les cortaron las orejas, los ojos y la lengua, y no contentos con esto, los amputaron...

Las tribus conocidas—dicen por último los citados funcionarios—que cometen estos actos, son las que capitanean Caushel, Caien John, Canchecol, Sajiolpi, Felipe y Zacarías. Estos, en su mayor parte, habitan al sur de Río Grande y tienen sus *caús* ó chozas en lo más intrincado del bosque ó en quebradas de difícil acceso. Es, pues, muy difícil perseguirlos. Además, la policía carece de elementos, especialmente para poder moverse con rapidez.

—Mejor—dirá alguno.—Si los tuviera ya hace tiempo que no habría onas, lo que sería doloroso, aunque no fuera más que por la etnología.

Pero hay que observar, sin pretender por eso atenuaciones, que los crímenes en cuestión no se han cometido en un breve espacio de tiempo, y que la instrucción de los sumarios tiene que ser deficiente por dificultades idiomáticas y aun de otros

órdenes. En efecto, más adelante narraré un hecho de que fué víctima el mismo jefe de policía, y se verá en qué circunstancias operan los indios. En el fondo de todo esto, no hay sino una represalia, una *vendetta*, provocada por los desmanes de los blancos. Y no hay medio aparente de terminar de una vez. Si los indios vengan en los cristianos el ultraje ó la matanza hechos entre los suyos, la autoridad los persigue, ellos se resisten y defienden, pero sus arcos no pueden competir con el mauser, y caen otros más. Nueva *vendetta*, y nuevo castigo... En tal forma esto no puede cesar sino con la completa extinción de los naturales, y en ese camino se va, con harta prisa...

Proclamando una amnistía general y procurándoles alimentos, de que hoy carecen, los indios se reducirían sin dificultad. Son bastante inteligentes para eso.

Y no se crea que proveyéndolos se haría un acto de excesiva generosidad. Sería sencillamente hacerles justicia y mostrarse equitativos. Esto casi no necesita demostración, pues es evidente que se les ha quitado la tierra de sus padres, y lo que es peor, que los nuevos pobladores les han ahuyentado las focas y diezmado los guanacos, dejándolos en la indigencia, y que luego los matan si se atreven á robar una oveja para comer.

Mucho fía el Gobierno en las misiones, pero éstas son simples factorías útiles sólo á los misioneros ó sus sociedades. La misión salesiana de Río Grande, por ejemplo, no asila sino á unos cincuenta niños, que viven con sus familias en torno de las casas, en wigwams miserables, siguiendo sus usos y costumbres salvajes, y según me informa la policía de Ushuaia, los adultos de estas familias ha-

cen incursiones por su cuenta ó sirven de guía á sus tribus cuando van á dar algún malón, refugiándose luego en la misión, donde hoy mismo hay malhechores. Hace cuatro años que los salesianos están establecidos allí, y en todo ese tiempo no hay ejemplo de que hayan salido á parte alguna con el objeto de catequizar indics, como es su compromiso material y su deber moral... Si se cifra alguna esperanza en ese medio de civilizar á los salvajes



Habitaciones de los indios en la Misión Salesiana.

fueguinos, ya se ve que ésta tiene que resultar fallida.

¿Cuántos indios caen al cabo del año, muertos en nombre de la civilización? Difícil es saberlo, pues se hace la vista gorda respecto de los particulares que se entretienen en ello, y la tribu de las víctimas huye generalmente á ocultarse en lo más áspero de la isla. Pero deben ser muchos, á juzgar por los pocos que quedan. (1)

(1) Según Mr. Bridges, la raza yagán, sola, contaba hace cuarenta años con más de *tres mil* individuos. En 1886 apenas quedaban *cuatrocientos* de ellos. Hoy deben estar reducidos á menos de la mitad. Los onas no han disminuido relativamente tanto, aunque en absoluto corran á su desaparición, lo mismo que los alacaluf.

Sin embargo, este elemento de destrucción tiene un formidable auxiliar en las enfermedades importadas por los blancos, la tuberculosis, la sífilis, la viruela, el sarampión, la coqueluche...

La primera epidemia se presentó en 1860, haciendo tales estragos, que muchos lugares quedaron reducidos á la mitad de su población. Desde entonces, aquellos males no han descansado en su obra de exterminación. La tuberculosis, sobre todo, ataca á la mayor parte de los pocos que quedan, y concluirá con el resto.

Es curiosa esta importación de enfermedades, que ha ocupado la atención de los sabios.

Darwin, hablando del rápido decrecimiento de los indígenas australianos, dice que durante sus viajes, y con raras excepciones, sólo vió algunos chicuelos criados por ingleses, atribuyendo esta desaparición al uso de licores espirituosos, á las enfermedades europeas, que—hasta las más benignas, como el sarampión—hacen espantosos estragos entre los salvajes, y á la extinción gradual de los animales silvestres. Añade á esto consideraciones y observaciones que me parece conveniente transcribir.

«Dícese—agrega—que la vida errante del salvaje hace perecer una cantidad de niños en los primeros meses de existencia; y á medida que se hace más difícil procurarse alimentos, se hace también más necesario vagar mucho. Por consiguiente y sin que pueda atribuirse la mortalidad al hambre, la población decrece de una manera extremadamente repentina, comparada con lo que pasa en los países civilizados. En estos últimos, en efecto, el padre puede arruinarse la salud realizando trabajos su-

periores á sus fuerzas; pero al hacerlo, no perjudica en nada la salud de sus hijos.

»Además de estas causas evidentes de destrucción, ordinariamente parece hallarse en juego algún agente misterioso. Donde quiera que pise el europeo, la muerte acecha á los indígenas. Observemos por ejemplo ambas Américas, la Polinesia, el Cabo de Buena Esperanza y Australia: en todas partes se ve el mismo resultado. Pero no es el hombre blanco sólo quien desempeña este papel de destructor; los polinesios de extracción malaya, han llevado por delante, en ciertas partes del archipiélago de las Indias orientales, á los indígenas de piel más negra. Las variedades humanas parecen reaccionar unas sobre otras, como las diferentes especies de animales: el más fuerte destruye al más débil. No sin tristeza escuché á los magníficos indígenas de Nueva Zelanda, cuando me decían que estaban seguros de que sus hijos desaparecerían muy pronto de la superficie de la tierra. Todo el mundo ha oído hablar de la inexplicable diminución comenzada desde la época del viaje de Cook, de la población indígena, tan hermosa y tan sana de la isla de Taití; sin embargo, habría podido esperarse allá un aumento de población, porque el infanticidio, que en otro tiempo reinaba con tan extraordinaria intensidad, ha cesado casi por completo: las costumbres no son tan malas, y las guerras son mucho menos frecuentes.

»El reverendo J. Williams sostiene en su interesante obra titulada *Narrative of Missionary Enterprise*, que allí donde se encuentran indígenas y europeos «prodúcense invariablemente fiebres, disenterías, ó algunas otras enfermedades que arrebatan gran cantidad de personas.» Y agrega: «Hay

un hecho cierto, que no se puede controvertir, y es que la mayor parte de las enfermedades que reinaron en las islas durante mi permanencia, fueron llevadas por los buques; lo que hace á este hecho más notable aún, es que no podía señalarse ninguna enfermedad entre la tripulación del barco que causaba esas terribles epidemias.» Esta afirmación no es tan extraordinaria como parecerá á primera vista; en efecto, podrían citarse varios casos de fiebres terribles que se han declarado sin que fueran atacadas las personas mismas que fueron su causa primera. A principios del reinado de Jorge III, cuatro agentes de policía fueron en busca de un preso que había estado mucho tiempo encerrado en un calabozo, para conducirlo ante un juez; aunque aquel hombre no estuviese enfermo, los cuatro agentes murieron en pocos días de una terrible fiebre pútrida; sin embargo, el contagio no se extendió á nadie más. Estos hechos parecerían indicar que los efluvios de cierta cantidad de hombres encerrados algún tiempo juntos se convierten en verdadero veneno para quienes los respiran, y que ese veneno es más virulento aún, si esos hombres pertenecen á diferentes razas. Por misteriosos que parezcan estos hechos, ¿son, al fin y al cabo, más sorprendentes que el muy conocido de que el cadáver de un hombre, momentos después de su muerte y cuando ha comenzado la putrefacción, engendre á veces principios tan deletéreos que un simple pinchazo con el instrumento que ha servido para disecarlo, sea causa segura de muerte?...»

Estas consideraciones pueden—sin ningún inconveniente,—ser aplicadas á la extinción de las razas fueguinas, que obedece á idénticos motivos.

Abundando en la materia, el ilustre sabio añade en una nota:

«El capitán Beechey hace observar que los habitantes de la isla Pitcairn están firmemente convencidos de que después de la llegada de un buque serán atacados por afecciones cutáneas y otras enfermedades. El capitán Beechey las atribuye al cambio de alimentación durante la estadía del barco. El doctor Mac Culloch dice:

«Afírmase que á la llegada de un extranjero (á San Kilda), todos los habitantes pescan un resfrío, para emplear la expresión vulgar.»

»El doctor Mac Culloch parece considerar esto como muy risible, aunque se lo hayan asegurado muchas veces. Sin embargo, añade que se ha informado entre los habitantes, quienes le han contestado la misma cosa. En el *Viaje* de Vancouver, se encuentra una afirmación semejante relativa á Otaití. El doctor Dieffenbach, en una nota que puso á su traducción de ese libro, dice que los habitantes de la isla Chatham, y los de varios puntos de Nueva Zelandia, tienen la misma convicción.

»Sería imposible que esa creencia se hubiera hecho casi universal en el hemisferio septentrional, en los antípodas y en el Pacífico, si no descansara sobre observaciones ciertas.

»Humboldt dice que las grandes epidemias de Panamá y el Callao, estallan siempre á la llegada de barcos que van de Chile, porque los habitantes de aquella región templada experimentan por primera vez los efectos de la zona tórrida.

»Puedo agregar que yo mismo he oído en el Shropshire, decir que los carneros importados por barcos, aunque se encontraran en perfecto estado

de salud, son á menudo, si se les mezcla á algún rebaño, causa de enfermedades en éste.»

Fontpertuis añade á estas causas de decrecimiento, otra que por lo menos es ingeniosa, y que no deja tampoco de tener su base seria. Es ésta la impresión de desaliento y tristeza que producen en razas naturalmente altivas, las empresas de los blancos, su número, su inteligencia, sus pasiones, etcétera. Recuerdo que Quatrefages la ha mencionado, pero sin detenerse á examinarla atentamente, como lo hizo Gratiolet. Cita luego ciertos hechos observados y referidos por un funcionario inglés. «Mister Malcolm Sproat—dice,—tomaba posesión en 1860, en nombre de la Gran Bretaña, de la parte de las islas de Vancouver que ocupa el fondo del estrecho del Juca. En aquel rincón de tierra vivían algunas tribus salvajes pertenecientes á diversas familias que no hablaban la misma lengua, colocadas sin duda alguna en el último escalón de la humanidad, y á quienes mister Sproat designó con el nombre de Aths, porque el nombre de todas sus tribus contenía la sílaba *ath*. Los salvajes, por instinto no recibieron bien la llegada de los ingleses, y éstos los obligaron á refugiarse en el interior, lo cual aumentó su disgusto; pero como se reconocían más débiles, no dieron señal alguna de desagrado, y durante el primer invierno se llevaron bien con los europeos. Trabajaban para éstos á jornal, y con el dinero de sus salarios compraban vestidos, harina, arroz, papas, que se les vendían á bajo precio, por lo que se manifestaban contentos. Pero cuando llegó el segundo invierno, con sorpresa de mister Sproat, los salvajes demostraron disposiciones muy diferentes. Los jóvenes se habían entregado á la ginebra y al ron, los adultos y los ancianos

huían de la presencia de los ingleses, se ocultaban en el fondo de sus grutas, parecía que alimentaran siniestros designios, y sus fisonomías expresaban la amenaza. Esta metamorfosis inquietó en un principio al representante inglés; pero no tardó en conocer su verdadera causa. La vista de los ingleses, de sus barcos, de sus máquinas, el sentimiento de su inferioridad, habían como embrutecido á aquella pobre gente, quitándole toda confianza en sí misma, todo respeto á su tradición y costumbres, aumentado todo esto con una epidemia que causó grandes estragos entre ellos. En vano mister Sproat había prohibido con el mayor rigor la venta de licores fuertes. Los *aths* morían por docenas, víctimas del desaliento y de la estupidez que se apoderó de ellos desde su primer contacto con una raza mejor dotada que la suya.»

Estas causas de decrecimiento son comunes á todos los indios, pero se manifiestan en la Tierra del Fuego con mayor fuerza destructiva que en otras partes, aunque allí no se ha llegado—según tengo entendido—á cooperar á la obra de las enfermedades, como en la Australia, donde se envenenaba á los maoríes por medio de carne de carnero previamente rociada con estricnina...

No han contribuido poco á la casi completa extinción de los fueguinos, la acción quizá bien intencionada de los misioneros anglicanos, que arrancándolos de su vida y sus costumbres nómades, los sometían sin transición á un régimen inadecuado, á una alimentación diametralmente opuesta á la suya, y á trabajos para los cuales no estaban hechos. También los *pioneers* del comercio han seguido esas huellas, proporcionándoles ropas ridículas en aquel clima, á cambio de sus abrigadas ca-

pas ó quillangos de guanaco y de zorro. Con esto gana la civilización, comenzando por el civilizador...

Antiguamente, y antes de que la Argentina tomase definitiva posesión de Tierra del Fuego, se practicaba ya la exportación de indígenas. Los misioneros ingleses, so pretexto de educarlos, enviábanlos en gran número á su establecimiento de Keppel Island en las Malvinas.

Ahora el Gobierno comienza á hacerlo por su cuenta, y en el último viaje del transporte 1.º de Mayo, varias familias fueron llevadas al Chubut, donde sin duda perecerán sin sucesión, pues el indio se agosta, esteriliza y muere fuera del medio ambiente en que nació, como lo demuestra la mortalidad que en Buenos Aires ha extinguido casi á los que se trajeron y *regalaron* cuando la conquista del desierto. En cuanto á su esterilidad, está comprobada también, y el conde Strzelecki hace constar que más de doscientos indios de Van Diemen, transportados á la isla Flinders, ¡sólo tuvieron catorce hijos en ocho años! mientras que los que quedaban en libertad en su tierra se multiplicaban de un modo notable...

De los alcoholes, factor poderosísimo de destrucción, no hay para qué hablar. Ellos solos—y sobre todo los que se expenden á los indios, por su pésima calidad—bastarían y sobrarían para extinguir la raza. Afortunadamente para su conservación, los onas no beben; en cambio, los yaganes y los alacaluf se mueren por el *guachacay* y del *guachacay*...

Lejos están los fueguinos de merecer esa suerte, pues si carecen de iniciativa, no les falta inteligencia.

El ona hace gala de aprender rápidamente el castellano, mientras que su lengua queda casi inaccesible para el blanco. Además, se muestra apto para todas las tareas, como algunos yaganes, que cortan madera, asierran tablones, hacen trabajos de carpintería, aran y siembran, etc., etc.

El maestro de música de Ushuaia, que antes lo fué de la misión de Río Grande, y cuyo nombre siento no recordar, me ha asegurado que los indios aprenden fácilmente á tocar, y que especialmente las mujeres tienen notable embocadura para los instrumentos de cobre y madera. Tanto, que en pocos meses formará una banda muy aceptable—según él,—que ha vivido largo tiempo entre los indios, lejos de poblado, entre ellos que tienen sus cantos, en que imitan los gorjeos de los pájaros, los rumores del viento, con cierto espíritu musical.

La música, aun rudimentaria, es una manifestación de cualidades intelectuales.

Pero esto no es todo. Hay entre ellos cabezas verdaderamente privilegiadas, como lo demuestra la siguiente anécdota que hace poco relató mister Bridges al señor José S. Alvarez, y que éste me ha comunicado galantemente, con algunos otros útiles informes. Habla el misionero:

—Tenía yo en Haberton un winchester que, aunque bueno, erraba fuego algunas veces. Mis hijos y yo lo desarmamos varias veces, hasta donde creíamos poder hacerlo sin peligro de no armarlo otra vez, pero no dimos nunca con el defecto. Solíamos prestar el arma á un indio ona, que salía á cazar con ella por los alrededores, la cuidaba mucho y la devolvía á su regreso. Naturalmente, observó que la carabina no andaba como debiera, y fué á verme con la proposición de componerla. Yo estaba con-

vencido de que no lograría su propósito, pero como un arma que puede no dar fuego, es más un peligro que una defensa, permití al indio que la desarmara, simplemente por curiosidad y para darme cuenta de sus alcances. Hice bien. El ona desarmó y examinó pieza por pieza *completamente todo el mecanismo*, sacó los resortes, con paciencia y delicadeza suma, y luego volvió á colocarlo todo en su sitio preciso, sin titubear ni confundirse. Pero no había descubierto el defecto, y descorazonado iba á renunciar á la compostura, cuando advirtió que uno de los dientes del disparador estaba gastado, causa, en efecto, de las fallas de la carabina. Tomó un pedazo de hierro y una lima... é hizo un disparador nuevo, que funcionaba perfectamente...

Y mister Bridges terminaba su relato diciendo:

—Yo creo que un hombre que hace eso, amigo mío, sin tener noción alguna de mecánica, es uno de los genios más grandes del mundo.

II

La capital fueguina.

El Villarino lanzó un silbido prolongado.

Sin embargo, en los alrededores no se veía población alguna, y el eco sólo contestaba al llamamiento.

¡El eco de los canales! Músico excéntrico y ruidoso que se apodera de cualquier sonido, juega con él, lo desarrolla, lo refuerza, le hace variaciones, lo atenúa por fin y va apagándolo poco á poco, hasta que se confunde con el murmullo de las aguas, y muere. Hace pensar en Suiza, en los ventisqueros, en las avalanchas... Pero parece inofensivo. Aunque se hizo fuego sobre un glacier con la ametralladora de proa, no se produjo desprendimiento alguno de nieve. Retumbaron los cañonazos largo rato, con ruido de batalla, pero la conmoción de la atmósfera no repercutió en la blanca vestidura de la montaña, provocando el alud. Todo quedó en su estado normal, después del estampido del cañón y la salva interminable del eco.

La imaginación, pues, hacía que nos pudiéramos creer rodeados de barcos que silbaban saludándose.

—¿A quién saludamos? pregunté.

—Es un anuncio de que llega el transporte.

—Anuncio... ¿pero á quién?

—A los de Lapataia, que están á la vuelta de esa punta. La entrada del puerto no se ve todavía, porque se inclina mucho, formando ángulo agudo con la costa.

—¿Pero vamos á fondear ahí?

—No. Se avisa para que preparen la madera que vendremos á cargar mañana: postes para el telégrafo patagónico.

—¡Ah! Entonces marchamos directamente á Ushuaia...

También los silbidos podrían haberse considerado como un saludo al territorio argentino, que volvíamos á ver después de muchos días. La línea divisoria pasa efectivamente casi al lado de la bahía de Lapataia.

—Directamente. Llegamos esta tarde, saldremos mañana á la madrugada y volveremos á buscar la correspondencia cuando hayamos terminado de cargar los postes. Luego... á la Isla de los Estados, y de allí, por el este de Tierra del Fuego, á Patagonia otra vez...

—¿De modo que dentro de dos ó tres semanas podremos estar de vuelta en Buenos Aires?...

—Será... lo que tase un sastre.

—¿Sabe usted que en ese caso voy á verme en apuros para describir estos parajes?... Ni siquiera me he saturado en el ambiente, y me parece como que todo lo hubiera visto en sueños. La visión ha sido demasiado rápida para fijarse bien, y lo que conservo es como una fotografía movida... Si me quedara...

—¿Dónde?

—En Ushuaia, en cualquier parte donde me procure el famoso «color local», haya gente que me informe, y cosas pintorescas al alcance de la vista. Para describir exactamente un medio, es necesario haber vivido en él; y hasta aquí casi no he vivido sino en el barco, asistiendo á lo demás como á un espectáculo rápido é incompleto. Sí, me quedaré...

—Pero ¿dónde?—preguntó mi interlocutor.

—Quédese usted en la Isla de los Estados—interrumpió el capitán Demartini;—está autorizado para desembarcar allí, y en San Juan tiene todos los elementos que necesita: cosas que ver, gente conocedora de estas tierras, tranquilidad para trabajar, un medio original y extraño, aunque muy semejante á éste... y un amigo que tratará de hacerle soportable el destierro...

—Muchas gracias... No estoy lejos de aceptar, pero lo pensaré... La disyuntiva está entre Ushuaia ó San Juan del Salvamento, ya que después sólo queda regresar.

En el largo viaje se habían estrechado las relaciones, y se hablaba en común de los proyectos y las miras de cada uno: Funes preocupado con los palos del telégrafo; Demartini organizando en teoría la isla en que iba á mandar; De la Serna ocupándose de su faro; el doctor Pinchetti de sus futuros enfermos del presidio y la subprefectura, y yo de los cientos de líneas que ya era necesario comenzar á formar en orden de batalla.

Estábamos sobre cubierta admirando el paisaje, la luz suave, las cumbres doradas por el sol, el agua tranquila y de color de acero, el ambiente tibio, los hilos de plata de los chorrillos que caían de las alturas, el verde claro de los árboles reflejándose en las ensenadas como espejos.

De pronto un chorro que brotaba de en medio del canal nos llamó la atención.

—¡Una ballena á proa!

—¡Otra á babor!

—¡Dos á estribor!

En efecto, estábamos rodeados de ballenas, desgraciadamente muy alejadas de nosotros para poderlas ver de un modo distinto. El polvo de agua que lanzaban por los espiráculos, parecía tenues vapores blancos que brotaran del mar en ebullición. Apenas se diseñaba una parte de su obscuro lomo en la superficie del canal. Dos de ellas se levantaron de repente, sacando gran parte del cuerpo enorme sobre el agua.

—Juegan—dijo uno.

—Debe ser la época del celo—corrigió otro.

Había muchas en aquella parte del canal. Como no se las persigue—su caza está prohibida,—abundan allí, pues los canales constituyen para ellas un seguro refugio. Los yaganes, que tan aficionados son á su carne, no las cazan; cuando la mala suerte de alguna la hace varar en la costa, ó cuando la marea echa á tierra algún cadáver, los indios se apresuran á descuartizarla y se llevan grandes pedazos, que comen con delicia aun cuando la carne esté más que *faisandée*.

Poco después nos hallábamos frente á Ushuaia, el antiguo asiento de la misión anglicana, hoy capital de la Tierra del Fuego argentina.

De las altas montañas que la rodean, dominadas por el agudo pico del monte Olivia, (1) descienden

(1) Hay anarquía en cuanto al nombre de esta montaña, que algunos llaman Oliva y otros Olivaia. Ni éstos ni aquéllos tienen razón, pues el monte lleva el nombre de la esposa de un gobernador de las Malvinas, llamada Olivia.

á la playa gruesos y copudos árboles. La bahía, tersa como un espejo, se extiende en forma semicircular, avanzando sobre ella los dos muelles, uno de pasajeros y otro para la aguada, cuya armazón se refleja en el agua; como cerrándola, se extiende al sudoeste la península de Usín, en que se agrupan pintorescamente las casas de madera de la misión, el pequeño templo, los cercados de la huerta y para los rebaños. Enfrente Ushuaia rodea la Casa de Gobierno, con su puñado de establecimientos comerciales, su presidio, su aserradero, su fábrica de conservas, su iglesita, el chalet del gobernador, la escuela, ganando poco á poco las alturas, á medida que el bosque de hayas cae á los golpes del hacha. Los troncos cortados y muertos á pocos pies sobre el suelo, parecen amarillos basamentos de alguna inmensa columnata.

La tierra, en torno, está cubierta de verdor, y entre la yerba corren arroyos de agua cristalina, pura y sabrosa, uno de los cuales se ha aprovechado para el abastecimiento de los buques, llevando su curso hasta el extremo de un muelle, donde los botes pueden llenarse con toda facilidad. Algunos caminos, partiendo del pueblo, suben serpenteando por entre la selva hasta ganar las primeras alturas, y en sus márgenes crecen las gruesas hayas; el canelón ó magnolia, ó bark, que da florecitas blancas, transparentes como la tez de una mujer pálida y que no tienen perfume; los cipreses de hermoso ramaje; las elegantes fusquias de pródiga florescencia; mientras que la tierra se ve cubierta de una alfombra de violetas amarillas, sin perfume también, de musgos pajizos, de líquenes de todos los colores, de setas carnosas, de apio jugoso y perfumado, de fresas silvestres, de frambuesas ne-

gras, de calafate, de gramíneas de todas clases, que multiplican las tonalidades del verde, con variedad y armonía extraordinaria.



Ushuaia

El aspecto de Ushuaia es triste, contribuyendo á ello los pedazos de troncos aún en pie que causan la impresión de las ruinas. Pero se ve que el pueblo adelanta, que el progreso se extiende hasta él, y que no tardará en desarrollarse, si nuevos factores se incorporan á su vida.

Gruesas y pesadas nubes negras bajaban lentamente de las sierras cuando fondeamos á algunos cables del muelle; no tardó en caer un chubasco, pero una racha limpió de pronto el cielo, mientras que sobre la península, casi junto á nosotros, un arco iris trazaba sus semicírculos de colores, y reflejándose en las aguas tranquilas, semejaba una circunferencia completa.

No bien habíamos fondeado, cuando se acercó al Villarino una canoa fueguina, manejada por dos mujeres y en cuya proa descansaban tranquilamente sus maridos. Llevaban mejillones y lapas que nos ofrecieron. Yo acepté, é iba á darles en cambio algunas moneditas de níquel, cuando un oficial de á bordo me detuvo.

—No les dé dinero—dijo;—unas cuantas galletas será mejor.

—¡Pero, bien pueden comprarlas con esto!

—Sí... alguna copa de veneno... O si quieren galletas, les darán una ó dos esos tigres de tierra...

Y volviéndose á los yaganes:

—¿*Galeta*?—preguntó.

—*Galeta yes*, contestaron los indios mostrando los dientes en una sonrisa que les distendió la enorme boca.

—¿Por qué no los hace subir?—dije al oficial.—Quisiera hablar con ellos.

Subieron los hombres; las mujeres, bastante adiposas, pero no repelentes, se quedaron en la canoa, cerca de la escala, manteniéndola con suaves y lentos golpes de la pala corta, que manejaban con habilidad.

Uno de los indios era ya viejo, y en el rostro arrugado, de color mate y terroso, aparecíanle algunos gruesos y diseminados pelos de barba gris. Brillábanle los ojillos bajo las cejas canosas, y sobre la frente y las sienes le caía la crinuda cabellera lacia. El otro, mucho más joven, se parecía á él. —A bien que todos los yaganes se parecen, ó nuestros ojos no ven las diferencias, como pasa con los japoneses, que á nuestra vista no tienen más que un solo modelo...

—¿Cuántos años tiene usted?—pregunté al viejo.

—¿*What*?

No hablan sino inglés; claro, la misión... Demartini les repitió la pregunta en esa lengua.

—*Yes*... dijo el indio.

Sí, no era una respuesta. Se insistió, pero con igual resultado. El viejo sonreía, brillábanle más los ojos, pero su única respuesta era el mismo *yes*.

No quieren contestar. Recelan de todo extranjero, y dudan cómo serían recibidas sus palabras. Para escapar por la tangente tienen el pretexto del idioma y lo aprovechan.

Se les dió galleta, volvieron contentos á su canoa, alejáronse del Villarino, y poco después desembarcaban en la costa de la península.

Entretanto había llegado el bote de la gobernación, llevando á su bordo varios vecinos de Ushuaia, el juez de paz Salvadores, el comerciante Luis Fique y otros, que nos invitaron á desembarcar.

Una visión inesperada en aquellas latitudes nos sorprendió á todos agradablemente: Era un ligero bote á cuyo timón iba una dama; otra se hallaba á su lado; manejaban los remos niñas vestidas de colores primaverales y jovencitos que bogaban con vigor. El sol caprichoso brillaba en las aguas y animaba el cuadro, que parecía arrancado del Tigre para trasladarlo por encantamiento á aquellos solitarios parajes, animados y alegrados por su nota vibrante.

—¿Quiénes son esas damas?

La señora de Godoy y la de Abdón Aróstegui, con sus hijos.

—¡Ah!

El misterio quedaba explicado, y de veras que la iniciativa de aquellas damas, en *villegiatura* en Tierra del Fuego, no ha de contribuir poco á los

futuros veraneos en el canal del Beagle, en esa maravilla americana y argentina, que una vez puesta en moda tiene que hacer furor, como suele decirse en las crónicas sociales.

Pero era necesario desembarcar para conocer la capital fueguina, aprovechando las pocas horas que pasaríamos en sus aguas, tanto más, cuanto que, al regreso, el Villarino sólo se detendría para recoger la correspondencia. Bajamos á tierra, y al echar á andar por el muelle lo primero que nos llamó la atención fué un poste rojo del correo. Más tarde íbamos á ver otro ejemplar en San Juan del Salvamento, y creo—aunque no estoy seguro—que hay otro en el mismo Cabo de Hornos, para uso de los náufragos... sólo que sus cartas no se recogen... Naturalmente que ni en Ushuaia ni en San Juan se utilizan; pero producen tan buen efecto...

En la Casa de Gobierno estaba el comandante Godoy, que nos recibió con mucho agasajo, y después de un rato de conversación nos invitó á recorrer la capital, lo que no era muy difícil, pues ocupa un espacio todavía reducido, y no hay que detenerse mucho en la contemplación de sus bellezas arquitectónicas.

Apenas echamos á andar, prodújonos desagradable impresión la humedad del suelo, afortunadamente permeable, pero saturado de agua. En Ushuaia llueve casi todos los días, y á menudo varias veces, de modo que el piso no se seca nunca. Pero el barro no se adhiere á los pies, y si el calzado no se empapara, la incomodidad sería llevadera. Sin embargo, el hábito se hace, y la salud general de los blancos es tan buena allí, que Popper soñaba en el establecimiento de un *sanatorium*, sin duda teniendo en cuenta la presión atmosférica, cuya media es de 740.94, casi la misma que en la Cote-d'Or,

un poco más baja que la de Santiago del Estero, mientras que su temperatura, en verano, no baja de 9 á 10 grados centígrados.

Nos encaminamos hacia el bosque, por senderos abiertos entre la hierba menuda y firme, pasando cerca de las casas de comercio, que á estilo de las que abundaban en otro tiempo en la provincia de Buenos Aires, tienen de todo, y especialmente bebidas. Un billar reunía en torno un grupo de personas. Las casas de madera, con techos de hierro de canaleta, parecían deshabitadas, y un silencio profundo reinaba en el pueblo, sólo interrumpido por las risas que partían de la sala de billar. Se experimentaba un sentimiento de soledad, aunque fuéramos seis ó siete en animada conversación. Después de pasar el limpio arroyo, cuyas aguas llegan hasta la punta del muelle y caen desde allí con salto continuo y rumoroso, comenzamos á subir una cuesta suave, un camino carretero que se interna en el bosque, bajo la sombra de las corpulentas hayas. A su lado, á la derecha, corre sobre pequeños cantos rodados el hilo de agua que baja rápido de las alturas, entre el marco de oro de los musgos y de esmeralda de las hierbas acuáticas, salpicado aquí y allá con magníficas flores blancas, aljabas rojo y violeta, espinos de fruta negra y redonda, tristes y agrios como malhumorados habitantes del bosque, proveedores, muy á pesar suyo, del azucarado postre de los indios.

A medida que subíamos, la selva se hacía más espesa y obscura; secos hachazos resonaban á lo lejos con golpe rudo, y los árboles parecían estremecerse al oirlos. Muchos con la apariencia de la vida, estaban muertos en pie, corroído, carcomido, podrido el corazón por la humedad. Un pájaro tre-

pador, especie de carpintero, les horada el tronco, cerca de la cepa, por donde penetra el agua que los mata. (1) Otros, lozanos y orgullosos, llevaban sus ramas vigorosas, cubiertas de hojitas verdes, á mezclarlas con las rugosas y secas de los árboles muertos, prestándoles una apariencia de vida.

Ni una hoja se movía en la tranquilidad apacible de la atmósfera, y el sol, que se había despojado de su capa de nubes, sembraba el suelo de onzas de oro. De vez en cuando el grito de un pájaro vibraba en el aire, y á lo largo del camino, curioso y alegre, acompañábanos saltando el reyezuelo de plumaje obscuro, que nos miraba torciendo coquetamente el cuello. Un poco más lejos, oímos de pronto una confusa algarabía: eran loritos verde claro, que se habían posado en la copa de una haya, y discutían acaloradamente no sé qué proposición controvertible. Algún papamoscas de pico negro y copete escarlata, uno que otro gorrión alejado casualmente de la llanura, tordos, estorninos... Los pájaros moscas, las mariposas, volaban en torno de los árboles, cortando en sus giros la línea recta de las escasas abejas que andaban en busca de flores. Pero no se crea por esto que el bosque era un enjambre de seres vivientes y alados. Por el contrario, parecía á primera vista despoblado, mudo como el bosque durmiente, y los mismos golpes del hacha, parecían su respiración jadeante, como si tuviera pesadilla.

Todavía podíamos contar con algunas horas de día, y continuamos internándonos en la selva, su-

(1) Este pájaro se alimenta con un hongo pequeño que crece en los árboles. Lo desprende antes de que esté maduro, y lo deja caer para comerlo luego. Por esto los indios lo llaman «el amigo de los viejos» que no pueden trepar por los troncos, pero que hacen su cosecha en el suelo, gracias al pájaro en cuestión.

biendo el declive bastante rápido del camino carretero, sobre una masa compacta de hojas en lenta descomposición. No andábamos sin trabajo, á causa de la presión barométrica y de la blandura del suelo, que cedía bajo nuestros pies, ya pisáramos en la capa de detritus vegetales, ya en los musgos amarillos y esponjosos enormes, redondeados como inmensos crisantemos. Algunos troncos, derribados por su propio peso, estaban cubiertos de parásitos, hongos y musgos, variadísimos, sobre todo éstos, que la industria aprovecha para formar selvas minúsculas, extraña vegetación, adorno en mesas y floreros de gusto más ó menos discutible. Ni un reptil, ni un sapo, ni una rana se deslizaban ó saltaban entre aquel vigoroso enzarzamiento de árboles, plantas y yerbas, de un aspecto verdaderamente tropical...

Nos sentamos los más cansados en un grueso tronco, mientras el Gobernador, el comandante Funes y el señor Fique, comerciante de Ushuaia, seguían adelante, examinando los árboles más desarrollados, que se encuentran en el corazón mismo del bosque. Por entre las ramas, y desde aquella altura veíamos las aguas tersas de la bahía, que el sol doraba á trechos con reflejos enceguecedores. De pronto palideció, para tomar en seguida el color del acero, mientras en las altas hojas comenzaban á redoblar las gotas de una lluvia tan repentina como importuna.

—¡Oh! Hay que acostumbrarse—dijo por vía de consuelo un empleado del presidio, que nos acompañaba.—Si hiciéramos caso de la lluvia, nunca podríamos salir.

—Lo que no significa que tengamos que soportar ésta—dijo uno de nosotros.

Emprendimos el viaje de regreso, dejando que los infatigables caminadores hicieran lo que más les acomodara, mientras nosotros buscábamos el reposo agradable de las casas. Por fortuna, el chubasco no era fuerte é iba á ser pasajero. En efecto, cuando salimos de la sombra de los árboles, el cielo se despejaba nuevamente y el sol aparecía otra vez. Decidimos entonces aguardar á nuestros compañeros, que no tardaron mucho.

—¿Y, amigo, usted también se marcha mañana? —preguntó Godoy acercándose á mí.

—Sí, comandante; no puedo quedarme sin visitar Lapataia, de que me han hablado como de algo muy hermoso, y de darme cuenta de la importancia del aserradero.

—Pero entonces no va á ver á Ushuaia...

—¡Eh! no tiene mucho que ver que digamos, y esta misma tarde puedo escudriñarla de extremo á extremo. Además, á la vuelta...

—No cuente con la vuelta. El Villarino no se detendrá sino momentos...

Pero no quería dejar de ir á Lapataia, y toda argumentación sería inútil. Por suerte, la galantería del Gobernador iba á encontrar la manera de obviar dificultades, y de facilitarme una permanencia más larga en la capital fueguina...

—Bueno, usted se va. Pero, si yo le mando mañana la lancha á vapor ¿se vendrá para ver esto más despacio?

—¿Por la tarde?

—Sí.

—De mil amores. Esa sí que es una excelente proposición, pues de ese modo mataré dos pájaros de una pedrada: conoceré Lapataia, y esta *ciudad* que, según parece, tiene sus complicaciones... Pero

—bromas aparte—vendré con gusto, para que usted me dé algunos informes sobre estos territorios.

Visitamos la pequeña iglesia en construcción, cuyas paredes exteriores son de hierro galvanizado, revestidas interiormente con otras de madera del país, como el piso, cuyas tablas proceden del aserradero que funciona en la cárcel de reincidentes. La iglesita tiene su campanario, pueden caber en ella unas doscientas personas, y no presenta mal aspecto. Al contrario... como que es el único monumento *arquitectónico* de la población. Pasamos también por el interior de la fábrica de conservas, de que me ocuparé después (ó no), bebimos un vaso de cerveza con que nos obsequió don Luis Fique en *El primer argentino*, casa de comercio que fundó en 1884, cuando el hoy comodoro Lasserre enarboló por primera vez el pabellón argentino en Ushuaia, y luego nos fuimos á la Casa de Gobierno, á continuar allí las amenas pláticas del día.

Roncaba la estufa atestada de carbón en el despacho de S. E., porque desde que comenzó á caer la tarde bajaba rápidamente el termómetro, y dos ó tres, sentándonos en su derredor, nos pusimos á asar cuidadosamente los botines que chorreaban agua y cuyas suelas se habían esponjado como cartón húmedo.

—Lignito de Tierra del Fuego—dijo Godoy.

—¿De veras?

—Sí. Aquí tienen ustedes la muestra. Quema tan bien como el carbón de piedra... ó casi. He mandado á la capital para que los conocedores opinen sobre él.

—¿Y hay mucho?

—Mucho, sí. Se han encontrado varios yacimientos importantes, y cerca de las costas, lo que faci-

litará su explotación, si la calidad hace que valga la pena, como creo. ¿Quieren tomar un mate?...

Buenos Aires no quiere ya mate. Pero apenas se sale de su arrabal, apenas desaparecen las aceras de piedra y los faroles de gas, el mate recobra su imperio, vuelve á sus antiguos esplendores, reune en amable intimidad á grandes y pequeños, nacionaliza y vincula á todos, y su sabor ligeramente amargo, su suave estimulación, anima las conversaciones, abre el apetito de pensar y de comer, aclara las ideas, dulcifica asperezas y antipatías, inclina á lo ingenuo y á lo bondadoso, y es el amable *boute-entrain* en las tertulias, y el amenísimo compañero en la soledad, que puebla como su hermano el cigarro. He encontrado en viaje muchos excursionistas extranjeros que, después de algunos visajes de repugnancia para con la bebida nacional, han ido modificando su primera impresión hasta convertirse en incansables *materos*. En viaje, el mate no es sólo un entretenimiento, es un verdadero *ayudante*—si se me permite—tan poderoso como la coca para algunos organismos. Pues... queda dicho que empezó á circular el mate amargo, acogido con gusto por todos, y que la conversación se animó, acompañada por el ronquido de la estufa, y los silbidos de una que otra racha violenta que sacudía las paredes de tabla del palacio gubernativo. Y salieron á danzar... ¡los transportes!...

¡Pero señor! ó se han pasado la palabra todos los turistas argentinos, ó existe una razón vital de protesta. En Madryn... ¡los transportes! En Santa Cruz... ¡los transportes! En Gallegos... ¡los transportes! En Ushuaia... ¿Se oirá el mismo estribillo en San Juan del Salvamento?... ¿La gritería se convertirá en plebiscito? Mercaderías tiradas... visita

de médico... cargas que nunca se embarcan... averías y perjuicios... comida imposible... prensas de gente en vez de camarotes... tardanza desesperante ó prisa vertiginosa, nunca el término medio... Las mismas quejas, casi con las mismas palabras...

—Pues si ustedes taladraran los oídos ejecutivo-nacionales como taladràn los míos, seguro estoy de que no pasarían tres meses sin que tuvieran las mejores comunicaciones del universo é islas adyacentes... ¡Vaya! yo también trataré de aburrir á Gobierno y pueblo con la repetición interminable de la misma cantilena. Pero, descuiden ustedes. Será completamente inútil.

Ya era de noche cuando nos despedimos del comandante Godoy, para volver al Villarino.

—Quédense ustedes á comer conmigo.

—Gracias. Estamos empapados.

—Esa no es una razón... fueguina.

Pero nosotros no estábamos aclimatados todavía, y la humedad, que se nos infiltraba hasta las carnes, no era para ser soportada mucho tiempo más.

—¡A bordo, á bordo! gracias de todos modos, Gobernador.

—Le mando la lancha ¿eh?

—Por la tarde, sí. Por eso he dejado hoy de ver algunas cosas que me interesan.

—Buen viaje, entonces.

Entramos en el chinchorro que nos aguardaba al extremo del muelle, y los marineros bogaron con brío hacia nuestra casa flotante.

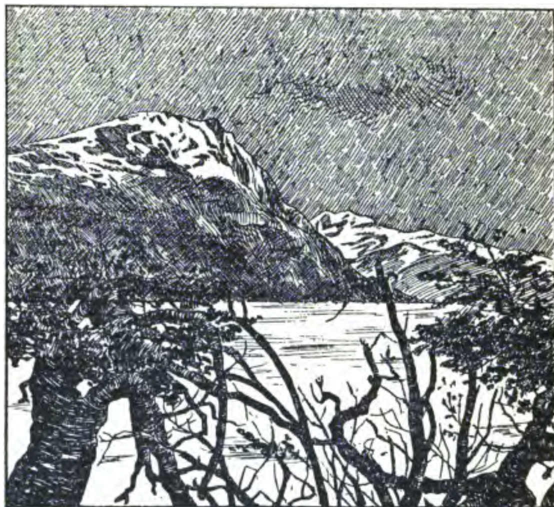
A la madrugada siguiente, apenas el crepúsculo comenzó á dejar ver los objetos, cobróse el ancla, rodó la hélice, y el Villarino fué poco á poco desandando parte de lo andado, para fondear hora y media después en Lapataia, ó sea Bahía de los Ladrones.

III

Dos días en Lapataia.

Aquella mañana nos levantamos tarde casi todos los pasajeros, pues la tertulia de la noche anterior se había prolongado más que de costumbre, de modo que no vimos de nuevo el hermoso paisaje que presenta esa parte del Beagle. Pero cuando subimos á cubierta, no nos fué posible dejar de admirar la belleza de la bahía en que estábamos fondeados, una de las más seguras y más pintorescas que tenga la Tierra del Fuego, tan rica en panoramas. Ciérranla por todos lados, altas y escarpadas montañas, dejando sólo una puerta de entrada, en cuyo umbral se ve la espuma de las olas que no lo transponen cuando el mar se agita y convulsiona fuera. Las aguas verde esmeralda de un ancho arroyo, casi un río, serpean rápidas entre rocas escuetas, y van á confundirse con las más obscuras de la bahía, en cuya superficie juguetean y pescan los patos á vapor, las avutardas, los gansos, los cormoranes, ofreciéndose á la escopeta del cazador, espiados por los buitres y los halcones, ó por algún cóndor vagabundo que se ha dejado llevar hasta allí al capri-

cho de sus infatigables alas, pronto á hacer presa de ellos si la ocasión se ofrece.


Lapataia, Tierra del Fuego

¡Qué acuarela! ¡qué suavidad de tintas! ¡qué armonía! La roca desnuda, rojiza, ó parda, ó blanquecina; la arena menuda y blanda de las playitas, el canto rodado de otras festoneadas por el cachiyuyo verdinegro, medio corrompido, que depositaron como una orla las mareas; la selva trepando hasta la altura; árboles con las raíces al aire, como garras, prendidas á la peña estéril, nudosas y fuertes, chupando por todos sus poros un alimento invisible; más allá un islote de piedra, sin vegetación, descubierto sólo en las aguas bajas, cubierto por la negra alfombra de los mejillones; otros escollos blanqueados por el guano de los shags; allá á la

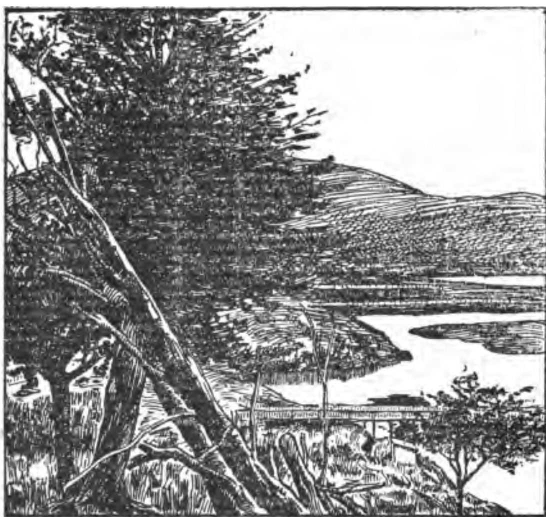
izquierda, sobre una playa teñida de verde, rodeada de montes casi á pico, la *Primera Carbonera Argentina* con su techo azulado, sobre altos pilotes de madera, sin paredes y... sin carbón. En nuestro país una carbonera nacional que tuviera carbón, sería una anomalía tan grande por lo menos como un ministerio de Hacienda con dinero en la caja... Y sobre todo esto, un cielo azul celeste pálido, surcado por una que otra nube blanca como un copo de algodón.

Eran las diez y media de la mañana. Habíamos llegado antes de las ocho, y aún no se mostraban los hombres del aserradero, invisible desde á bordo, pues se halla algunas cuadras río arriba, disimulado por islotes y peñascos altos ó cubiertos de árboles. No sé qué había sucedido, el hecho es que hasta entonces no habían podido acudir, y que se les esperaba con impaciencia.

Por fin, de detrás de una peña salió un bote, conduciendo á varias personas que pronto estuvieron á bordo. Entre ellas estaba el señor Brusotti, administrador del aserradero, que pertenece á los señores A. Zavalla y C.ª que lo adquirieron de su fundador don Jacinto Ravié, actualmente cónsul argentino en Punta Arenas, y propietario de un nuevo aserradero frente á la península Gable.

El señor Brusotti, que se quedó á almorzar con nosotros á bordo, en la cámara del comandante Murúa, donde lo hacíamos éste, Méndez, Funes, Demartini, el doctor Luque y yo, nos invitó á visitar el establecimiento, que es, sin duda, de bastante importancia, y que está llamado á grandes desarrollos. Nos trasladamos á tierra, una hora más tarde, en la lancha á vapor del Villarino, por los estrechos pasos que se abre el río de ondas verde

blanquecino en medio de las rocas. Presentóse á nuestra vista un grupo de casas, galpones y depósitos, construidos con madera del obraje y hierro galvanizado. Era la habitación de la familia, la de los obreros y peones, los cobertizos para guardar y estacionar madera, y el departamento de las máquinas, de cuya chimenea salía un grueso penacho de humo negro. Sierras circulares, sierras sin fin, sierras de carro, hacían á un tiempo, casi automá-



Lapataia, Tierra del Fuego

ticamente y con pocos obreros, tablones, tablas, postes, varillas... Aquella actividad, aquel trabajo, en sitios al parecer desiertos, y á tantas leguas de distancia de los centros poblados, causaban una agradable sorpresa.

La playa turbosa estaba sembrada de gruesos troncos de árbol, algunos de más de un metro de diámetro, que una yunta de bueyes arrastraba pesadamente uno por uno, subiendo la cuesta, para dejarlos junto al depósito. Los pacíficos animales obedecían á la palabra del peón que los manejaba látigo en mano, como un director de picadero, y sus gritos dominaban el fragor de las sierras al morder la madera haciendo volar amarillentas nubes de aserrín.

El corte de árboles se hace en varios puntos, río arriba, donde los obrajeros tienen también sus casas. La mayor parte de los troncos son conducidos al aserradero por el río, por el «camino que anda», atados unos á otros como balsas. Una esclusa, que cierra un gran remanso en el sitio en que dos rocas avanzadas forman una angostura, impide que los trenes de madera, ó la mayor parte de ellos, salga al mar y se pierda en los canales. El obraje principal se halla en el centro del istmo que separa á Lapataia de la bahia Argentina. Hay allí un gran galpón para el personal, depósito de víveres, cocina, etcétera. Cuenta con doce obrajeros, cuatro carros especiales para el transporte de troncos gruesos, cuatro yuntas de bueyes, cuatro sierras de vuelo, etc., etc. Está unido al aserradero por un excelente camino de tres kilómetros de largo, hecho con troncos, piedra y ripio, que se cuida de mantener en buen estado para la facilidad del transporte, cuando se hace en carros.

La madera que se utiliza es, naturalmente, la del fagus, que allí llaman *coigüe* como en Chile. Interesarán los siguientes informes, recogidos de los propietarios del obraje, á propósito de esa madera,

cuyo uso se hará más general cuando sea más conocida. (1)

Su buena calidad y duración depende de que los árboles sean cortados en invierno, cuando se ha retirado la mayor parte de la savia. De otro modo, quedando muy húmeda, se pudre ó se raja. El muelle de Punta Arenas, que se halla aún en buen estado, fué construido en 1860 con madera cortada en las condiciones antedichas.

Pero hay una dificultad para el corte de árboles



Fagus antarctica

en invierno, y es la gran diferencia de duración del día en las dos estaciones extremas. En el verano hay cerca de catorce horas de sol, sin contar los crepúsculos, y en ese tiempo se trabaja mucho y fácilmente, los caminos son mejores, los bueyes están gordos y el frío no acobarda á los obrajeros. En el invierno el día dura como unas siete horas, y

---

(1) Algunos fabricantes han hecho y hacen muebles de fagus ó coigüe, que llaman con otros nombres. Esto les es muy fácil por la peculiaridad de que esa madera recibe y conserva perfectamente cualquier color que se le dé, y es susceptible de hermoso pulimento. Sin embargo, no faltan detractores del fagus, que tardará en conquistar el puesto que le corresponde.

las nevadas que obstruyen los caminos, el inevitable enflaquecimiento de los bueyes, y otras penurias inherentes á la estación, hacen que el rendimiento sea escaso y la madera tenga que venderse á más alto precio.

Mientras visitábamos el aserradero, el comandante Funes no estaba ocioso. Había ido á hacer un minucioso examen de los postes preparados para cargar el Villarino y destinados á la construcción del telégrafo patagónico. De este examen resultó un beneficio, pues logró troncos más gruesos que los contratados, y por consiguiente, de mayor duración, considerando las violencias de los vientos más fuertes en Patagonia.

Luego pasamos á la huerta, junto al río verde, sobre un terreno alto y plano, de pequeña extensión, en que crecen los nabos, las coles y otras plantas comestibles, al lado de las fragantes frutillas bermellón claro, que los visitantes devastamos en un abrir y cerrar de ojos, con anuencia del dueño y gran sentimiento de sus hijitos, al mismo tiempo hortelanos y consumidores.

Más lejos se alzan las colinas que van creciendo hasta convertirse en montañas boscosas, barrera limitadora del horizonte. Allá arriba hay un magnífico lago, visitado y poblado por patos y cisnes, y por bueyes y carneros vueltos al estado salvaje. Estos carneros, tienen tal abundancia de lana, que, siendo difíciles de atrapar en los sitios descubiertos, se enredan y traban en el bosque, presentando magnífico blanco al cazador. Pero, aunque algunos hubieran bajado con escopeta, como el doctor Pinchetti, que de ella no se separaba jamás, y aunque no faltara quien se internase en busca de caza, nadie llegó al lago, de lo que se felicitarían mucho las

aves, ni nadie descubrió ganado alzado, con lo que se perdonó la vida á los carneros.

A la tarde, mucho antes de que el sol se ocultara tras de las montañas, regresé á bordo, á esperar el vaporcito de la gobernación que debía ir á buscarme. Pero el mar estaba muy agitado afuera, comenzaban á caer frecuentes chubascos de lluvia pulverizada por el viento, y lo más probable sería que el patrón no se hubiera atrevido á salir con la frágil lancha. Así fué, en efecto, y mi prisa resultó inútil, no sirviendo sino para hacerme parecer más largas las horas, en medio del paisaje borrado por la lluvia y la neblina, que apenas dejaban ver el techo plomizo del depósito de carbón, cuya armazón desolada se alzaba á pocos metros del Villarino.

—Aquí ha estado el Bélgica—oí que decía una voz cerca de donde yo estaba.

Era uno de los empleados del aserradero, que hablaba con otro del transporte. Me acerqué á ellos, preguntando:

—¿El de la expedición al polo sur?

—Sí, señor, el mismo.

—¿Y con qué objeto vino?

—A hacer aguada. Parece que su viaje hasta aquí no ha sido muy próspero, y que la mala suerte persigue al barco. Apenas salió se le descompuso la máquina y tuvo que ir á Ostende. Desde allí hasta las aguas sudamericanas ha navegado muy lentamente. Luego la tripulación comenzó á comportarse tan mal, que el comandante tuvo que dejar en tierra algunos marineros en Magallanes. ¡Quién sabe cómo le irá después!... Ahora debe estar por las tierras de Graham por lo menos, y aun así, no

ha hecho el trayecto con la rapidez necesaria. El invierno se viene encima.

—¿Qué tal barco es el Bélgica?

—Bastante sólido para ballenero. Soportará bien los témpanos aislados, pero no me parece muy propio para una invernada en los hielos.

Recordé entonces los terribles crujidos del Fram, que describe Nansen, cuando lo estrechaba con abrazo mortífero para cualquier otro buque, la nieve helada en torno suyo.

—¿Los oficiales hicieron observaciones?—pregunté.

—Sí, creo que sí... Sobre todo, tomaron muchas vistas fotográficas, con aparatos muy hermosos que habían traído. Todos gozaban de muy buena salud, declaraban que estas comarcas eran lindísimas, y se mostraron muy amables y corteses. Cuando llenaron sus aljibes, se fueron. ¡Quién sabe si los volveremos á ver!...

Mientras conversábamos en cubierta, soportando la llovizna helada, por no meternos en la cámara, triste y obscura, mis ojos se volvían instintiva é insistentemente hacia el galpón, en uno de cuyos rincones había un montoncito de hulla.

—Poco carbón tiene el depósito—dije.

—Sí—contestó uno de mis interlocutores.—Y así es desde hace mucho tiempo: de modo que la carbonera es un simple adorno.

Sin embargo, este abandono debe cesar cuanto antes. No tenemos sino dos depósitos de carbón en los mares del sur, el de Santa Cruz y el de Lapataia, ambos desprovistos, y que no pueden prestar, por consiguiente, ayuda alguna á nuestra marina de guerra, ni á los barcos que por cualquier contingencia necesiten combustible para continuar su

navegación. Tener carboneras en esa forma es irrisorio, y mucho más pagándose, como paga el Gobierno, mensualidades por la custodia de la hulla ausente.

Por otra parte, la situación de Lapataia en mitad del canal del Beagle, no la hace muy á propósito para ese servicio; mejor sería cualquier punto austral de Patagonia, ó la misma Isla de los Estados, más cercanos á los caminos seguidos generalmente. Se dirá que pueden improvisarse carboneras en un momento dado y sin gran pérdida de tiempo. Conforme. Pero siempre habría alguna pérdida, innecesaria, y causada sólo por la imprevisión.

...Los últimos rezagados volvían de tierra.

Todo el día, y á pesar de la lluvia de la tarde, se había estado cargando postes para el telégrafo, bajo la vigilancia del comandante Funes, que los examinaba uno por uno en el embarcadero. Fuè el último en regresar acompañado por el señor Brusotti, que iba con la buena intención de invitarnos á almorzar al día siguiente á su casa. Muy hospitalaria y obsequiosa con los viajeros la gente del sur, y muy prontos á aceptar invitaciones los viajeros australes, víctimas indefensas de la cocina de á bordo.

Demás está decir que al día siguiente todos los invitados acudíamos al lugar de la cita, provistos de un apetito que hizo honor á unos tallarines de mano maestra, y otros platos no menos respetables, acompañados de rabanitos, manteca de cabra, blanca como ampo de nieve, *champignons* frescos y encurtidos de un sabor delicioso, y frutillas fragantes y qué sé yo... La señora de la casa se preocupaba de todos menos de ella misma, haciéndose acreedora á nuestro agradecimiento y aplauso. Ha-

cia tiempo que no comíamos tan bien, ni rodeados de tantas atenciones.

No se había interrumpido, entretanto, la carga de los postes, ni se tenía noticias de la aproximación de la lanchita á vapor de Ushuaia, cuya ausencia me había permitido asistir á aquel almuerzo famoso en los anales del viaje. Demartini y yo nos fuimos, pues, á vagar por el bosque, cuyo silencio admiraba y sobrecogía, y allí hubiéramos quedado el día entero, si la humedad que nos empapaba los pies no se hubiera entretenido, también, en helarnos las piernas hasta las rodillas.

Regresamos á bordo, y pasamos melancólicamente el resto de la tarde mirándonos las caras y preguntándonos hasta cuándo iba á durar nuestra inacción. Estábamos sin duda invadidos por la manía de la movilidad. Sólo nos distrajo la llegada de un bote que iba en busca del doctor Luque, con la noticia de que acababa de ocurrir un accidente en el aserradero. Una viga, al caer, había roto la pierna á un obrero que no tuvo tiempo de escapar al golpe. Sus dolores eran terribles, y urgía auxiliarle.

El médico, siempre pronto, siempre solicitado en todos los puertos á que arribaba, se embarcó inmediatamente para ir á la cabecera del herido, á quien hizo la primera cura, dejándolo algo calmado.

El Villarino tenía que permanecer día y medio ó dos días más en Lapataia para completar su cargamento de postes. Habría tiempo, pues, para aburrirse, y eso consideraba yo entre mí, cuando un grito lanzado desde la popa vino á desvanecer mis temores:

—¡La lancha, la lancha!

En efecto, por el estrecho portillo que da acceso á la bahía, avanzaba con su penacho de humo ha-

cia babor la lanchita esperada, pequeña á la vista como una cáscara de nuez.

La tarde caía entretanto, y poco tiempo después iba á ser noche cerrada. Cuando atracó la lanchita al Villarino, que parecía un gigante á su lado, el crepúsculo comenzaba, y el paisaje aparecía en una media luz tenue y difusa, que le comunicaba cierta dulce y triste poesía, un encanto misterioso, vago, opresor...

El patrón preguntó por mí.

—¡Presente!

—Me manda el señor Gobernador, para que me ponga á sus órdenes.

—Muchas gracias. Pero supongo que no será prudente ni necesario salir hoy...

—Cuando usted guste.

—Mañana temprano...

—Muy bien. ¿Quiere usted visitar la lancha?

No tenía gran cosa que ver: la máquina la ocupaba casi toda, no dejando á los lados sino un paso de veinticinco centímetros de ancho. A popa le habían hecho una camareta en que cabrían cuando mucho, y como sardinas en banasta, siete personas de mediano volumen.

—¿En cuánto tiempo llegaremos á Ushuaia?

—Si el tiempo es favorable en menos de tres horas.

—Bueno. Mañana á las ocho, entonces.

—Perfectamente.

El patrón Romero era un hombre de unos cuarenta años, fuerte y bien repartido, de mirada resuelta y modales francos y algo bruscos. El resto de la tripulación se componía de un negro maquinista, un timonel, y un chiquillo—el Payaso—que

hacía de foguista y era de los menores que Godoy llevó á Ushuaia.

Al día siguiente, muy de mañana, fueron á despertarme á mi camarote: salté de la cucheta, me vestí con rapidez realmente periodística, y diez minutos más tarde estaba en la lancha, después de haber tomado mi taza de café. ¡En marcha!

La atmósfera estaba clarísima, tibia y como perfumada. Todo parecía alegre, el mar, el cielo, las costas cubiertas de vegetación, las rocas sonrosadas por los reflejos de algunas nubes teñidas por el sol. A medida que avanzábamos, el panorama se decidía, se acentuaba, con más color, con líneas más enérgicas.

En la primera isla de la derecha, saliendo de Lapataia, y en la cumbre de un cerro bastante alto, veíase un palo colocado como una valiza.

Cuando nos acercamos salió á nuestro encuentro en un bote, el viejo Revello, guardián de las ovejas que allí tiene el patrón de la lancha á vapor; iba en busca de una bolsa de galleta, y al mismo tiempo á dar cuenta de lo que aquel palo significaba.

—¡Buen día, Revello! Aquí está la galleta—exclamó el patrón cuando atracó el bote.—Y... ¿qué había en el palo?

—Un frasco en el suelo, al ladito, con unos papales—contestó el viejo.

—¿Lo ha traído?

—Sí, aquí está.

Y le dió un frasco de vidrio blanco que en efecto contenía papeles, bastante deteriorados por la humedad. Eran dos tarjetas, la una escrita con lápiz, la otra con un nombre solo. La primera algo borrosa en partes, ilegible en otras, decía lo siguiente:

«Ile Ronde, 25 fevrier 1896.—Mardi.—Fernand Lahille, doctor en medicina y ciencias naturales, encargado de la sección zoológica del Museo de La Plata, accompagné de son preparateur M. E. Beaufils, ont passé ici trois jours pour étudier la faune et la flore. Que ceux qui passeront ici reçoivent un cordial salut de leur devancier. Ils ... de la grande baie (Lapataia ... au nord) (Ushuaia) est le siège d' une mission anglaise, en même temps que le siège du gouvernement de la Terre de Féu.—*F. Lahille.*»

Los puntos suspensivos ocupan el lugar de palabras borradas por completo; pero no por su falta se pierde el sentido de lo escrito: la estadía del doctor Lahille, estudiando la flora y la fauna, y su amistoso saludo, que yo retribuyo como el primero que lo ha recibido. La segunda tarjeta era del señor Beaufils.

Volvimos á ponerla en el frasco, tapándolo bien, y se lo entregamos á Revello.

—Póngalo en el mismo sitio, pero á cubierto de la humedad—le recomendamos.

—Está bien. Adiós.

—Adiós.

Y la lanchita á vapor echó á andar, viró, y tomó nuevamente el camino de Ushuaia, dejando detrás el saludo del doctor Lahille, que ha de ser sin duda grato á otros que lo encuentren en aquel desierto.

En todas las ensenadas, en todas las playitas se veían gruesos troncos cortados, llevados hasta allí por la marea. Eran los que se desprendían de las balsas, y siguiendo el curso del río desembocaban en el mar. Los habia en cantidad bastante grande, y parecian suficientes para cargar un buque regular; pero en su mayor parte debian hallarse ya en

mal estado, y ser inservibles por su larga permanencia en el agua.

Cerca de nosotros y con gran ruido, pasó un pato á vapor, levantando espuma y dejando tras de si una estela, como si fuese realmente una embarcación. Aunque la lanchita caminara bastante, el pato la dejó muy pronto atrás, y minutos más tarde se perdió en las sinuosidades de una costa lejana.

Ya he dicho que sus alas atrofiadas son demasiado cortas para permitirle el vuelo; en cambio, nada con increíble rapidez. Casi siempre nada en parejas, y no se separa nunca á más de tres millas de la costa, de modo que su presencia es siempre indicio de tierra próxima. Anida entre la yerba de la ribera, y pone cada año de cuatro á seis grandes huevos blancos. Su alimentación consiste en los pequeños caracoles y mejillones que viven en el cachiyuyo.

Es hermoso verlo navegar por las aguas tranquilas, envuelto en espuma, rápido y azorado como si huyera de un peligro, y su vista sorprende á cuantos se presenta por primera vez.

En el resto del viaje no encontramos cosa digna de mencionarse, si no es, en un fondo bajo de arena, visible por la transparencia del agua, que parecía de *moiré* verdoso por los reflejos del bosque cercano, un pululamiento de centollas, que vagaban sobre las negras é inmensas conchas de los mejillones, que habitan aquel refugio desde tiempo inmemorial, y pescados, y langostinos, toda una vida animal hormigueante que contrasta con la escasez de seres vivientes que se nota en tierra.

A veces teníamos que acortar la marcha de la lanchita, y detener la hélice, dejándonos llevar por el impulso recibido y la marea bajante, al pasar por

entre inmensas matas de cachiyuyo, cuyas hojas más altas erguidas sobre la superficie del mar se movían lentas á un lado y otro, acariciadas por la brisa. Tomábamos el camino más corto para llegar á Ushuaia, aprovechando los pasos inaccesibles para los buques de algún calado, pero fáciles y seguros para nuestra embarcación.

—¡Oh! Todavía tenemos que dar muchos rodeos para llegar á Ushuaia—me dijo Romero.—Sin embargo, antes debió poderse ganar mucho terreno.

—¿Cómo?—pregunté.

—¿No ve usted entre aquellas dos colinas un espacio llano, poco ancho y muy bajo, que apenas está cubierto por el pasto y se levanta tan poco sobre el nivel del agua, que también se ve detrás?

—Sí.

—Pues esa especie de istmo ha debido ser hasta no hace mucho un canal que nos hubiera ahorrado una tercera parte del camino. Está compuesto de arena, y la capa de turba y humus es insignificante.

Este fenómeno se ve muy á menudo en Tierra del Fuego y en la Isla de los Estados. Los desprendimientos de la roca, y las arenas que arrastra la marea, van colmando poco á poco muchas bahías y hasta canales de escasa profundidad, de modo que tiempo más tarde—léase siglos,—no será ya exacta la pintoresca definición que de estas tierras hacía Darwin, diciendo que eran un país montañoso cuyos valles estaban suplantados por canales y bahías.

Pasamos cerca de una costa arenosa, tras de la cual se levantaban suavemente algunas colinas.

—Allí hay manantiales de agua mineral—dijo Romero, señalándola.

—¿De qué clase?

—No sé. No se ha analizado todavia.

—Vamos á verla.

—Ahora no es posible. La lancha no llega hasta donde es fácil desembarcar, y la chalanita no soportaría su peso, ni el mío.

En efecto, la chalana era una batea ascendida por favoritismo al rango de bote, que iba amarrada á la popa de la lancha. Embarcarse en ella era condenarse á un baño seguro, pues apenas soportaría al Payaso, que no levantaba vara y media del suelo. Cífranse grandes esperanzas en estas fuentes, aunque no se conozca aún la naturaleza de sus aguas, algunas de ellas fuertemente purgantes, como se ha experimentado por casualidad, y otras de efectos menos visibles, pero apreciables sin embargo, en molestias gástricas. Creo que ya se han enviado muestras á químicos de Buenos Aires, encargados de analizarlas.

La baja marea había dejado en seco parte de las rocas en los angostos canales que cruzábamos; estaban materialmente cubiertas de mejillones de todos tamaños, adheridos á la piedra y como ofreciéndose á nuestro apetito, aguzado por el aire vivo de la mañana, hermosa y serena como un día de otoño en los alrededores de nuestra ciudad. El sol había aparecido ya sobre las empinadas crestas de las montañas del este, y las nubes se amontonaban alrededor de los picos, dejando libre el resto del cielo, de un azul purísimo.

Nos acercábamos á Ushuaia.

De pronto apareció el conjunto de casas de la misión, envuelto en una atmósfera dorada, leve bruma que el sol teñía con sus rayos más cariñosos, y que se reflejaban con cambiantes opalinos en el agua de la bahía, azul también, y tersa como in-

menso espejo de acero. Ushuaia se presentó en seguida, retratada como la misión—con la torrecita de su iglesia, los muelles y las embarcaciones, los chalets y las casas, de cuyas chimeneas se escapaban ligeros humos, pronto desvanecidos, en el lago inmóvil, duplicación del cielo.

Lentamente avanzamos hacia el muelle, al que comenzaron á acudir personas que me aguardaban extrañadas por la tardanza de la lancha que había salido en mi busca veinticuatro horas antes.

IV

Nuestras avanzadas del sur.

El primer cuidado de mis huéspedes fué conducirme á la habitación que se me había preparado en la Casa de Gobierno, y en que, además de una excelente cama, tenía cuanto era necesario para reparar el desorden que en traje y persona había producido el viaje en la minúscula embarcación, que la chimenea se encargaba de llenar de hollín pulverizado, impagable para convertirnos en máscaras. No tardó en reunírseme el comandante Godoy, que me expuso alegremente el programa del día.

—Primero, y esto es importante, á almorzar; usted debe traer apetito con el madrugón y el fresco de la mañana. Después, tomaremos la lancha y nos iremos á ver la cascada del Olivia, que es muy hermosa. Hoy es domingo y hay ejercicios religiosos en la misión. Llegaremos á tiempo, y usted verá un espectáculo interesante. Luego, á la vuelta, visitaremos un poco más detenidamente la capital, esperando que llegue la hora de comer, y por la noche... haremos lo que usted quiera.

—¿Qué le parecería un reportaje sobre sus dominios, Gobernador?

—¡Hombre! Le daré cuanto informe desee, y más también. Si quiere que empecemos...

—Un momento. Acabo de arreglarme, tomo el lápiz y la cartera y comienzo á preguntar.

Pero en este instante nos anunciaron que el almuerzo estaba en la mesa, y pasamos sin más tramitación al chalet contiguo á la Casa de Gobierno, una casa de madera llena de luz, cómoda y bastante amplia, en cuyo recinto las infaltables chimeneas conservaban la atmósfera á una temperatura casi estival.

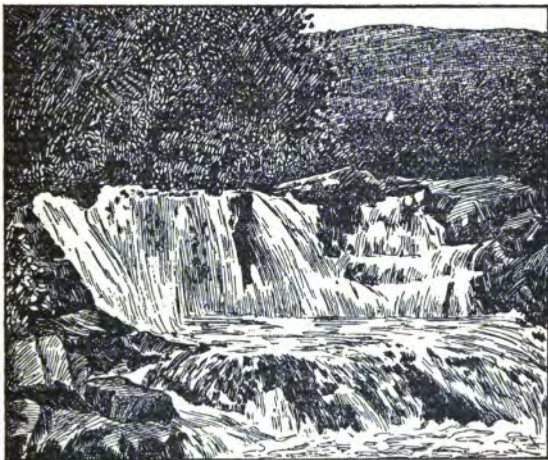
Las señoras de Godoy y de Aróstegui, las niñas que días antes viera paseando en bote y manejando el remo, rodeaban la mesa, en el comedor, cuyas inmensas ventanas lo hacían parecer una habitación de cristal adornada con los brillantes paisajes de la Naturaleza misma: la bahía, las colinas de la misión, las costas pintorescas, los árboles del bosque... Estaba también allí el señor Ravié, que acababa de ser nombrado cónsul argentino en Punta Arenas, adonde iba á trasladarse poco después. El y el juez de paz, señor Salvadores, debían acompañarnos en nuestra excursión de aquel día.

Almorzamos con apetito, en forma á que ya me iba desacostumbrando á bordo, y que me hizo recordar la vida bonaerense, y emprendimos viaje al muelle, donde ya nos aguardaba la lancha. Debíamos reunirnos más tarde á las damas, en la península de la misión.

El trayecto hasta el sitio en que se halla la cascada es corto, pero mientras lo recorríamos, descargaron dos chubascos que nos hicieron temer que se aguara del todo el paseo. Afortunadamente, el cielo

se despejó en seguida, mostrándose aún más radioso que antes.

Desembarcamos en una playa de cantos rodados, á cuyo borde comienza la selva en que se han hecho algunos desmontes; aquí y allá veíanse grandes pilas de troncos cortados, prontos para embarcar.



Cascada del Río Grande.—Tierra del Fuego.

Seguimos un buen trecho por la costa, internándonos más tarde por un camino cubierto de árboles, que sube con rápido declive, trazando anchas curvas; luego lo abandonamos para seguir una vereda tortuosa que la yerba iba borrando, y que serpenteaba por colinas cada vez más altas. Por fin, un rumor confuso, como el fragor de las hojas fuertemente agitadas por el viento, nos anunció la proximidad de la cascada de ese río Grande, que no hay que confundir con el otro que, corriendo hacia el centro de la Tierra del Fuego, va á desembocar en

el Atlántico entre el cabo Domingo y el cabo Peñas.

El río, de agua clara y rápida, cae allí desde una altura bastante grande, corre vertiginosamente por un espacio llano y curvo sembrado de rocas, y salta otra vez entre espumarajos. El doble salto, aunque pequeño, es interesante por lo pintoresco, rodeado como está de árboles corpulentos y de ancha copa, y de rocas desnudas, que avanzan sobre él. Las aguas, después de su primer caída, corren tumultuosas, extraviadas por los surcos que en ellas abrieron las piedras y que no se han cerrado á causa de la velocidad que llevan; infinitas burbujas suben y revientan en su superficie, sembrándolas en puntos que parecen luminosos, y no es raro ver que arranquen y arrebaten pedazos de turba cubierta de vegetación, que desmenuzan y hacen desaparecer inmediatamente revueltos en sus ondas, para depositarlos luego en la barra cada vez más ancha del río.

Sentados en un peñasco, pasamos largo rato contemplando el agreste y hermoso paisaje. Estábamos fatigados, más por la rarefacción de la atmósfera que por lo penoso del camino, y el mismo Godoy, que ya debería estar aclimatado, sin embargo, respiraba fuerte, como yo, para llenar de aire los pulmones. Bebimos de aquella agua, tan pura y cristalina en la copa, como turbulenta y opaca en su carrera vertiginosa: era riquísima, helada, y casi juraría que flores invisibles la habían perfumado y dado sabor. No debía ser esto una ilusión simplemente, porque recuerdo que Godoy me dijo:

—¿Qué le parecería tener este salto en Buenos Aires, para vender el agua por botellas? En un verano se haría una fortuna...

Las corrientes de agua de Tierra del Fuego son

en general amarillentas, saturadas de turba y de otras materias en suspensión, que si no las hacen desagradables del todo, no incitan á beberlas tampoco. No son dañosas, sin duda á causa del clima, que no permite su rápida descomposición, pero sé que todas las muestras que se han enviado á Buenos Aires para su análisis, han llegado completamente descompuestas, pues no han podido soportar temperaturas más altas que la de la isla.

Pero pasaban las horas, y á las tres y media debía comenzar el oficio divino en la misión.

—¿Vamos andando?

—Vamos.

Por fortuna, el regreso era más fácil, pues sólo teníamos que bajar todo lo que habíamos subido, y pronto nos encontramos á bordo de la lancha, que comenzó inmediatamente á redoblar con los émbolos, navegando con rumbo á la península.

—¿Sabe usted lo que voy pensando? En que todavía no he visto un solo caballo en Ushuaia.

—¿Caballos aquí? ¿Para qué? ¿Para andar por el bosque ó trepar por las montañas de piedra? Serían inútiles. ¿Para recorrer la costa? Mejor es el bote, que puede ir en línea más recta de un punto á otro. Los caballos sólo sirven en la parte este y en la norte. Además, con la humedad de este suelo sufrirían mucho de los cascos, hasta que pasadas algunas generaciones, los productos nacidos aquí estuvieran naturalmente aclimatados.

—¿Según eso, también el ganado vacuno sufrirá en estos parajes?

—También, pero no tanto. Fíjese en los bueyes de la Gobernación, que no están mal. Sin embargo, tienen el engorde de verano; en invierno enflaquecen mucho. Y además, hay que considerar que esos

están cuidados con esmero que no podría tenerse con un número crecido de animales. Pero hay otros puntos mucho más apropiados para la cría de ganado vacuno, sobre el mismo canal de Beagle, por ejemplo Haberton, donde mister Bridges tiene hacienda flor, de que nosotros mismos nos aprovisionamos, y que adquieren casi todos los barcos que pasan por aquí.

—¿Mister Bridges, el antiguo misionero de Ushuaia?

—Sí. Ahora está instalado en la península de Gable, donde el Gobierno le ha concedido una vasta extensión de tierra.

—¿Y la misión, á cargo de quién está?

—Del antiguo catequista, el reverendo mister Lawrence, que dentro de un rato podrá conocer.

Arribamos á la península, cuyas costas bajan rápidamente hacia el mar, terminando en una playa suave, que cubren las grandes mareas. Un camino ancho y muy bien conservado sube á la colina, en que se alzan el templo y los edificios de la misión, el pequeño chalet rodeado de flores y plantas de adorno de mister Lawrence y su familia, las casas de los indios, las dependencias, etc.

Fuimos directamente al templo, donde ya estaba reunida una concurrencia por lo menos curiosa por lo abigarrada. Las señoras de Godoy, de Aróstegui, de Lawrence, otras damas de la misión, algunos ingleses, el primer maquinista del Villarino, casado con una de las hijas del pastor y que estaba allí con licencia, nosotros, y detrás indios, indias é indiecillos, vestidos á la europea con un desaliño y una extravagancia verdaderamente fueguinos.

El reverendo Lawrence ocupó la cátedra, y comenzó la lectura, en inglés, del evangelio del día,

Por las enormes ventanas entraba una luz tranquila y amable; en las paredes brillaban grandes carteles con paisajes de colores vivos é inscripciones morales y religiosas, en inglés. Los fieles estaban sentados en bancos de madera, frente á los cuales había un reclinatorio.

Concluido el evangelio, comenzaron los cánticos, en coro, tomando también parte en ellos algunos indios é indias, con bastante ajuste y siguiendo sin dificultad los acordes del armónium que los acompañaba.

Entre esos cánticos hízose notar uno en lengua yagana, cuyas dos primeras estrofas decían así:

Jesus jai a cush-gai-at-a
nnu jai ai-aw-la
Baible endaige a va wun
Le cuyah-ge-gay-at-a.
Ye-ca-ci-yu-al-am-ilm
ci chin-ah-cin-aamush
Ci-yu-al-a mai-aw-ana
Cunyin mush a-bi-la.

Luego un sermón, una oración en yagán y en castellano por la prosperidad de las autoridades de nuestro país, etc., etc., y los oficios divinos concluyeron.

En la puerta se reunió con nosotros el reverendo Lawrence, que nos invitó con mucha galantería á tomar una taza de té.

La salita, llena de libros, paisajes, fotografías, publicaciones ilustradas, muebles confortables, daba la ilusión de que nos halláramos en las proximidades de Buenos Aires, en una de las mansiones inglesas de Lomas ó Temperley, y no en plena Tierra del Fuego y rodeados por todas partes de desierto. Mientras mistress Lawrence y sus hijas se

ocupaban de preparar el té y las excelentes tostadas con manteca del día, el reverendo me dió á conocer brevemente la historia de la misión, en que no falta la nota dramática.

Un exoficial de la marina real inglesa, el capitán



India yagán, tejiendo una canasta.

Allen Gardiner, salió de Liverpool el 7 de septiembre de 1850, á bordo de la *Ocean Queen.*

Iba enviado por la South American Missionary, Society, con el objeto de que fundara una misión en

las costas más australes de la América del Sur, para catequizar á los indígenas, y lo acompañaban un misionero, un médico y cuatro ayudantes.

Después de una larga navegación en que se sufrieron serios contratiempos, Garnider y sus compañeros desembarcaron dos meses más tarde en Banner Cove, puerto de la isla Picton.

El *Ocean Queen* les dejó provisiones para seis meses, dos balleneras y dos botes pequeños para su movilidad, armas y municiones, etc., etc.

Los intrépidos misioneros quedaron solos en aquel país desconocido y entonces inhospitalario, pero llenos de la noble resolución de llevar á cabo la tarea emprendida.

La isla Picton, que se encuentra en el extremo èste del Beagle, entre Haberton y Sloggett, no ofrecía recursos para la subsistencia. Los yaganes, por otra parte, hostilizaban á los misioneros que habían ido á establecerse en su territorio. Las provisiones comenzaban á escasear, las esperanzas de recibir ayuda de Inglaterra se hacían más problemáticas, y la situación iba presentándose insostenible.

En este trance, Allen Gardiner resolvió abandonar la isla para ir á establecerse con sus compañeros en lugares más hospitalarios.

Tomó sus barquichuelos, embarcó en ellos los pocos víveres que le quedaban, y pocos meses después de su arribo á Banner Cove, salía de allí para ir á buscar la muerte en Bahía Aguirre.

Dirigióse Allen Gardiner, en efecto, á dicha bahía, que se halla á unas treinta millas al este de Picton, en la angosta punta que Tierra del Fuego avanza sobre el Atlántico. Desembarcó allí, en un sitio que le pareció conveniente, pero luego resolvió

dirigirse al Puerto de los Españoles, situado en la misma bahía.

Por si llegaba algún buque de Inglaterra en su socorro y llevándole provisiones—desgraciadamente se habían agotado ya cuantas tenían,—dejó sobre una piedra la siguiente inscripción:

Dig below
Go to Spaniard
Harbóur,
March, 1851.

«Cave usted abajo. Voy al Puerto de los Españoles. Marzo de 1851.»

Al pie de la piedra enterró con las precauciones del caso, para que se conservara, un papel conteniendo este angustioso llamado:

«Si usted marcha por la playa, milla y media, nos encontrará en el otro bote amarrado en la boca del río, en el extremo de la bahía, lado sur. No tarde, porque nos estamos muriendo de hambre.»

Desgraciadamente este pedido desgarrador de auxilio iba á escucharse demasiado tarde.

La muerte más horrible aguardaba á los infortunados y valerosos misioneros...

El buque Dido, de la escuadra inglesa, que iba á llevarles provisiones, llegó al escenario de aquel drama el 6 de enero de 1852, muchos meses después de la catástrofe...

Guiados por la inscripción y por el rumbo que señalaba el papel enterrado, los tripulantes de la Dido, fueron en busca de los cadáveres, pues no otra cosa esperaban encontrar.

Lo primero que encontraron en el Puerto de los Españoles fué los cuerpos insepultos del capitán Allen Gardiner y del misionero Maidment. Más le-

jos, en la boca del río, estaban los cuerpos del médico Williams y del pescador John Pearce...

El hambre había dado trágico fin á la primera tentativa de civilizar á los fueguinos...

Mister Lawrence interrumpió su relato para que hiciéramos los honores al perfumado té que nos ofrecía su señora, acompañado de las crujientes tostadas, y de fresquísima leche de vaca. Luego continuó:

Pero este primero y doloroso fracaso no entibió el celo de la South American Missionary Society. Por el contrario, la memoria de Garnider parecía incitarla á perseverar, como lo hizo.

En efecto, en 1853 mandó construir una goleta de cien toneladas, propia para la navegación de las costas del sur, y la bautizó con el nombre del intrépido y abnegado capitán.

La Allen Gardiner, bajo el comando del capitán W. Parker Snow, y conduciendo á su bordo al misionero Garland Phillips y al cirujano Ellis, zarpó para Tierra del Fuego en 1854, con el mismo propósito que llevaran sus predecesores.

Pero no llegó hasta la isla, sino que se detuvo en las Malvinas, donde se fundó una misión.

La pequeña colonia se compuso de los ya nombrados y de los reverendos G. P. Despard, John Furniss Ogle y Allen Gardiner, único hijo de la víctima de Bahía Aguirre.

Aunque establecidos en las Malvinas, no abandonaron la idea de catequizar á los fueguinos, y con el objeto de trabar poco á poco relaciones con ellos, suavizar asperezas y enemistades y aprender su idioma, expedicionaron con mucha frecuencia al canal del Beagle, deteniéndose en el Puerto de los Españoles, en la isla Picton, en Ushuaia, Wualaia,

etc. Algunos vivieron algún tiempo con los indios, para progresar más en el conocimiento de la lengua, que pronto supieron porque una casualidad feliz los puso en contacto con Jemmy Button, el famoso fueguino inmortalizado por Darwin en su *Viaje de un naturalista*, que Fitz-Roy llevó á Inglaterra y en su segunda expedición devolvió á sus lares. Jemmy los guió en el aprendizaje del yagán, y merced á su ayuda, en breve tiempo pudieron explicarse.

Era ya hora, pues, de intentar la segunda fundación de la colonia misionera de Tierra del Fuego, como en efecto se hizo.

El 1° de noviembre de 1859, ocho años después del trágico fin de Gardiner, la goleta de la misión, procedente de las Malvinas, fondeaba en Wualaia, donde iba á desarrollarse un nuevo y sangriento drama.

Los indígenas hicieron en un principio demostraciones de amistad y trataron bien á los misioneros, que permanecían, sin embargo, á bordo. Pasaron así algunos días, y la confianza empezó á nacer. Cinco más tarde, todos, menos el cocinero de la goleta, se trasladaron á tierra.

Eran ocho personas: el capitán de la Allen Gardiner, un misionero, dos pilotos y los cuatro marineros que componían la dotación del buque.

Descuidados estaban cuando de pronto los atacaron traidoramente los indios.

No se dió cuartel. Los ocho perecieron asesinados.

Sólo se salvó el cocinero, que por su suerte se había quedado á bordo, y que luego pudo contar los detalles del suceso...

Segunda vez habían quedado burlados tan nobles

esfuerzos, y segunda vez la muerte había esterilizado la semilla de la misión.

Pocos años después, en 1862, se insistió de nuevo, pero esta vez para triunfar de todas las dificultades.

La South American Missionary Society nombró en aquella época «superintendente de la misión anglicana de Tierra del Fuego,» al reverendo mister Wasti H. Sterling, que debía residir en las Malvinas.

Sterling se estableció en ellas con su esposa y sus hijos, y después de muchos trabajos preliminares en el asiento futuro de la misión, logró contar con la benevolencia de los indígenas, familiarizados ya con los ingleses y convencidos de que nada tenían que temer de ellos.

Construyó entonces una casita de madera en la península de Ushuaia, y un año más tarde el misionero mister Thomas Bridges y el catequista Jhohn Lawrence ensancharon la pequeña colonia, levantando una casa más espaciosa que la primera, una iglesita-escuela, un asilo para huérfanos, y los ranchos necesarios para las familias indígenas que buenamente se habían reducido.

Llevaron al mismo tiempo algún ganado vacuno y ovino de las Malvinas, que—ya aclimatado allí—soportó bien las inclemencias de Tierra del Fuego.

Más tarde, en 1885, aumentó la misión con la presencia de la señora Hemmings, enviada de Inglaterra como partera y directora del asilo de huérfanos, á bordo de otro buque, el Allen Gardiner II, que ha prestado grandes servicios á los misioneros. En 1887 llegó también el reverendo doctor E. C. Aspinall, médico y misionero, que se estableció en Ushuaia.

La pequeña colonia cuenta hoy con una iglesia,

una escuela, una casa espaciosa ocupada por el reverendo Lawrence y su familia, otra para los huérfanos, siete para las familias indígenas, una herrería, una carpintería, dos depósitos de víveres, pesebres, etc., para animales. Estos edificios están rodeados por varias hectáreas de tierra labrada, limitadas por un cerco de estacones y divididas en jardines, huertas, corrales y patios.

Darwin, que no creía en que pudiera lograrse ese resultado y manifestaba su lástima por la suerte de los misioneros, admirado por el éxito conseguido, se hizo uno de los sostenedores pecuniarios de la misión, cuyo triunfo aplaudía calurosamente.

Cerca del modesto templo se ve, severo y triste, el cementerio en que descansan los restos de los primeros civilizadores de Tierra del Fuego. Nada llama la atención en él, nada turba tampoco la tranquilidad de los que allí duermen, después de terminada la tarea.

La misión posee hoy, además de sus edificios, 12 caballos, 180 animales vacunos, 50 cabras y unas 300 ovejas, sin contar las vacas y cabras que en pequeño número tienen los indios.

El reverendo mister Thomas Bridges se retiró de la misión diez años hará, para ir á poblar la península de Gable, á 35 millas de Ushuaia, en que el Gobierno argentino le había concedido una vasta extensión de tierra, convertida hoy en magnífica estancia, cuyos productos son famosos en el sur. Se sabe ya la inesperada muerte de mister Bridges, ocurrida hace poco en Buenos Aires.

Esta concesión última será sin duda la que ha hecho que el Gobierno nacional quite á la misión la península de Ushuaia para darla en arrendamiento á los señores A. Zavalla y C.ª No estoy bien ente-

rado del asunto, pero conozco varias solicitudes y notas elevadas por mister Lawrence al ministro del Interior, una de las cuales, fechada en 1897, dice entre otras cosas:

«No escapará á la ilustrada penetración del señor ministro, toda la razón y derecho que me asiste para tener la primacía (en cuanto á la posesión de la península), máxime cuando ya á mediados de 1892 me presenté al superior Gobierno solicitando lo que hoy vuelvo á pedir, y máxime también cuando los señores A. Zavalla y Cª jamás han hecho esfuerzo alguno por traer la civilización á Tierra del Fuego, como que son recientemente pobladores.»

Pero hay que examinar primero á qué título se hizo la concesión de la península de Gable, á la que según Bove, ya en 1882 pensaba mister Bridges trasladar la misión de Ushuaia. Dice el distinguido explorador:

«Todos esos inconvenientes (los que ofrecía la península de Ushuaia), son bien conocidos por el señor Bridges, el cual desea transportar la residencia de la misión al poniente de la isla (península) Gable, donde á un clima mejor va unido un terreno más vasto para pastoreo, en que abunda la leña y el agua, además de la ventaja de una frecuente comunicación con los onas, que, por causas ajenas á la misión, fueron hasta entonces descuidados y viven en el estado más primitivo. Pero mil obstáculos se oponen al deseo del señor Bridges, y entretanto, la isla Gable ha sido ocupada por dos ó tres familias indígenas con unas decenas de animales.»

Sea como sea, es doloroso para aquella gente que ha habitado tanto tiempo en esas tierras donde han nacido sus hijos, ya hombres, verse obligados á emigrar, en busca de otro asilo...

La tarde había avanzado bastante, cuando nos despedimos de mister Lawrence, señora é hijas, y de sus hijos Juan y Federico, los primeros guardias nacionales argentinos que hayan nacido en Tierra del Fuego.

Y acompañados por ellos hasta la playa, frente á la cual, y sobre el espejo de la bahía, la capital fueguina se veía envuelta en tenue gasa de vapores á la luz difusa del crepúsculo, nos embarcamos en seguida, para saltar minutos después á tierra gratamente sorprendidos por la placidez encantadora de la atmósfera, los efluvios del mar y del bosque, la claridad con que se dibujaban los detalles del paisaje á pesar de la incierta y vaga neblina flotante...

El comandante Godoy me dejó en libertad hasta la hora de comer.

—Querrá usted hacer una investigación por su cuenta—dijo.—No voy á incomodarlo más; pero... tenga cuidado de no perderse en las calles.

¡Grave peligro, en efecto, el dédalo intrincado de las calles ausentes de Ushuaia!...

—¡Gracias por las dos atenciones, señor gobernador! En efecto, bueno es que vaya por ahí á caza de datos. Pero no por eso se escapará usted del *reportaje*.

—Siempre á sus órdenes.

No tardé en encontrar en uno de los escasos sitios de reunión—por no llamarlos otra cosa,—á un antiguo vecino del territorio, con quien poco rato después charlábamos como viejos amigos, y que según parece, no deseaba otra cosa que desatar la lengua. Una botella de Panquehue avivó seguramente ese deseo. Se trató de la misión que acababa de visitar.

—¿Usted viene de la península?—me preguntó.

—De allá vengo.

—Yo conozco la misión desde 1884, cuando se estableció aquí la subprefectura. Entonces había 185 indios, el misionero era Bridges, con su señora, su cuñada y cinco hijos; estaba también Lawrence, como catequista, con su mujer, una cuñada y cuatro hijos. Armstrong, el maestro de escuela, no tenía familia, y era el único soltero, pues el herrero Whaito tenía á su mujer y dos hijos. Así, con familia, yo también sería misionero.

—¿Y esa era toda la población blanca de la misión?

—No, señor. Estaban también la señora Hemmings, otra cuñada de míster Bridges, el patrón de la goleta, el piloto, el cocinero y cinco marineros. Pero esos andaban en continuos viajes á la otra misión, la de las Malvinas, que tenían á su cargo dos familias de once personas. Allá se llevaron muchos indios, decían que era para enseñarles oficios y á trabajar en el campo... Si los pobres estaban tan bien como aquí...

—¡Qué! ¿No estaban bien?

—Bastante peor que ahora. Sólo dos tenían habitaciones regulares... para ellos; los demás se contentaban con sus wigwams, que eran una indecencia. Sin embargo, sé que en Londres se publicaban cartas diciendo que los indios poseían ganado y qué sé yo... Figúrese... Los pobres no podían vender nada sino á los misioneros, y éstos cobraban cuatro libras esterlinas y diez chelines por cada animal vacuno. Si un indio llegaba á tenerlos y los vendía—á los misioneros naturalmente,—el importe quedaba en la misión para los gastos del dueño. Así se aumentaba la ganancia...

—Me parece que usted exagera y tuerce la in-

tención de las cosas. Querrían evitar con eso que se explotara á los pobres indios y se les envenenara con bebidas alcohólicas...

—Puede que sea así, pero... Mire: solamente los misioneros podían comprarles cueros de nutria y de lobo, y no les pagaban más de media libra de té y media docena de galletas. En cuanto á los demás trabajos se retribuían sólo con la comida; y no eran livianos, créame: cultivar la quinta, cortar leña, hacer casas, cargar y descargar los barcos, cuidar los animales de la misión y los que tenían los misioneros, hacerlo todo en fin... Y todavía buscaban mariscos, y pescado para sus familias, porque la misión no daba de comer sino á los que trabajaran, y eso escasamente. A las seis ya debían estar en pie; media hora después les daban un cocimiento de harina de avena con un poco de leche de vaca, y desde las siete hasta las doce, á trabajar, y duro... De doce á una se repartía el rancho: un potaje con galleta, unos porotos, harina de avena, un puñado de arroz, unas cuantas papas, verdura inferior y algún hueso sobrante de la comida de los misioneros. Y vuelta al trabajo hasta las seis... A las seis y media, cuando ya se caían de debilidad, á ellos, acostumbrados á comer todo el santo día en las épocas de abundancia, les daban un jarro de té puro y un par de galletas...

—Carga usted las tintas del cuadro, ¿no?

—Pregunte á cuantos vinieron el 84 con la expedición de Laserre, que tomó posesión de esto, izando el pabellón argentino en lugar del inglés que ponía míster Bridges en su casa. ¿Vió cuando llegó el Villarino, una bandera argentina enarbolada en la península? La pone siempre Vicente, el alcalde—un criollo casado con una india,—en el

mismo lugar en que hasta 1884 se veía la inglesa...

—¿Y Bridges no discutió el cambio?

—¡Qué esperanza! Dijo que no sabía que esto fuera nuestro, y que no tenía inconveniente... Creo que se le prometió dejarlo donde estaba ya y no incomodarlo nunca. Así por lo menos se ha hecho hasta ahora.—Bueno, pues. Además de la comida, les daban algunas ropas usadas que enviaban de Inglaterra, pero apenas suficientes, y sólo á los trabajadores, que si querían más abrigo tenían que comprarlo con el producto de los cueros, ó pagándolo con trabajos especiales. Lo mismo pasaba si querían ropa para su mujer y sus hijos... Pero á muchos se les acabaron pronto las penurias, porque pocos meses después de establecida la Subprefectura, vino una epidemia que sólo dejó á unos quince hábiles para el trabajo, aunque los misioneros hubieran traído más de cincuenta de la isla Wollaston... Descansen en paz. En cualquier parte estarán mejor.

Y á guisa de *Amén* á esta oración fúnebre, se echó al coleto un gran vaso de Panquehue.

—Al año siguiente les vino otro buque, y con él más personal. Por cada indio había entonces tres misioneros... ¡hágase usted cargo!

—Pero los fueguinos se civilizarían mucho más rápidamente de ese modo, me parece.

—¡Oh! Lo que querían era que trabajaran y les dieran provecho, sin pensar en otra cosa. Eran muy comerciantes. Mister Bridges decía en 1884, que desde el 12 de octubre al 30 de noviembre había ganado mil cuatrocientos pesos líquidos vendiendo víveres y ropas á las tripulaciones de los buques y de las oficinas nacionales. ¡Qué les im-

portaba de los indios!... Mírelos ahora mismo: apenas saben malamente cuatro palabras de inglés y dos ó tres de castellano, que las han aprendido de los marineros; en cambio, han adquirido todos los vicios...

—Eso no es culpa de la misión. Me consta que mister Bridges nunca ha querido venderles licores... ni siquiera tabaco...

—Pero la tripulación de los barcos de la misión les enseñaba, y otros les vendían... y les venden ahora mismo, aunque el Gobernador lo haya prohibido, y castigue duramente á los borrachos. La sociedad comerció mucho y con gran éxito en pieles, y los misioneros no dejaron de hacerlo, también, por su cuenta, á pesar de los reglamentos; ¡oh, yo sé muy bien todo eso! Hasta se supo en Londres, como que hubo apercibimientos y suspensiones que alcanzaron al mismo capitán de la Allen Gardiner. No se forman estancias y se viaja á Inglaterra, á Punta Arenas y á Malvinas sólo con el sueldito, aunque sea á oro...

—¡Es usted perverso!

Me miró con una sonrisa, apuró otra vez la copa, y contestó tranquilamente:

—Soy el único que puede, aquí, decirle la verdad respecto de la misión, porque no soy ni amigo ni enemigo de ella. Ha progresado materialmente desde que se establecieron las reparticiones nacionales; pero, entienda usted bien: la misión como *establecimiento*, no los indios. Los empleados, que llegaban muy pobres, los ayudaban á comerciar, y no naturalmente civilizando á los indios, sino aprovechando sus fuerzas. Y tanto progresó, que obtuvo la concesión de la península de Gable ó de Down East *(abajo al este)*, como la llaman los misioneros,

que ya entonces habían hecho allí una casita y fundado una chacra con unos cuantos indios y una docena de vacas. Gable es el terreno mejor para agricultura y ganadería de todo el canal; pero Bridges, que lo sabía, se cuidaba de no propalarlo, para lo que le servía admirablemente la fiebre del oro que dominaba á los argentinos, hasta el punto de no permitirles ver lo fácil que era enriquecerse por medio del trabajo en estos ricos campos. La concesión fué hecha á nombre de mister Bridges, que dejó de pertenecer á la misión, creo que por resolución de la South American Missionary Society, pero sin que se hiciera ruido alguno alrededor del asunto. Lo más curioso es que, mientras esto ocurría, los boletines de la Sociedad aparecían llenos de amargas quejas contra las autoridades argentinas que perseguían á sus misioneros, etc., etc... Ya ve usted.

—¡Vaya, vaya! ¿Sabe que es curiosa la historia, tal como usted la cuenta?...

—Curiosa y verídica. Por otra parte, es la historia de la mayoría de las misiones de todas las sectas y en todos los países. Créame usted ó no me crea, las cosas han pasado tal como se las cuento, y no han de faltarle testimonios de que es así.

—¿Y la misión de Ushuaia se ha ramificado?

—Sí; además de la estancia de Gable, que no puede considerarse como tal, hay otra pequeña en la isla de Wollaston, que regentan dos hijos de mister Lawrence, mocetones altos, fuertes y robustos que hacen honor á la Tierra del Fuego en que han nacido, por su desarrollo físico. También hay otra en Tekinika; es la que mister Burleight fundó en 1888 en Wollaston y que después se trasladó allí.

Era hora de ir á reunirme con el comandante Godoy, así es que me despedí de aquel Aristarco de la misión anglicana, á quien había escuchado para oir el contra, después de conocer el pro. Pero antes de marcharme:

Usted debe estar muy al corriente de la historia de Ushuaia—le dije.

—¡Ya lo creo!

—¿Y me la contaría?

—Con mucho gusto.

—¿Mañana?

—Cuando usted quiera.

—¿Aquí?

—Aquí ó en cualquier otra parte; yo lo buscaré temprano.

V

La noche de Ushuaia.

Acabábamos de comer y estábamos fumando en un saloncito del chalet del Gobernador, junto á una estufa bien repleta, cuando hice un esfuerzo para sacudir el entorpecimiento producido por las andanzas del día y la *bonne chère* que les sirvió de recompensa.

—Vamos al reportaje, señor Gobernador.

—Pregunte usted.

—Y apuntaré al mismo tiempo. De aquí va á salir, lo menos, un catecismo fueguino.

En efecto, me limitaré á copiar aquella serie de preguntas y respuestas, inconexa al parecer, pero que da idea clara de la situación actual de Tierra del Fuego en su parte argentina. Comencemos.

—¿Cuáles son las poblaciones principales del territorio?

—Naturalmente ésta, Ushuaia, la capital. Pero la agrupación mayor es el Páramo, ya sabe, al norte de la bahía de San Sebastián, el establecimiento minero que fundó Popper. Hay también algunas estancias verdaderamente importantes, como la que acaba de formar Menéndez—el de Punta Arenas—al norte, invirtiendo en ella medio millón

de pesos más ó menos; la de Bridges, en Gable, de mucho menor capital, pero que vale la pena; la que está formando la viuda de Noguera, y que será de primer orden; la que la Sociedad Explotadora tiene á nombre de Mores Braun; la de mister Wells en el río Cullen... Y otras más, fundadas recientemente al norte, y sobre el canal del Beagle, como las de Pietranera, la de Luis Isorna, que tiene una casa de comercio aquí, la de Drouman, primer maquinista del Villarino y yerno del pastor anglicano, una de Lawrence, otra de Romero y otra de Maupas, que poblará este año... Otros pobladores han venido, más vendrán, de los que han comprado tierra en remate, y esto seguirá progresando lenta pero seguramente.

—¿La ganadería es la industria principal de esos establecimientos?

—La ganadería, sí.

—¿Y la madera?

—Tiene usted el obraje de Lapataia, uno que acaba de fundar Ravié, y pare de contar...

—¿Cuánta se exporta?

—No sé.

—¿Cómo que no sabe, Gobernador?

—No. Una resolución superior impide á la gobernación que haga oficialmente esa comprobación estadística tan necesaria.

—¿Y eso por qué?

—Vaya usted á saberlo, cuando hay una ley reglamentando el aprovechamiento de los bosques nacionales... Cosas de nuestra tierra, amigo, que usted, como periodista, debe conocer de pe á pa, y que le habrán hecho protestar muchas veces...

—Cierto; y, ¿qué árboles se aprovechan fuera de los fagus?

—El cálafate, que los naturalistas llaman *berberis*, el canelón ó magnolia, *drymis*, y otros que no se han clasificado todavía. Los primeros son más bien arbustos que árboles.

—¿Quiere que volvamos á la ganadería? ¿Cuántas ovejas hay en este momento en Tierra del Fuego?

—Setenta mil más ó menos, que producen anualmente de siete á ocho libras de lana y tienen un aumento cuyo mínimum es de noventa por ciento al año. Esta es la región más apropiada para la cría de ganado lanar. Las ovejas se desarrollan aquí mucho mejor que en el continente, dan más lana, y no sufren por ahora otra enfermedad que la sarna. Y esta misma es muy poca.

—¿Y la lana es de buena calidad?

—Excelente, limpia, seca. La que se ha vendido este año en Londres, obtuvo siete ú ocho peniques la libra. Aquí podrían establecerse criaderos de reproductores que darían resultados maravillosos. Se puede disponer todavía de 350 á 400 leguas de campos magníficos, con abundantes aguadas, y pastos flor; más de sesenta variedades, en su mayoría gramíneas.

—Esto en cuanto al ovino; el vacuno prospera poco, me parece.

—No hay que olvidarse de que esto se comienza á poblar apenas desde hace año y medio. No se ganó Zamora en una hora. Sin embargo, puede calcularse que habrá hoy sus dos mil cabezas. El ganado es, en su mayor parte, mestizo; aquí, sobre el Beagle, predomina el Polled Angus. Animales yeguarizos hay de mil doscientos á mil quinientos, especialmente al norte: son los que se destinan á los trabajos del campo, y en las expediciones es muy

difícil procurárselos, pues no los facilitan gustosos los hacendados, á quienes hacen mucha falta.

—Pero, ¿se aclimatan bien?

—Muy bien en las regiones secas del norte y el este; al sur sufren por la humedad del suelo. Pero aquí mismo habrá más tarde caballos, como los hay en las Malvinas, que presentan, sin embargo, iguales inconvenientes; todo es cuestión de tiempo, de trabajo y de perseverancia, y todo se haría muy rápidamente si el Gobierno nacional ayudara un poco...

—Y no ayuda—interrumpí.—Ya lo he visto en toda la costa sur, donde la gente está abandonada á su suerte, cuando no se propende á empeorarla. Pero creí que Tierra del Fuego estuviese en mejores condiciones. Se hace tanto ruido alrededor de ella...

El gobernador Godoy me miró con una sonrisa medio burlona, medio entristecida.

—¡En mejores condiciones!—exclamó sarcásticamente.—¡En mejores condiciones!... Cuando vuelva á Buenos Aires, vaya al Ministerio del Interior y al de Hacienda, y verá mis rimeros de notas, inútiles, completamente inútiles, porque no les han hecho caso, aunque tratara de asuntos de vital importancia para el territorio.

Y me explicó parte de sus proyectos, tendentes á fomentar el desarrollo de la población y á radicar en la isla á muchos que la frecuentan periódicamente, en busca de oro ó á caza de focas. La dificultad insuperable de mantener una vigilancia siquiera medianamente eficaz con los escasísimos elementos policiales que tiene la gobernación, da ancho campo á los mineros merodeadores, que llegan al territorio, hacen su cosecha de pepitas ó

arenas, y se van á Chile á convertirlas, sin dejar provecho alguno al país que se las procura. Lo mismo ocurre con los cazadores de lobos, que mandan sus productos al extranjero, y que no pueden ser perseguidos ni coartados en su acción, porque no hay con qué recorrer los innumerables canales, pasos, bahías, ensenadas, abrigos invisibles de que está sembrada la Tierra del Fuego, y en que andan y se cobijan las goletas de unos y otros.

De este modo la prohibición del lavado de oro y de la caza de anfibios es sencillamente irrisoria.

Lo único que se logra con ella, es que la República, burlada, no alcance ningún beneficio de sus riquezas que van á fomentar poblaciones de otros países menos escrupulosos, y para quienes ese comercio y ese estado de cosas es de conveniencia suma, como que les procura grandes elementos de vida.

A juicio del comandante Godoy, el Gobierno nacional debía declarar libre el lavado del oro, para los colonos ya establecidos en la Tierra del Fuego, que se encargarían, por propia conveniencia, de ahuyentar á los intrusos, atraerían á otros pobladores fijos, y propenderían indirecta pero eficazmente al progreso de esos lugares hoy desiertos, ó frecuentados por aventureros que escapan apenas logran su objeto y reunen un puñado de oro.

Dando ese paso salvador, abriendo de par en par aquellas tierras á la iniciativa de los hombres rechazados de los grandes centros por escasez de recursos para formar un capital y asegurarse medios de vida, las carpas de mineros adventicios que se alzan hoy en las playas auríferas cederían su puesto á casas sólidas y estables, primer núcleo de los pueblos que en el futuro han de formarse sobre

el maravilloso canal, y en la costa este, bañada por el Atlántico. La piratería, que impide el progreso y abre caminos ocultos por donde escapa nuestra riqueza, concluiría de ese modo, sin requerir mayor esfuerzo de las autoridades, y nadie iría con sus manitas lavadas á usufructuar una fuente de recursos, cuya abundancia no se conoce aún, que no puede desdeñar el erario, y que vale más todavía como factor de progreso que como productora de renta.

Pero esto necesitaría un complemento de mucha eficacia, como sería la venta fácil de tierra en pequeños lotes para los que desearan poblar.

La baratura de los terrenos de Ushuaia, por ejemplo, es sólo aparente. Cada lote cuesta «dos pesos» moneda nacional, es cierto, pero los compradores no pueden hacer la operación en Tierra del Fuego, sino que tienen que venir á Buenos Aires á tramitarla en el ministerio, ó nombrar un apoderado que se encargue de ella, con los gastos y tropiezos consiguientes.

Además, ¡hace tres años que no se escritura un solo lote!

—¡Pues señor!—decíame el comandante Godoy; —¿hay confianza ó no la hay en los gobernadores que nombra el ejecutivo nacional? Si la tiene, ¿por qué no los deja obrar, bajo su directa, su inmediata responsabilidad? Si no la tiene, ¿por qué los nombra, por qué no los cambia? El papel de los gobernadores de territorio es bien triste en la actualidad, pues no se atiende á lo que dicen y aconsejan, no se les deja hacer, y muchas veces, á pesar de su dictamen, á pesar de los fundamentos positivos en que se basa éste, se dan concesiones ó se dictan leyes que significan un enorme paso atrás,

una verdadera desgracia para el pueblo que están aparentemente llamados á proteger. Mire usted.

Y por el cristal de la ventana me mostraba el espeso bosque, intrincado y negro, que rodea al pueblo como una muralla, y que la luz de la luna iluminaba con resplandor confuso.

—¿Adónde quiere que se extienda Ushuaia mañana? ¿No le parece urgente desmontar ese bosque? ¿No hay visible necesidad de preparar el terreno para los que han de venir, para los que vienen ya?... Pues el Gobierno ha prohibido el corte de madera en la capital, sin y con reglamento... El primer beneficio que se obtiene con esto, es que la gente no tenga en qué trabajar...

Y después de una pausa añadió:

—La Tierra del Fuego sería diez veces lo que es hoy, si el Gobierno nacional hubiera hecho por ella la cuarta parte de lo que debió hacer.

Aquí sería conveniente abrir un paréntesis, para demostrar cómo la Argentina ha heredado de España su falta de aptitudes de colonizadora, que constituirá un peligro si se continúa en el mismo rumbo; para demostrar la orfandad en que se encuentran los territorios, como punto inicial de una posible disgregación; para recordar que Inglaterra envió á éstos sus exploradores y avanzadas en forma de misioneros, conociendo el mérito de esas tierras; para presentar á estos desiertos detenidos en su progreso por las rapiñas mezquinas, más perjudiciales y retrógradas—aunque parezca paradoja,—que los grandes negocios leoninos, que dejan siquiera algún rastro de adelanto, para cubrir las apariencias... Pero temas son que exigirían extenso desarrollo; preferible es limitarse, por ahora, á recomendarlos á la atención de los hombres de go-

bierno, para quienes ni deben ni pueden pasar desapercibidos.

El comandante Godoy continuó exponiéndome la situación de Tierra del Fuego, que es de las más precarias; la gobernación no cuenta ya ni con el aserradero del presidio, que antes le permitía llevar á cabo muchas obras de utilidad general, como la capilla, los galpones, el mismo aserradero, la casa del Gobernador, los calabozos, las dos panaderías, la casa-quinta, la escuela, y las varias embarcaciones, chatas, botes, etc., que han costado una insignificancia y valen hoy cerca de cien mil pesos, según estimación de personas competentes é imparciales. Rodeados de cortapisas é impedimentos, ni el Gobierno ni los particulares pueden hacer nada de provecho para la región. Hasta la cárcel de reincidentes, con pretensiones de colonia penal, de la que nada tiene, no hace sino ocasionar gastos sin resultado, porque no se envía á ella sino valetudinarios ó individuos inútiles para el trabajo, que muchas veces no quedan allí sino cortísimo tiempo, como que ha habido casos en que, condenados mandados de Buenos Aires *¡han cumplido su condena á bordo de los transportes*, antes de llegar á Ushuaia!... Otros están un mes, dos, en la cárcel, y apenas comienzan á darse cuenta de lo que es aserrar una tabla, cuando ya hay que ponerlos en libertad, para que vuelvan si quieren al teatro de sus fechorías, ó vayan de incógnito á Punta Arenas, donde no los admiten á cara descubierta.

En averiguaciones ulteriores, supe que esa cárcel tiene un personal de diecinueve empleados con sueldos mensuales por valor de dos mil cuatrocientos veintiséis pesos, y una partida, también mensual, de cuatro mil para racionamiento y vestuario.

Cuando estuve en Ushuaia había veintiséis presos; meses antes, en diciembre, sólo dieciséis, de manera que para cada preso había un empleado, y aun sobraban tres. El director titular, señor Della Valle, estaba con permiso en la capital federal, y según parece, las cosas no marchaban bien en su ausencia, pues hallábanse suspendidos por el subdirector, el alcaide y el ecónomo, y varios empleados subalternos habían presentado su renuncia. Los presos, por otra parte, hiciéronme llegar una queja contra el subdirector, en que dicen:

«Desde el 4 de febrero, que reclamamos al alcaide interino, celador Guerchi, por lo insuficiente de la alimentación, se nos castigó acortándonos la ración, que se redujo desde entonces á lo siguiente: por la mañana media ración de carne y caldo, privándonos del asado; por la tarde media ración de caldo que no es tal, pues carece de todo condimento alimenticio. Esto es insuficiente hasta para un niño, de modo que el primer castigo que nos ha impuesto el señor subdirector es el hambre, sin escucharnos ni por mera fórmula.

»Desde hace doce días—dicen más bajo,—no se nos deja atender á nuestro aseo personal, como tampoco al de nuestras ropas; no nos permiten salir de la *cuadra*, que es un vasto foco de infección, llena de residuos de toda especie, completamente cerrada y sin ventilación, y donde nos alojamos diecinueve personas, entre ellas un tísico en el último grado...

»La otra tarde, por reclamar el alimento que no se le había dado, á uno de nuestros compañeros de infortunio lo abofetearon, lo apalearon, y esto ocurre muy á menudo desde que está el alcaide interino, quien abusa de todas maneras de su poder.»

Firmaban esta comunicación diecinueve de los veintitantos presos de la cárcel, algunos de ellos célebres en los anales de la policía bonaerense. Bastante habrá, sin duda, que rebajar de su protesta; pero la base ha de existir, y no es justo cerrar los oídos á quien tan amargamente se queja.

Sería oportuno, como opinaba el Gobernador, sustituir esa cárcel de reincidentes, que á nada conduce, por una colonia penal en toda regla, con hombres y mujeres no culpables de delitos infamantes, y que aún pudieran rehabilitarse, á quienes se incitaría á formar familias, dándoles tierra y útiles de trabajo con que volver á la vida honrada. El doctor José Luis Cantilo demostró ante el congreso científico latino-americano la utilidad de dichas colonias, fundándose:

«En el aumento de la criminalidad que provoca la inmigración, las deficiencias de nuestras cárceles, las controversias de los grandes maestros sobre el sistema celular, y sus conclusiones favorables á la colonización penal.»

«Recordad—decía al congreso,—que los fracasos de este sistema se deben principalmente al egoísmo, á la crueldad ó á la inepcia, que siempre ha mejorado la condición del culpable, y que en todos los casos—aun en los de abandono de la metrópoli, como ocurrió en Australia,—las colonias han prosperado dando resultados excelentes; recordad el éxito brillante de Inglaterra; el orden y el progreso reinantes en Nueva Caledonia; las reformas españolas; la sabia organización portuguesa, los antecedentes argentinos y los de algunos otros países americanos; la opinión favorable de gobiernos y hombres de estado; recordad las excelentes condiciones de nuestros vastos territorios del sur y los

muchos informes favorables que han merecido... Llamad la atención de los gobiernos. Decidles que en lugar de construcciones infectas, estrechas, mezquinas, dediquen una pequeña parte de los vastos territorios despoblados, á la regeneración del culpable; que establezcan colonias bien organizadas, que den al condenado útiles de trabajo y concesiones de tierra; que le permitan vivir en familia, etc...»



Aserradero, Ushuaia.—Tierra del Fuego.

Los penados que colonizaran en Tierra del Fuego, podrían dedicarse al ramo de aserradores y carpinteros, y especialmente á la carpintería naval, para la que se presta admirablemente la madera del fagus, como lo prueban las diversas embarcaciones que se utilizan en Ushuaia; esto daría gran in-

cremento, no sólo á la industria, sino también á la navegación de aquellos mares. Además, los aserraderos establecidos y que se establezcan, tienen asegurado su porvenir, por la aceptación cada vez mayor de sus productos, que antes encontraban grandes resistencias porque la madera aparecía en el mercado sin estacionamiento, y procedente de los cortes de verano, en cuya estación es poco apta para construcciones, lo es menos para muebles, y se raja ó pudre fácilmente. Aquellos árboles magníficos, que por término medio tienen doce metros de alto por cuarenta centímetros de diámetro, alcanzando á menudo á proporciones mucho mayores—he visto ejemplares de un metro de diámetro en Lapataia,—han sido calumniados y denigrados públicamente, aunque se expendieran bajo otros nombres, como el de guindo por ejemplo, y se utilizaran mucho en mueblería. El informe del ingeniero Duclout, que les hacía justica, y más que todo la práctica, desvanecerán pronto las últimas preocupaciones que se abrigan en su contra,pero *siempre que se corten* con todos los cuidados que la experiencia aconseja. De otra mánera, su descrédito inmerecido perdurará.

—Cuando la gobernación tenía el aserradero—díjome el comandante Godoy,—se regalaba madera á todo el que quería poblar. Hoy no se da, ni se vende.

Una facilidad más que se ha perdido, para el desarrollo de aquella población, de aquel territorio que, como todos los nuevos que no ofrecen grandes elementos de vida, necesita que se creen artificialmente éstos en un principio, y que no se le abandone mientras no tenga fuerza suficiente para manejarse solo.

Llegados aquí, cortamos la conversación, que había sido larga.

—¿No quiere que demos una vuelta?—preguntó el Gobernador.—La noche está muy linda.

—Vamos.

Y salimos de su casa. La noche estaba realmente espléndida, aunque bastante fría. Las siluetas de las montañas veíanse como enormes manchas de azul obscuro, casi negro sobre la tinta más pálida y blanquecina del cielo alumbrado por la luna, y en que flotaban aquí y allá grandes nubes bajas, pesadas y lentas, que se retiraban ahuyentadas por el frío. Ushuaia parecía dormir ya profundamente; sólo una que otra luz velaba aún, tras los vidrios de alguna ventana. Pero apenas salimos llegaron á nosotros notas ruidosas y confusas de instrumentos de cobre, que tomaban extrañas sonoridades en aquel silencio y en aquella soledad.

—¿Qué es eso?

—La banda de música que se ensaya.

—¡Ah! ¿Y quiénes la componen?

—El juez de paz, algunos empleados de la gobernación y varios vecinos... Han tenido gran éxito en el carnaval, aunque su saber no sea extraordinario, ni mucho menos. ¡Qué quiere! en algo se ha de pasar el tiempo, y nuestro público no es exigente. Un poco de ruido, y basta. Se formó una comparsa, cuyo mérito exclusivo consistía en que formaba parte de ella casi toda lo población, lo que la ponía al amparo de la crítica... ¿Quiere que vayamos á casa de Fique?

—¿El de la fábrica de conservas y de «El primer argentino», cuyo letrero he visto desde á bordo?

—El mismo.

—Vamos allá. Y á propósito ¿hay muchas casas

de comercio en Tierra del Fuego, fuera de las de Ushuaia?

—Algunas, más ó menos importantes: la que tiene mister Bridges en Haberton, donde no vende alcoholes ni tabaco, y otras en Sloggett, en Río Grande, en San Sebastián, en alguna isla chilena, una para los peones del aserradero, en Lapataia, y pare usted de contar.

Llegamos á casa de don Luis Fique, en cuyo almacén se entretenían algunos trasnochadores tocando la guitarra, para acabar alegremente el domingo. Un rato de conversación con aquel antiguo poblador de Tierra del Fuego, nos hizo saber que el pequeño vecindario está muy desazonado con la prohibición del corte de maderas, y con las dificultades que se le oponen á cada paso para su desarrollo. Los comerciantes sufren también mucho por el mal servicio de... los eternos transportes, que ya iban siendo para mí una pesadilla.

—Nosotros, que no podemos comprar grandes partidas de nada, por falta de capitales, nos quedamos á menudo sin ciertos artículos de primera necesidad, porque el transporte no los ha cargado en Buenos Aires. Esto es la ruina del comercio.

Hablamos también de la fábrica de conservas á cuyo frente está don Luis, y que no funciona ahora, aunque sus productos, los exquisitos mejillones cuyas primeras remesas tuvieron tanto éxito, merezcan indudablemente la aceptación y el entusiasmo de los gastrónomos.

La fabricación ha tenido que suspenderse por varios motivos, entre ellos la escasez de obreros prácticos en las diversas y delicadas operaciones que ha menester una conserva para que su buena calidad quede garantizada. Sobre todo se necesitan

soldadores que cierren las latas con rapidez y perfección al mismo tiempo, pues de una y otra cosa depende la ganancia del establecimiento industrial.

Esta dificultad se reagravó con el hecho de que una partida que trajo á Buenos Aires un transporte, mal estibada y en un sitio demasiado caliente por la cercanía de la máquina, se echara á perder completamente, desprestigiando al artículo que sin embargo es bueno, y que está llamado á hacer competencia, quizás victoriosa, á la ostra conservada.

Los mejillones, que duran indefinidamente en Ushuaia, parecen no soportar bien temperaturas muy elevadas; pero esto es sin duda cuestión de procedimiento, y las nuevas estufas esterilizadoras harán desaparecer el inconveniente cuya causa no está bién averiguada todavía, aunque con toda probabilidad consiste en el modo de envase. Yo he traído algunas latas, que llegaron en perfecto estado.

La fábrica de Ushuaia puede producir hoy mismo bastante para un consumo regular en nuestro país y en Chile, donde sus productos se venden con el nombre de *choros al natural*, como aquí se llaman mejillones de Tierra del Fuego.

Algunos detalles sobre estos moluscos serán interesantes. Viven en las rocas que cubre la marea, y también en los fondos de piedra, donde alcanzan enormes proporciones: los he visto de más de un palmo. Su crecimiento es, sin embargo, lento, y no llegan sino en muchos años á un completo desarrollo. Se alimentan al parecer de cachiyuyo, y tienen una parte amarga como hiel que hay que sacarles cuando cocidos, y que tiene el aspecto de una plumita de barbas escasas y duras. Abundan de una manera asombrosa, y pueden dar alimento á cien

fábricas, pues los hay en casi todas las costas de Tierra del Fuego, que ocupan centenares de millas por el sinnúmero de islas, penínsulas, cortes y recortes, y también en la Isla de los Estados, de perímetro más caprichoso todavía.

Pero la recolección es difícil en invierno, por la insoportable frialdad del agua, y por la particularidad de que el mejillón sólo está *gordo* en el período de la luna llena, enflaqueciendo luego hasta quedar como un pellejo coriáceo en la luna nueva. Parece que sólo comen cuando Selene está en todo su esplendor, y ayunan y se purgan el resto del tiempo.

Esto, que en un principio se creyó conseja, ha sido demostrado por la experiencia, pues en la fábrica se vió que cuando había luna llena bastaba para llenar las cajas la mitad y aun la tercera parte de los mejillones que se necesitaban otros días.

No dudo de que esa industria prosperará muchísimo en época no lejana, procurando nuevos elementos de progreso á la Tierra del Fuego, y sirviendo de punto de partida á otras industrias similares, como la conservación de pescado, calamares —que los hay exquisitos y en abundancia,—langostinos, etc.

—¿Y pondrá usted nuevamente en movimiento su fábrica?—pregunté al señor Fique.

—En eso pienso, pero no lo haré tan pronto—me contestó.—Es necesario, antes, contar con un buen servicio de cargas, que no nos exponga á eternizar la mercadería en los depósitos...

Industriales, ganaderos, comerciantes, toda la población del sur reclaman la solución de un problema que está resuelto por sí mismo. ¿Cuándo lo comprenderá el Gobierno nacional, é incorporará

de veras aquellos territorios á la vida del país?...

La conversación era muy amena, pero el sueño reclamaba sus derechos. Salimos, y nos dirigimos á la Casa de Gobierno, donde tenía preparada mi habitación.

En el comedor quedaban todavía algunas personas, y entre ellas el juez Salvadores que me preguntó cuál era mi programa para la mañana sigujente. Olvidado de la cita con mi sardónico amigo de aquella tarde, y dominado por una idea que me sugirió la conversación con Fique:

—¿No hay mejillones?—pregunté.

—Sí, á cuatro ó cinco cuadras hay un hermoso criadero; y ahora estarán buenos, porque la luna es propicia.

—¿Qué tal si nos desayunáramos mañana con un par de docenitas al pie de la vaca? ¿Me acompañaría usted?

—Con mucho gusto.

—Yo le mandaré limones y vino blanco—dijo galantemente Godoy.

—¡Magnífico! Mañana bien temprano, ¿eh, señor Salvadores?

—Yo mismo lo despertaré.

Y un rato después extrañaba yo, en sueños, la inmovilidad de la cama, acostumbrado al vaivén de mi cucheta del Villarino, que en las noches de calma parecía una cuna. Y estuve en Buenos Aires, con los míos, de quienes hacía mucho más de un mes que estaba separado, absolutamente separado, sin noticias, como si me hallara á millones de leguas de la civilización.

VI

Historia é historias.

Al día siguiente muy de mañana fué á buscarme mi interlocutor de la víspera, deseoso de cumplir el ofrecimiento de relatarme á su modo la historia de Tierra del Fuego. Afortunadamente llovía á cántaros y habíamos tenido que abandonar con el juez Salvadores la expedición *marisqueadora*, los limones y el vino blanco del desayuno. Me encontré, pues, en disposición de escuchar á mi hombre, que me invitó á seguirle á nuestro escondrijo de la víspera. Una caja de sardinas, un pedazo de pan y una botella de vino Panquehue suplantaron á los mejillones, y dieron ánimo al narrador, que comenzó por el principio.

—El 84—dijo,—la expedición Laserre estableció con gran gasto la Subprefectura de San Juan del Salvamento en la Isla de los Estados, y la de Ushuaia, esta última en octubre. Cuatro meses después, ya teníamos gobernador. En efecto, en febrero de 1885 nos llegó el teniente de fragata Paz, primera autoridad de Tierra del Fuego, que después de un rápido viaje de cinco días alrededor de la isla, se fué de nuevo á Buenos Aires, con todos los

datos que creyó necesario para el establecimiento de la gobernación, que determinó se hiciera en Ushuaia. ¿A que usted no ha visto nunca una cosa semejante? ¡Así se pagan esas improvisaciones! Hoy se trata de llevar la capital á Río Grande, donde indudablemente estará mejor, y donde debió establecerse desde un principio... Pero el señor Paz se guió por informes de los misioneros que no conocían el territorio al norte y al noroeste del cabo San Diego, y que no podían darle, por lo tanto, un buen consejo... ¡Qué quiere usted! Ahora hay que rehacer lo hecho y perder lo gastado, que no ha producido beneficio alguno, para irse más al norte, donde afluye la población... Están buenas estas sardinas.

Las había acabado, y fué menester pedir otra caja, que le pareció superior, por la muestra, á la primera.

—Pues, con el Gobernador—continuó entre bocado y bocado,—vino cantidad de empleados ávidos, de excelencias, como decía Popper. ¡Oh! Los recuerdo uno por uno, como si acabaran de llegar. El señor gobernador Paz, en primer término; su secretario, en segundo; un jefe de policía, un comisario, un ingeniero agrónomo, dos escribientes, un herrero, un carpintero, un sargento, dos cabos, dos ordenanzas, un peluquero, una sirvienta que revistaba como gendarme, una cocinera, un despensero, un cocinero de oficiales, otro de tropa, dos asistentes y siete gendarmes. Si desea usted que le diga los nombres de toda esta gente...

—No, muchas gracias, no es necesario... Pero, ¿cómo conserva usted tanta cosa en la memoria?...

—¡Oh! Aquí todo es acontecimiento, y ¡hay tan poco que recordar!... Llevaban también víveres

para racionar á treinta familias de indios que quisieran instalarse en rededor de la gobernación. Pero éstas nunca pasaron de cinco. La capital fueguina quedaba fundada. Sólo en junio de 1886 se acordó el señor Gobernador del territorio que tenía bajo su mando, y resolvió visitarlo. Para eso se embarcó en el «Comodoro Py», con un cabo y cuatro gendarmes, é hizo rumbo á San Sebastián, de donde iba á salir para explorar el norte y el nordeste de Tierra del Fuego...

—¿Y tuvo buen resultado la expedición?

—Verá usted; no se impaciente. Desembarcó al sur de la bahía en cuestión, é instaló allí su campamento... A las cuarenta y ocho horas, y sin haber intentado algo que se pareciera á una exploración, determinó emprender viaje de regreso, como efectivamente lo hizo. Sin embargo, poco tiempo después, y sin que precedieran más investigaciones, el ministro del Interior recibía en Buenos Aires un extenso informe, en que se le hablaba de descubrimiento de arenas auríferas—halladas por otros—en aquella región, de la aridez de las tierras que hoy se disputan los ganaderos, de numerosas y sanguinarias tribus de indios que cerraban el paso al hombre blanco, y otras lindezas semejantes. Al mismo tiempo se aprovechaba la oportunidad para pedir fondos con el objeto de trasladar á Buen Suceso la prefectura de Ushuaia, y de fundar una comisaría en San Sebastián. El vapor «Comodoro Py» salió entretanto con el jefe de policía y cuatro gendarmes, que iban á bahía Slogget á examinar la barranca que, según noticias recibidas, contenía oro en gran cantidad. Se descubrieron, en efecto, yacimientos auríferos en ese punto. ¡Más vale no hubiera sido así! Apenas se supo esto, cuando to-

dos los empleados se vieron atacados por la fiebre, por la rabia del oro, y no quedó gendarme de la gobernación ni marinero de la subprefectura, que no se enviara á Sloggett en busca de pepitas y arenas.

—¿Usted también fué?

—No señor. Yo anduve con Lista en su exploración por la costa este, que ha relatado en un libro... muy á su manera, y sin gran exactitud.

Hizo una pausa, como recapacitando, y luego continuó, pesando las palabras:

—Yo entiendo algo de expediciones de ese género. Aquella fué un paseo de veintidós días, en que no se verificó científicamente ninguna posición, ni se hizo nada de provecho, á no ser el bautismo de algunos montes y ríos... Popper ha hablado de una matanza... Es cierta. Los soldados de caballería que en número de veinticinco y como escolta acompañaban á la expedición, mataron sesenta y cinco indios entre hombres, mujeres y criaturas, algunos de los cuales se disecaron bajo la dirección del cirujano Segers, médico de los expedicionarios. Durante varios días se desengrasaron pieles, se peinaron cueros cabelludos, con el pelo adherido aún, y se hirvieron y limpiaron cráneos y esqueletos de los pobres onas.

—¡Qué horror!...

—Bueno, dejemos eso. Se perdieron cuarenta y tantas mulas con provisiones de boca, pero en cambio se hizo un vocabulario corto y no muy exacto, y se trazó un itinerario de fantasía sobre un calco de la carta de Fitz-Roy, incluyendo como de exploración el rápido viaje del «Comodoro Py», que en tres días fué de Buen Suceso á Punta Arenas...

—Sigamos, si usted gusta, con la gobernación...

—Pues, al poco tiempo, el señor Gobernador se

fué á Buenos Aires, donde seguramente expuso sus descubrimientos y planes al ministro del ramo. Lo cierto es que el inolvidable Magallanes tenía sus bodegas casi completamente llenas de materiales de construcción, herramientas, útiles, muebles para el Gobernador, etc., etc. La pérdida de este buque hizo necesaria la adquisición de otro vapor para el servicio exclusivo del territorio, mientras que se pedían fondos para refaccionar el «Comodoro Py», que no necesitaba compostura, y cuya destrucción comenzó con ella. ¡Así tiene que ser! Gobierno sin gastos no es Gobierno. Pero más extraña es aún la historia del bote...

—¿De qué bote? Diga, cuente...

—Ha de saber usted que por aquel entonces atravesó el magín de nuestras autoridades la brillante idea de construir una embarcación con materiales del territorio. Teniendo tanta madera á mano, había de resultar muy económico... En julio de 1886 se puso manos á la obra. Trabajaron en su construcción—anótelo usted, que quizá después le sirva: —dos carpinteros con 85 pesos mensuales; cinco aserradores de tablas con 130, y dos gendarmes con 50, entre todos. El bote quedó terminado el 24 de febrero de 1887—fecha precisa—y el personal que lo construyó costó solamente la friolera de 1867 pesos... No retribuyó el gasto. Hizo un viaje colgado de los pescantes del transporte Ushuaia, y se destrozó en un descuido, antes de prestar el servicio más pequeño... Así iba todo por estos barrios... Pero iba á surgir un enemigo terrible frente al Gobernador.

—¿Quién?

—¡Popper!... ¿Usted lo ha conocido?

—Sí. Lo he visto muchas veces en Buenos Aires.

—Comenzó á hacer sus viajes por aquella época. Era un aventurero de raza, fuerte, con talento, instruido, emprendedor, que no se detenía por nada, ni temía á nadie. En un principio anduvo bien con el Gobernador, y las cosas marchaban al paladar de ambos. Pero S. E. no tardó en apercibirse de que Popper no era un aventurero vulgar, y de que, como quien no quiere la cosa, iba tan lejos que se perdía de vista, y ganaba en prestigio lo que le quitaba á él. Por poco que se descuidara, el diablo del rubio iba á ser más autoridad que la autoridad. Empezó entonces el tira y afloja; sintió don Julio que se le ponían trabas, y saltó el hombre. Se enojaron los compadres y se dijeron las verdades. Ruptura completa. Popper se fué á Buenos Aires, y allí le metió pluma á su ex-amigo, escribiendo aquellos artículos que publicó *El Diario*, que luego esparció en millares de folletos y que acusaron por calumnia las autoridades fueguinas... El Gobernador tuvo, al fin, que renunciar, pero no sin poner personero, como se usaba entonces... Popper, con todos sus defectos—que los tenía grandes,—era el hombre para estas tierras, el llamado á hacerlas progresar. Se murió... ¡y es lástima! Tenía muchas y muy buenas ideas, aunque no se apartara del refrán de «la caridad bien entendida...» ¡Pero se murió!

Valía más esta exclamación que un discurso entero.

—Entretanto—continuó,—seguían á más y mejor los trabajos en busca de oro en bahía Sloggett. La riqueza de sus arenas había conquistado tanta fama, que no tardaron en afluir los intrusos, provocando una interminable serie de conflictos con la autoridad que, naturalmente, siempre resultaba vencedora. Aquello parecía una California en pe-

queño. Nadie estaba seguro, y las arenas de oro solían desaparecer con sus dueños.

Una copa de vino acentuó esta última frase, como con un rasgo enérgico y eficaz, una *appoggiatura* de nuevo género.

—Continúe usted. Me interesa.

—Los mineros intrusos, muchos de ellos venidos de Chile, no se andaban tampoco por las ramas, tenían armamento y á lo mejor la emprendían á tiros con los que trataban de desalojarlos, si se consideraban con más fuerza que ellos. Popper ha contado muchas de estas cosas en sus publicaciones de polémica, que le recomiendo, porque dicen ciertas verdades, aunque con exageraciones apasionadas. En eso nos quedamos sin subprefectura, que era un estorbo para el Gobernador. Se trasladó en octubre de 1889, pero no sin que antes el subprefecto se hubiera hecho construir una casa y un muelle por los marineros, en cuya casa dejó una buena cantidad de víveres y vestuario para la venta... Los edificios, elementos, municiones de boca, etc., de la subprefectura, pasaron á poder de la gobernación. A Buen Suceso no se llevó víveres sino para tres meses; el transporte Ushuaia debía renovar en tiempo la provisión. Pero...

El hombre se interrumpió.

—Usted no sabe, usted no imagina—dijo por fin—las penalidades que se han sufrido en el sur. Lo que hoy pasa es muy llevadero; estamos relativamente en la gloria, y no nos falta nada. Los viejos de aquí nos reímos cuando los transportes tardan; hay víveres y, sin embargo, se asustan y se lamentan los recién venidos. ¡Hemos visto tantas!... Pues el Ushuaia no apareció por Buen Suceso en la época señalada, ni mucho tiempo después. Los víveres

empezaron á escasear. Los empleados de la subprefectura tuvieron que estar á media ración, completándola con mejillones. Luego disminuyó el alimento, y por último no había qué comer sino mejillones y apio silvestre... ¡Qué quiere que le diga! Aquella era la más espantosa é irremediable miseria. Los hombres estaban exhaustos, demacrados, moribundos. El hambre les despedazaba el estómago. Un día el marinero Jaime Mac Gregor fué mandado á buscar mariscos y apio; le tocaba el turno, pero estaba tan consumido, que apenas podía moverve. Llegó, sin embargo, á unos quinientos metros de la subprefectura, pero no pudo ni avanzar, ni retroceder. Cayó para no levantarse más. Cuarenta y cinco días después se encontró su cadáver... Las publicaciones de Popper por un lado, y el conocimiento de estos hechos por otro, hicieron inevitable la renuncia del Gobernador, que pasó á otro puesto en una de las provincias... Claro, figúrese usted que mientras la gente se moría de hambre en Buen Suceso, en Ushuaia se hacían comilonas. Pero las cosas cambiaron para seguir del mismo modo. El doctor Cornero, cirujano de la armada, fué nombrado Gobernador. ¡Oh! en un principio hizo reformas muy importantes...

—¿En el manejo del territorio?

—Más ó menos... Formó una banda de música, mandó plantar parras que no prendieron, (1) hizo trazar paseos y alamedas, y consiguió que en Buenos Aires le dieran cuatro cañones de bronce, elevándose á seis las piezas de artillería de la isla, pues ya estaban aquí las dos de la vieja Cabo de

(1) El doctor Cornero me ha afirmado que eso es incierto.

Hornos... Lástima que no hubiera proyectiles y que la pólvora se gastara en salvas... Pero ¡qué diablos! teníamos cañones, y avanzábamos, por lo tanto, rápidamente en civilización... Mas, para ser justo, añadiré que se pidieron y obtuvieron fondos con el objeto de hacer un muelle para facilitar la aguada á los buques. Además, se aumentó el personal de la gobernación con empleados de necesidad imprescindible y urgentísima, como un capellán sin capilla, un maestro de escuela sin alumnos ni local, un juez de paz sin juzgado, dos alcaldes, uno para los indios y otro para la península Gable, que no tenía gente; un comisario para San Sebastián, que tuvo realmente comisaría, quizá por error, y un geólogo encargado de buscar minas de carbón de piedra... Entonces fué cuando vino—en 1890,—el agrimensor Díaz á medir quinientas leguas de campo, trabajo que hizo en dos meses y medio, sabe Dios en qué forma... En fin, él lo ha pagado, mientras que otros...

—¿De modo que la historia de Tierra de Fuego es una sucesión de desastres y de abusos, y que han vivido ustedes en un continuo desquicio?

—Más de lo que usted supone y de lo que yo le digo.

—¿Y ahora?

—Ahora marchamos un poco mejor, pero seguimos casi casi tan abandonados como antes. El gobernador Godoy tiene buenas intenciones; pero se estrella contra la indiferencia de los de Buenos Aires, y hace mucho que está clamando en el desierto. Aquí se necesitaría un gobernador que tuviera enorme influencia en los ministerios nacionales, ó unos ministerios nacionales que se impusieran el programa de hacernos adelantar, previendo

desde ahora el inmenso porvenir de estas regiones.

—Habla usted como un libro.

—¿Y qué mejor libro que la experiencia de todos los dias? Pero nosotros vemos las cosas de un modo y los gobernantes de otro. Estos creen que hacen por estas tierras más de lo que deben, y en cambio, hasta á sus empleados los dejan pasar una existencia miserable, como lo puedo demostrar á usted.

—¿Otra diatriba?

—Llámela como usted guste; pero ya que conoce una parte del reverso de la historia del sur, escuche otra que le puede ser útil.

—Veamos.

—Cuando la Escuadra de evoluciones en el Atlántico del Sur, como se llamó al conjunto de barquichuelos que mandaba Laserre, coronel entonces, vino á establecer esta subprefectura y la de la Isla de los Estados, los empleados de una y otra no se quedaron sin que antes se les prometiera un servicio regular de comunicaciones y la puntual provisión de víveres. Ya comprende usted que el cumplimiento de esto era vital para los que quedaban aquí, fuera del mundo, y sin poder contar mucho con los recursos de la Isla... Desde entonces, primero la Comisaría General de Marina y últimamente la Intendencia General de la Armada, proveen á estos establecimientos de acuerdo con las últimas «listas de revista.» En un principio, y cuando el Villarino sólo hacía cada seis meses un viaje al sur, cada subprefectura tenía un racionamiento *extra* para treinta familias, de tal modo, que á pesar de las mermas naturales y artificiales, los víveres alcanzaban hasta su renovación... y aun sobraban gracias á la ausencia de las familias supernumerarias... Esas mermas no fueron, pues, muy

notables en un principio. ¡Al contrario! Llegó á suceder que los depósitos fueran pequeños para contener tantos víveres, y la ciencia administrativa de los empleados se dedicó á corregir ese exceso. ¿Cómo? ¿Haciendo que se enviaran menos mercaderías?... Suponer eso sería no conocer nuestro país... La solución que hallaron fué... percibir en dinero una parte del racionamiento... Desde ese instante ya no hubo sobra de víveres, y muy á menudo sucedió que faltaran, con gran dolor de los marineros, que tenían que ajustarse cada día un poco más la faja, cuando comenzaba á tardar el transporte... ¡Oh! ¡Esas tardanzas! ¡Por ellas se han producido desgracias, y los argentinos hemos tenido que pasar vergüenzas!

—¿Desgracias? ¿Vergüenzas?

—Sí. En 1890 y en 1891 el personal de la subprefectura de Buen Suceso pasó cuatro meses—cuatro cada vez,—sin racionamiento. En 1890 se murió allí de hambre el marinero Mac Gregor, en 1891 la mujer del herrero... Creo que ya se lo había dicho... Pero no le dije que en 1890 se enfermaron gravemente, por falta de alimento, tres marineros, dos de los cuales fallecieron de consunción á bordo del Ushuaia, que los conducía á Buenos Aires. Hablóse de fiebre tifoidea, ¡pero era hambre!

Mi interlocutor hizo una pausa para recalcar más lo siguiente:

—Pero lo que no querrá usted creer, es que la autoridades argentinas hayan tenido que tender la mano mendigando qué comer...

—¡De veras!—exclamé viendo que se interrumpía como un folletín para dejar pendiente el interés.

—Como usted lo oye.

—¿Dónde y cuándo?

—En la Isla de los Estados, en 1890.

—¡Cuente usted, pues!

—La subprefectura de San Juan del Salvamento acababa de recoger á los náufragos de la barca inglesa Glenmore, y se encontró con que no tenía qué darles de comer. Se recogieron mejillones, y se comió la nauseabunda carne de algunos lobos de un pelo que se lograron matar, cuando la casualidad quiso que pasara á la vista un barco inglés. Se le hicieron señales desde el faro, y los botecitos de la subprefectura fueron á abordarlo, recorriendo unas cuantas millas... Allí hubo que confesar al capitán que toda una repartición nacional se moría de hambre, y pedirle la donación de algunos víveres... ¿Qué me dice usted de eso?...

—¡Oh! una vez, la cosa es perdonable...

—Sí, pero se repitió en 1890, cuando el naufragio de la fragata inglesa Crown of Italy, y seguramente es ya famosa la indigencia de las subprefecturas argentinas, porque un barco á quien se hicieron señales desde el faro con el código internacional preguntándole su bandera, fué á Chile con la noticia de que en San Juan pedían auxilio... ¡Y ahora mismo! hace poco, se mandaron allá veintidós personas sin su racionamiento, y más de veinte días antes de la llegada del transporte acabóse la carne, y la gente tuvo que estar á menos de media ración...

La mañana avanzaba, aunque el día nebuloso semejara un pálido y lento amanecer. Llovía á intervalos, y el paisaje que la víspera brillaba y centelleaba con la caricia del sol, era indeciso y borroso, como si fuera desvaneciéndose y estuviera á punto de desaparecer. Me despedí.

—Ya preocupará mi tardanza—dije á mi interlocutor,—y tengo que dejarlo. No echaré en saco roto sus informes, quizá un poco malévolos, pero más peculiares por lo mismo...

—¡Vaya! No le he dicho más que una parte de la verdad. La verdad entera es inverosímil... Pero le doy mi palabra de honor de que todo es exacto, y hasta benévolo, si mucho me apura... Inquiera y verá. No faltan ni pruebas ni testigos...

—Bueno; de todos modos, gracias, y hasta la vista...

—¿Volverá usted?

—Si vuelve el transporte en que vaya á Buenos Aires. De otro modo, mi regreso tardará algunos años... si es que llega.

—Lo siento.

Es indudable que en mucho tiempo no había tenido auditor tan paciente y complaciente, y que iba á recordar aquella mañana con la amargura de un *solista* condenado á perpetuo silencio después de uno de sus éxitos más prolongados.

El comandante Godoy me esperaba. Visitamos la Casa de Gobierno, las cuadras de los menores, los calabozos, la farmacia, el depósito de víveres, donde probé el pan, recién hecho, de excelente calidad, y examiné las provisiones, buenas y abundantes.

—Tienen botica, pero ¿y médico?—pregunté:

—Ahora no hay. Es una historia eso de los médicos, porque nadie quiere venir, aunque además del sueldo nacional el Gobierno del territorio está dispuesto á pasarle una asignación, y los vecinos á darle algo también. Cualquier médico joven, recién recibido, podría venir á Ushuaia, y sin gastos de ninguna especie, salir al poco tiempo con un capitalito para instalarse bien en otra parte... Esto

está dejado de la mano de Dios. Con los menores pasa una cosa análoga. Cuando la gobernación tenía el aserradero, traje algunos que aprendieron un oficio, se acostumbraron al trabajo, y hoy tienen *platita* ahorrada... Pero ahora no hay ocupación que darles...

Me mostró algunas embarcaciones hechas allí, con madera del territorio, la abandonada fábrica de conservas, la escuela, en que se educan los hijos de los pobladores y algunos indiecitos é indiecitas, y como ya era hora de almorzar, nos encaminamos á su casa.

Estábamos tomando el café y haciendo proyectos para la tarde: una visita al cementerio, que se ve sobre la costa, á algunas cuadras del pueblo, rodeado por una alta y tupida cerca de postes; una ascensión á la montaña más accesible, para abarcar desde allí el panorama, el elevado monte Olivia, la península, la bahía, cuando una de las niñas dijo:

—¡El Villarino!

El transporte entraba, en efecto, á Ushuaia cortando las aguas empañadas por la lluvia menuda que las azotaba. Un silbido, como un grito, nos saludó.

Mientras fondeaba, tuvo tiempo Godoy de llamarme la atención sobre un juego de muebles construidos con madera de fagus, que, á pesar de algunos años de servicio, se conservaban tan sólidos como el primer día. Presentaban muy buen aspecto, y eran una acabada demostración de la bondad del material. Mostróme también una fotografía de legumbres de enorme desarrollo obtenidas en la quinta de la gobernación, y que prueban la fertilidad del terreno.

—Espero semillas de un trigo especial para climas muy fríos, con el que haré un ensayo este año. Si da resultados, será esa una importante conquista para Tierra del Fuego.

En seguida nos dirigimos al muelle, donde no tardaron en desembarcar algunos de mis compañeros de viaje.

—¿Cuándo salimos?—pregunté.

—Esta misma tarde. Se han cargado todos los postes en Lapataia, y no nos queda nada que hacer aquí....

El Gobernador aprovechó la ocasión para proponerme de nuevo una permanencia más prolongada en Ushuaia.

—Espere al otro transporte... Lo trataremos muy bien.

—Gracias, comandante. Quiero ver la Isla de los Estados, y probablemente me quedaré en San Juan.

—Aquí estará mejor, y tendrá más datos.

—Mejor, no lo dudo; pero más datos, ¡quién sabe! Aquello, al fin, es más curioso y menos conocido que esto...

VII

Borrones de la cartera.

Antes de embarcarme en el Villarino para seguir viaje con rumbo á la Isla de los Estados, séame permitido poner en orden las notas y observaciones que he ido agrupando en mi cuaderno de apuntes, á medida que se me han presentado. Ampliaré varias hojeando algún libro, al pasar, y dejaré por ahora otras que tienen mejor colocación en las páginas que han de referirse á sitios en que esas observaciones se han desarrollado. No seré prolijo, aunque crea que cuanto sirve para el conocimiento de estas apartadas regiones interesa á los que se ocupan del porvenir del país.

Aunque la Tierra del Fuego argentina no sea tan extensa como fuera de desear, gracias á la curiosa operación que la partió, no por el eje, sino por el meridiano de 68° 36′ 38″, que casi viene á ser lo

mismo, presenta los más variados aspectos. Su superficie utilizable está amenguada por asperezas que se convierten en sierras y en altas montañas, sobre todo al oeste y en el centro, de donde bajan numerosos ríos, arroyos, torrentes é hilos de agua, que van á perderse en el Atlántico ó en los caprichosos canales que la rodean. Entre estas asperezas, desde una altura de mil trescientos pies, bajan hasta el llano, muy poco extenso, los bosques seculares que constituyen hoy la mayor riqueza de la isla. La selva, eternamente verde, crece á menudo sobre la roca viva que poco á poco va cubriendo con sus despojos otoñales, mientras en el llano—quizá levantado del fondo del mar—arraigan pastos excelentes para la cría de animales, sobre una espesa capa de turba que mide á veces más de dos metros. Las rocas porfíricas y esquistosas y las colinas de gres y de granito que se levantan sobre el canal del Beagle, están coronadas de árboles...

La población, que tarda para la parte sur, afluye á los llanos del norte, y llegará en mayor número ahora, después del remate de tierras públicas efectuado este año, con tanto éxito, en que se alcanzaron tan elevados precios y que ha entregado á la industria privada una gran extensión que comenzará á fructificar en breve. Los lectores están informados del número é importancia de los establecimientos ganaderos fundados ya, y que han de triplicarse, por lo menos, antes de dos años.

El buen resultado de la cría de ovejas atraerá indudablemente á muchos hombres de trabajo, y la explotación de los bosques, cuando se piense en organizarla y reglamentarla de acuerdo con las exigencias del clima—y no aplicando los mismos principios acertados en el Chaco, pero ridículos en

el extremo austral,—los llevará en mayor número aún, pues es sabido que los campos de Tierra del Fuego, como los de Patagonia, no soportan sino una cantidad determinada de animales, lo que tiene que limitar el número de sus pastores.

Dejando de lado la ganadería, cuyos productos figurarán dignamente en la próxima exposición, pues aparte de los que la gobernación del territorio se prepara á enviar, hállanse en Buenos Aires los que con ese objeto trajo mister Bridges en su último y desgraciado viaje—muestra de lana, cueros, etc.,—la isla posee otras riquezas que por sí solas bastarían para asegurarle un hermoso porvenir, como sus bosques, sus minas, sus viveros de peces, crustáceos y moluscos, sin contar las ballenas que pueblan sus canales y los anfibios que habitan en sus costas.

Las ballenas, que no son perseguidas, porque no es fácil burlar la prohibición de su pesca, vagan en número sorprendente hasta en los sitios más frecuentados, como ser en los alrededores de Ushuaia, y podrían comenzar á utilizarse, sometiendo á los pescadores á una reglamentación que impida la extinción de esos cetáceos. En cambio, la foca desaparece, á pesar de todas las medidas *escritas* que se han tomado para evitar ese mal. A hurtadillas y con impunidad completa, pues se necesitaría gran número de embarcaciones rápidas para hacer la eficaz policía de las costas, los loberos han hecho en todo tiempo y hacen aún, cacerías inconsideradas, destructoras y terribles del anfibio, matándolo en todas las épocas y á todas las edades, sin pensar en mañana, y de tal manera que dentro de poco no quedará uno solo en toda la extensión de la isla. Hoy mismo podrían contarse los que restan,

salvados de la destrucción en alguna oculta roquería...

La nutria, cuya piel se estima también, aunque no tanto como la de la *otaria* joven, está corriendo la misma suerte que ella, y desaparecerá ó irá á refugiarse en los islotes menos frecuentados del sur del Beagle, adonde los loberos se dirigen en busca del lobo de dos pelos, ahuyentado no sólo por los cazadores, sino también por el lobo-león, más fuerte que él, y que ocupa en paz las roquerías abandonadas, porque su escaso valor le sirve por ahora de escudo.

Como la foca y la nutria, el guanaco que antes pululaba en Tierra del Fuego, comienza á escasear también, y cada vez queda más lejos la época en que no temía al hombre, se acercaba curioso á sus campamentos y amanecía en los corrales ó en los palenques, mezclado á los caballos... En la isla Navarino los hay todavía, acompañados como en la isla Mayor, por el zorro, que—ese sí,—no lleva miras de desaparecer, gracias á lo poco solicitada que es su piel; no hay zorros azules...

La fauna no es ni muy rica ni muy variada en tierra, pero en cambio, lo es hasta el extremo en el mar. Después del guanaco, la nutria y el zorro, que es de dos clases, cuéntase un murciélago, una especie de ratón, dos ratones y un *ctenomys* aliado ó idéntico al tucu-tucu, ese interesante roedor subterráneo á quien los jinetes deben tantas rodadas desde el Brasil hasta el extremo austral de América... En su aspecto y costumbres es igual al que habita al norte, en los países templados, descripto por los naturalistas, y que conocen cuantos han andado por nuestros campos... si se han dado la pena de buscarlos en su agujero.

Las aves que viven en la isla ó la frecuentan, comienzan en el cóndor que acude desde los Andes, con las inmensas alas desplegadas, para acabar en el minúsculo pájaro-mosca. Anades, cormoranes—los felinos del mar,—buitres, halcones, pingüines, albatros, petreles, loros, reyezuelos, papamoscas, habitan los bosques á las orillas del mar; en cambio, no hay reptiles, ni sapos, ni lagartos; los mismos escarabajos son poco numerosos, y apenas se observan unas cuantas moscas y abejas. Darwin, al hablar de esto, señala el contraste que existe entre el clima y el aspecto general de Tierra del Fuego y Patagonia, presentando la entomología como ejemplo notable de ello: «Creo—dice,—que esas dos comarcas no poseen en común una sola especie, y es seguro que el carácter general de los insectos es completamente distinto.»

Los habitantes del agua se cuentan por millares de especies, que desde la ballena van hasta los caracolillos que pueblan á millones las ramas y las hojas del cachiyuyo, esa alga gigantesca que algún día ha de utilizar la industria para extraerle el iodo que contiene, como se hace en tantas costas europeas. Para enumerar los diversísimos seres cuya vida animan los canales, las ensenadas, las caletas, todos los rincones en que reina la onda fecunda, sería menester un libro entero, y un libro fastidioso para los no especialistas. Darwin se quedaba admirado de aquella variedad y aquella profusión, que es incomparable contraste con la poca vitalidad animal que se observa en los bosques, los valles y las montañas de la isla.

En cuanto á la flora, además de los árboles y arbustos que se han nombrado antes, hay numerosas plantas, musgos, líquenes, criptógamas, que

cubren la espesa capa de turba, ese curioso producto vegetal que en muchas partes del norte de Europa, y en las mismas islas Malvinas, se aprensa y se seca para utilizarlo como combustible.

Según Darwin, la turba se forma con los detritus de una planta, la *Astelia pumila*, ayudada por la *Donatia magellanica*. Dice que las hojas nuevas se suceden siempre en torno del tallo como alrededor de un eje; las hojas inferiores se pudren pronto, quedando enterradas, de tal modo que si se cava la turba para seguir el desarrollo del tallo, pueden observarse las hojas fijas aún en su lugar y en todos los grados de la descomposición, hasta que hojas y tallo se unen en una masa confusa.

No son estas plantas solas las que producen la turba, y el célebre sabio añade á allas un mirto rastrero *(Myrtus nummularia)* de tallo leñoso, que da bayas azucaradas, el *Empetrum rubrum*, parecido al brezo, y el *Juncus grandiflorus*, plantas que, también, son casi las únicas que crecen en los terrenos pantanosos.

«En las partes más altas del territorio—dice,—la superficie de la turba está entrecortada por pequeños charcos que se hallan á diferentes alturas y que parecen ser excavaciones artificiales. Hilos de agua que circulan bajo el suelo completan la desorganización de las materias vegetales y consolidan el todo.

»El clima de la parte meridional de América—añade,—parece especialmente favorable á la producción de la turba. En las islas Falkland, todas las plantas, hasta la hierba grosera que cubre casi toda la superficie del suelo, se transforman en esa substancia, cuyo desarrollo no detiene ninguna situación; algunas capas de turba tienen hasta 12

pies de espesor, y las partes inferiores se hacen tan compactas, cuando se las pone á secar, que es difícil quemarlas.—Aunque, como acabo de decirlo, casi todas las plantas se transformen en turba, la Astelia es la que constituye la mayor parte de la masa. Hecho notable, cuando se considera lo que pasa en Europa: no he visto nunca, en la América meridional, que el musgo contribuya por la descomposición á formar la turba. En cuanto al límite septentrional del clima que permite la lenta descomposición necesaria para producir la turba, creo que en Chiloé (41 á 42 grados de latitud sur), no hay ya turba bien caracterizada, aunque haya mucho aguazal; en las islas Chonos, por el contrario, tres grados más al sur, acabamos de ver que existe en abundancia. Sobre la costa oriental en el Río de la Plata, á los 35 grados de latitud, un residente español que había estado en Irlanda, me ha dicho que siempre buscó esa substancia pero sin poder encontrarla. Me mostró como lo más análogo que había descubierto, un mantillo negro turboso, tan lleno de raíces, que ardia lenta, pero incompletamente.»

Los turbales, blandos, que ceden bajo el pie, y hacen penosa la marcha, cubren casi todo el sur de la Tierra del Fuego, y la Isla de los Estados tiene la roca de su base vestida por ella.

Afortunadamente, no se necesita allí como combustible, pues aparte de sus colosales bosques, la Tierra del Fuego posee minas de carbón, cuyos productos acaban de ser ensayados con todo éxito y que parecen ser superiores á los lignitos de Coronel (Chile), que utilizan los transatlánticos de la carrera del Pacífico. Dichas minas están cerca de costas, casi á raíz del suelo, y constituirán una gran

riqueza si son tan abundantes como se cree. El carbón en Tierra del Fuego cambiará en breve espacio la faz de aquellas regiones, dándoles más intensa vida propia, y atrayendo la civilización y el intercambio comercial, por poco que pueda competir con los productos similares de las cercanías.

En cuanto á minas, se me ha asegurado que existen también de níquel, próximas á puertos, y algunas de hierro; pero no he visto muestras. Como ya se sabe, Tierra del Fuego cuenta, además, con fuentes de aguas minerales, sulfurosas y ferruginosas, que se enviarán en breve á Buenos Aires para ser analizadas.

Minas de oro propiamente dichas no las hay, pero las playas auríferas abundan y algunas son de gran riqueza, si se las explota con máquinas perfeccionadas. El oro que se encuentra en ellas procede del fondo del mar, y Popper ha escrito páginas brillantes acerca de lo que podríamos llamar su acarreo. En obsequio á la brevedad, las transcribiré, despojándolas de sus galas:

En las regiones mineras las pepitas son generalmente arrastradas por ríos ó arroyos que las arrancan del cuarzo y las llevan hacia el mar; en Tierra del Fuego, por el contrario, las olas arrancan el oro de las profundidades y lo impelen á las playas...

A lo largo del litoral atlántico hay extensos bancos submarinos, á veces de muchas millas de ancho, restos de montañas que desaparecieron en pasados períodos geológicos; son depósitos enormes de piedras, cascajo y arena, constituidos, por cuarzo y cuarcita, pórfidos graníticos y felsíticos, por diorita, serpentina, sienita, traquita y anfibolita, en los que abunda el óxido de hierro magnéti-

co, el hierro titánico, las piritas de hierro, y en los que se hallan diseminados en pequeñas proporciones, granates y rubíes diminutos, escamitas de platino y pepitas de oro. Este oro, esparcido en la inmensa masa de los residuos minerales que lo envuelven, sería difícil de extraer de las profundidades en que se encuentra, y estaría perdido para la humanidad, si las olas del Océano, si la Naturaleza misma no se encargara de ponerlo al alcance del hombre.

Al examinar estas arenas se ve brillar entre el hierro magnético que las constituye, partículas más ó menos abundantes de oro, desde el tamaño de un grano de maíz hasta el de una escamita imperceptible, microscópica, cuya ley es de 850 á 900 milésimas de fino.

Según el mismo Popper, la cantidad de oro sacado de las playas auríferas fueguinas hasta 1891, ascendía á más de seiscientos mil gramos, de los que ciento setenta mil entraron en nuestra Casa de Moneda y noventa mil fueron enviados á Hamburgo por Wehrhahn, de Punta Arenas. Los trescientos cuarenta mil restantes fueron substraídos ilegalmente por aventureros del Magallanes.

Hoy se trabaja en el establecimiento de El Páramo, al norte de San Sebastián, fundado por Popper y de propiedad de don Juan Fernández.

Hay oro también sobre el canal del Beagle, en Sloggett, por ejemplo, donde está formándose una pequeña población, todavía muy móvil, muy accidental, en torno de una modesta casa de comercio, quizás núcleo primero de un pueblo importante en el futuro.

Un clima relativamente benigno que, sin grandes dificultades, sobre todo en primavera, verano y

otoño, permite su explotación, da mayor precio á estas riquezas, á las que hay que añadir las que producirá el comercio de manga ancha que se practica en el territorio, y que no es indudablemente la menor. Pero ¿qué puede exigirse de mercaderes cuyo destierro los pone ya casi fuera de lo normal? ¿Por qué medirlos con el cartabón de los grandes centros, cuando están donde la ley no impera?...

Son los *descalificados* de la exigente sociedad actual, los que saben por dolorosa experiencia que el dinero es el eje único de la vida moderna, y que el pobre lucha en un círculo vicioso, sin poder arrancarse nunca de él: para salir de la pobreza es necesario tener un punto de partida, vale decir, un principio de fortuna, un capital más ó menos pequeño; sin eso todo está cerrado, clausurado, y lo único que se puede lograr es un empleo, una ocupación que cada día dé lo necesario para comer. Con qué amargura abandonan entonces los grandes centros de acción para ir á los últimos límites poblados, y con qué avaricia, con qué ávido furor aprovechan todos los beneficios, lícitos ó ilícitos, que se les presentan, abusando del trabajo de los débiles, vendiendo caro y malo, envenenando á indios y marineros, prestándose á todos los comercios, al contrabando, á la piratería, al merodeo, á la usura, con un desenfado que favorece la escasez misma del público y lo común de esa elasticidad de conciencia. Si sufrieron en las ciudades, por la ínfima categoría que ocupaban, y por la impotencia que los consumía, toman la revancha, y se gozan en ella, poniendo el pie sobre el cuello de los que están debajo. Hacen dinero, se forman ese capital que será varita mágica en sus manos, ideal único de sus horas de meditación, ensueño de sus ensue-

ños. ¿La conciencia? ¡Oh! La conciencia se hace más ancha á medida que el dinero de la caja crece. Luego, cuando la suma se redondee bien, habrá tiempo de modificar una moral sobrado estrecha ya en estas latitudes; mientras tanto, hay que dejar de lado convencionalismos y mojigaterías... Cuando se habla de un pioneer del extremo austral, no es bueno darle carta de honradez sin previo examen, si el que la otorga quiere preocuparse de la verdad. Ni hay tampoco que vilipendiarlo. Es un producto lógico de la civilización, una creación absolutamente suya. Los cómicos de la legua representan en los teatros de campaña los mismos papeles que los grandes artistas en los lujosos coliseos de las ciudades. Y luego, ¿quién puede afirmar que no tendrá que convertirse en pioneer de esa misma especie, si la rueda de la fortuna voltea de mal lado?...

Pero á ellos se deberá en gran parte, y á pesar de todo, el adelanto de esa región que explotan á sabiendas y protegen inconscientemente, y nadie ha de disputarles el mérito de haber ido como vanguardia adonde pocos se atrevieron á llegar, atemorizados por las exageraciones que rodeaban de misterio á la isla. Los naufragios, las penalidades, el hambre, el frío mortal... ¡Cómo se reirán de esas consejas los que dentro de algunos años vayan á veranear en las costas del Beagle, junto á las verdes selvas de la Onaisín!...

Las inclemencias del clima no llegan al extremo que se ha dicho, y las demás amenazas que se han puesto como cordón sanitario alrededor de la isla, son simples patrañas de viajeros deseosos de dar proporciones de sacrificio á un paseo más ó menos arduo, ó de habitantes y frecuentadores interesa-

dos en reservarse la exclusividad del territorio durante un tiempo más ó menos largo... hasta que la luz se hiciera. Baste decir que la nieve es escasa, y que aun en pleno invierno deja á descubierto la hierba. Ya Darwin trató de desvanecer estos errores, publicando un cuadrito comparativo de la temperatura media de Tierra del Fuego é Islas Malvinas, y la de Dublín, que es el siguiente:

	Latitud	Temp. del verano	Temp. del invierno	Media del inv. y ver.
Tierra del Fuego. . .	53°38 S.	+ 10°	+ 0°6	+ 5°12
Malvinas.	51°30 S.	+ 10° 5	—	—
Dublín.	53°21 N.	+ 15°12	+ 0°8	+ 9°46

«Esta tabla nos indica—añade el sabio,—que la temperatura de la parte central de la Tierra del Fuego es más fría en invierno y más de 5° centígrados menos caliente en verano que la de Dublín. Según von Buch, la temperatura media del mes de julio (que no es el caluroso del año) en Sandfjord, en Noruega, se eleva á 14°3, y ese lugar está 13 grados más cerca del polo que Puerto Hambre.»

Según mis datos, la temperatura media de Ushuaia es de 6°5 en primavera, de 10°4 en verano, de 6° en otoño y de 0°66 en invierno.

Estos últimos números son bastante exactos, y siento no haber podido completarlos con las observaciones de los salesianos establecidos en Río Grande, el Río Pellegrini de Lista.

Y, á propósito de esta comunidad religiosa: instalada sobre el citado río, al norte de donde desemboca en el Atlántico, ocupa los terrenos reservados para pueblo, y ha levantado grandes galpo-

nes, donde asila á unos cincuenta niños indigenas de ambos sexos. Alrededor de la misión, que no tiene industria alguna, viven en toldos, como en el estado salvaje, diez ó doce familias más, que no están sujetas á régimen y que continúan con sus usos y costumbres tan nómadas como antes.

Cuatro años hace que están allí los salesianos,



Indios.—Tierra del Fuego.

sin que sus beneficios se hayan hecho notar sobre los indios.

Los terrenos que usufructúan son los más apropiados para el establecimiento de la nueva capital fueguina, que es urgente sacar de Ushuaia. Este pueblo se encuentra, en efecto, en un extremo del territorio, casi en el ángulo que forma la línea divisoria con el canal del Beagle, y si la capital de un

país poblado y civilizado que cuenta con telégrafo, ferrocarriles, etcétera, puede hallarse como si dijéramos arrinconada, semejante cosa es perjudicial en una comarca en que todo está por hacer y en que la falta de caminos alarga de un modo inconmensurable las distancias.

La capital de Tierra del Fuego debe estar ubicada en un terreno cuya extensión y productos basten al sustento de la población y á sn crecimiento, y que se halle muy al alcance de los otros centros poblados. Río Grande, al revés de Ushuaia, reune dichas condiciones.

Facilitaría la traslación de la capital, la formación de una colonia en el valle del Río Grande, cuyo suelo es favorable. Esa colonia, por su situación, tendría un hermoso porvenir; tanto más cuanto que el río es navegable hasta para buques de algún calado. Su valizamiento, que es urgente, porque el puerto es frecuentado por muchos barcos de vela y algunos de vapor, puede hacerse fácil y económicamente, pues bastarían tres señales para dejar bien determinada la entrada del río.

Como complemento necesitaríase un camino que ligara el valle con San Sebastián, y dos puentes, uno sobre el San Martín y otro sobre el Carmen Sylva, ríos que hoy dificultan en grado sumo las comunicaciones, así como también dos nuevas comisarías, una en el valle mismo y otra á inmediaciones del cabo San Pablo, sobre el Atlántico.

El interés que despierta la Tierra del Fuego, está demostrado materialmente por el precio que han obtenido los lotes sacados á remate, y científicamente, por las comisiones de exploradores que la visitan á menudo. Las últimas que han estado fueron: en febrero de 1896 la compuesta por los seño-

res doctor F. Lahille, doctor Nicolás Alboff, Carlos Lahitte y E. Beaufils, que permanecieron hasta abril; un mes más tarde la de Otto Nordenskjöld, en que iba el doctor Pedro Dusén y el señor Hjelmer Ackermann. En diciembre de 1897 la visitó también el Bélgica, á cuyas primeras desventuras me he referido ya.

...Y ahora ¡á bordo!

VIII

De Ushuaia á Buen Suceso.

Los escasos pasajeros del Villarino se habían dispersado por la capital fueguina, sin preocuparse mucho de la lluvia menuda que continuaba cayendo. Pisar tierra firme es el afán de cuantos viajan por agua, cansados de la perpetua instabilidad del barco; de modo que aprovechaban los cortos momentos que el transporte iba á permanecer en la bahía, para andar por el enlodado suelo de Ushuaia. Cierto que aquel barro no es como el de Buenos Aires, engrudo adherente y repugnante, sobre el que patinan hombres y animales, embadurnándose de pies á cabeza: un instante despuès de haber pisoteado verdaderos lodazales, no queda en las botas más seña de ello que la helada humedad que se infiltra por las costuras y por el cuero mismo, con un poder invencible de penetración...

El comandante Murúa tenía prisa—siempre la tiene, de tal modo que sus viajes son un modelo de rapidez, aunque su barco sólo ande diez millas por hora.—Aguardaba para zarpar, que la correspondencia oficial de la gobernación estuviese á bordo; así es que no tardamos en embarcarnos para reco-

rrer hacia el este, salir del canal del Beagle, y tocar al término de nuestro viaje de ida.

La despedida de Ushuaia fué cordial y afectuosa. Aquellos buenos desterrados consideran un acontecimiento la llegada mensual (á veces) del transporte, y se complacen en agasajar á los viajeros, ayer desconocidos, como si fueran viejos amigos. No los ven partir sin sentimiento, y en el fondo sentirán como una esperanza que escapa, como una visión de otras comarcas y otros centros que se desvanece con ellos.

Zarpamos.

Mis compañeros me rodeaban acribillándome á preguntas, dándome noticias, estrechándome las manos, como si hiciera mucho que no nos veíamos: tanto estrecha la vida en común en aquellas soledades.

Los postes para el telégrafo patagónico se habían cargado en Lapataia sin tropiezo alguno y con mucha rapidez, gracias á la buena voluntad de la tripulación del transporte y de los empleados y peones del aserradero. Las bodegas estaban atestadas de palos, y Funes rebosante de satisfacción, pues la sección á él encomendada podría comenzarse esta misma primavera; no resultaba, pues, inútil su viaje, y su actividad tenía recompensa en esa nueva probabilidad de éxito para la obra.

Por desgracia, parece que la primera sección, en el norte de Patagonia, presenta graves dificultades que el comandante Leroux acaba de exponer al Gobierno, y que no serán fáciles de vencer. Recorriendo este jefe la parte de la línea telegráfica futura que está á su cargo, ha tenido que atravesar vastas extensiones sin agua, donde por ahora es imposible el establecimiento de oficinas, pues los te-

legrafistas y guardahilos se morirían de sed. (1) Pero siempre habrá modo de hallar un sesgo al inconveniente, que en realidad es inmenso, pero que no debe de privar á la Patagonia de un servicio cuya existencia colaboraría tan eficazmente á su progreso. Si la dificultad es grande, mayor aún es la necesidad de que ese telégrafo exista, militar y socialmente... Dentro de poco, Chile habrá terminado de tender sus hilos hasta Punta Arenas, aunque la obra no sea mucho más fácil sobre el Pacífico que sobre el Atlántico.

El gobernador Godoy—díjome el comandante Funes—ha accedido á enviarme con el transporte Ushuaia, que está al servicio de la gobernación de Tierra del Fuego, dos mil quinientos postes á Coy-Inlet; á San Julián, donde se necesitan dos mil seiscientos, llevará mil seiscientos, y á Gallegos mil. A Santa Cruz habrá que enviar dos mil seiscientos también.

Con estas remesas basta y sobra para dar comienzo á los trabajos, pues mientras éstos se lleven adelante será facilísimo completar el número de postes que se necesita para toda la sección.

Algunos compañeros habían aprovechado la permanencia en Lapataia para emprender una cacería de animales alzados, sobre todo de un buey gordo, famoso por lo inabordable... Llegaron al lago Jacinta, del que sale el río, y hallaron en él cisnes y patos de agua dulce, pero no tuvieron la más mínima noticia del buey ni de los carneros cimarrones que, sin embargo, abundan. Hay que poseer muy buenas piernas y decidirse á recorrer enormes

(1) Siempre que no se apele, como parece lógico, á los pozos semisurgentes.

distancias por los fatigosos turbales, si se quiere obtener algo. En cambio, podían ampliar mis informes á propósito del Bélgica.

El barco explorador tenía mala suerte. Hallándose frente al depósito de carbón, y aunque estuviera fondeado á dos anclas, el viento y la corriente lo hicieron garrear, y tan en peligro se vió, que pidió auxilio con la sirena.

—Debe haber sufrido averías—me dijeron.

—¿De consideración?

—No se sabe, porque su gente no ha dicho nada.

Decididamente los expedicionarios andaban en la mala desde mucho antes de comenzar la parte realmente difícil de su viaje. ¿Qué les habrá ocurrido entre los témpanos del sur? Nada puede conjeturarse todavía, pero la falta de informes, á pesar de que llevaron palomas mensajeras de Punta Arenas, no es seguramente un buen indicio...

Más tarde, y en la Isla de los Estados, iba á hallar nuevas huellas del buque, cuya última recalada conocida es la de San Juan del Salvamento.

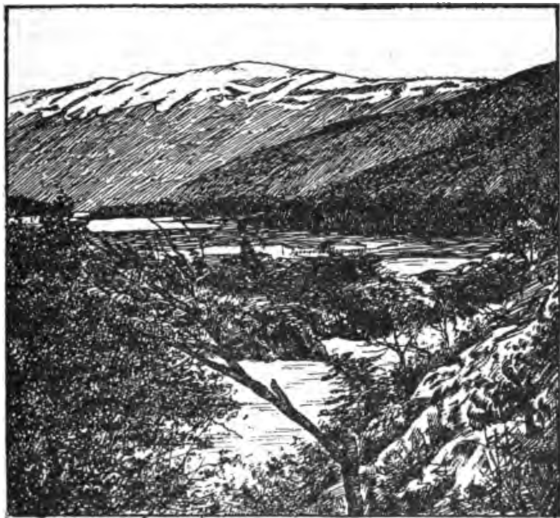
Hacia allá nos dirigíamos, y poco después íbamos á dejar atrás la Tierra del Fuego, donde en 1889 sólo había 282 ovejas, que hoy llegan á la cantidad ya consignada.

Seguimos el canal, entre la Isla Mayor y la de Navarino, una de las grandes del Archipiélago que hormiguea al sur, y cuya avanzada es el Cabo de Hornos.

No tardamos en llegar á la península generalmente creída isla de Gable, desde donde comienza á ensancharse el canal que, pasando la isla Picton, termina en pleno Océano.

Gable es una tierra privilegiada, con hermosísimos paisajes y—lo que es más positivo—excelentes

pastos. Allí está la instalación de mister Bridges, oculta á los que pasan por el canal, con las tierras altas de la península. Su estancia y almacén están situados en el punto en que la península se une á tierra con un pequeño istmo bajo, que las altas mareas han de cubrir en ocasiones, pero que tiene vegetación.



Paisaje.—Tierra del Fuego.

Los panoramas que allí presentan las altas colinas, los verdes vallecitos y hondonadas pobladas de árboles que aquí y allá forman grupos que más lejos se convierten en bosque, pasando el arroyo de aguas cristalinas que corre oculto bajo una enramada de plantas acuáticas, son de veras dignos de un gran pincel, sobre todo por la luz diáfana y cariñosa que en el verano los envuelve.

El establecimiento del señor Bridges, con ramificaciones en Cambaceres, isla Picton, etc., posee, además de la cria de ganado, otras industrias lucrativas, como el comercio de artículos de primera necesidad, un pequeño aserradero que pensaba ensanchar, haciéndolo á vapor, para lo cual ya había echado los cimientos de nuevas casas, un conato de grasería, etc., etc. Los edificios están rodeados de huertas y jardines, que dan flores y legumbres á la pequeña colonia en que las hijas y los hijos del antiguo misionero trabajan á la par, con el ardor de los que encuentran al mismo tiempo diversión y utilidad en el trabajo.

Haberton, que así se llama el puerto, tiene un muellecito y un malecón de piedra, que le dan el aspecto de uno de esos establecimientos industriales de las márgenes de nuestros grandes ríos en la provincia de Buenos Aires.

Los argentinos han quedado sin puerto sobre la entrada del canal del Beagle, mientras Chile lo tiene en la isla Picton, justamente en la boca del mismo, allí donde desembarcaron los desgraciados misioneros ingleses con Allen Gardiner á su cabeza... Pasamos la isla, navegando con tiempo excelente, pero ya algo nebuloso y frío. Corriendo más al este, seguimos sin detenernos frente á la Isla Nueva, tras de la cual se extiende el Océano abierto, inmensa planicie de color de acero que disminuía la niebla indecisa, como un velo tenue.

En Sloggett vimos con el anteojo algunas carpas de mineros, pobre gente que busca sin tregua las pepitas de oro ocultas en la arena.

Más allá, Bahía Aguirre, escenario del último acto del drama de padecimientos y de muerte desarrollado en 1851, se presentó á nuestro paso y

pronto lo dejamos atrás, navegando á todo vapor, sobre las aguas ya más agitadas que las del canal abandonado poco antes.

Desde allí podríamos, en rigor, haber visto el Cabo de Hornos, si no se interpusiera la isla Deceit; pero abarcábamos en cambio toda aquella zona oceánica, tan temida por los barcos de vela, juguete de las poderosas corrientes, de los bruscos cambios del viento y del formidable oleaje y los remolinos que se levantan cuando luchan encontrados el viento y la corriente...

Habíamos pasado frente al sitio en que ocurrió el naufragio del explorador Bove, situado entre Punta Herse y Punta María.

Este siniestro se produjo el 31 de mayo de 1882. El San José estaba tan en peligro, que se resolvió echarlo á tierra, para salvar la tripulación y el cargamento. Bove cuenta aquellas dramáticas escenas del siguiente modo:

«El aspecto de la tierra situada á sotavento, era desalentador. Por lo que podía verse desde lo alto de la arboladura, parecía que de Punta Herse á Punta María no hubiera sino una línea de escollos.

»¡Cuán lejos de la costa se había producido el primer choque del barco!...

»A las tres de la tarde resolvimos hacer la peligrosa prueba; era la hora de la marea alta. Preparóse en un instante una pequeña balsa que, con algunos barriles de galleta y carne salada, fué colocada sobre cubierta para que la utilizaran los sobrevivientes si el buque no lograba alcanzar la costa.

»La conducta de la tripulación fué, en tan difícil trance, digna del mayor elogio: cumpliéronse las

órdenes con eficaz rapidez, y cuando se oyó la voz de mando:—¡Larga la cadena! ¡Iza la trinquetilla! —ejecutóse la maniobra como si se tratara de llegar á la bahía en viaje de placer y no forzados al naufragio.

»El marinero Jemmy Howard se dejó atar valerosamente al timón, con dos cuchillos al alcance de las manos para que pudiera cortar sus ligaduras apenas fuese innecesario su trabajo.

»Nunca podré olvidar al bravo Jemmy, fijo en el timón, con los ojos clavados en el que mandaba la maniobra, repitiendo sus órdenes, palabra por palabra:

—*Steady, Jemmy!*

—*Steady, sir!*

—*All right, Jemmy!*

—*All right, sir!*

»Del fondeadero á la costa hubiéramos llegado en cualquier otra ocasión como una luz, pero entonces nos parecía tardar una eternidad. Entre el abandono del ancla y el choque de la nave contra tierra, pasamos momentos de agitada expectativa: á cada instante temíamos ver el barco detenido por algún banco; pero con la mayor sorpresa y gozo se pasó el primer escollo y luego el segundo, volando sobre las olas, sin choques, sin sacudidas... La angustia creció, sin embargo, cuando—acercándonos á tierra—vimos las olas rompiendo contra las altas rocas sobre las que nos precipitábamos... toda esperanza de salvación desapareció por un instante... Pero la suerte nos favorecía: precisamente en el camino del buque, la barranca se plegaba un poquito, dejando entre ella y el mar algunos metros de arena en que la nave fué á enterrar su proa quedando el bauprés á pocos centímetros del preci-

picio. Un instante después la San José quedó tumbada sobre el flanco izquierdo, el bote de estribor hecho pedazos, y todos los objetos sueltos fueron desalojados de la cubierta. Pero antes de que sobreviniera otra ola, nos reunimos en una hendidura de la barranca, con el mar á nuestros pies y una muralla de doscientos metros de altura sobre nuestras cabezas. La hendidura era de arenisca y á cada momento amenazaba desplomarse como una avalancha. Por fortuna, sólo al día siguiente se precipitó al mar...»

Cruzamos frente á Bahía Valentín, y haciendo rumbo al nordeste nos dirigimos á Buen Suceso, última etapa nuestra en Tierra del Fuego. Fondeamos allí. El Estrecho Lemaire se presentaba á nuestra vista, bastante agitado.

Ese Estrecho que los Nodales llamaron de San Vicente por haberlo visitado el 22 de diciembre de 1619, y que la *Concordia* de Horn descubrió el 25 de enero de 1616, bautizándolo con el nombre de Lemaire, tiene por término medio un ancho de treinta kilómetros, y sólo está limitado al este por la angosta extremidad occidental de la Isla de los Estados.

—Nos hallamos en *Ash Paltn.*

—¡Cómo! ¿No decía usted que esta es la bahía del Buen Suceso? La carta náutica...

—Sí; pero los onas la llaman *Ash Paltn.*

—¡Ah!

Lástima carecer de medios para emprender una excursión por el lado oriental de la isla; pero los transportes nacionales recalan pocas veces en sus puertos—casi nunca más que en San Sebastián—y eso en su viaje de retorno, porque á la ida se internan en el Estrecho, fondean en Punta Arenas y

costean la isla por el oeste, haciendo innecesariamente un trayecto larguísimo por aguas no argentinas, en detrimento de las nacientes poblaciones del Este.

Pero el ingeniero Tapia, que en aquellos días debía estar midiendo los terrenos últimamente vendidos por decreto de marzo 30 de 1897, me había prometido detallados informes sobre la zona comprendida entre el cabo Espíritu Santo y el Río Grande, y con ellos podría salvar en parte la deficiencia, inevitable por la falta de elementos.

Y llegado á Buenos Aires, en efecto, el señor Tapia ha tenido la bondad de comunicarme tan interesantes datos, completados con atinadas observaciones personales, que me servirán aquí de complemento á lo ya dicho.

Las cincuenta y seis leguas fueron medidas y entregadas á los compradores dentro del plan señalado por el decreto—á seis meses del remate—menos el lote 40, del que, por hallarse ausente el apoderado del propietario señor Pietranera, no pudo dársele posesión.

Según los minuciosos informes suministrados por el ingeniero Tapia, el campo vendido es en general de pastos buenos y variados, excepción hecha de un lote situado en el centro de la bahía de San Sebastián, que es un arenal cubierto de mata negra y salpicado con depresiones salitrosas que en las grandes mareas se convierten en lagunas.

Los pastos son abundantes y variadísimos en los valles de los ríos, arroyos y chorrillos que forman vegas de leguas de extensión, en dirección general de oeste á este, verdaderos oasis en que la hierba crece hasta sesenta y ochenta centímetros de altura. Entre ellas se distingue por sus dimensiones y

fertilidad la del arroyo San Martín, que corre hacia el mar en la parte sur de la bahía.

En los terrenos altos, generalmente pedregosos, el pasto no es muy abundante.

Las aguadas son numerosas y se encuentran en todas direcciones. Las hay en forma de manantiales, de arroyuelos, de lagunas, de arroyos y de ríos. Son de agua dulce y cristalina, casi siempre de temperatura baja. Los cursos de agua son generalmente pantanosos y de poca profundidad; en invierno se congelan, cubriéndose de una capa de hielo que en algunas partes llega á tener sesenta centímetros de espesor.

El Río Grande, que tiene un ancho variable entre cincuenta y sesenta metros, hallábase á principios de mayo de este año (1898) á la altura del límite con Chile, cubierto con una capa de hielo de quince centímetros de espesor, que sólo dejaba libre el centro en un ancho de tres metros aproximadamente.

En muchos puntos del territorio, y sobre todo en las vegas, se encuentra agua á un metro bajo el nivel del suelo.

La topografía no es uniforme. El terreno en general es montañoso, con serranías ó macizos paralelos que corren de oeste á este, entre los que existen grandes abras—valles de ríos y arroyos,—y á veces llanuras relativamente extensas, altas y bajas. El oeste tiene médanos más ó menos elevados, y no es propiamente montañoso.

En toda la extensión recorrida, salvo algunos puntos situados cerca del límite con Chile, y comprendidos en los lotes 23, 24 y 40 de los terrenos vendidos por el Gobierno, no se ha encontrado un solo árbol; en ciertas faldas de cerros y médanos

crece el *calafate*, arbusto tan abundante en Patagonia y Tierra del Fuego.

La mancha de bosque que se halla en el ángulo formado por el Río Grande y el límite con Chile, es continuación del gran bosque chileno de *La Matanza*; los fagus que lo componen tienen una altura media de cinco metros y un diámetro de veinte centímetros.

El clima es frío en general. La temperatura media observada por el ingeniero Tapia, es de 8° centigrados en marzo, 4° en abril y 1°5 en mayo. Estas observaciones son aproximadas, pues no tuvo ni tiempo ni ocasión de hacerlas exactas y detenidamente por la movilidad que exigen los trabajos de mensura.

Los vientos dominantes del oeste y sudoeste, son fuertes en primavera, verano y parte del otoño; en invierno la atmósfera permanece en calma. Generalmente las lluvias caen poco rato.

Pasando á otro orden de observaciones, el señor Tapia me comunica lo siguiente:

La Tierra del Fuego, principalmente en su parte chilena, está poblada de estancias dirigidas por caballeros ingleses, algunos de los cuales tienen también establecimientos en territorio argentino y en campos arrendados al Gobierno.

En los terrenos vendidos y que el señor Tapia ha entregado ya, existe una estancia denominada Sara, entre el extremo este de las sierras de Carmen Sylva y el Río del mismo nombre, lote 17—y á mediados de abril iba á comenzarse á alambrar todo el campo comprado por la señora Sara Braun de Nogueira, que tiene una extensión de 35.801 hectáreas, 30 áreas y 55 centiáreas, ó sea catorce leguas y 801 hectáreas.

El territorio está cruzado por caminos que van de una á otra población, corriendo generalmente hacia el este é internándose hacia el oeste en territorio chileno, con salidas sobre el Estrecho de Magallanes á Punta Catalina, Punta Anegada, Río del Oro, Gente Grande, Porvenir, Bahía Inútil, etc., etc. Estos parajes de la costa chilena están en activa comunicación con Punta Arenas por medio de vapores correos y bastantes buques de vela.

Los caminos en cuestión desde la desembocadura del Río Grande, son en su mayor parte carreteros.

La principal industria del territorio es la cría de ovejas de raza Lincoln, de tamaño extraordinario, que se reproducen admirablemente, dan lana abundante y larga, y recorren á millares los campos, alimentándose y reproduciéndose—cosa sorprendente,—en zonas desprovistas de agua, tanto como en los lugares en que abunda.

El ingeniero Tapia ha recorrido tres veces el trayecto que media entre Punta Delgada, en el Estrecho, y Spreen-Hill, importante establecimiento del señor Mont E. Walles, en territorio chileno. En aquellas siete leguas no existe una sola corriente, ni una triste laguna de agua dulce. Sin embargo, allí hay millares de ovejas y dos ó tres poblaciones de pastores; el ganado era sano, robusto, gordo, á pesar de todo.

Según el señor Walles, las ovejas beben si encuentran agua, pero prosperan si no la tienen, dando los mismos resultados que las que se hallan en una vega cruzada por un arroyo permanente. A su juicio, les basta con el rocío que por las noches se deposita en la hierba.

Los pastores recogen el agua de las lluvias en

grandes estanques de hierro galvanizado, pues de otro modo no tendrían cómo apagar la sed.

Las ovejas de Tierra del Fuego son fuertes, y tan grandes como no las habrá en todo el resto del país. Los animales yeguarizos son escasos, pero las estancias tienen caballos suficientes para el trabajo, y tropillas para los viajes. Aunque haya terreno excelente para la cría de millares de vacas, ésta no se hace hasta ahora porque no hay mercado. Los hacendados se limitan á tener unas cuantas para formar bueyes, pues las carretas son indispensables en el territorio.

A la explotación del oro, ya amalgamado, ya en pepitas, se dedican sólo jornaleros y aventureros que buscan una fortuna tan rápida como incierta y que, creyendo encontrarla á cada instante, pasan meses y años malgastando una actividad que dedicada á cualquier otra cosa les daría indudablemente más provecho. Pero parece que el desencanto cunde.

En la costa del Páramo, por ejemplo, hay algunos que esperan desde hace dos años las borrascas que sacudiendo el mar arranquen el oro guardado en su seno, derrumben las barrancas á pico, y lleven á las playas ó dejen á descubierto el codiciado metal. Dos años de esperanzas y de angustias...

En el territorio comprendido entre el Cabo Espíritu Santo, el límite con Chile, el Océano Atlántico y el Río Grande, los establecimientos son puramente pastoriles. La agricultura no existe aún. El señor Walles ha hecho un ensayo de siembra de alfalfa en terrenos abonados previamente, que no ha tenido éxito: después de varios años de cuidados, la alfalfa continúa baja y descolorida. Los sembrados hechos cerca de las poblaciones y al reparo del

viento, son simplemente de hortalizas para el consumo, escasas y raquíticas. No hay árboles frutales ni forestales plantados por los pobladores.

Pero aunque la industria pastoril sea la más desarrollada en el territorio, no hay que creer fácil dedicarse á ella. Por el contrario, su implantación exige capitales bastante crecidos.

No basta con el dinero necesario para adquirir é importar los animales destinados á la cría; es indispensable poseer una vasta extensión de tierra, alambrarla y dotarla de instalaciones costosas.

En efecto, cada oveja ha de tener para su alimentación no menos de una hectárea de campo, pues de otro modo en la estación de los fríos y cuando el pasto escasea, enflaquecerían y morirían irremisiblemente. Unos cuantos miles de ovejas, pues, exigen otros tantos miles de hectáreas, si no se quiere correr á una pérdida segura.

Además, los hacendados establecidos allí, hombres prácticos y positivos, han adoptado el sistema de alambrar sus campos, encontrándolo más económico que el de tener numeroso personal para cuidar sus majadas. Estas andan siempre libremente, sin que se las recoja en corrales ó rodeos como se acostumbra en la provincia de Buenos Aires, y los pastores se limitan á recorrer los campos observándolas. Allí permanecen meses enteros, sin que se las moleste sino para la esquila, la curación de la sarna, la formación de *tropas*, ú otras causas accidentales.

Las alambradas se construyen con madera de los bosques fueguinos y son de nueve alambres.

Todas las estancias tienen que poseer instalaciones completas para esquilar, bañar las ovejas y en-

fardelar la lana, para lo cual hay que hacer crecidas erogaciones.

Los productos que salen del territorio argentino van, como los del chileno, á Punta Arenas, desde donde son enviados á Europa. Los hacendados enfardelan las lanas, las transportan á aquel puerto por los vapores que subvenciona el Gobierno de Chile ó por los buques del comercio de aquel puerto, y no tienen para qué pensar en la República Argentina ni en sus intereses.

Muchas veces he señalado en el curso de estas páginas ese mal que causa la anemia de nuestros territorios del sur; la insistencia puede incomodar, pero es necesaria, y tengo ahora la satisfacción de poder variarla cediendo la palabra á otra persona. Dice en efecto, el ingeniero Tapia, hablando de tan importante asunto:

«¿Qué razones determinan el pasaje por Punta Arenas, no sólo de los productos que se exportan á Europa, sino también de la correspondencia, pasajeros, etc., destinados á Buenos Aires, Gallegos, Santa Crúz y diversos puntos de la costa sur, teniendo el Gobierno nacional un servicio de vapores-transportes que hacen la carrera hasta Ushuaia, capital de la Tierra del Fuego? La contestación es tan sencilla como lógica:

»En Punta Arenas, que ofrece un buen puerto hasta para buques de gran calado, hay libertad de derechos á la importación y exportación, y todos los habitantes del mundo pueden entrar y salir con cualquier cantidad de mercaderías, sin que las autoridades los molesten. Hay, además, un servicio de vapores-correos subvencionados por el Gobierno chileno y que recorren con toda seguridad ambas márgenes del Estrecho, poniendo al alcance de los

habitantes de Tierra del Fuego y de la costa patagónica los elementos de transporte que facilitan todo el movimiento comercial, industrial y hasta social de la comarca.

»Los transportes del Gobierno argentino, mientras tanto, hacen un servicio tan lento y tan deficiente, que puede afirmarse sin exageración que toda la costa fueguina sobre el Atlántico se encuentra completa y absolutamente privada de comunicación directa con los puertos nacionales.

»¿Y cómo no ha de ser así? Los vapores argentinos, después de tocar en Río Gallegos, van á Punta Arenas y luego á Ushuaia por los canales chilenos, llegan hasta la Isla de los Estados, y desde allí vuelven á Gallegos, dejando á la costa este de Tierra del Fuego privada de sus servicios, sin dar á sus habitantes otro consuelo que el comentario sobre la columna de humo ó el casco blanco de un vapor que á tantas millas navegaba rumbo al norte...

»Natural es, pues, que los pobladores sientan la necesidad y aprovechen la conveniencia de recurrir á Punta Arenas, que les ofrece medios de comunicación con el mundo entero y la ventaja de la libertad aduanera.»

«Es penoso decirlo—añade luego,—pero es la verdad: el Gobierno chileno es quien sirve los intereses argentinos en Tierra del Fuego, por lo menos en la zona comprendida entre el Río Grande y el cabo Espíritu Santo.

»Pero no creo que este descuido sea principalmente imputable al Gobierno. Según informes que he recogido, los comandantes de transportes nacionales y en general los jefes de los barcos que durante tantos años han hecho la navegación del sur, han

creido que los puertos y las costas de Tierra del Fuego en el Atlántico no ofrecían garantía alguna. Por esto pocas veces se han efectuado en San Sebastián y sus cercanías operaciones de carga y descarga con la debida serenidad. El mismo temor se ha apoderado del Gobierno por los informes de dichos jefes, en cuyo descargo hay también que observar su enorme responsabilidad en caso de pérdida del barco que mandan, responsabilidad que se hace efectiva ante las autoridades del ramo, y que tiene muchas más consecuencias que la de un simple capitán mercante.

»Se agrega que las dimensiones de los vapores nacionales no facilitan su entrada en algunos puertos, como Río Grande, por ejemplo.

»De todas maneras, existe el hecho del abandono, por parte del Gobierno argentino, de las costas del sur de la República, y se hace necesario remediar ese mal.

»Sin embargo, los estancieros de la Tierra del Fuego, tanto chilena como argentina, practican continuamente operaciones de carga y descarga con sus buques de vela y á vapor, en la bahía de San Sebastián, Río Cuyen, Punta Sinaí, Río Grande, etc. No hace mucho, durante los meses de marzo y abril, el señor Menéndez, de Punta Arenas, ha enviado cada diez días, más ó menos, el vapor Amadeo, de su propiedad, al Río Grande en su parte navegable, con animales en pie y materiales de construcción. ¿Entonces? ¿No podremos los argentinos atender mejor los intereses que se desarrollan á la sombra de nuestra bandera?

»El Gobierno mejoraría la situación, ya teniendo fe en los hechos y la palabra de los jefes de buques en caso de accidente, haciéndolos responsables den-

tro de un justo criterio, ya adquiriendo barcos de un calado conveniente para todos los puertos de la costa, ya entregando la navegación del sur á una compañía subvencionada, en cuyas tarifas intervendría el Estado Mayor de Marina.

»Las razones del mayor gasto que ocasionarían al erario los viajes más frecuentes con escalas *efectivas*, gasto que no estaría compensado porque el comercio es escaso aún, ceden ante las razones de estado. Aparte del deber que tiene el Gobierno de servir esas zonas pobladas por hombres laboriosos al frente de crecidos capitales, que hacen erogaciones en terrenos arrendados, adquieren tierra y de uno y otro modo llevan á ella la savia de sus intereses, tiene también el de propender al adelanto moral y material del país por todos los medios á su alcance.»

El ingeniero Tapia describe del siguiente modo las costumbres de los estancieros ingleses de Tierra del Fuego:

«La lana que envían directamente á Inglaterra representa libras esterlinas, y á cuenta del valor de ese fruto del país, piden á su patria, sin necesidad de previo desembolso, cuanto les hace falta y cuanto se les ocurre para sus estancias: muebles, adornos, estufas, billares, ropas, vinos, licores, cigarros, remedios para las ovejas, carbón, útiles y herramientas...

»Las habitaciones de los caballeros ingleses, con ricas alfombras y tapices, reunen todo el *confort* deseable en aquel clima inclemente.

»Pero no pasan una vida sibarítica ni mucho menos: el patrón está siempre al frente de sus peones, toma como éstos las herramientas del trabajo que

dirige, y fomenta con sus sudores la riqueza propia y el progreso del territorio.

»Los he visto en el baño de las ovejas, con la pala de madera en la mano, concurriendo al mejor éxito de la curación de sus animales, que conservan limpios y libres de toda peste.»

Es curioso y al mismo tiempo natúral: en aquella parte de Tierra del Fuego no corre otra moneda que los giros y vales de esos estancieros, que se cotizan á la par.

A estos hacendados se añadirán en breve los señores J. Maupas, Narciso Laclau, Gabriel Labarrié y otros que han manifestado su intención de introducir animales en los campos comprados al Gobierno.

—¿Y la Isla de los Estados?—pregunté al segundo Méndez.

—Allá está—me contestó señalando el este.

—¿Dónde?...

—Aquella masa de nubes... ¿la ve? pues eso es la isla.

—¡Ah!

Uno de los compañeros se acercó:

—¿Quiere ir á tierra con nosotros? Puede ser que haya indios... al natural. Vienen muy á menudo á Buen Suceso.

—¡Vamos, vamos!

Momentos después pisábamos las playas de Ash Paltn.

IX

La visión de la isla.

—Buenos días, segundo. ¿Y dónde está esa bendita isla, que hoy tampoco la veo?

El teniente Méndez tendió otra vez el brazo hacia el este, como la tarde anterior, y me contestó:

—Allí.

Y otra vez no vi sino una aglomeración de vapores densos y bajos, de color ceniza, que elevándose de la superficie del Océano, y confundiéndose luego con las nubes más altas, cerraba por aquel lado el horizonte.

La mañana era tormentosa, el Lemaire estaba agitado, y su paso es peligroso hasta para los barcos de vapor en esas circunstancias.

«Cuenta un capitán americano—escribe Bove—que cuando la Great Republic, clipper de 4000 toneladas, quiso aventurarse en el estrecho de Lemaire con fuerte viento sur-sudoeste y corriente favorable, faltó poco para que se perdiese. A la altura de cabo South un golpe de viento lo embistió de través, con tanta fuerza que la columna de agua se alzó á una veintena de pies sobre la amura, y volviendo á caer sobre el puente, destrozó no menos de cincuenta pies de cubierta.»

—¿Saldremos esta mañana?—pregunté al segundo.

—¡Hum! El tiempo no está bueno, y salir para pasarse á la capa quién sabe hasta cuándo... Lo mejor es quedarnos quietos.

Habíamos llegado á Buen Suceso el día antes, el viaje entero se había hecho en excelentes condiciones, y no era ni necesario ni lógico tener prisa: día más día menos, el Villarino estaría de regreso en Buenos Aires pocas semanas después, y más pronto de lo que podía esperarse á la salida.

La bahía en que estábamos, de forma semicircular, rodeada de alturas cubiertas de espeso bosque hasta la orilla, es lo que los marinos llaman un «regular tenedero», porque el ancla muerde bien en el fondo, y sus aguas son tranquilas cuando no se engolfan en ella los vientos del este, de los que nada la defiende. En el fondo de la bahía se tiende un hermoso vallecito en que la fuerte y alta yerba primitiva ha sido suplantada por un pasto corto, tierno y tupido, desde que los rebaños de ovejas y cabras de la subprefactura triscaron en él, esperando la hora triste de dar trabajo á los asadores.

Un riachuelo que baja de las montañas vecinas, mezcla sus aguas dulces con las del mar, y por todos lados vense correr, desmenuzando el esquisto arcilloso, chorrillos amarillentos teñidos por la turba en que antes se han abierto lecho. Su coloración les da un aspecto extraño, y es tan fuerte, que la comunican á los cantos rodados que cruzan en su última etapa antes de llegar al Océano.

El Villarino estaba completamente inmóvil, reflejándose su casco blanco en el espejo de la bahía, hasta con sus menores detalles. Y sin embargo, hacia la mitad del Lemaire veíanse las olas persi-

guiéndose unas á otras, y como huyendo de nuestro barco, apacible y silencioso. Murúa se acercó al grupo que formábamos en la popa.

—Y ¿salimos hoy, comandante?...

—Parece que sí. El barómetro me hace creer que va á mejorar el tiempo. Pero hay que verlo antes de resolver la partida...

Yo entretanto, desinteresado de Buen Suceso,



Paisaje.—Tierra del Fuego.

miraba con insistencia aquel misterioso y empecinado montón de nubes que velaba á mis ojos la isla, con la que tanto deseaba entrar en relaciones. Allí permanecía, fijo, como coagulado, impenetrable á mi intensa curiosidad.

El aire estaba frío y cargado de humedad y los abrigos eran de rigor. Habían salido del fondo de

las maletas los pañuelos de lana, las boas, los guantes forrados, aunque la temperatura no hubiera llegado á cero. Lo que nos transía era la humedad, tan intensa que traspasaba las ropas, llegando hasta la carne, y produciendo una sensación penosa, á la que desgraciadamente iba yo á tener que acostumbrarme.

Afortunadamente, ya no había para qué bajar á tierra. El día antes habíamos aprovechado las últimas horas de la tarde para hacer una excursión.

El bote que nos condujo llegó primero hasta el riacho que desemboca á la izquierda, junto á un muro de rocas amontonadas confusamente y á las que adhieren sus raíces como tentáculos de pulpo, el *uchpaya* y el *anis*, como llaman los fueguinos al *fagus betuloides* y al *F. antártica*, respectivamente. La entrada está á medias obstruida aún por las duras cuadernas del cúter Patagones, que uno de esos temibles vientos del este hizo naufragar allí.

A unos trescientos metros del límite de las altas mareas vense también las ruinas de los galpones que sirvieron á la subprefectura trasladada luego á Bahía Thetis para suprimirse en seguida, rodeadas por restos de los ranchos de la marinería y los indios, que aún suelen visitar aquellos parajes, cuando salen á caza de nutrias en la costa del Lemaire. Atracan con sus piraguas á una playa de arena negruzca, que les ofrece fácil desembarcadero; esta playa se encuentra rodeada de costas de piedra, en que la rompiente es lo bastante poderosa para tumbar ó estrellar un bote, y con mayor razón las groseras embarcaciones fueguinas.

La arena en cuestión es aurífera, aunque contiene tan escasa cantidad de oro, que su lavaje no daría resultado sino con grandes y costosas maquina-



LOS ESTADOS

DEL ALMIRANTAZGO INGLÉS

rias. En nuestra pequeña excursión llegamos y desembarcamos en la playa que forma, de suave declive y surcada por multitud de hilos de agua dulce que caen y brotan de las peñas. Después de resbalar un rato sobre las hojas de cachiyuyo arrojadas por la marea, nos sentamos en una piedra saliente mientras que el doctor Pinchetti, escopeta en mano, vagaba buscando víctimas por los alrededores.

—¿Aquí hay oro?—pregunté á un compañero.

—Seguramente—contestó.—Esta tierra negra lo está indicando.

—Busquemos...

—¡Oh! ¡no pierda el tiempo!

—¡Cómo! ¿no dice usted que hay?

Y recogí un gran puñado de arena, que comencé á desmenuzar sobre la palma de la mano.

—Sí.

—Entonces, encontraremos...

—¡Phs! Sin aparatos y en todo un día, no recogeríamos un solo gramo entre los dos.

—¡Oh! Lo busco sólo por curiosidad, y me contentaría con una partícula cualquiera, la más insignificante...

—Busque, pues.

—Es lo que hago.

Y arrojé lo que me quedaba del primer puñado de tierra, después de examinarlo cuidadosamente, para recoger otro que escudriñé con el mismo resultado negativo.

—Veamos el tercero—dije.

—Será inútil si no lo favorece la casualidad.

—Voy creyéndolo.

—Si fuera en Slogget, todavía. Allí hay pepitas en mayor abundancia, y algunas bastante gran-

des. Pero asimismo, los mineros no se enriquecen.

—En cambio se enriquecen sus proveedores.

—¡Claro!

Seguí desmenuzando tierra, pero ya más por entretenerme hasta que llegara el bote, que con la esperanza de encontrar oro. Mi compañero me miraba, medio sarcástico, medio compadecido; sin duda considerábame atacado por la *auri sacra fames*. Por fin dijo:

—Yo no busco ya oro, ni aquí ni donde lo haya de veras. La lotería nacional me ha hecho estoico, y no creo ni en suertes ni en hallazgos. Es lo único bueno que le encuentro á esa institución gubernativa, y es el solo beneficio que me ha dado... como á tantos otros...

—¡Pues á mí... ni ese! — exclamé echando al viento el último puñado, y renunciando á buscar más.

En eso estábamos, cuándo vimos á nuestros marineros agachados sobre la playa, como si también buscaran pepitas. Uno se levantó de pronto con ademán de triunfo agitando algo en la mano por encima de su cabeza; los otros se levantaron también, rodeándolo, para comenzar á desgranarse en seguida, y volver con más ahinco á la tarea. Era indudable que el primero había encontrado una pepita. Nos acercamos.

—¿Ha encontrado algo? ¿A ver?

Sonriendo con un aire bastante burlón, el marinero me tendió una pepita rugosa y llena de hoyitos minúsculos, que tendría el tamaño de una arveja grande. Apenas la vi, miré instintivamente al suelo, con la visible intención de escudriñarlo otra vez.

El del hallazgo lanzó una carcajada; mi compañero se rió también. Los examiné perplejo.

—¡Oh! no busque, señor, no la he encontrado aquí; ya la tenía. Era para dar un chasco á esos.

Esos seguían removiendo empeñosamente la arena con las uñas. Si no hubiera estado tan avanzada la tarde, seguro es que hubiesen hecho una excavación. Pero era hora de volver á bordo, los llamamos, y medio á regañadientes saltaron al bote y empuñaron los remos, á tiempo que el doctor Pinchetti volvía, escopeta al hombro, con un ramo de violetas amarillas en la mano, pero sin haber hallado ocasión de disparar un tiro.

Más felices que él, otros que habían salido á pescar en el chinchorro, volvieron al Villarino con algunos excelentes pescados, un balde de rojos langostinos y media docena de centollas, esos enormes y exquisitos cangrejos cuyo cuerpo mide á veces medio metro de diámetro, y cuyas patas simplemente cocidas constituyen un manjar incomparable. Demás está decir con qué placer comimos la sopa de arroz con langostinos, la centolla hervida y fría y el pescado frito, riéndonos de los *menús* clásicos que hubieran condenado aquella atrocidad. Lástima no haber recogido mejillones y erizos—que los hay también,—pues entonces nuestra comida hubiera sido exclusivamente marítima.

...Entretanto la mañana avanzaba sin que se calmasen las olas del Lemaire, y ya nos iba pareciendo que tendríamos que quedarnos otro día en Buen Suceso... ó más, si el tiempo seguía tan malo. La demora no sería larga, de cualquier manera, pero hay que observar que todos estábamos más ó menos enervados, y deseosos de terminar ó de ha-

cer diversión al viaje, ya monótono á pesar de su variedad. Noté sobre todo esta fatiga en mí, cuando me preguntaron lo que había resuelto en definitiva, si permanecería ó no en la isla hasta la llegada del otro transporte, y contesté sin titubear, dominado por el deseo de pisar tierra firme siquiera unos cuantos días:

—Me quedaré.

Temía, también, regresar á Buenos Aires con unos cuantos apuntes superficiales, apenas una impresión á vuelo de pájaro, desperdiciando informes que, con paciencia, podía obtener de los viejos marineros de San Juan, muchos de ellos conocedores de las costas Patagónicas y de la tierra fueguina. Tenía noticias de algunos que eran un verdadero arsenal viviente de datos, y á ellos iba á dirigirme desde el primer momento.

Y como si sólo hubiera esperado esa resolución, el viento cambió, su soplo fué desvaneciendo paulatinamente la espesa cortina de vapores que velaban la Isla de los Estados, y ésta apareció por fin, áspera y abrupta como una visión diabólica.

Era un amontonamiento informe de rocas empequeñecido por la distancia, que dominaban numerosos picos semejando los dientes de una sierra. Los treinta y tantos kilómetros del estrecho de Lemaire no nos permitían apreciar los detalles de aquel extraño peñón, que visto en las cartas parece un monstruo marino, un animal apocalíptico que descansara sobre la superficie del Océano, dejando al sol las verrugas de su cáscara...

Todos los preparativos de marcha estaban hechos; sólo faltaba levar anclas para ponernos en franquía si mejoraba el tiempo, como todo parecía indicarlo. En efecto, el Lemaire se calmó, aclaróse

completamente la atmósfera, y el Villarino puso proa al nordeste para tomar luego rumbo al sudeste y pasar entre la costa de la Isla de los Estados, hacia su parte central, y las islas de Año Nuevo. Ibamos en un principio hacia las Malvinas, que la distancia nos ocultaba.

¡Las Malvinas! Ya casi nosotros solos conocemos por ese nombre á las islas Falkland de los ingleses, que tuvieron tantos. Llamáronse, en efecto, y sucesivamente, isla de los Leones, Maideland, Sebaldinas, Pepys, Nuevas islas de San Luis, Belge Australis, Malvinas y Falkland!...

El primer nombre fué dado á la isla del este por los españoles, aunque no se sepa por qué la llamaron de los Leones; Vespucio las señaló vagamente en 1502.

John Davis, comandante de uno de los buques de la escuadra de Candish, las descubrió en 1592, casualmente, y á causa de una tempestad que le impidió entrar en el Estrecho de Magallanes, arrojándolo hacia el este; y dos años más tarde, e corsario inglés Ricardo Hawkins, que había de ser vencido y apresado por la escuadra del Perú, las llamó Maideland, ó «tierra de la Virgen», en homenaje á su graciosa majestad Isabel Tudor.

El holandés Sebald de Weert, volvió á bautizarlas en 1600 con el nombre de Sebaldinas; Coreley, en 1683, las llamó Pepys...

Strong, un marino inglés protegido por lord Falkland, les dió el nombre de su protector, que ha prevalecido, en 1690.

Nuevas islas de San Luis les puso en 1714 el capitán Anicón, marino de Saint-Malo, dando lugar este nuevo bautismo á que se las llamara *Malouines*, por sus descubridores, de donde viene nuestro Mal-

vinas, que fué Maluinas para los antiguos geógrafos españoles.

Belge Australis fué el último nombre que se les dió en 1721 por el belga Reggewein.

Los franceses fueron los primeros en tomar posesión de las Malvinas, y en 1763 el célebre Bougainville fundó una colonia sobre Port-Saint-Louis, al oriente; los ingleses no tardaron en seguirlos, y en 1765 sir John Byron fundó otra al occidente sobre Port Egmont.

España, entretanto, reclamó á Francia aquellos dominios, y en 1767 logró que se le entregaran, mediante una indemnización de 2.412.000 reales de vellón —«suma dada por generosidad, y á que montaba el gasto de aquel establecimiento» (la colonia) —dicen los españoles,—y tomó posesión de ellas el 1.° de abril.

Pero el capitán Font de Tamar con sus ingleses estaba en Egmont, é intimó al enviado español Ruiz Puente que evacuara la isla en el término de seis meses, lo que no hizo, aguardando instrucciones. El gobernador Buccarelli las recibió de España, y de acuerdo con ellas conminó á su vez á los ingleses para que salieran de la isla; como no se retiraran, les mandó al capitán Madariaga con gente y artillería, ante lo cual cedieron, porque no estaban en condiciones de resistir.

La situación de Europa era bastante turbia, y Francia y España estaban á punto de irse á las manos con Inglaterra. Esta, herida por el desalojo de las Malvinas, encomendó al caballero Harris, más tarde conde de Malmenbury, una reclamación ante el Gobierno español; quería que se desaprobara la conducta de Buccarelli, y que se diera por no ocurrida la expulsión.

España no quería precipitar los sucesos, y su embajador, el príncipe de Maserano, recibió instrucciones que importaban debilidad, y llegó hasta proponer la cesión de las islas, salvando el derecho del Rey á ellas, y consentir en la reinstalación de los ingleses. Pero el gabinete británico insistió en que se desaprobara á Buccarelli y se devolvieran incondicionalmente las islas, á lo que se opuso el conde de Aranda con mucha entereza, diciendo que la violencia habia partido de los ingleses al ocupar las Malvinas, y al amenazar á Ruiz Puente. Bien es cierto que Aranda quería la guerra, que debía declararse apenas Francia estuviese lista.

La guerra no estalló. Inglaterra recibió el 22 de enero de 1771 las declaraciones de desagravio que exigía y se le devolvió Egmont, aunque con la restricción de que ese hecho no afectaba el derecho anterior de soberanía.

En 1774, sin embargo, los ingleses se retiraron de las islas.

Varios historiadores explican este abandono, afirmando que, cuando como desagravio se la puso en posesión de Egmont, Inglaterra se comprometió secretamente á evacuar las islas por su voluntad, y en breve término. Hasta entonces no había alegado derechos de posesión.

España continuó, pues, como soberana de las Malvinas, cuidando de mantener en ellas una colonia, á pesar de lo gravosa que le era, para que no pudiera disputársele en derecho. Vértiz quiso abandonarlas porque su sostenimiento costaba más de cincuenta mil duros al año, pero el Rey se opuso terminantemente á ello.

El rey de España creó en el establecimiento de Soledad de Malvinas un gobierno dependiente

del de Buenos Aires, que subsistió hasta después de 1810.

Independizada la República Argentina, mandó en 1820 como comandante militar, al de la fragata Heroína, Tewit, quien prohibió la pesca de anfibios; en 1823 fué nombrado don Pablo Aregnoty; en 1829, el comandante José María Pinedo puso en posesión de ellas como comandante militar á don Luis Vernet, concesionario de las islas desde el año anterior, y con privilegio exclusivo para la pesca de aquellos mares.

Pero Inglaterra, que desde hacía sesenta años no se ocupaba de las Malvinas, incitada quizá por los Estados Unidos, que habían destruído la colonia de Vernet, mandó á ellas la fragata Clío, comandante Onstow, que el 3 de enero de 1833 hizo desalojar los islas, que están desde entonces bajo la bandera británica...

Las islas, que tienen una extensión de setecientas veinte leguas cuadradas, cuentan hoy con más de dos mil habitantes, unos 15,000 animales vacunos y más de 700.000 ovejas. Puerto Stanley, su capital, es un buen fondeadero, con faro y cinco muelles, rodeado por un pequeño y lindo pueblo con iglesias, bibliotecas, hoteles, etc...

Su principal, casi única industria, es la ganadería, cuyos productos exporta anualmente por un valor de cerca de 150.000 libras esterlinas. Hay allí graserías, saladeros, frigoríficos, y la exportación de animales en pie para Patagonia toma mucho impulso en estos últimos años.

...Aunque tranquilizándose poco á poco, las olas del estrecho jugaron con el barco, haciéndolo bailar un buen rato, pero todo anduvo bien y no tar-

damos en ver de cerca la silueta espantable de la isla.

Diríase que era la fantástica decoración de un drama sobrenatural cuyos protagonistas fueran los elementos desencadenados por la mano de un Prometeo en pugna con los dioses. Las nubes se enredaban haciéndose jirones en los picos agudos, bajaban á las peñas, colmaban las hondonadas, acudiendo de todos los rincones del horizonte para posarse como gigantescos pájaros cansados en aquel enorme escollo rodeado por los espumarajos de la rompiente y el hervidero de los remolinos. Nada más salvaje que aquella costa inhospitalaria vista desde lejos: acantilados, peñas á pico, rocas que avanzan desde lo alto hacia el mar, prontas á descuajarse; y ni una playa, ni un punto á que pueda acercarse un bote sin peligro de ser estrellado contra las piedras, como una cáscara de nuez, por las olas que se levantan muchos metros para caer pulverizadas en amarga lluvia, sobre las otras que vienen furiosas detrás á continuar el inacabable asalto. Pero la fortaleza se mantiene firme, desafiando altiva á su enemigo el Océano, que para vencerla tendrá que desmenuzarla partícula por partícula, en una tarea de siglos, que él sólo puede realizar...

De cerca, la vista se sorprende al hallar que lo que parecía roca desnuda, es intrincada selva que trepa por todos lados, agarrándose á las aristas de la piedra, aprovechando las hendiduras, las grietas, los pequeños espacios abrigados, ó adaptándose á las exigencias del viento en los sitios descubiertos, y estirando sus ramas de modo que resbale sobre ellas sin desgajarlas. La Isla de los Estados se halla poblada por la misma vegetación de Tierra

del Fuego; árboles, arbustos, hierbas, y parásitos son completamente análogos, hasta el punto de hacer creer que un ataque violento del Océano, ó una serie de ataques conducidos por los invencibles vientos del sur, se ha abierto un paso por lo que antes era el extremo de la gran isla fueguina.

Aquel abrupto montón de rocas, separado por el estrecho Lemaire de la Tierra del Fuego, en efecto, parece ser, y es sin duda la última excrecencia que despide hacia el este la colosal cordillera de los Andes.—¿Qué sacudimiento, qué cataclismo lo ha disgregado de la otra isla que, á catorce millas de distancia, tiende sus costas coronadas por las alturas de los Tres Hermanos? ¿Qué fuerzas lo trabajan, adelgazando sus istmos ó llenando sus bahías con los derrumbamientos de la piedra, descuajada por los embates del mar? ¿Qué fenómenos geológicos cambian lentamente de faz á aquella masa esquistosa, presidio natural y tumba de navíos, que se yergue como fortaleza y como escollo, rodeada de remolinos y rompientes? ¿Qué le guarda el porvenir? ¿Qué es hoy? ¿Por qué no reclama el nombre de Isla del Diablo, que le han usurpado con menos títulos que ella?

En sus contornos naufragan, según Piedrabuena, siete ú ocho navíos anualmente. Entre las espumas de su rompiente aun quedará algún destrozado resto del Yess, del Vergeri, del Pactolus, del Ana, del River Lagan, del Mountaineer, de la Garnock, de tantos otros buques perdidos años ha, y en sus playas todavía irán á vararse palos de la Crown of Italy, de la Guy Mannering, de la Louisa, de la Amy, de la Calcutta, de la Esmeralda, víctimas de catástrofes recientes...

En sus tierras ásperas, cubiertas de montaña y

selva, se ocultan los loberos, ó viven triste vida los presidiarios. El único canto de pájaro es el graznido del *darup*, y de todas partes y á todas horas se escucha la tremenda sinfonía del Océano azotando la piedra, y el silbido violento y sarcástico de las rachas... El genio del mal tiene allí su alcázar, envuelto en perdurables nieblas, terrible y solitario, silencioso y negro.

Hasta los árboles toman un aspecto de angustia y de quebranto, y retuercen sus ramas desesperadamente como en un paroxismo de terror, atormentados por el viento que se divierte al verlos crisparse y al desnudarlos hoja por hoja...

Y sin embargo, aquel peñón salvaje y diabólico no es tan inhospitalario como aparece á la imaginación de quien lo ve por vez primera, ni tan temible como lo atestiguan los dramas del mar que se han desarrollado junto á él. De estos dramas, algunos han sido artificialmente provocados; es fácil evitar la repetición de los demás. A su alrededor, hierve el Atlántico, es cierto, pero su agitación no es tan terrible que haga peligrar á los navíos manejados por pilotos expertos, que encontrarían en caso necesario y á lo largo de sus costas, abrigos como la bahía Crossley, la Flinders, el puerto Hoppner, el Parry, Basil Hall, la bahía de Año Nuevo, Cook, San Juan, Back, Blossom, Vancouver, Grant, York, Black Mary, Brent, la bahía Sudoeste, la Franklyn, refugios más ó menos seguros, y algunos de ellos verdaderos lagos, como por ejemplo, Cook.

Pero poco se la conoce, y rara vez va uno de nuestros buques á fondear en sus anchos y abrigados puertos, excepción hecha del de San Juan, donde se halla la subprefectura y el presidio. Su fama

terrible dura aún, é infunde á los navegantes más que respeto, cuando divisan en lontananza la masa de vapores que la envuelve.

No la temía, sin embargo, el comandante don Luis Piedrabuena, que consintió en formar parte de la marina argentina, á cambio de la posesión á perpetuidad de la isla, hoy propiedad de sus herederos. Pero—hay que decir la verdad,—el mismo Piedrabuena naúfragó en sus costas en 1881, y en bahía Franklyn pueden verse aún restos de su Explorador, los palos machos, la cadena, el ancla, y huellas de las dos casillas que construyó para abrigarse él y su tripulación mientras construían el barquichuelo que los llevó á Punta Arenas.

Triscan por las peñas de los alrededores las cabras que dejó entonces el denodado marino, ó mejor dicho la descendencia de aquéllas, crecida en estado salvaje, sin temor de las fieras que no existen, ni de los hombres, que no llegan hasta allí sino rara vez.

La isla no es temible para los barcos de vapor, y los buques de vela no corren peligro sino cuando, sorprendidos por una calma chicha demasiado cerca de la costa, no pueden oponerse á la corriente y á los *tide rips*, que tienden á estrellarlos, y sus pilotos no conocen bastante los parajes para aprovechar los abrigos que ofrecen.

—La mayor parte de los naufragios ocurridos allí—decíame un entendido marino,—han sido intencionales, ó por lo menos evitables, si los comandantes hubieran conocido la costa como debían conocerla para acercarse tanto á ella.

Ya veremos más tarde cómo casi todos los siniestros han ocurrido con calma y niebla, lo que acusa impericia, sobre todo cuando para doblar el

Cabo de Hornos no es necesario irse sobre la isla.

Desde Piedrabuena hasta hoy, no se ha cesado de clamar por el establecimiento de faros realmente útiles, no insuficientes como el semioculto de San Juan, que apenas tiene un cuarto de círculo de iluminación.

—Con dos faros bien ubicados—exclamaba Bove —lejos de huir de ella, los navegantes buscarían la Isla de los Estados...

Este inestimable servicio tendría que ser complementado con la instalación de elementos de salvataje mas amplios—no pueden serlo menos,—que los que se tienen hoy. San Juan del Salvamento no se llamará legítimamente así, mientras eso no se haga. Cierto que la subprefectura hace lo posible por auxiliar á los náufragos, pero no hay que pedirle que trate de poner á flote un buque varado ó que transborde un cargamento; no tiene embarcaciones para ello; necesitaría un vaporcito, y posee sólo un pesado bote salvavidas. Así, fortunas enteras van á parar al fondo del mar, ó despiertan la codicia de los marineros semipiratas que abundan en Malvinas y en algunas costas chilenas, y que suelen rondar la isla semanas enteras, como aves de rapiña en acecho de la casualidad que ha de darles buena presa... ¿Con qué buque hacer la vigilancia de las intrincadas costas? ¿Con el salvavidas ó con algún chinchorro?...

La fauna de la Isla de los Estados, menos el guanaco y el zorro, es la misma que la de Tierra del Fuego, y llama la atención la presencia del tucutucu, que ha invadido toda la América del Sur, y vive también proscripto en aquel fragmento desprendido de las grandes tierras. No es suponible

que el pequeño roedor atravesara á nado el estrecho de Lemaire...

Habíamos salido de éste, y navegábamos á la vista de las islas de Año Nuevo, bajas y cubiertas de espesa yerba.

Carecen de árboles, aunque las semillas puedan llegar con mucha facilidad desde la vecina costa, sin duda por la violencia del viento que las barre continuamente.

Una de ellas presenta cierta curiosidad natural que aprovechan los bromistas: en una de sus costas más elevadas hay un agujero circular que la atraviesa de parte á parte, y que los navegantes suelen mostrar á los viajeros cándidos diciéndoles que ha sido hecho á cañonazos por uno de nuestros buques de guerra que tiraba al blanco desde corta distancia. El agujero tiene como dos kilómetros de largo...

Están situadas al norte del centro de la de los Estados, y ofrecen un magnífico asiento para un faro, cuya luz se vería mucho antes de llegar á los parajes verdaderamente peligrosos que de todos lados rodean á la isla principal.

Pasamos entre ellas, acercándonos más á la costa, que seguía presentando el aspecto de un erizamiento de rocas inaccesibles, embatidas por el mar, ceñidas por ancho cinturón de verdes árboles, y coronada por una diadema de agudos picos envuelta en el tul de las nubes.

El Océano se había calmado por completo, y navegábamos tranquilamente, á la vista ya de puerto Cook y en demanda del siempre proceloso cabo Fourneaux. Pero la rompiente mantenía su línea de blancas espumas en las rocas de la costa, y el *tide-rip* alzaba su columna aquí y allá, al capricho

de la marea y las corrientes. También *veíamos* el viento, pulverizando las aguas de la superficie del Océano, é imitando las tormentas de tierra de la provincia de Buenos Aires...

—¡Una roquería!

—¡Estamos tan lejos!

—¡Con un anteojo, con un anteojo!

Nos hallábamos frente á una *roquería* ó campamento de lobos-leones ó focas de un pelo. Pero por más que me desojara mirando con el anteojo, no alcancé á ver sino una roca plana como una mesa que descendía en suave declive hacia el mar, y sobre la cual apenas se distinguían algunos bultos obscuros, inmóviles, semejando excrecencias de las piedras. De vez en cuando llegaba hasta nosotros un rumor confuso como de bramidos de animales vacunos sedientos.

Era la primera vez que veía focas, si aquello era ver... Pero ya podía hacer gala de conocerlas y de haberlas sorprendido en sus guaridas, aunque necesitara buscar informes para no describirlas mal y hacer lo del mono del Pireo. Afortunadamente, más tarde iba á tener ocasión de examinarlas más de cerca.

Dejamos atrás la roquería y no tardamos en llegar á la altura del cabo Fourneaux, un promontorio abrupto, de rocas altas y desnudas, azotado por enormes olas, rodeado de *tide-rips* movibles, que alcanzan á tres millas, y de cuyas puntas bajan violentas y repentinas rachas, que silban como terribles latigazos.

Un instante después se presentaba á nuestra vista la Punta Laserre y la casucha del faro, oculto como un pirata en la concavidad que forman los cabos Fourneaux y San Juan.

X

San Juan del Salvamento.

—¡Pero, señor, aquí hay dos faros, y las cartas no señalan más que uno!—exclamaba Halder, piloto de la barca Calcutta, naufragada en alta mar á veintitantas millas de la Isla de los Estados.

El, con algunos marineros, se había embarcado en un bote cuando se resolvió el abandono del buque, mientras el capitán se refugiaba con el resto en la chalupa. Después de largas horas de esfuerzos sobrehumanos, los pobres náufragos habían logrado llegar á San Juan del Salvamento, en cuya subprefectura se les asiló. Y Halder, no repuesto aún de sus fatigas, repetía invariablemente, como protestando:

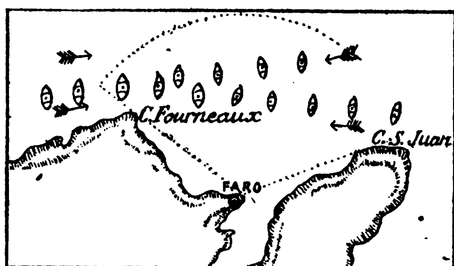
—¡Aquí hay dos faros! ¡aquí hay dos faros! y en las cartas no se señala más que uno...

¿Qué había sucedido? ¿Existían, en efecto, dos luces, ó algún fenómeno había hecho ver doble al piloto de la Calcutta?

Esto era, en efecto, lo ocurrido; pero no se trataba de un fenómeno, sino de una consecuencia lógica de la mala ubicación y peor disposición del faro.

El bote, al desprenderse del buque náufrago, ha-

bía navegado hacia el noroeste, hasta hallarse á la altura del cabo San Juan, extremo este de la isla. Lo había doblado allí, descubriendo poco más tarde y en medio de una noche obscurísima, la luz del faro de Punta Laserre; púsose entonces proa hacia la costa, pero la marea creciente, que corre de este á oeste con una velocidad de cuatro á cinco millas por hora, arrastró á la ligera embarcación tomándola de costado, y sin dejarla avanzar hacia el sur, á pesar del esfuerzo de los remeros ya fatigados. Llevóla así hasta la altura de Russian Fin, ó falsa caleta de Cook, que se halla unas cuantas millas al oeste de San Juan del Salvamento, y apenas pasado



el cabo Fourneaux, los náufragos perdieron naturalmente de vista la luz, sin observar, por falta de punto de referencia, que eran arrastrados por la marea. Este largo trayecto lo hicieron siempre proa á tierra, pero sin dominar la corriente. Proa á tierra continuaban, cuando comenzó la marea bajante, que los arrastró de nuevo, pero de oeste á este, sin que lo notaran, y pasado otra vez el cabo Fourneaux, volvieron á ver el faro. En su concepto no habían cambiado de rumbo, y era evidente la existencia de dos faros en lugar de uno; la obscuridad

de la noche, que no permitía ver los relieves de la costa, cooperó poderosamente á este error, que no hubieran sufrido de día.

Prueba concluyente de que el faro no está bien ubicado, tanto más, cuanto que su sector pasa apenas de noventa grados. Sin embargo, esa luz es importantísima, pues todos los barcos que se disponen á doblar el Cabo de Hornos, buscan la Isla de los Estados para comprobar y arreglar sus cronómetros.

Hace tiempo se proyectó cambiarlo á la más avanzada de las islas de Año Nuevo, lo que sería excelente por todos conceptos; pero nada se ha hecho aún en ese sentido, á pesar de que es conocida la opinión de casi todos los navegantes de esos mares.

La instalación del faro de San Juan se hizo muy apresuradamente, á causa de las circunstancias, y no hay que extremar la crítica hacia quienes lo hicieron. Por el contrario, y aunque haya variado la situación, menester es, para ser justos, ponerse en el lugar de los expedicionarios de 1884, á quienes urgía posesionarse de aquellas tierras, y dejar constancia de que nuestro país se preocupaba de sus intereses y progresos, especialmente movidos por las ávidas miradas que les dirigían ciertas naciones europeas.

Pero una vez regularizada la situacion, el faro de Punta Laserre no puede subsistir sino como una luz local que indique la entrada del puerto de San Juan, utilísimo para los barcos en peligro que lleguen del este.

Una luz en las islas de Año Nuevo, sobre todo en la del este, serviría mucho mejor á la navegación del Atlántico Austral, cuya seguridad aumentaría

en grado sumo; y el proyecto de establecerla no debe ser abandonado por el Estado Mayor de Marina, que haría bien en apresurar su realización.

Se ha proyectado también completar la iluminación de la costa norte de la isla, construyendo otro faro—creo que en el Cabo San Antonio,—cuya luz serviría á los barcos que, doblando el Cabo de Hornos, llegaran del oeste para tomar el camino del norte. Pero éste, como el anterior, se halla aún en estado de crisálida y tardará en tender el vuelo.

Mientras tanto, la isla continuará siendo un verdadero escollo para algunos buques, sobre todo cuando esté, según su costumbre, envuelta en las densas nieblas que señalan su presencia durante el día, y ocultan por la noche su diabólica silueta.

...El Villarino, á media fuerza, avanzó por las anchas entradas de la bahía, que forma un doble saco, terminado al sudoeste al pie del monte Richardson. El antepuerto en que navegábamos lentamente se termina por una punta delgada, de rocas, con una altura de más de cincuenta metros, en cuya cumbre se halla el faro de madera, y las casas de los empleados. Entre esta punta y la costa este de la bahía hay un paso de menos de una milla de ancho, pero con mucha profundidad aun sobre la costa, que á ambos lados es abrupta y llena de vegetación que trepa por las rocas. Al pie mismo de los grandes picachos de la entrada, el escandallo encuentra treinta y cuarenta brazas de agua.

Todos estábamos sobre cubierta, con la emoción del que termina un viaje. Los que íbamos á quedarnos—Demartini, el doctor Pinchetti, De la Serna, su esposa y yo—teníamos que considerar el destierro que nos aguardaba; los demás terminaban allí

su expedición de ida, para emprender acto continuo el rápido regreso.

La gente del faro estaba toda fuera, mirándonos llegar. Un marinero se distinguía perfectamente junto al cañón de señales; la bandera argentina flameaba en lo alto de su asta, frente al faro, y en el mástil que se alza detrás ondulaba otra del código de señales, anunciando á la subprefectura que el Villarino entraba al puerto. Cuando embocamos el estrecho paso, el marinero del cañón hizo funcionar el tira-frictor, oyóse un estampido seguido de muchos otros, despedidos por las vibrantes paredes de piedra y el eco duró largo rato en nuestros oídos. El agudo silbido del transporte contestó alegremente. Minutos después estábamos frente á la subprefectura y el presidio militar de la Isla de los Estados.

Un puñado de casas, pintadas de amarillo, semejando juguetes alemanes, y colocadas aquí y allá en un pequeño espacio llano, á algunos metros de altura sobre el nivel del mar, en medio de un bosque de hayas, rodeado á su vez por altas colinas que reducían el horizonte á unas cuantas cuadras; rocas amontonadas tras de una estrecha cinta de arena; agua amarillenta cayendo con entrecortados saltos desde la costa á pico; grandes matas de cachiyuyo, agitando levemente sus hojas en la superficie del mar; un gran bote salvavidas, blanco, meciéndose con largas cadencias, cerca de un tosco muelle terminado por una escalera que da acceso á las habitaciones.

Enfrente un alto paredón de rocas enclaustraba por completo aquel verdadero presidio, limitado al sur por la punta que llaman allí el Cabito de Hor-

nos, donde el agua no cesa de hervir ni cuando hay calma completa en la bahía.

No tardó en desprenderse un bote del muelle, y en avanzar rápidamente hacia el transporte. En el muelle y junto á la baranda que corre sobre la costa, los soldados de infantería de marina, los marineros, los empleados, los presidiarios mismos formaban alegres grupos, interesadísimos en nuestra llegada, único acontecimiento de importancia en aquellas indescriptibles soledades. Confuso y jubiloso murmullo llegaba hasta nosotros, atareados en los últimos preparativos del desembarco.

—¿Está bien decidido á quedarse?

Era el comandante Murúa que me interpelaba.

—Sí, bien decidido.

—Piense usted que va á tener que quedarse aquí un mes entero, si no más, y que no se le presentará entretanto la menor oportunidad de acortar su destierro.

Lo he pensado ya, comandante, y estoy resuelto. Tengo que comenzar á escribir y que completar muchos datos insuficientes, lo que podré hacer aquí con mucha tranquilidad, y espero que con buen éxito.!

—No lo dudo... Pero observe bien el sitio esta tarde. Es un verdadero encierro, en que casi no tendrá ni donde caminar para hacer ejercicio... Puede que modifique su plan. Entonces tendrá todavía tiempo de volver á embarcarse, porque no saldremos hasta mañana en la madrugada.

—Gracias por su interés, Murúa; pero no me echaré atrás, ni temo estas soledades.

Poco después desembarcamos, Demartini para tomar posesión de su puesto, que debía entregarle el ayudante Nicanor Fernández, De la Serna y se-

ñora para irse al faro, el doctor Pinchetti con su inseparable escopeta, dispuesto á sus dobles funciones de cazador y médico, yo para reconocer los lugares en que iba á vivir, el comisario Martínez á pagar la tropa, y el comandante Funes, el doctor Luque, etc., para pasear un rato en tierra firme. Murúa nos visitaría más tarde, para despedirse de nosotros.

Demartini se puso inmediatamente al trabajo, y el doctor Luque y yo comenzamos á visitar el presidio, la cuadra de los presos, la carpintería, la cuadra de marineros y soldados, la farmacia, el depósito de víveres, terminando nuestro paseo con una excursión al faro.

Pocas cuadras separan á éste de la subprefectura, pero hay que ir subiendo y bajando continuamente, y algunas cuestas son rudas. Además, el suelo de turba, cubierto de yerba y musgos, cede bajo los pies, que se entierran hasta el tobillo; la huella se llena de agua un segundo después, tan húmedo es el terreno; por otra parte, la presión atmosférica es tan baja, que uno se creería en las cumbres andinas: oprímese el pecho, se jadea, y comienzan á observarse los síntomas de la *puna*.

Tuvimos que descansar á la mitad del camino, á cuyos lados se alzan grupos de árboles pequeños, tristes y achaparrados. El sol aumentaba nuestra fatiga, elevando mucho la temperatura, y provocando nuestras quejas—razón por la cual, quizá, no volvió á mostrarse sino rara vez y por breves instantes, mientras permanecí en la isla.—Allí se dice generalmente, cuando hace un día hermoso:

—Hoy llega transporte.

O viceversa, cuando el transporte ha fondeado en la mañana:

—Hoy tendremos sol.

¿Será porque el júbilo producido por el único acontecimiento feliz, hace parecer hermosos los días que en otras circunstancias no llamarían la atención?

Después de tomar aliento algunos minutos, emprendimos de nuevo la marcha, bajamos á una hondonada desde donde se ve de un lado el mar abierto, del otro la bahía de San Juan, y comenzamos á subir la última cuesta que nos ocultaba el faro.

Tomamos un sendero que corre por el flanco del peñón, á más de cuarenta metros del nivel del mar, sobre las paredes cortadas casi á pico, en cuya base de piedras carcomidas por el continuo choque del agua se estrellan las olas espumosas que vienen desde afuera persiguiéndose como infatigables monstruos. Desde allí se ve el cabo tempestuoso de Fourneaux, con sus traidores *tide-rips*, y más lejos, como un cuarto de círculo inmenso, la línea del horizonte, tirada á compás; el mar, herido por el sol, lanzaba destellos enceguecedores, semejando de plomo derretido. Ni una sola vela, ni un solo penacho de humo se veía en la inmensidad del Océano, quieto como un lago. Era la soledad casi absoluta.

Y digo casi absoluta, porque al pie de la barranca, un poco más allá de la rompiente, bogaban lentos los gaviotines, en numerosas bandadas, pescando y comiendo, acechados por un buitre negro que, con las alas desplegadas é inmóviles, trazaba misteriosos círculos sobre nuestras cabezas, ya más alto, ya más bajo, ensanchando ó estrechándolos según su capricho. Algún *shag* (cormorán) erguía su largo cuello negro sobre las olas, y luego des-

aparecía debajo, persiguiendo á los langostinos y los peces de piedra *(rock fish)*, como el viguá y el zabullidor de nuestros ríos.

El camino al faro estaba en esa parte empedrado con anchas losas planas, trabajo hecho en la expedición Laserre, en 1884, y que sólo se conservaba bien en aquella última parte, única que no se abandonó después de construida.

De pronto, al dar vuelta á una peña, nos encontramos en el faro.

Es éste una casucha octógona, dos de cuyos lados, con frente al mar, están cubiertos de gruesos cristales, tras de los cuales se colocan las siete lámparas belgas á petróleo que lo iluminan. Dentro hay varias piezas á modo de camarotes, unas con cuchetas para dormitorio de los marineros, y otras con estantes para depósito de víveres, cabos, petróleo, etc. Junto á esta construcción y pasando un puentecito que une los dos bordes de una zanja de desagüe, está la pobre casilla del jefe del faro, compuesta de dos habitaciones solamente. Al lado la cocina, bastante espaciosa y clara, y otras dependencias. En una huertita como la palma de la mano, De la Serna cultiva algunas hortalizas, que van á picotear los pájaros y á roer los conejos vueltos hoy á la libertad, ó las gallinas que tienen su corral á un paso. Por el peñón vagan los capones destinados al asador y al puchero, cuádruplemente tristes, por su estado infeliz primero, por lo estrecho de su cárcel en seguida, por la escasez de hierba después, y por último—y esto no lo afirmo,—por la perspectiva de su desgraciado fin á manos y cuchillo del ranchero...

—¡Hola! ¿Qué tal? ¿No le decía yo que me iba á

visitar apenas pisara en la isla? Este es el único paseo que se tiene por acá.

Era De la Serna, que nos saludaba como si hiciera meses que no nos viéramos, aunque nos habíamos separado pocas horas antes. Con él estaba Murúa, también de visita, pues la gente de la subprefectura estaba demasiado ocupada con el arribo del nuevo jefe, para poder conversar un rato.

La posición exacta del faro, según los libros que allí pude examinar, es de 54° 43′ 24″ de latitud sur y 63° 47′ 3″ de longitud oeste de Greenwich. Su elevación es de cincuenta y cinco metros sobre el nivel del mar. La luz de las lámparas «L'Empereur» se distingue á una distancia de catorce millas.

En 1897 se avistaron ciento noventa y cuatro buques, algunos de cinco palos, y casi todos navegando con rumbo al sur, para doblar el Cabo de Hornos.

En los dos primeros meses de 1898 se avistaron dieciséis fragatas y seis barcas.

El consumo de las lámparas durante el año 1897, fué de 2874 litros de kerosene.

Desde el faro presenciábamos de nuevo el espectáculo del mar tranquilo, reverberante aquí y allá como unida superficie de azogue, con un brillo imposible de soportar con la mirada. Largo rato permanecimos saturándonos de soledad é inmensidad, cambiando breves palabras, invadidos por involuntaria y plácida melancolía, hasta que pareció hora de volver.

—Adiós, De la Serna.

—No se pierda, ¿eh?

—No. Hasta muy pronto.

Paso á paso volvimos á la subprefectura y poco después los oficiales y pasajeros del Villarino se despidieron y embarcaron, pues el transporte iba á refugiarse en el fondo de la bahía, para mayor seguridad. Pero no lo hicieron antes de exigirnos que los visitáramos aquella noche.

XI

Tra la perduta gente.

—Tan, tan; tan, tan; tan, tocaba la campana que fué del buque náufrago «La Esmeralda» y que hoy sirve para *picar* la hora en San Juan del Salvamento. En primer lugar, deben saber los lectores que en la Isla de los Estados los naufragios se cuentan por decenas, y en segundo, que los dobles golpes y el sencillo que acababa de dar la campana, anunciaban á los habitantes de la subprefectura y presidio, que eran las seis y media. A bordo y entre marinos tienen una manera extraña de señalar horas: cada doble golpe marca una, cada golpe sencillo media. Pero no se pican más de cuatro golpes dobles, que corresponden á las cuatro, las ocho y las doce, volviendo á empezar en seguida con uno, que tanto puede significar la una como las cinco, como las nueve. Eso basta, en efecto, pues ¿quién que esté despierto, puede equivocarse en cuatro horas? A bien que es famosa la anécdota aquella del marino que, navegando en el Río de la Plata, alababa á otro el raro acierto que para calcular la hora sin instrumento alguno, tenían los patrones de lanchas de cabotaje. Como el segundo ponía en duda seme

jante habilidad, el primero la llevaba más allá de los cuernos de la luna, y afirmaba con toda su fuerza, que no se equivocarían ni en un cuarto de hora... En eso estaban cuando acertó á pasar cerca una lancha.

—Hagamos la prueba—dijo el incrédulo.

—Hagámosla.

Y llamaron á los de la lancha, que se acercaron en seguida. El patrón iba al timón, y preguntó medio en italiano, medio en español, qué era lo que deseaban.

—¿Puede decirnos qué hora es? — le contestaron.

El patrón miró deliberadamente al cielo, examinó con cuidado la altura del sol, volvió la cara al este, luego al poniente, y en seguida, sentenció:

—¡Eh! Sarán come la dos ó la cuatro y medias...

Habían dado, pues, las seis y treinta cuando nos sentamos á la mesa en el comedor de la subprefectura, palacio de madera compuesto de tres habitaciones, el despacho en el centro, el dormitorio á la derecha, entrando, y el comedor á la izquierda. Una estufa atestada de leña, roncaba en un rincón de este último, llevando la atmósfera á una temperatura capitosa, y una lámpara de petróleo difundía vaga penumbra en torno, mientras alumbraba violentamente el mantel blanco. Nada más extraño y desigual que el mueblaje del comedor: sofaes procedentes de buques náufragos, anaqueles y armarios desparejos, restos también de siniestros marítimos, como las copas, como los platos, como las fuentes... Esto es de la Guy Manering; esto de la Esmeralda; aquello de la Amy... Parecíame es-

tar en una guarida de piratas costaneros, más que en una subprefectura marítima. Cosas de mi tierra, me dije, y esta explicación me pareció suficiente.

Alrededor de la mesa estábamos sentados el subprefecto capitán Demartini, el doctor Pinchetti, que había dejado su escopeta hasta el día siguiente; el ayudante Nicanor Fernández, á quien conocía de mucho tiempo atrás, y yo. Comimos bien, más por el apetito que por lo selecto de los manjares, suministrados en su mayor parte por uno de los carneros desembarcados del Villarino, y no repuesto de las fatigas del largo viaje y las hambrunas consiguientes.

Terminada la comida, nos dispusimos á ir á bordo, á llevar la correspondencia, pedir algunos elementos culinarios indispensables, y despedirnos de aquella gente á quienes nos ligaban tantos días de vida en común y tantas impresiones recibidas ya al unísono, ya en acorde durante la navegación ó en las excursiones por tierra.

Bajamos al muelle, junto al cual cabeceaba el bote que había de llevarnos, y nos embarcamos inmediatamente.

—¡Abre!... ¡Arma!...

Y separándonos del muelle, nos sumergimos en la obscuridad, tan profunda que apenas se adivinaban las altas costas por la rigidez de la negrura, y por los recortes de su silueta sobre el cielo encapotado en que sólo á trechos se veía alguna estrella. Los marineros bogaban vigorosamente, arqueando los remos para vencer la corriente y los remolinos. El transporte estaba á tres millas, en el fondo mismo de la bahía, que rodeada allí de altos cerros, está más al abrigo de las rabiosas rachas

que la barren frente á la subprefectura. De todo el paisaje, que íbamos á contemplar tantas veces después, no veíamos ni las grandes líneas siquiera. Sólo las luces del Villarino servían para guiarnos. Por otra parte, Fernández iba al timón, y conocía palmo á palmo aquellos parajes. Llegamos una hora después.

No describiré la despedida, que no fué, naturalmente, desgarradora, pero á la que tampoco faltó emoción. Nos habíamos acostumbrado los unos á los otros, y al separarnos cerrábamos, al fin, un párrafo, si no un capítulo, de la vida.

Agradecí como debía—vale decir efusivamente—las atenciones de que me habían hecho objeto Murúa, Méndez, el comisario Martínez durante todo el largo viaje,—atenciones nada incómodas como suelen serlo, sino de veras útiles por su franqueza y eficacia.

—Véngase con nosotros; todavía está á tiempo.

—¡No! Ya no puedo echarme atrás. En cambio de mi persona, llévense mi agradecimiento, y mis deseos de navegar otra vez con tan distinguida dirección... ¡Y buen viaje!

—¡Feliz estadía!

Y apretones de manos, ofrecimientos calurosos, manifestaciones cordiales que se renovarán sin duda en otro encuentro, con todos los recuerdos gratos ó desapacibles de aquella prolongada travesía, en que abundaron sobre todo los buenos momentos.

A las dos de la madrugada volvimos á la subprefectura, llevando con nosotros un verdadero tesoro... pimentón, pimienta, aceite, una bolsa de harina, otra de verduras, algunas conservas y un cuarto de carne de vaca, obsequio del comandante, y obsequio de inestimable valor á la verdad...

¡Bendita escasez que hizo dar tanto mérito á aquellas provisiones tan desdeñadas en la abundancia!

Teníamos poco tiempo para dormir, y nos echamos medio vestidos en las camas dispuestas en el aposento, encargando que se nos despertara al amanecer para ver partir al Villarino.

Levantados estábamos, y junto á la barandilla que da sobre la barranca, ateridos por el viento helado y la humedad y la falta de sueño, cuando vimos aparecer tras del cabito de Hornos, la proa del transporte, encarnación para nosotros de esta idea al mismo tiempo plácida y amarga: Buenos Aires. Lentamente cruzó por frente á la subprefectura, rasgó la neblina sonora con un silbido agudo, y fué ocultándose poco á poco tras el peñón que conduce al faro, hasta que sólo se vió, flotando un instante, el extremo de la bandera de popa...

Quedábamos encerrados en la isla.

El sueño se nos quitó como por encanto, y nos miramos un segundo con expresión melancólica. ¡Eh! ¡No es para tanto! A la labor, á la actividad, que el tiempo pasa pronto para el que trabaja, y sin dejar lugar á la tristeza. La instalación primera estaba hecha, pero teníamos que organizarlo todo: Demartini lo referente á la subprefectura y al presidio, yo mis notas y apuntes, que era necesario fijar claramente y aun desarrollar, si no quería encontrarme más tarde con que eran griego para mí mismo. Además, y desde el primer momento, se me había confiado la alta y delicada misión de dirigir y vigilar la cocina, y de hacer mucho y bueno con el menor gasto posible, pues aunque hubiéramos llevado víveres suplementarios, podía tardar el otro transporte y tener días de escasez si no de hambre.

Eso por lo menos ha sucedido muchas veces, y podía repetirse una más.

Mientras el subprefecto hacía una minuciosa visita de inspección, me puse á escribir, dejando para más tarde la tarea de trabar conocimiento con los presidiarios, algunos de los cuales purgan allí unos cuantos crímenes, mientras que otros pagan bien amargamente por cierto, ya una insubordinación, ya una deserción á veces muy perdonable. Preocupado con mis papeles estaba, cuando una voz risueña y blanda me interrumpió:

—¿Qué se hace para almorzar, señor?

Y en una cara negra, sobre un cuerpo pequeño y redondo, blanqueaban unos dientes de porcelana, y brillaban unos ojos como azabache. Era Vicente Zuluaga, el cocinero, un soldado que, estando de facción, quizás algo chispo, hizo fuego sobre una persona que no contestó á su tercer ¿quién vive? dado sin duda con demasiada precipitación—hiriéndola gravemente. Fué condenado á diez años.

—¡Hombre! Primero, caldo; después carne cocida, después verdura, después... ¿hay huevos?

—No, señor.

—Bueno. Entonces, entonces... un bife frito con cebolla y papas. El puchero con un poco de carne de vaca y lo demás de capón. El bife, de vaca; pero sin desperdiciar, ¿eh? Yo iré á ver dentro de un rato...

Demartini estaba indudablemente descontento del resultado de la inspección. En efecto, á primera vista se notaba que no había organización ni disciplina en el presidio.

El día antes pudo observar las maneras libres de los condenados, que jugaban entre sí, arrojándose piedras, gritando y riendo, sin respeto para los su-

periores ni compostura alguna. Aquel era un signo inequívoco de que las cosas no andaban bien, y de que sería necesario encaminarlas con mano de hierro. El día pasó ocupado en diversos trabajos; afortunadamente, el tiempo continuaba soportable, y á no ser por la enorme humedad del suelo turboso, hubiera invitado á pasear por la isla. Pero esa humedad era un verdadero desastre, y ni aun en el recinto de la subprefectura y el presidio, cuyo pavimento estaba cubierto de pedregullo, se podía andar sin empaparse los pies, de manera que todos tuvimos que apelar á las botas patrias de tacones con herradura y suela con clavos semiesféricos de medio centímetro de alto. Y aun así, el agua penetraba por las costuras á pesar de todos los calafateos, entre los cuales tenía la preeminencia un barniz compuesto de alquitrán y grasa de foca, impermeable según los marineros, inútil ó poco menos según la experiencia.

El doctor Pinchetti, dedicado á levantar el inventario de la farmacia, ó mejor dicho del botiquín, había dejado descansar su escopeta, que dormía en un rincón.

La isla nos había recibido con mansedumbre. En todo aquel segundo día de permanencia no llovió una sola vez, aunque gruesas y pesadas nubes pasaran lentamente sobre nuestras cabezas, como examinando con curiosidad á los nuevos huéspedes de la región en que ellas, sólo ellas, imperan desde tiempo inmemorial.

El ayudante Fernández me presentó al alférez Lezica, jefe accidental del piquete de infantería de marina que compone la guarnición de San Juan, junto con los marineros de la subprefectura. Es un joven muy correcto y agradable, avezado á las fa-

tigas y los peligros que hay que vencer hasta en las más cortas excursiones por aquel país extraño y salvaje, y que permanece allí sin que se le releve, desde hace mucho tiempo. Visitamos con él la cuadra de los soldados, de bastante buen aspecto, fuertes y llenos de salud. Llamóme la atención la juventud de los sargentos, todos ellos distinguidos, y casi unos niños; poco aprenderán allí, si no es á soportar las inclemencias del clima, y no parece ser ese su puesto, sobre todo considerando la clase de presidiarios que tienen que vigilar.

Conocí tambien al contramaestre Morgan, un yankee alto y delgado, de grandes bigotes rubios, ojos vivos, escrutadores y algo felinos, nariz recta, larga y fina, gran conocedor de la isla y Tierra del Fuego, en las que anda desde hace quince años ó más, y quien había de prestarme importantes servicios, constituyéndose en mi colaborador en la parte informativa del trabajo emprendido, suministrándome curiosos y minuciosísimos informes sobre multitud de asuntos de interés. Con él fuimos á ver los marineros á la hora del rancho. Los había de todas las nacionalidades y de todos los aspectos, hasta indios pampeanos, que no son los peores. Entre ellos notábase un vasco muy joven, de veinte años ó menos, cuya cara ingenua contrastaba con su desarrollo: parecía un gigante bien proporcionado. Sus compañeros lo llaman *Burro y medio* por su fuerza colosal, y cada vez que se embarca hay que recomendarle que al bogar cuide del remo, pues suele quebrarlo de una arrancada como si fuese una insignificante varilla.

Faltábame por conocer los presidiarios, entre los que hay famosos criminales; pero dejé la tarea para

otro día, y me refugié en un rincón para continuar con mis notas.

Por la noche hubo tertulia en el comedor, hablándose largo y tendido sobre las primeras impresiones, no desagradables, producidas por nuestra nueva mansión.

—¡Pero esto no es tan malo como dicen!—exclamé.—Salvo la humedad y el nublado no puede decirse que aquí se está peor que en otra parte...

El alférez Lezica se sonrió.

—Ya verá después. Hoy ha sido, como ayer, un día excepcional.

—¿De veras?

—¡De veras!... Aquí cuando no llueve graniza, cuando no graniza nieva, y cuando ni llueve, ni nieva, ni graniza, las rachas amenazan derrumbarlo todo, y casi no dejan asomar afuera las narices.

—¡*Corpo!*—exclamó el doctor Pinchetti.

Y como para confirmar las palabras del alférez, una violenta racha sacudió la casilla cual si quisiera arrancarla de cuajo, otra la hizo retemblar como en un terremoto, y en seguida se oyó el furioso repique del granizo en los techos de hierro galvanizado, entrecortado á intervalos por los silbidos del viento que se espoleaba á sí mismo.

—Empieza la danza. Así es todos los días, todos los meses, todos los años... cuando no es peor...

—¡*Corpo!*—repitió el doctor Pinchetti.

—¿Y nieva mucho en San Juan?—pregunté.

—Bastante.

—¿De modo que en invierno estará todo cubierto de nieve?

—No. Sólo dura tres ó cuatro días, porque los

vientos del norte la deshacen. Los picos, sí, quedan todo el invierno blancos.

—¿Y hace mucho frío?

—¡Bah! Mucho menos del que podría creerse. Sin embargo, hace más que en Buenos Aires y no tanto como en Ushuaia. Morgan puede darle las cifras exactas.

—¿Sí?

—Tiene toda una oficina meteorológica, una estación del observatorio de Córdoba, con instrumentos registradores de precisión, barómetros, termómetros, anemómetros, ¡qué sé yo! Hace ya años que practica observaciones diarias.

La conversación siguió por este rumbo largo rato, hasta que—llegada la hora de retirarse,—Demartini hizo diversión refiriéndose á temas algo más agradables:

—Supongo que un poco de viento y unas cuantas gotas de lluvia no van á tenernos confinados—dijo.

—¡Quién lo duda! Para estar encerrado me hubiera quedado en el Villarino.

—¡Claro!—afirmó Pinchetti.

—Propongo entonces una pequeña excursión para mañana.

—¿Adónde?

—Al fondo de la bahía. Tengo que cerciorarme del estado de un bote salvavidas que está abandonado allí; si es posible componerlo, lo traeremos. Pero dudo que se pueda arreglar, pues tiene inutilizadas las válvulas, y nos faltan elementos para reponerlas. De todos modos, quiero examinarlo. Es muy triste que una embarcación de tanto costo y que tan grandes servicios puede prestar, esté tirada en una costa, acabando de destruirse. Saldré mañana á las seis.

—Yo también.

—Y yo—añadió el doctor Pinchetti.

—Podremos recoger mejillones para el almuerzo, y quizá veamos algún lobo—sugirió Demartini.

—Mejor que mejor. Llevaremos fusiles, y ¡guay de la foca que se ponga á tiro!

—Bien. Ahora, lo mejor es dormir, para no madrugar en tan malas condiciones como hoy, y estar todo el día cayéndonos de sueño.

Al día siguiente me despertó la diana; Demartini se había levantado ya, y presidía la lista, con un mal humor de todos los diablos, porque muchos señores presos se permitían quedarse en cama con los pretextos más especiosos, ó sin pretexto alguno. Demás está decir que menudearon los plantones, y que el flamante subprefecto se juró presidir la lista todas las mañanas, para cortar de raíz aquel abuso que por desgracia no era el único, ni mucho menos.

Pero á pesar de nuestra diligencia no pudimos salir á la hora convenida. Las rachas asoladoras se alternaban con chubascos de lluvia menuda y penetrante, la bahía estaba muy agitada, y hubiera sido tan inútil como peligroso salir en esas condiciones. No se trataba del vientecillo ni de la *garúa* de que hablamos la noche anterior. Aquello era insoportable de todo punto.

—*¡Che tempo, dottore!*

—*¡É un tempo... rale!*

¡Cuántas fiestas—si así pueden llamarse,—iba á ahogarnos el tiempo, con sus extravagantes caprichos! Sólo quien haya vivido en la isla puede imaginarlo.

XII

Mal tiempo.

El día fué, pues, tan malo, que no nos permitió salir, ni casi asomarnos á la puerta. Los libros que había llevado conmigo me hicieron olvidar muy pronto mi inmovilidad forzosa, al mismo tiempo que me ilustraban algo más respecto de la historia de aquella isla.

Después del no comprobado descubrimiento del Cabo de Hornos en 1526, por don Francisco de Hoces, que arrastrado por un temporal llegó hasta más allá del paralelo 55, y volvió diciendo que á su parecer «allí era acabamiento de Tierra,» pasaron largos años sin que se emprendiera expedición alguna tan al sur.

Pero en 1615, dos holandeses, llamado el uno Schouten y el otro Le Maire, se propusieron encontrar un paso al oriente, que no fuese ni el Cabo de Buena Esperanza, ni el Estrecho de Magallanes, y con tal objeto armaron en Hoorn un buque, al que llamaron la Concordia, y el 14 de junio se dieron á la vela con rumbo á Magallanes. Schouten era un marino de fama, pero Le Maire, el más conocido hoy, era sólo un comerciante hábil y emprendedor.

Llegados al Estrecho pusieron proa al sur, con la esperanza de encontrar el paso Esperanza, que afortunadamente no resultó fallida como tantas otras.

El 25 de enero de 1616, descubrieron el Estrecho que separa la Tierra del Fuego de la Isla de los Estados, al que dieron el nombre de Le Maire, que tiene hoy, bautizando al conglomerado de peñascos que veían al este, con el título de Staten Land.

Corriéndose luego hacia el sudoeste, descubrieron el famoso cabo, al que pusieron Hoorn, en honor del puerto de que habían zarpado, cuyo nombre, corrompiéndose, ha llegado á convertirse en Hornos; doblado el cabo, y seguros de hallarse ya en el Pacífico, siguieron errantes, sin conocer su situación hasta tocar en las islas Molucas.

La otra expedición holandesa mandada por el almirante Spilberg, alemán de origen, cuyos barcos se hallaban en dichas islas, capturó á la Concordia, porque no pertenecía á las compañías holandesas unidas. No sólo se aprehendió á Le Maire, sino que no quiso creerse en su notable descubrimiento, se le confiscó el navío y se repartió su tripulación entre los de Spilberg, que se hizo á la vela con sus dos buques principales. El desgraciado descubridor, que era conducido preso á Holanda, murió en el trayecto...

Los Nodales cambiaron en 1619 el nombre al estrecho de Le Maire, poniéndole el de San Vicente—que no ha prevalecido,—por haberlo cruzado en el día de aquel santo, y lo mismo hicieron con el Cabo de Hoorn, al que llamaron de San Ildefonso.

Poco interés despertó desde entonces la Isla de los Estados, lo que se explica muy bien por su es-

casa extensión, lo áspero de sus costas, y la dificultad de proveerse en ella de elementos de vida— y sólo desde 1884 comenzó á estar positivamente poblada.

El comandante Piedrabuena la frecuentó antes y después de entrar á formar parte de la marina argentina, por cuyo hecho recibió en recompensa el usufructo para sí y sus descendientes de los productos naturales de la isla.

El teniente Bove y sus colaboradores científicos, visitaron la isla en 1880, deteniéndose en Puerto Cook y en Pengüin Rockery, y haciendo varias expediciones por los montes del interior.

En 1883 llegó la Romanche, enviada por el Gobierno de Francia, que practicó estudios muy minuciosos desde puerto Parry.

Los tripulantes de la Romanche construyeron en Pengüin Rockery una casa de madera con dos habitaciones, en las que había nueve *cuchetas* dispuestas como en un buque.

La casa existía aún en 1892, y cuando el naufragio de la Guy Mannering habitaron en ella nueve personas, entre náufragos y marineros de la subprefectura de San Juan acudidos al salvamento, pero ya en 1895 había desaparecido, probablemente destruida por los loberos que, no pensando en mañana, suelen arrasar cuanto encuentran á su paso, quizá para echarlo de menos más tarde.

No se limitaron los franceses á dejar ese refugio, sino que también lo proveyeron de víveres suficientes para sostener á doce personas durante todo un año.

Ese depósito fué en parte consumido por un desertor de nuestra armada, que ha dejado recuerdos imborrables en la isla.

La historia de aquel hombre es lo bastante curiosa para merecer algunos párrafos.

Tenía poco más de veinte años de edad, era oriundo de la Finlandia rusa, y según parece había sido estudiante de derecho. Demostraba conocimientos que hacían creíble esto último, aunque su condición en la isla no podía ser más modesta.

El explicaba su venida á menos diciendo que en su país había pertenecido á una sociedad política secreta y que, perseguido por la policía, se había visto obligado á huir y expatriarse, perdiéndolo todo, hasta su carrera.

Iwan Iwanowsky—así se llamaba—era de una estatura de 1.85 metros, estaba dotado de una musculatura hercúlea y de una energía á toda prueba.

Se incorporó á nuestra escuadra de una manera casual, casi podría decirse sin pensar en tal cosa. Cuando los buques de la expedición Laserre estaban fondeados en Santa Cruz, Iwanowsky llegó á dicho puerto, al que había ido á pie desde Punta Arenas, y pidió pasaje para Buenos Aires. Se le concedió, haciéndolo embarcar en la Paraná.

Todo fué bien hasta que la expedición llegó á la Isla de los Estados, donde se le hizo trabajar junto con los marineros.—Iwan no entendía una palabra de castellano, y probablemente por eso incurrió en falta, pues por regla general era muy cumplidor. El cabo le infligió un castigo corporal, resistióse el ruso, pero reducido á la fuerza, se le puso en el cepo de campaña...

Apenas lo desataron buscó medio de evadirse de San Juan del Salvamento, donde estaba, y así lo hizo aquella misma noche, llevándose dos mantas y media bolsa de galleta, con la que vivió quince días, nadie sabe dónde.

Sin embargo, volvió, estuvo detenido en la subprefectura, y al tercer día fugó de nuevo, esta vez acompañado por un preso llamado Castellanos, que se presentó poco después diciendo que en una riña había herido á su compañero de evasión.

Dos meses más tarde y en una batida que se hizo por la isla, encontróse á Iwanowsky en la falsa caleta de Cook, admirándose todos de que hubiera podido soportar durante tanto tiempo una vida de privaciones que habría aniquilado á cualquier otro. Tomósele preso, y desde entonces comenzó la costumbre de llamar Russian Fin á la caleta en cuestión, nombre bajo el cual se la conoce ahora.

Pero el finlandés no renunció á la libertad, y en 1885, hallándose á bordo del cúter Bahía Blanca, que trabajaba en el salvamento de la barca náufraga Ana Génova, resolvió escapar por tercera vez. Embarcóse en una lancha muy pesada, y bogando él solo, consiguió llegar á la costa, que se hallaba á dos millas, más ó menos.

Después no se supo nada de él, hasta que el 6 de octubre del mismo año, el piloto Macías y los contramaestres Morgan y Pérez, hallaron su cadáver en la costa este del puerto Parry. Habría muerto cuatro días antes.

Se le enterró en el sitio en que se le había encontrado, fuera del alcance de la marea, y á unos trescientos metros de la cascada que existe en el interior de dicho puerto. Allí dormirá arrullado por el rumor del agua que cae y de las olas que se precipitan fragorosas sobre la playa... La isla es tan pequeña que podría recorrerse en pocas horas si no fuera tan áspera, tan quebrada, tan cubierta de bosque, y si la turba no fatigara tanto, haciendo hundir al caminante hasta el tobillo, y complicando la difi-

cultad que á la respiración opone la presión atmosférica. A pesar de su pequeñez, aun hoy existen en su interior campos no explorados, sobre los que no se tiene dato alguno, pero que sin duda serán iguales á los ya conocidos; están hacia el centro de la isla, y como el aspecto de ésta no varía en sus extremos, puede conjeturarse que la variación no existirá tampoco.

La turbulencia del estrecho Lemaire ha impedido que la isla de los Estados se poblara como Tierra del Fuego, la isla Navarino, etc. En ninguna parte se encuentran huellas de indios, ni restos de wigwams, ni depósitos de conchas de moluscos, ni puntas de flecha. Al contrario, la abundancia y el tamaño de los mejillones que se encuentran en diversas costas accesibles, parecen demostrar que esos criaderos no han servido de depósito de comestibles para los indios, cuyas frágiles embarcaciones no hubieran dejado de zozobrar antes de acercarse al peñón, sorbidas por el *tide-rip*.

He hablado varias veces de este fenómeno tan frecuente en los alrededores de la isla, pero sin definirlo aún. Bove lo describe así:

«No bien había pasado la punta Conway, comenzó á inquietarme una mar gruesa del nordeste. Hice amarrar el segundo estay á la vela, y no fué precaución inútil, porque pocos minutos después, el viento empezó á soplar con tal fuerza, que la pequeña embarcación soportaba apenas el poco paño desplegado. Pero como á sotavento no se veía sino una costa desmantelada y erizada de rompientes, menester era forzar vela para llegar á puerto Cook antes de que el bote corriera serio peligro. Pero no tuvimos tiempo.

»Sobre el cabo Baily, precisamente en medio de

uno de esos remolinos que son, puede decirse, la bestia negra de los pobres balleneros que se aproximan á la Isla de los Estados, sucediéronse dos ó trés ráfagas de viento con violencia tal, que en pocos minutos se levantó una mar espantosa.

»No era posible gobernar ni usar de la vela, ni remar; la pobre embarcación se alzaba, se bajaba, se retorcía sacudida por las ondas que la azotaban de proa, de popa, de flanco. Si hubiera tenido tiempo hubiese comparado la lancha con un pedazo de tabla arrojado en un caldero de agua en ebullición.

»Pero jamás hallé tan exacto el proverbio de que «hay también un Dios para los locos...»

»Cuando ya creíamos entrar en el centro del remolino, nos encontramos fuera, un suspiro se escapó de nuestro pecho y todos volvimos los ojos al peligro de que habíamos escapado.

»A nuestra espalda el mar no era más que una serie de cimas rectas y blanquizcas que se perseguían, avanzaban unas sobre otras, reapareciendo más veloces y terribles cada vez, semejando millares y millares de rompientes, é imitando el fragor del trueno que retumba en los valles...»

Pasamos encerrados todo aquel horrible día, sobre todo en lo que á mí respecta, pues Demartini salió á despecho de la lluvia y el viento furioso, á dar algunas órdenes y ver si todo andaba bien.

—¿Y, doctor, vamos al faro? El día merece aprovecharse en un paseo.

En efecto, redoblaban los techos de hierro, estremecíanse las tablas crujiendo como de dolor, y en techo y cristales repicaba la lluvia para no cesar sino cuando el granizo entraba en juego. ¡Huhuhuhup! ¡Huhuhuhup! y volaban hojas y ramas y en la bahía, frente á nosotros, levantábanse polvare-

das de agua. Las rachas se entretenían á veces en impedir la salida del humo, que llenaba entonces las habitaciones, obligándonos á abrir la puerta, por donde se colaban silbando para transirnos á su gusto.

—¡*Corpo!*—exclamaba el doctor Pinchetti, golpeando las gruesas suelas de sus botas claveteadas.

Con aquel tiempo no asomaban el hocico ni los ratones, esos simpáticos animalitos que crecen á sus anchas en la isla hasta alcanzar dimensiones descomunales, y que la infestan desde uno al otro extremo. Son tan abundantes y dañinos, que han hecho imposible la cría de conejos, cuyos hijuelos matan hasta cuando tienen más de tres meses, como hacen con los pollos en los gallineros, donde no dejan un huevo al menor descuido.

—¿Ha pasado revista á sus enfermos, doctor?—pregunté.

—Sí, desde el primer momento.

—¿Y qué tal el estado sanitario?

—Bueno, bueno; creía que fuese peor.—Muchos de los enfermos lo están sólo de haraganería, pues los presidios son como los colegios. Pero el reumatismo abunda.

—¿Tiene muchos tuberculosos?

—Algunos, sí; algunos que han tenido ya la enfermedad. Otros la habrán adquirido aquí, pero son pocos. La generalidad soporta bien estas inclemencias... Ya habrá notado usted los marineros, fuertes, robustos, aclimatados... ¡Y qué apetito! Aquí se come más que en Buenos Aires.

—No lo dudo; pero si tenemos que seguir aquí encerrados, yo hasta que llegue el transporte, usted hasta que lo permuten con otro, creo que por nuestra parte lo perderemos pronto. Con tal que antes

que el apetito no se concluyan los comestibles, como suele acontecer por estos barrios...

—Mire usted el arco iris...

Y el doctor me señalaba uno, espléndido, que frente á nosotros, y destacándose sobre los árboles y las rocas de la otra orilla, trazaba un semicírculo perfecto, teñido de colores tan brillantes, que turbaban la vista. Sus dos extremos se apoyaban en la espuma blanca de la rompiente, cual si brotaran de ella como espléndido fuego de artificio. Pero su esplendor duró pocos instantes. Gradualmente fué palideciendo y empañándose, hasta fundirse del todo en las nieblas opacas que velaban la costa vecina.

—El arco iris anuncia buen tiempo, dicen... Aquí nos avisa que hay mucha agua en la atmósfera, y que el sol se ha dignado guiñarnos un ojo... La posición es insostenible; ¡vengan los días lindos, ó renuncio!...

—Renunciar ¿á qué? ¿á quedarnos aquí?—¿Y cómo nos iríamos á otra parte?...

Estábamos bloqueados, encajonados, presos. A la izquierda, las alturas de Punta Laserre, á la derecha y á la espalda otros cerros, enfrente la bahía, y más montaña. El vallecito, como un pañuelo, parecía el patio de un castillo feudal rodeado de almenas y de fosos.

Allí pasé muchos y muy largos días, que hubieran sido interminables á no acortarlos un tanto el trabajo emprendido con ardor y con cariño, las primeras de estas páginas, trazadas al arrullo de la lluvia, junto á la chimenea, frente á la ventana que da sobre el mar, ora tranquilo, surcado por las aves acuáticas, ora agitado suavemente por la brisa y la marea, ora turbulento, rumoroso, espuman-

te, ora irritado, bravío, escupiendo y vociferando sobre las rocas que pretendía desmenuzar...

—Había—¡oh poder del aislamiento!—reglamentado mis horas: de mañana el desayuno, un poco de trabajo, y la cocina con Zuluaga, mientras Demartini se ocupaba de sus marineros y presidiarios y el doctor de sus enfermos. Después el almuerzo, en que nunca faltó ni la fariña ni la mazamorra, ni el buen humor. Acabado el almuerzo, ya una visita al faro cuyo camino se reconstruía con grande empeño, ya una caminata por el muelle, *les cent pas*—único sitio del exterior en que la humedad no era temible,—ya alguna excursión en bote, algún ejercicio de tiro, un poco de caza ó de pesca... Luego á escribir hasta la hora de comer, ó á interrogar á aquella buena gente, ó á husmear por todos lados en busca de curiosidades... Las veladas pasaban en amenas conversaciones, relatos de aventuras reales desarrolladas en aquellos parajes, comentarios de los sucesos del día.

¡Qué mundo de cosas ocurría en el presidio! ¡Con qué calor se discutía el condimento más apropiado para la avutarda, el sistema mejor de conservar los mejillones, la cantidad de aceite que podía dar una foca, ó el betún más eficaz para calafatear las botas!...

Algunas veces iba á visitarme el contramaestre Morgan, á quien hacía sufrir un verdadero interrogatorio, deteniéndome en minuciosidades, queriendo saberlo y explicármelo todo, y sin interrumpirme hasta que á hora avanzada se retiraba, para que la diana no lo sorprendiera todavía con sueño.

A veces, también, De la Serna se presentaba á comer con nosotros llevando su escote, en forma de

legumbres y verduras de su huertita. Y siempre tenía alguna noticia.

—Hoy ha pasado un buque de cinco palos, bandera inglesa, á diez millas del faro.

O bien:

—Esta mañana una manada de lobos de un pelo —andaba pescando en el cachiyuyo, alrededor de Punta Laserre.

Y á menudo le envidiábamos su suerte. El siquiera tenía un vasto horizonte por donde pasear la mirada, mientras que la nuestra se estrellaba á todos lados contra las paredes de granito.

—¿Sabe algo del Bélgica?—le pregunté un día.

—Sí. El 7 de enero entró en este puerto, á hacer agua, y el 14 salió con rumbo nordeste, para doblar en seguida el cabo San Juan.

XIII

El presidio de San Juan.

La Isla de los Estados parece hecha expresamente para presidio y para fortaleza.

Está aislada, solitaria en medio de las olas tumultuosas, sin que buque alguno de los que pasan á su vista, vaya á recalar por capricho á sus puertos, donde no podría refrescar sus vituallas.

Es al mismo tiempo centinela avanzado de la navegación del Cabo de Hornos, y ofrecería seguro asilo á los barcos que en ella se refugiasen... si tuviera cañones que completaran su defensa natural.

Nadie puede escapar de ella sin contar con sus guardianes primero, con un buque de cierta estabilidad que fuese en su busca, después.

Huir del presidio para vagar por la isla ¡imposible! á menos de comer ratas y mejillones, ó de tener medios de cazar las aves de los lagos ó de las costas, y ser de una constitución á prueba de bomba para soportar á la intemperie las inclemencias del clima.

Así, pues, no es extraño que San Juan del Salvamento sea presidio militar; lo que sí extraña es que

no se le haya dado mayor amplitud, llevando también presos civiles, y ensayando una colonia penal, que—debidamente organizada, — tendría que dar excelentes resultados. Los colonos podrían gozar de cierta libertad, sin otro encierro que las murallas de piedra de la isla, y el inmenso Océano que la ciñe. Un solo barco de vapor bastaría para vigilar eficazmente sus costas, siempre que los presidiarios formaran un solo núcleo, y que no les fuera posible ocultarse sin que se notara su falta.

Hoy por hoy, los pobladores forzosos de la Isla de los Estados no llegan á cincuenta, y son todos soldados ó clases de los cuerpos de línea, excepción hecha de un capitán de guardias nacionales. Entre ellos hay dieciocho homicidas.

Aunque la tarea no sea agradable ni mucho menos, me permitiré pasarlos en revista, considerando que no todo lo útil ha de ser ameno, y que vale la pena conocer el presidio y sus habitantes.

Trinidad Cuello, fué condenado á diez años de presidio por insubordinación. Cuenta que al ser maltratado por un subteniente se resistió, dando lugar á que se le castigase con pena tan severa.

Pedro Carrasco, soldado del 2.° de caballería, hallándose en estado de embriaguez, fué provocado por un *dragoneante*, á quien hirió causándole la muerte: diez años de presidio.

Anfiloquio Pérez, cabo del 2.° de caballería, habiendo sorprendido infraganti delito de adulterio á su mujer y un sargento, mató á éste: diez años.

Pedro Royal, cabo del 3.° de infantería, mató á un cabo, hallándose ebrio: tiempo indeterminado.

Marcelino Monteiro, marinero, condenado á diez años de presidio, es lo que puede llamarse una bestia humana. Dominado por un vicio contra natura,

mató á un compañero que dormía por considerarlo rival en la amistad inconfesable con otro hombre.

A esta especie de degenerados pertenece también Eduardo Aparicio, condenado á diez años por un asesinato alevoso, y que antes había ocasionado ya otra muerte. Tiene fama en el presidio por su corrupción realmente abyecta.

Juan C. Castex, condenado á presidio indeterminado, por homicidio, y que gozaba de grandes preeminencias hasta la llegada del nuevo subprefecto de San Juan.

Isidro Ramírez, soldado del 3.º de infantería, hombre sano y robusto, muy blanco y hasta casi simpático si no fuera por su mirada aviesa y torva, es sin duda el criminal más perverso de todos aquellos presidiarios, entre los que los hay de alma atravesada, como vulgarmente se dice. Había hecho una muerte y estaba en la cárcel, cuando como se usaba entonces con grave desprestigio del ejército, fué sacado de ella para engancharlo. No tardó en desertar de las filas, pero fué perseguido, se le dió alcance, y al capturarlo mató á uno de sus compañeros de cuerpo. Llevado ante el consejo de guerra, éste, en vista de la reincidencia con circunstancias agravantes según la ley militar, lo condenó á presidio por tiempo indeterminado. Confinado en la isla, la noche del 3 de julio de 1897 tuvo un altercado con el despensero cabo Carrozza por una ración de caña que éste no quería darle; aprovechando la obscuridad, y hallándose indefenso el cabo, lo mató infiriéndole once puñaladas...

Anacleto Rojas, 10 años; Angel Pastrana, tiempo indeterminado; Nicolás Tejeda, quince años; Félix Lavallena, José Gatica, Anselmo Ortiz, En-

rique Pasarello, Pedro Sierra y José Sinsano, á presidio indeterminado y Dionisio Torres á nueve años, todos ellos por homicidio.

Estos penados, sobre cuyas conciencias pesa la sangre derramada, no son los únicos que sufren su condena en el presidio de la isla. Otros, por causas más leves, y en resumen perdonables por la sociedad, pues sus delitos lo son únicamente respecto de la institución militar, comparten con aquéllos su desgraciada suerte, y viven en común, aunque sean mucho más dignos de interés y de lástima. Pobres soldados, que han querido protestar, no seguir siendo máquinas, sin acordarse de que ya era peor para ellos volverse atrás.

Juan de Dios Gómez y Juan Yáñez, del 12.° de infantería, han sido condenados á diez años, por abandono del servicio, escalamiento y deserción. Cuentan, y no estoy muy lejos de creer que dicen la verdad, que entraron como voluntarios á formar parte del batallón; pero que cuando, cansados del servicio, pidieron la baja, no se les dió, porque figuraban en los libros del cuerpo como enganchados, aunque no hubieran recibido el importe de su enganche. Como se les anunció que tendrían que servir dos años más, desertaron, fueron aprehendidos, y... ahí están en San Juan del Salvamento.

Pedro Peralta, Salustiano Sosa, Jacinto Moyano, Juan B. Peralta, Francisco Murúa, Melitón Pizarro, Moisès Medina, José González, Agustín Alvear y Enrique Cáceres, sufren diversas condenas por insubordinación.

El motín del 3.° de caballería, es el hecho que ha dado mayor contingente al presidio: allí está el cabo Justino Sánchez, por tiempo indeterminado; el

trompa Carmelo Rodríguez y los soldados Jacinto Castro, Miguel Burgos y Martín Rodríguez, por doce años, y los de igual clase Gustavo Gavelli, Lorenzo Gil, Pantaleón Zárate, Emilio Borjas, Saturnino López y Ramón Menzequies, por diez años...

Estos presos han tenido, en general, buena conducta, y ésta mejora á medida que la disciplina se implanta con más rigidez. Antes anduvo muy relajada, flojos los resortes, á su albedrío los presidiarios. Ahora, y especialmente desde que Demartini se ha hecho cargo de la subprefectura, reina el orden, y los *nenes* esos entran en vereda; se dedican al trabajo, y dan poco que hacer.

Pero aunque el presidio estuviera bastante desorganizado, menester es confesar que los presos no han cometido tantas barrabasadas como pudieran. En ocho años, en efecto, sólo se registra un asesinato, el perpetrado por Ramírez, y dos heridas en pelea, en noche de orgía, muy frecuentes en otro tiempo, pues cada vez que llegaba un transporte, los presos se procuraban alcohol... Han pagado hasta quince nacionales por una botella de bebida espirituosa que no vale un peso en Buenos Aires... La vigilancia, no muy estricta, se burlaba fácilmente, y no era raro ver cuatro ó cinco ebrios poco después de haber entrado un buque al puerto.

Con todo esto, se ve que son de buena pasta cuando los anales de San Juan no están llenos de escenas dramáticas, sublevaciones, fugas, asesinatos, y otras lindezas del mismo jaez. Gente ya ensangrentada, y con la excitación del alcohol...

—Dígame, Morgan—pregunté un día,—¿y cómo hacían estos diablos para procurarse bebidas sin que los sorprendieran?

El contramaestre se sonrió, y me dijo:

—Hay mil modos, fuera del más sencillo, que es hacerlas introducir por los mismos guardianes...

—¿Pero los otros? ¿cuáles son los otros?

—Muy simples, y comunes á los marineros y los presos de todas las naciones: una línea de pescar que en vez de peces lleva á la costa una botella atada al extremo desde el barco, una caja de tabaco llena de caña, una vejiga convertida en bota, y oculta luego entre la camisa y la carne...

Una vez, cierto buquecito vino de Punta Arenas con artículos generales, entre los que había cocos; éstos eran de dos clases, y se vendían unos á cincuenta centavos la pieza, otros á cuatro pesos. Estos últimos, especiales, estaban llenos de *guachacay*, de tal modo que por la noche abundaron los borrachos, sin que nadie se explicara en el primer momento de dónde procedía el alcohol...

Entre los presos hay seis que tienen mujeres, más ó menos legítimas, como si se tratara de implantar allí una especie de colonia penal. Ensayo insuficiente, y desde luego fracasado, pues será difícil arraigar una población en San Juan, cuyos recursos no pueden ser más escasos, y cuyo clima no puede ser más inclemente.

Los trabajos á que se dedican los presidiarios tienen que ser necesariamente poco variados, por la estrechez de su campo de acción: corte de leña en el bosque, construcción de caminos, conservación de los existentes, algo de carpintería, un poco de pesca, descarga de los víveres y vestuarios á la llegada del transporte... En sus horas de ocio algunos se dedican á fabricar objetos de madera, pacientes «trabajos de presos,» que venden á los raros visitantes de los transportes; pero dudo de que,

con una buena organización, tuvieran otros momentos de ocio que los dedicados á la comida y al sueño.

Esa organización ha dejado mucho que desear hasta ahora, pero el capitán Demartini, lleno de buenas intenciones, ha puesto desde su llegada todo su empeño para ajustar los resortes flojos ó relajados é introducir de lleno la disciplina militar en el presidio *militar*, que de otro modo no se comprendería.

En breve tiempo ha hecho reconstruir completamente el camino al faro, que se hallaba en un estado lamentable, sin reparación desde que lo hizo la gente de la expedición Laserre, y ha dado principio al camino á Cook, obra de muy difícil realización por los turbales que suben casi hasta la cresta de las altas lomas que se levantan entre San Juan y el fértil istmo á cuyos lados están los puertos de Cook y de Vancouver. Un rompeolas de necesidad urgente, pues el mar socava y carcome la barranca en que está instalada la subprefectura, iba á ser comenzado cuando salí de la isla.

El trabajo trae necesariamente consigo el orden y las buenas costumbres en las colectividades de esa especie, muy inclinadas á toda clase de extravíos y de vicios, por poco que encuentren la ocasión de dar rienda suelta á los instintos individuales. Se cuentan del presídio cosas que no son para repetidas, y que indudablemente no volverán á suceder, sino como excepción, desde que se implante un régimen severo de labor y no se descuide la vigilancia, nunca excesiva en tales casos.

Sin embargo, el presidio seguirá costando dinero al Gobierno mientras no se le provea de herramientas y útiles que hagan más aprovechable el

trabajo de los presos, que hoy se sirven de instrumentos primitivos é insuficientes. Se pensó en darle un aserradero á vapor, que nunca ha llegado á la isla. Con él podrían haberse mejorado y aumentado las habitaciones, labrando la excelente madera que abunda en los bosques cercanos á la subprefectura; con él, los presidiarios no tendrían que quedarse de brazos cruzados en los días tan frecuentes de mal tiempo, en que es imposible trabajar á la intemperie; con él podrían haberse hecho embarcaciones que faltan para el servicio de las costas, y tablas y tablones que hay que llevar hoy de Buenos Aires al país de la madera...

Pero puede dotarse á la isla, sin gran gasto, de un elemento tan útil; no faltan motores que no se aprovechan en los talleres del Gobierno, y las sierras circulares y sin fin no cuestan lo que se economizaría teniéndolas en actividad en San Juan.

Esto mismo contribuiría á hacer más llevadera la vida de aquellos infelices que, lejos del mundo, aislados de todo contacto externo, la pasan en medio de una tempestad continua, envueltos en nubes, bajo la lluvia, bajo el granizo, bajo la nieve, transidos por ráfagas glaciales, sin ver sino rara vez un fugitivo rayo de sol.

No son ellos sentimentales, rudos soldados hechos á la fatiga y á las privaciones del campamento; pero rodeados de montañas, sometidos á un reglamento que suprime las iniciativas, sumergidos en una atmósfera gris que limita aun el escaso horizonte, llevan en el rostro un sello de melancolía que no se observa en la mayor parte de los penados de la penitenciaría. En aquel pantano circunscripto, apenas más grande que una cárcel, los ár-

boles verdes dan aún menos idea de libertad que las paredes blanqueadas de una celda...

Y entre los desgraciados que arrastran esa triste existencia, hay algunos condenados por deserción á diez años de presidio, y que los cumplirán quizás aunque el nuevo código haya reducido la pena á la mitad. Los tribunales militares ¿no tendrán en cuenta que este beneficio de la ley debe alcanzarles á ellos también? Esperemos que sí.

Ellos, entretanto, viéndose en la misma situación de los que han armado su mano de puñal y la han manchado con sangre del prójimo, alevosamente vertida, harán amarga y práctica filosofía sobre la equidad humana, esa abstracción irónica que siglo tras siglo viene como un Proteo cambiando de forma y de significado, sin llegar nunca á ser una verdad...

Pero su suerte sería menos amarga si no sufriesen otras torturas que se añaden á éstas: la invencible envidia, el celo violento, casi hasta llegar al odio, hacia los que tienen mujer, aunque sean más criminales que ellos, y gozan á sus ojos de la vida de familia, en ranchos aislados, en torno de la cuadra común... Siquiera pudiesen equiparar fortunas... Pero ¿dónde encontrar la Eva de aquel paraíso al revés?...

¡Pobre gente! Mientras los criminales natos hacen por conservar su especie, ellos que todavía podrían ser miembros útiles de la sociedad, como que sólo son culpables respecto de una ley convencional, cuyos mandatos olvidaron un día, se consumen estérilmente en aquellas soledades dantescas, que poca inspiración llevarán á su espíritu inculto.

Todo se ha de hacer á medias y por vía de ensayo en nuestro país: es de reglamento. Eso expli-

ca que la incipiente colonia penal tenga seis mujeres y cincuenta penados á cargo de un piquete de infantería de marina y un destacamento de marineros de la subprefectura, que también envidiarán á ratos la suerte de los presidiarios, como que suele olvidarse su existencia y quedarse en Buenos Aires los relevos...

XIV

Naufragios y salvamentos.

¿Se conocen todos los naufragios que han tenido por teatro las costas y las cercanías de la Isla de los Estados?

Parece que la respuesta debiera ser afirmativa, dada la poca extensión de aquel informe hacinamiento de piedras; pero los caprichosos cortes y recortes de sus orillas, lo inaccesible de algunas caletas, á la observación de los barcos que pasan de largo, la falta de elementos de movilidad de la subprefectura, hacen posible que se suponga lo contrario. Un buque cualquiera puede ser tragado por las olas, junto á una de aquellas costas á pico, á cuyo mismo pie hay inmensas profundidades, sin que quede rastro de él...

Sin embargo, los siniestros marítimos que se conocen, y en que ha tenido intervención la subprefectura de San Juan del Salvamento desde su fundación hasta la fecha, son suficientes para dar triste fama á la isla, aunque se sospeche que algunos, si no muchos de ellos, son provocados para recibir el importe de un buen seguro á cambio de un buque malo y viejo...

Bove habla de varios naufragios anteriores á la fundación de la subprefectura: el del «Jess», barco de 2.000 toneladas, en Año Nuevo, el del Vergeri, del Pactolus, del Capricorn...

Desde 1884 cuéntanse dieciséis, rodeados de circunstancias más ó menos dramáticas, que narraré brevemente aquí, siguiendo el orden de las fechas en que han ocurrido, y sin detenerme á vestirlos con descripciones y adornos innecesarios.

I. El 20 de enero de 1885 naufragó la barca italiana Ana, de Génova, de 800 toneladas de registro, que tripulada por catorce hombres iba de Génova á Valparaíso con cargamento general.

Sorprendióle una calma estando muy nebulosa la atmósfera, y la corriente dió con ella en la costa, entre los puertos de Cook y Año Nuevo. Afortunadamente salvaron todos los tripulantes, que fueron socorridos en San Juan.

II. Poco después, el 4 de marzo y con un tiempo semejante, pues había cerrazón, viento en calma y mar de leva, la corriente arrastró á la barca inglesa River Lagan, de 852 toneladas de registro y 1.250 de cargamento general, llevándola sobre una de las islas de Año Nuevo, donde naufragó. Iba de Glasgow á Valparaíso. Sus diecisiete tripulantes se salvaron.

III. Pasó algún tiempo sin que se tuviera noticia de otros naufragios, hasta que el 18 de octubre de 1886 ocurrió el de la fragata inglesa Mountaineér.

Este buque, de 1886 toneladas de registro, cargado con 2100 de carbón de piedra, iba de Hull á Wilmington, California... Llevaba veintiocho tripulantes.

El 9 de octubre dobló el cabo San Juan en direc-

ción al Pacífico, y sólo el 16, hallándose frente al Cabo de Hornos, se notó fuego á bordo. El capitán mandó sin pérdida de tiempo toda la gente á la bodega para reunir todo el carbón hacia el centro del buque. La atmósfera era irrespirable, y hubo que sacar á dos de los marineros, casi asfixiados. Renuncióse, entonces, á la tarea.

Encaminando sus esfuerzos en otra dirección, el capitán ordenó que se cerraran herméticamente las escotillas, para tratar de sofocar el incendio. El fuego continuó aumentando. Se armaron mangueras, se intentó inundar las bodegas, pero todo fué inútil. El humo denso que escapaba por todas las rendijas, era mayor y más negro cada vez...

Aquel día la Mountaineer se puso al habla con otra fragata inglesa, la City of Athens, cuyo capitán invitó al del primero á seguir más al oeste ó á abandonar el buque. La City of Athens recibiría á su bordo á toda la tripulación. Pero el capitán de la Mountaineer prefirió seguir rumbo á la Isla de los Estados, y recalar en alguno de sus puertos para tratar de salvar el barco.

El 17, hallándose á los 57 grados 47 minutos de latitud sur y 69 grados 40 minutos de longitud oeste de Greenwich, comenzaron á producirse explosiones de los gases acumulados en la bodega, y se hizo urgente el abandono del buque.

Había tres barcos á la vista, á una distancia de cuatro ó cinco millas: se les hizo señales, pero no las contestaron y siguieron su derrota...

El 18, á las diez de la mañana, se avistó la Isla de los Estados á una distancia como de 25 millas, y se hizo rumbo hacia Back Harbour, que queda exactamente al sur de San Juan del Salvamento.

Pero desgraciadamente sobrevino una neblina tan densa, que hizo casi imposible situar el buque, mientras el peligro aumentaba á cada instante, las explosiones se sucedían más terribles cada vez, y por las escotillas de popa y proa, que se habían levantado, salían torbellinos de humo y llamas... Imposible permanecer un minuto más á bordo... Eran las tres de la tarde.

Se arriaron los botes, embarcóse en buen orden toda la tripulación, y bogando con brío llegaron á las cinco y media á Back Harbour, donde desembarcaron rendidos de fatiga.

El capitán no salvó nada, ni sus papeles, ni una suma de dinero que tenía en la cámara, con la que desde un principio fué imposible comunicar.

Los náufragos sólo habían conseguido llevar víveres para dos días, y no conocían la existencia de la subprefectura de San Juan. Pero el capitán había visto luz en Punta Laserre, supuso que habría allí un faro, y resolvió en consecuencia enviar al día siguiente una comisión compuesta del segundo piloto y siete marineros, para que cruzaran el itsmo que separa á ambos puertos. Urgía obtener provisiones, pues de otro modo los 28 náufragos estaban condenados á morir de hambre en plazo breve.

Los comisionados tomaron hacia el nordeste, llegando horas después frente á la subprefectura, separados de ella por el ancho de la bahía. Hicieron señales con humo, disparando algunos tiros, y á las tres de la tarde la gente de la subprefectura atravesó en un bote para prestarles auxilio.

Quedaron los marineros en San Juan, y el segundo piloto de la Mountaineer, con un hombre que le dió el subprefecto para que lo acompañara, fué

en busca de sus compañeros, que se pusieron inmediatamente en marcha, menos cuatro que, por enfermos, hubo que ir por ellos en bote al día siguiente.

La Mountaineer, incendiada, pasó, llevada por la corriente, por delante de San Juan como un inmenso brulote, y fué á embicar en la costa este del cabo San Antonio, donde más tarde se encontraron sus restos...

IV. En la isla nordeste de Año Nuevo, con tiempo de calma, naufragó el 26 de mayo de 1887 la barca inglesa Garnock, de 700 toneladas de registro y 1015 de carga general, que iba de Londres á Victoria, en la isla Vancouver. Sus diecisiete tripulantes lograron salvar.

V. El 23 de junio de 1887, naufragó la fragata inglesa Dunskerg en el cabo San Antonio.

VI. El 5 de julio: barca inglesa Colorado, en cabo San Vicente (Tierra del Fuego). Era de 800 toneladas de registro y llevaba 1100 de carbón, de Cardiff á San Francisco.

No se conocen detalles de estos dos últimos naufragios, pues las tripulaciones fueron salvadas por el vapor Mercurio, el 20 de agosto del mismo año.

VII. El 11 de abril de 1888, á eso de mediodía, avisaron del faro á la subprefectura, que un bote con dieciséis hombres se dirigía al puerto.

Al acercarse al faro quisieron atracar, lo que les fué imposible, por lo erizado de la costa, en que la rompiente es enorme en todo tiempo y haría pedazos cualquier embarcación. Los infelices tripulantes del bote pedían agua á gritos.

Como el desembarco es impracticable allí, se les hizo seña de que entraran al puerto, lo que hicieron, apelando á un último resto de fuerzas. En

efecto, cuando llegaron junto al muelle, fué preciso desembarcar en brazos á muchos que ya no podían moverse, tan extenuados estaban.

Eran náufragos, tripulantes de la barca inglesa Glenmore, que tres días antes se había perdido en Tierra del Fuego, cerca del cabo San Vicente, á tres millas y media, más ó menos. Iban en el bote el capitán, los dos pilotos, y los tres marineros de la barca.

Como único recurso quedábales cinco latas de dos kilos de carne conservada, y ni una sola gota de agua. En cada uno de los días anteriores habían comido entre todos, una sola de esas latas, tratando de que les duraran lo más posible.

Llegaban tan extenuados y habían padecido tanto con la humedad y el frío, que no podían hablar, ni menos caminar. Para colmo de desdicha, el bote se había abierto un rumbo, que compusieron como mejor les fué posible; pero el agua entraba, y como no tenían baldes, veíanse obligados á achicarla con los sombreros y las botas.

La Glenmore había ido con rieles de acero, de Maryport á Montevideo, de donde salió en lastre para Talcahuano, el 24 de marzo.

Cerca de Tierra del Fuego cambió repentinamente el viento, que la arrojó sobre la costa; el mar, muy agitado, la hízo pedazos en seguida.

VIII. Otra víctima de la calma y de la corriente: La barca inglesa Córdoba, de 530 toneladas de registro, con 786 de carbón, y 12 tripulantes, naufragó el 27 de julio de 1888 entre cabo San Diego y Bahía Thetis (Tierra del Fuego). Los dos pilotos y cinco marineros fueron en un bote hasta San Juan. El capitán, con cuatro hombres y otro

bote, se quedó en cabo San Diego á la espera de algún barco que los salvara.

IX. El 28 de julio de 1890, entre cuatro y cinco de la mañana, ocurrió otro naufragio á una milla al oeste de cabo Fourneaux.

El buque perdido era una barca inglesa de 558 toneladas de registro y casco de hierro, la Seatollar, que iba de Glasgow á Valparaíso, con cargamento general.

La Seatollar se vió obligada á recalar en las Malvinas, para reparar algunas averías sufridas durante el viaje. Zarpó el 26 de julio, y el 28 avistó tierra por estribor.

Una falsa maniobra la perdió, pues yendo en dirección al este, el capitán ordenó poner proa al norte, lo que la hizo embicar en las barrancas cortadas á pico de aquella costa.

Apenas se sintió el primer choque contra la roca, el capitán mandó arriar un bote por babor, pero un terrible golpe de mar lo arrebató junto con dos pilotos y siete marineros.

El capitán William Jennings, corriendo á una muerte casi segura por salvar á su barco y su gente, echóse al agua llevando un cabo para atarlo en tierra, pero la rompiente furiosa lo arrebató, lo arrojó dentro de una cueva de lobos, y allí lo estrelló contra las rocas...

El buque se sumergió hasta más arriba de la cubierta, sólo se veía á flor de agua el castillete de proa... Los marineros sobrevivientes habían logrado subir al palo mesana, donde se mantuvieron algunas horas, que debieron parecerles eternas; de allí, buscando mejor acomodo, pasaron por los estays al palo mayor, en cuyas velas durmieron... Después de descansar como fué posible en tan ho-

rrorosa situación, por el mismo camino de los estays pasaron al palo trinquete, y luego al castillete de proa. Después de varias inútiles tentativas para pasar un chicote á tierra, lo logró el velero Silas Batties, no sin grandes esfuerzos para trepar por la costa acantilada, que tiene allí varios metros sobre el nivel del mar.

Amarrado el chicote á tierra, pasaron por él el practicante de piloto Charles Surnbank, el cocinero Hardy y los marineros Clindinning y Brown, únicos que se salvaron. Batties y sus cuatro compañeros se encaminaron á pie hacia la subprefectura, á la que llegaron medio moribundos de extenuación y casi desnudos.

En este naufragio perecieron: el valeroso capitán Jennings, los pilotos Pooley y Joseph Bryden, los practicantes G. S. Snell y J. Lumsden, el carpintero Clark, y los marineros Docharty, Collie, Mullin y Juan Valenzuela, este último chileno...

X. Fragata inglesa New-York, de 2.699 toneladas de registro, con 2.750 de carbón y cuarenta tripulantes.

Iba de Swansea á San Francisco de California, cuando el 20 de abril de 1891 naufragó, por corriente, cerrazón y calma, en una de las islas de Año Nuevo.

Los náufragos fueron recogidos el 21 por la barca alemana Guttemberg, que iba de Blyth, en Escocia, á Valparaíso. A bordo de la Guttemberg murió uno de los náufragos. Los demás fueron dejados en San Juan, porque la barca estaba muy escasa de víveres.

XI. El 23 de diciembre del mismo año naufragó al sur de cabo San Diego, Tierra del Fuego, la fragata inglesa Crown of Italy, de casco de hierro y

1551 toneladas de registro, que iba de Liverpool á San Francisco de California, con 2250 toneladas de carga general. Veintiocho hombres componían la tripulación. Acompañaban al capitán su esposa y su hija.

Con viento contrario, la fuerte corriente del estrecho de Lemaire la echó sobre la costa.

La gente se embarcó en dos botes, uno de los cuales llegó á San Juan del Salvamento en la noche del 24; el segundo arribó á las 10 de la mañana siguiente. Los náufragos llegaron empapados y abrumados de fatiga, por tan larga travesía, hecha á remo.

XII. Barca inglesa Guy Mannering, casco de hierro, 807 toneladas de registro y 1100 de carga general, coke y carbón. Iba de South Shields al Callao, con veinte personas, contando la tripulación, la esposa del capitán y una hermana de ésta. Naufragó el 16 de diciembre de 1892, en que la sorprendió la niebla, y la calma y la corriente la echó sobre Pengüin Rockery. Salvaron todos; tripulantes y pasajeros.

En la subprefectura de San Juan quedan muchos objetos procedentes de aquel naufragio, como los asientos y un armario que hay en el comedor, un cañoncito, etc., etc.

XIII. Saliendo de San Juan, el 1.° de febrero de 1898, naufragó el cúter Louisa, de 35 toneladas y cinco hombres de tripulación, que se había refugiado allí, huyendo de un temporal. El viento calmó de pronto, y la marea arrojó al cúter contra la costa, junto á la cual se hundió en treinta brazas de agua.

XIV. 8 de julio de 1894.—Naufraga en la punta oeste de la bahía Croosley—al noroeste de la isla

—la fragata dinamarquesa Amy, de 1399 toneladas de registro, que iba en lastre de Santos á Iquique. La cerrazón causada por un temporal de nieve, y un error de estima, la hacen estrellarse contra dicha punta. Salvan el capitán y los diecinueve hombres de tripulación.

XV. La barca inglesa Calcutta, que iba á Londres con 1450 toneladas de guano, se abrió un rumbo en alta mar el 17 de septiembre de 1895, y fué abandonada á veinte millas más ó menos al E. SE. de Cabo San Juan. El piloto y siete marineros llegaron en un bote á San Juan. El capitán y el resto de la tripulación, que iban en otro bote, fueron recogidos á la altura de San Sebastián, Tierra del Fuego, por una barca chilena que los llevó á la colonia Magallanes. Aquella enorme travesía á remo los había aniquilado.

XVI. La barca alemana Esmeralda, que con 1400 toneladas de carga general iba de Amberes á Talcahuano, naufragó por error de estima, cerrazón, calma y corriente, el 11 de abril de 1897, entre Puerto Hoppner y el cabo San Antonio. Sus 16 tripulantes se salvaron.

El salvamento, cuando ocurre un naufragio, y con los miserables medios con que cuenta la subprefectura, es lo menos práctico que imaginarse pueda. Si el siniestro no da bastante tiempo para que las tripulaciones se salven por sí solas, poca ayuda pueden éstas esperar de la isla.

Véase, si no, el relato que me ha hecho el señor Nicanor Fernández, práctico y luego ayudante de la subprefectura de San Juan, de uno de los salvamentos «más fáciles» en que ha tenido intervención:

«Como el capitán de la Esmeralda, que había sa-

lido á intentar el salvamento, no pudo remontar el cabo Colnett con el bote salvavidas de la subprefectura, se me ordenó que me alistara para ir al día siguiente al lugar del naufragio con un bote lancha. Aquella misma tarde—14 de abril de 1897,—se me dieron víveres para un día, calculando que con una embarcación ligera como el *negro*, podría hacer en 24 horas las veinticinco millas de navegación. La tripulación de mi bote se componía del segundo contramaestre Isaac Jobisen, el cabo Jorge Morgan, y cinco marineros. Como pasajero iría con nosotros el primer piloto de la barca náufraga. En el salvavidas de los náufragos, al mando del ayudante Carlos Larrayán, con el primer contramaestre Carlos Andreu y ocho marineros, irían como pasajeros el capitán y el segundo piloto de la Esmeralda.

»El 15 amaneció lluvioso, con viento muy fresco del nordeste y mar bastante picada; pero, sin embargo, aprovechando la baja marea, salimos á las 9.30 de la subprefectura, navegando á remo, pues el viento era de proa, hasta hallarnos frente á la ensenada La Nación, donde izamos la vela é hicimos rumbo al cabo Fourneaux. Un cuarto de hora después de nosotros salía el otro bote.

»La mar estaba tan picada cerca de las costas, que resolvimos—después de embarcar agua en los *tide-rips* de Fourneaux—hacernos afuera en busca de la mar larga, y pasar entre las dos islas grandes de Año Nuevo. El segundo bote siguió nuestras aguas, luego costeó otra vez, nos siguió de nuevo, y por fin hizo rumbo á puerto Cook. Avanzamos con felicidad, pero al pasar los *tide-rips* de las islas, embarcamos dos golpes de agua tan tremen-

dos, que un tercero hubiera dado con nosotros en el fondo del mar.

»Pasadas las islas y con viento y mar á un largo, fácil nos fué llegar á puerto Hoppner, donde desembarcamos á la una de la tarde. Improvisamos un arganeo con el anclote y cuarenta brazas de cabo, y nos dispusimos á hacer fuego y comer. La mojadura de los golpes de agua, la lluvia y el frío nos aterían; además, sólo habíamos tomado un jarro de café y una galleta.

»Aguardamos el segundo bote, que no apareció. Al caer la tarde calmó por completo el viento, serenóse mucho el mar, y nos echamos á dormir en nuestras pobres mantas patrias hechas sopa, despertados á cada instante por las enormes ratas que infestaban la isla.

»Al día siguiente y aunque no hubiera llegado el bote, aprovechamos la tranquilidad del mar para ir á bordo de la Esmeralda en procura de algunos víveres, pues los que llevábamos se habían concluido, cosa que sin duda había ocurrido también á los retrasados. A las siete de la mañana ya habíamos comenzado á navegar hacia la barca que se hallaba á tres millas, recostada sobre babor y jugando de popa á proa como si estuviera en un eje.

»Se hizo fuego en la cocina, mientras el piloto y algunos marineros iban á buscar á la despensa los víveres necesarios. El cabo Morgan, hoy contramaestre, procedió á preparar la comida al mismo tiempo que nosotros sacábamos tres velas para hacer carpas en el campamento, y las poníamos en el bote y en otro que logramos echar al agua, junto con todo el equipaje del capitán y los pilotos, algunos víveres y conservas, botellas de licores, etcétera, etc. En la cámara el agua nos llegaba á la

rodilla y en el camarote de los pilotos y en la despensa, situados á babor, pasaba de la cintura.

»Apenas almorzamos hice embarcar al contramaestre y los cinco marineros en el bote negro, mientras el piloto, el cabo Morgan y yo ocupábamos el salvado, que era mucho más liviano, pero que estaba reseco hasta el punto de hacer agua que no conseguíamos achicar. Pedimos remolque, y cuando llegábamos al campamento entró en el puerto el bote del ayudante, cuya suerte ya comenzaba á preocuparnos.

»Habían hecho noche en puerto Año Nuevo, y llegaban decididos á no detenerse sino para tomar víveres y correr en busca nuestra, pues nos creían perdidos, quizá refugiados en las islas. Estaban hambrientos y comieron con ansia lo que les dimos.

»Con las velas, troncos y ramas, construimos unas á modo de grandes carpas, en que pasamos la noche algo mejor sobre los jergones de paja que habíamos encontrado á bordo, y al abrigo de la lluvia helada que caía continuamente.

»El mar, agitadísimo, nos impidió al día siguiente intentar siquiera acercarnos á la barca, pero el 18 muy de mañana salió el ayudante con el capitán, los dos pilotos y cuatro marineros para sacar los papeles, que estaban bajo llave y no habían podido retirarse antes.

»Cuando salimos nosotros, á eso de las once, con el bote negro y el náufrago tripulado por cuatro marineros que nos dejó el ayudante, vimos que la embarcación de éste cruzaba la boca del puerto, con rumbo á San Juan.

»A bordo encontramos dos soberbios lechones, que se aprovecharon para el almuerzo. Aferramos las velas, para que los terribles sudoestes que allí

reinan no hicieran zozobrar la barca encallada, enarbolamos en ella el pabellón nacional, y volvimos á tierra con los botes cargados de víveres y otra vela para tapar los artículos que fuéramos salvando. Cuando llegamos llovía con fuerza y era ya de noche.

»El día siguiente amaneció nevando, pero á las diez la nieve se cambió en lluvia y nos fuimos á bordo, donde cargamos los botes con pinturas, pinceles, cuadernales, motones, etc., regresando al anochecer, sin novedad.

»Pero al otro día íbamos á tenerlas. Bajo la lluvia pasamos á la barca, de la que sacamos algunas piezas de lona, dos barriles, platos y tazas de hierro enlozado, y otros artículos varios, que íbamos cargando en los botes, ó amontonando sobre cubierta para llevarlos después. Entretanto, se hacía el almuerzo para la gente, cuando de pronto comenzó á venir mar de leva del norte, y á romper con fuerza en la playa en que estaba varada la Esmeralda. Ordené cargar cuanto se pudiera para irnos al puerto inmediatamente.

—»La comida está pronta y es lástima desperdiciarla—me dijo el cabo Morgan, que hacía de cocinero.

—»Bueno. Comamos en un minuto, y á los botes. No hay tiempo que perder...

»Pero no bien habíamos tomado la primera cucharada de sopa, cuando se oyó un crujido, y la cubierta comenzó á partirse por la boca-escotilla mayor, muy cerca del palo, mientras que la popa era alzada por las olas, y los perillas del mesana y el mayor se acercaban amenazadoramente. El palo mayor, que era de hierro, parecía á cada momento que iba á desplomarse. Demás está decir que lo

abandonamos todo para correr á los botes y alejarnos de la barca. Pero la mar estaba tan brava, que cerca de una hora de esfuerzos nos costó salir de las rompientes para dirigirnos á Hoppner.

»El viento fresco del noroeste, que agitaba mucho el mar, nos hizo perder el día siguiente, un día magnífico de sol; al otro, obedeciendo á las órdenes que llevaba, tuvimos que regresar, pasando antes por la barca, para cargar algunos otros artículos y almorzar. Pero el mar había arrebatado los chismes de cocina, obligándonos esto á regresar á Hoppner, de donde salimos de nuevo á las tres de la tarde.

»Al doblar el cabo Colnett, el bote náufrago nos pasó; frente á Pengüín Rockery nos sorprendió la calma, mientras los otros seguían con buen viento... Estábamos sólo á la altura de Basil-Hall, cuando comenzó á anochecer; armamos remos y nos dirigimos á puerto Año Nuevo, en cuya ensenada de la izquierda fondeamos, escoltados hasta allí por toda una manada de lobos de un pelo, que nos salpicaban dando saltos en el agua. La noche estaba obscurísima, comenzó á llover torrencialmente, y como no veíamos la costa, nos resignamos á pasarla en el bote, calados hasta los huesos y tiritando de frío.

»Afortunadamente, á eso de las tres de la madrugada, notamos que nos íbamos quedando en seco, lo que sucedió media hora después. Nos echamos á la playa, mandé que encendieran fuego, llevaran algunos víveres é hicieran café, pues desde mediodía no habíamos comido más que un poco de galleta, y entretanto con el cabo Morgan improvisamos un arganeo.

»Cuando creció la marea, á eso de las nueve de la

mañana, la aprovechamos para seguir el viaje; á la una de la tarde llegamos á San Juan.

»Total: habíamos trabajado nueve días, á la intemperie, escasos de alimento, expuestos á cada instante, para no salvar sino un puñado de cosas casi sin valor alguno, á pesar de las buenas condiciones en que se hallaba el buque náufrago.

»Con un vaporcito, y en menos de quince días, estoy cierto de que se hubiera salvado todo el cargamento, como el de tantos otros barcos que no han tenido salvamento en la Isla...»

¿Quiere el Gobierno que cese este estado de cosas? Pues nada más fácil. El consejo lo tiene, formulado por Bove, desde hace muchos años: la luz de un faro, una población con una lancha á vapor.

El faro existe, pero en malas condiciones; la población también: falta el vaporcito, sin el cual no podrá ejercerse jamás buena vigilancia en las costas, ni menos practicar con resultado el salvamento de los buques náufragos.

«La numerosa navegación á vela de estos mares —decía el señor Edelmiro Correa, marino argentino—tiene la vista fija en estas mejoras, y la Inglaterra misma las prevé, cuando manda ofrecer al comandante Piedrabuena diez mil libras esterlinas por la mitad de la isla.»

XV

Aventuras de mineros.

Una noche que, después de comer, conversába mos de todas las cosas y otras muchas más con el contramaestre Morgan, que tantos y tan buenos informes y observaciones personales me ha dado acerca de la Isla y de Tierra del Fuego, púsose sobre el tapete sin saber cómo ni cómo no, el siempre socorrido tema de las minas de oro.

—¿Hay terrenos auríferos en la Isla?—pregunté, aunque ya lo supiera desde Punta Arenas.

—Sí, pero su rendimiento es tan escaso, que no vale la pena explotarlos.

—¿Ha hecho usted la prueba?

—No, pero otros hubo que la hicieron. La minería no entra en mis aficiones, pues me ha tratado mal cuantas veces me dediqué á ella... sobre todo en el primer ensayo.

—¡Hola! Eso pica en historia...

—Lo es, efectivamente, pero tan sencilla que no merece contarse.

—¿Fué aquí?

—No, señor, en Tierra del Fuego.

Insistí para que me relatara su aventura, que

debía ser característica, tuviera ó no tuviera episodios dramáticos ó siquiera interesantes. Accedió por fin, y mientras tomábamos un poco de café, junto á la chimenea encendida, me contó lo que he tratado de reproducir con toda fidelidad en estas páginas pintorescas por su misma sencillez.

Era en 1884. Punta Arenas estaba revuelto. No se hablaba sino de buscar oro, de encontrar oro, de recoger oro. Iban y venían los mineros, se formaban sociedades, se proyectaban y se hacían excursiones. En las casas de comercio, en los cafés, en todas partes eran tema de conversación las rápidas fortunas que se hacían en los lavaderos del Cabo de las Vírgenes, los hallazgos de yacimientos donde los había y donde no los había, los *derroteros* que tenía este ó aquel aventurero ó cazador de lobos, la riqueza incalculable de algunas playas... Parecía que una enfermedad contagiosa, una epidemia nos fuera invadiendo poco á poco sin dejar á nadie libre. La fiebre del oro se apoderaba del pueblo entero, y no contenta con los estragos que hacía en la villa chilena, remontaba hacia el norte, para presentarse hasta en el mismo Buenos Aires, con análoga intensidad. No sé si recuerda usted los cientos de cientos de *pertenencias* que se pidieron en el ministerio de Hacienda por aquel tiempo...

Naturalmente, caí yo también atacado por el mal.

Tenía un regular empleo, con sueldo suficiente para vivir, pero eso no podía bastar á quien veía tan cerca el medio fácil de enriquecerse. Con muchas ganas de dejar lo cierto por lo dudoso, comencé á pensar en alguna aventura minera, hasta proyecté lanzarme á buscar oro yo también, pero en un principio no me atreví, porque estaba solo, y me faltaba capital.

Cierto es que muchos se iban con un puñado de víveres y una bolsa de herramientas, para volver ricos ó no volver; pero eso no me convenía, pues las probabilidades eran pocas. Otros se asociaban en número de ocho ó diez, formaban un fondo común para los gastos, y marchaban á trabajar juntos; otros, por fin, organizaban expediciones por cuenta de capitalistas que, como el capitán Araña, se quedaban en tierra, para reclamar después gran parte de la ganancia. Pero yo no hallé ni socios ni empresarios en los primeros tiempos.

Había abandonado casi por completo mis vagos proyectos, cuando un día conversando con un amigo, le oí decir:

—Hay varios capitalistas—y me los nombró—que buscan un hombre capaz de dirigir una expedición.

—¿De mineros?—le pregunté.

—Sí.

—¿Y adónde se tiene que ir?

—A la Tierra del Fuego Argentina, porque las autoridades no quieren dar permiso para trabajar en la costa norte del Estrecho. ¿Te gustaría ir?

No podía presentarse mejor oportunidad, y ésta venía justamente cuando ya no la esperaba.

—Me gustaría mucho, si fuese en buenas condiciones...

—¿Quieres que hable con esos hombres?

Contesté que sí, dándole las gracias por su mediación, y los capitalistas no tardaron en llamarme, hacerme proposiciones que me convinieron, y nombrarme jefe de la expedición, autorizándome á contratar la gente que creyera necesaria.

¡Figúrese usted mi alegría! Ya me veía de vuelta del viaje, rico, al abrigo de la necesidad, seguro

del porvenir, de una vida de holganza y de satisfacción.

—¿Cuándo podrá salir?—me preguntaron mis empresarios.

—¡Oh! Apenas tenga los víveres y reclute los compañeros: dentro de una semana.

Convinimos en que no llevaría sino cuatro hombres. ¿Para qué más? Entonces se creía que, á pesar de su altura y robustez, el ona era cobarde, pues las comisiones de cuatro ó cinco personas salidas del puerto Porvenir—chileno—los habían perseguido y diezmado sin gran resistencia de su parte. Los cazaban para ganarse la prima que ofrecían algunos comerciantes de Punta Arenas, y era convicción general que semejante caza no exigía más que una carrera á caballo, ó un tiro bien dirigido... Sólo de un herido, entre estos aventureros, se había tenido noticia hasta entonces.

Ya verá usted cómo no siempre acierta la mayoría, y cómo estaban en la verdad los dos ó tres que me aconsejaron más precauciones.

Pronto me arreglé con cuatro hombres fuertes y animosos al parecer, que se comprometieron á seguirme á todas partes; quedó fletada la goleta Luisa, lindo barquito muy marinero, compradas y cargadas las provisiones, las armas y las herramientas necesarias, y estuvimos listos para partir.

Salimos de Punta Arenas antes de finalizar el mes de noviembre, y nos dirigimos á la entrada este del Estrecho, para navegar después hacia el sur, y detenernos en San Sebastián, puerto que yo conocía bien por haberlo visitado dos veces á bordo de buques de guerra argentinos, y de donde debían arrancar mis pesquisas en busca de oro.

Llevábamos con nosotros algunas mercaderías

que teníamos que descargar en el *spit* de Dungeness. Fondeamos allí, y las desembarcamos, sin más contratiempo que la pérdida de un ancla, y en los últimos días del mes llegamos á San Sebastián.

Mis cuatro compañeros y yo estábamos convencidos de que en caso necesario seríamos capaces de conquistar la Tierra del Fuego entera, á despecho de los onas, y á costa de su vida, gracias al juicio desfavorable que teníamos de su valor; y las ilusiones acerca de la recolección de pepitas y arenas de oro corría parejas con nuestra belicosidad.

Desembarcamos en la costa sur de San Sebastián, pero no sin precauciones, cuyo resultado verá usted después.

Resolví, en efecto, que Guarzi—un chilote que llamaban así porque había servido á un italiano de ese nombre—quedara de guardia, recomendándole que en caso de alarma disparase tres tiros para avisarnos y hacernos reunir en el embarcadero, y que bajo ningún pretexto abandonase el bote en que íbamos y veníamos de la embarcación fondeada un poco lejos y vigilada por sus tripulantes. Luego, como si se tratara de un escuadrón, dividí el resto de mi gente en dos grupos: Villoc y Wilson harían cateos por un lado, y Antonio y yo por otro, durante todo el día. Por la noche nos replegaríamos á bordo, para no dormir á la intemperie. Hacía bastante frío aún, y el viento nos atería. Salimos á lo largo de la costa en distintas direcciones, y durante dos días hicimos numerosos agujeros en la arena, ensayando ésta con las chailas...

¿Que qué son chailas? Pues unas fuentes de madera, redondas y muy chatas, instrumento primitivo para el lavado del oro. En el fondo tienen unas ranuras. Las llena usted de arena, les imprime un

movimiento circular bastante rápido, y el oro, por su propio peso, va á depositarse en las ranuras. Es el instrumento más grosero, pero era el único que teníamos...

Los ensayos no dieron resultado. Encontrábamos, sí, algunas partículas, algunas escamitas, pero no en cantidad suficiente para que el yacimiento pudiera explotarse con ventaja. Sin embargo, perseveramos; es decir, perseveramos menos de medio día más, pues la catástrofe nos esperaba.

El tercer día salimos muy de madrugada y nos pusimos con ahinco al trabajo, que no debíamos abandonar hasta la hora del almuerzo.

De pronto, fatigado—ya hacía mucho que estaba doblado en dos sobre la arena—levanté la cabeza para tomar aliento...

No puede usted figurarse mi sorpresa y mi angustia, al ver varado en la playa y envuelto en llamas, el bote de la Luisa.

¿Quién lo había varado? ¿Quién le había puesto fuego? ¿Guarzi? ¿Los indios?... No podía explicármelo. ¿Qué objeto hubiera tenido Guarzi? ¿Cómo se habrían atrevido á acercarse los pusilánimes indios, viéndolo de guardia, y á nosotros relativamente cerca? ¿Lo habrían asesinado de un flechazo, antes de que sospechara su presencia?

Mientras hacía estas conjeturas, ó mejor dicho pasaban por mi imaginación como un relámpago, disparé tres veces el winchester, á cuya señal acudieron mis compañeros á toda carrera. Yo corrí también en dirección al embarcadero, donde minutos después nos reuníamos los cuatro.

—¿Y Guarzi?

—¿Y Guarzi?

El guardián no estaba cerca del bote incendiado,

ni vivo ni muerto, pero en cambio quedaban las huellas inequívocas de que los onas habían pasado por allí: faltaban tres de los seis remos, la boza, los toletes...

Nuestro primer pensamiento fué el de que Guarzi había sido asesinado ó que se lo habían llevado los indios... Pero como también podría haber huído al aproximarse los incendiarios, y hallarse oculto, resolvimos hacer de nuevo la señal antes de tomar otro partido... Al tercer disparo vimos al chilote salir de entre unas malezas que había hacia el cabo San Sebastián, y dirigirse corriendo hacia nosotros.

—¿Qué ha pasado, Guarzi?... Los indios...—le grité agitado cuando estuvo cerca.

—¿Qué indios?—preguntó sorprendido y asustado, deteniéndose y mirando á un lado y otro...

Sólo entonces vió el bote que los compañeros trataban de salvar, pero que se hallaba ya en un estado lastimoso...

—¡Ah! No sabes, canalla. ¿Qué has estado haciendo?

Entonces me confesó que se había alejado del bote y acostado entre la maleza para dormir un rato. Los indios se habrían acercado aprovechándose de su sueño...

—¿Está la botella de guachacay?—pregunté á los compañeros.

—No—me contestaron.

Era indudable que la maldita botella era la culpable de todo.

— Te has *mamao*, ¿no? — grité enfurecido á Guarzi.

—No, ñor; no, ñor.

—¿Y dónde está la botella?

—No sé; los indios la habrán *yevao*, ñor.

Nunca confesó la partida, y yo no insistí mucho, porque era necesario pensar en volver á bordo de la Luisa. Tratamos de llamar la atención de los marineros para que fueran á buscarnos con otro bote, hicimos disparos al aire, encendimos grandes fogatas con pastos, y por fin logramos nuestro objeto. La gente de á bordo comenzó á moverse, y vimos con satisfacción que se ocupaba de echar la otra embarcación al agua para acudir en nuestro socorro.

Pero en ese mismo instante un grito resonó á nuestras espaldas. Volvimos la cabeza, y en lo alto de la colina vimos destacarse la figura de tres indios envueltos en quillangos, de zorro el del medio y de guanaco los otros.

Nos hablaban en voz alta, é iban acercándose á nosotros con decisión y tranquilidad. Los esperá-



Indio tirando un arpón

bamos, no temiendo nada de ellos, porque estábamos armados y en mayor número; pero cuando se hallaron á unos ochenta pasos, surgió en lo alto de la colina y comenzó á bajarla, un crecido grupo de

indios... eran más de cien... El asunto se ponía endiabladamente serio...

—Preparen las armas, y alerta y mucho ojo, muchachos—dije á los compañeros.

Quedaban todavía de diez á doce tiros en cada winchester, lo que nos permitiría vender caras nuestras vidas si, como todo lo hacía presumir, llegaban los onas con intenciones hostiles.

Yo aún no sabía su idioma, pero sí algo de la lengua yagana, en la que les grité que no se acercaran más. Pero ó no entendieron ó no quisieron hacer caso, y continuaron avanzando, mientras el grupo de retaguardia engrosaba más y más con nuevos contingentes. Bajo los quillangos de algunos veíanse aparecer las puntas de los arcos...

—Hagamos una descarga el aire, muchachos, á ver si se retiran—ordené.

Cinco disparos retumbaron y repercutieron en la colina, pero el avance continuó.

Era evidente que los indios estaban resueltos á atacarnos y que no iban á huir con salvas.

—Apuntemos á los tres primeros—mandé entonces.

Estaban ya á unos cincuenta pasos, pues todo esto había ocurrido en un momento. Los winchester se dirigieron hacia los indios.

—¡Fuego!

Uno de ellos cayó muerto; los otros, heridos, se detuvieron.

Pero la formidable columna siguió impertérrita su marcha.

—¡Fuego á discreción! ¡Y apuntar bien!...

Una lluvia de flechas, afortunadamente demasiado cortas, me contestó.

Después de haber hecho tres ó cuatro disparos

más cada uno de nosotros, cayeron otros tres onas. El grupo titubeó, se detuvo, y creyéndosenos sin duda con más municiones de las que teníamos, resolvió huir, como en efecto lo hizo con asombrosa rapidez.

Durante el combate nos alentaba la convicción de que el bote de la Luisa se acercaba á nosotros á fuerza de remo; como teníamos ganada la costa, bien podíamos replegarnos en orden hacia él y embarcarnos manteniendo á los indios, con nuestras armas, á distancia respetuosa. ¡Cuál no sería nuestra sorpresa y nuestro desencanto, cuando al volvernos, y en vez del bote que suponíamos bogando en dirección á la playa, vimos que la Luisa, izadas las velas, nos volvía la popa, y navegaba hacia la salida del puerto!...

Gritamos, hicimos señales, vociferamos desesperadamente; todo fué inútil; media hora después la goleta se perdía de vista...

Los tripulantes, asustados por el número de los indios, y aunque desde su fondeadero nada tuvieran que temer, habían emprendido la fuga.

— Y ahora ¿qué hacemos?—preguntó Antonio.

—¿Qué hemos de hacer sino esperar?—contesté. —La goleta ha de venir á buscarnos esta misma noche, ó mañana cuando más tarde.

—¡Se han ido de flojos!—murmuró Wilson.

—¿Y ji yega á no venir, ñor?—agregó Guarzi, que indudablemente no las tenía todas consigo.

—¡Bah! ¡Tiene que volver!—exclamé, aunque me asaltara un temor vago de que nos hubiesen abandonado.

Nos sentamos en la playa, y las horas pasaron en la muda contemplación del lugar por donde ha-

bía desaparecido la goleta. Así llegó la tarde y sobrevino el crepúsculo.

—Hay que arreglarnos de cualquier modo para pasar la noche. Hoy ya no vendrán...

Y elegimos para acampar una lomita, donde nos acomodamos como pudimos, después de examinar los cadáveres de los seis indios: el que menos, tenía dos balazos; uno presentaba cinco heridas. La puntería había sido buena; ¡pero qué resistencia, qué duros de caer eran los tales onas!...

Resolví que se montara una guardia continua, relevándonos cada tanto tiempo.—Aunque no me tocara, yo velé durante el turno de Guarzi, que fué el primero, porque después de lo ocurrido no confiaba en su vigilancia; creo que los otros tres compañeros, aunque tendidos, hicieron lo que yo, por la misma causa...

Teníamos mucho frío y mucha hambre, porque desde la mañana no habíamos probado bocado y porque no habíamos encendido fuego por no dar señal de nuestra presencia á los indios, que sin duda volverían aprovechando la obscuridad de la noche. Nos lo pasamos dando diente con diente, sin más abrigo que lo puesto. Mucho antes de amanecer estábamos todos en pie, con el estómago pegado al espinazo.

—Si habrá venido la goleta...

—Se verían las luces...

—Puede ser que las hayan apagado por precaución.

A las primeras luces indecisas de la mañana, cualquier montón de vapores, cualquier sombrita flotante nos parecía el barco... Cuando fué más claro, la inmensa bahía nos apareció desierta, absolutamente desierta...

El hambre apremiaba, y nos dirigimos á la playa, pasando por el teatro de la lucha del día anterior; nos sorprendió no hallar los cadáveres; los indios, como lo temíamos, habían andado por allí y los habían recogido...

Después de mucho andar, quiso nuestra buena suerte que encontráramos algunos pescados que la marea había dejado en seco. Hicimos fuego, los asamos, y ya puede usted figurarse con qué satisfacción los hicimos desaparecer.

Entretanto, pasaban las horas en la más angustiosa é inútil expectativa.

Hasta el más confiado de nosotros se había convencido de que la Luisa no volvería.

Resolvimos emprender la marcha hacia el punto poblado que estuviese más cercano, y que era Gente Grande, donde se halla la estancia de mister Stubenrauch, de Punta Arenas.

La isla no tenía entonces tantos recursos como hoy.

Guiados por una brújula de bolsillo que yo llevaba, anduvimos toda aquella tarde, con tanto empeño, que á la noche alcanzamos el ángulo noroeste de la bahía, donde hoy está instalada la comisaría de San Sebastián, que entonces no existía, como tampoco el establecimiento del Páramo, fundado más tarde.

Acampamos para descansar, como la noche anterior, montando la guardia por turnos y sin atrevernos á encender fuego, para que los indios no conocieran nuestro campamento y no pudieran sorprendernos.

Al día siguiente, bien obscuro todavía, nos desayunamos también con pescado asado y unas cuantas almejas, y le aseguro que la conversación no

fué muy alegre. Sin embargo, teníamos buen ánimo y esperábamos escapar con bien de aquellas apuradas circunstancias.

—Lo que hemos de hacer ahora—dije á mis compañeros,—es recoger todo el pescado y mariscos que podamos cargar, para que no nos falte alimento, y caminar duro, sin detenernos: es preciso llegar mañana á Hombres Grandes.

Lo hicimos así, pero desgraciadamente no nos fué posible procurarnos mucho pescado, y éste necesita comerse en gran cantidad para sostener las fuerzas y tranquilizar el estómago durante algunas horas.

No perdimos, pues, el tiempo, y á eso de las cinco de la mañana ya estábamos en marcha, para no detenernos hasta mediodía. Hicimos alto cerca de una lagunita, Wilson encendió fuego y comenzó á asar los pescados, y los demás nos sentamos á descansar en rededor. La provisión mermó de una manera lamentable, sin que por eso comiéramos según nuestro apetito; era necesario economizar aquel alimento insuficiente.

Una hora después volvimos á emprender la caminata, hambrientos todavía, pero afortunadamente sin extraviarnos, gracias á la brújula de bolsillo. Sin embargo, era muy entrada la noche cuando nos detuvimos, y no me parecía que estuviéramos cerca del fin de nuestras penurias.

Comimos, reservando dos pescados para el día siguiente, y nos acostamos á dormir con las mismas precauciones de las noches anteriores, pero desanimados y tristes, extenuados por la fatiga y el hambre, que ya comenzaba á hacerse sentir. Cerca ya de amanecer y estando de guardia, oí los ladri dos cercanos de un perro. ¿Se aproximaban los in

dios? ¿Era un perro *cimarrón*? Me incliné á creer lo primero, y llamé á los otros, que inmediatamente se pusieron en pie, empuñando el winchester... No se volvió á oir nada...

—En marcha, de todas maneras—dije.

Era prudente, porque los onas podían andar por las cercanías y atacarnos otra vez. Además, urgía llegar á poblado, porque dos pescados para cinco personas, sin pan ni otros elementos comestibles, equivalían á bien poca cosa, pues un kilo de carne hubiera valido más. Y á mediodía este último recurso se consumió también...

En el trayecto no habíamos encontrado una sola pieza de caza á no ser un guanaco, sobre el que había hecho fuego Villoc, sin darse cuenta de que estaba fuera de tiro, con el ansia de cazarlo. El animal nos miró un momento curiosamente y luego emprendió la fuga, desapareciendo bien pronto hacia el sudoeste.

Marchamos el día entero, pero cada vez con mayor lentitud, porque estábamos rendidos.

A las tres de la tarde tuve una prueba inequívoca de que había acertado al suponer que los indios estaban cerca, y que el ladrido de aquella madrugada era de uno de sus perros. En efecto, hacia el sur, y á cierta distancia, veíanse dos humos que se levantaban en sitios diferentes: los onas se hacían señales, disponiéndose sin duda á estrechar el cerco.

—¡Vamos, vamos muchachos! Moverse, que los indios nos siguen la pista.

Todos volvieron la cabeza, y al ver los humos, parecieron recobrar todo su vigor. En un principio aquello no fué marcha sino fuga, pero poco á poco decayeron las fuerzas, y el paso se hizo más lento.

El sol nos cocía después del frío de la noche, el cansancio nos entumecía, y el hambre, aguijoneada por la convicción de que no teníamos qué comer, nos martirizaba el estómago... Sin embargo, no nos detuvimos hasta que la obscuridad nos impidió seguir adelante. Caímos extenuados, sin aliento, junto á un pequeño riacho que corría más ó menos en la misma dirección que llevábamos nosotros. Allí pasamos horas terribles.

De bruces sobre el arroyo, bebimos hasta hincharnos para calmar ó engañar el hambre; y no bastando esto, masticábamos pasto, tragando las ásperas fibras leñosas que aplacaban un instante aquel tormento. Nos tiramos en el suelo, pero á pesar de la fatiga no podíamos dormir: apenas nos adormecíamos un poco, cuando despertábamos sobresaltados, con la idea fija en los indios.

A eso de la una de la mañana Antonio, que estaba de centinela, nos habló en voz baja:

—Miren, allá; ¿no ven unos bultos que se mueven?

En rededor se veían, en efecto, pequeñas sombras, más densas que las de la noche, y que iban lentamente de aquí para allá.

—Son los indios—murmuré.

Y, siempre en voz baja, añadí:

—Vamos á hacer fuego todos á un tiempo, y nos retiramos hacia la derecha arrastrándonos por el suelo, apenas se apague el fogonazo, para que no nos hieran con sus flechas.

Hicimos la maniobra tal como lo había dispuesto, pero ni vimos ni oímos nada. Sin embargo, repetimos la descarga desde otro sitio, apartándonos en seguida. Pero no se escuchó ni vió nada tampoco...

Pasamos el resto de la noche winchester en mano, pero sin nueva alarma hasta el amanecer. Inspeccionamos entonces los alrededores, y no tardamos en encontrar huellas de indios. Uno debió ser herido por nuestros proyectiles, pues en el suelo había un charco de sangre, y un hilo rojo señalaba en el pasto el camino de su retirada. Pero en toda la extensión del horizonte no se veía un solo hombre.

Débiles y hambrientos, emprendimos la marcha, que continuamos todo el día, aguijados por la idea de que los indios iban detrás. Seguimos algún tiempo las orillas del riacho, que luego resultó ser el de Gente Grande, que va á desembocar precisamente en el punto á que nos dirigíamos.—Pero pronto nos separamos, para acortar camino... Mascábamos pasto y bebíamos grandes cantidades de agua, pero nuestra extenuación iba naturalmente en aumento, y pronto nos sería imposible dar un paso... Por fin llegó la noche, acampamos, y descansamos algunas horas.

Cuando echamos á andar al día siguiente, mis compañeros parecían sufrir mucho más que yo, aunque estuviera verdaderamente hecho pedazos. Guarzi sobre todo, Guarzi cuya torpeza y descuido nos habían puesto en tan terrible situación, sentíase aniquilado, cosa extraña en él, pues los chilotes están hechos á privaciones de toda especie, y el hambre los conoce... Iba bamboleándose como un ebrio.

Al mediodía comenzó á quejarse y á decir cosas incoherentes; brillábanle los ojos como si tuviera fiebre, y la cara se le había demacrado de una manera horrible...

—I-ó me pegaría un *tiriyo*—decía á cada instan-

te alzando el winchester, que llevaba medio á la rastra.

—Este se está volviendo loco — observó Wilson.

—I-ó-méi de matar!—repetía Guarzi.

—Me parece que le tenemos que quitar las municiones—dijo Antonio.

—Sí, quíteselas—le contesté.

Guarzi opuso resistencia, pues tenía la idea fija de matarse, pero logramos desarmarlo sin mucho trabajo por fortuna.

Cada vez caminaban mis compañeros con más lentitud. Era necesario empujar á menudo á Guarzi, que iba casi arrastrándose, para que no se quedara atrás.

—¡Vaya, ánimo, compañeros! ¡Ya no estamos lejos del Estrecho!—exclamé, para infundirles nuevos brios.

Según mis cálculos, debíamos estar cerca, en efecto, aunque no mucho. Pero añadí:

—Si no lo alcanzamos esta misma tarde, mañana por la mañana estaremos en él.

Por la noche, sin embargo, aun no teníamos indicio alguno de su proximidad. Acampamos medio muertos de fatiga.

El día siguiente nos guardaba nuevos tormentos.

Hasta entonces no habíamos tenido quo sufrir la sed, pero en aquella larga etapa, que hicimos bamboleantes, no hallamos un sorbo de agua siquiera. Ya supondrá usted cuánto sufrimos, qué pensamientos nos agitaban, qué angustias nos oprimían... Sólo á la noche encontramos una lagunita, sobre la que nos echamos como bestias, bebiendo agua y barro al mismo tiempo, casi hasta reventar...

Como á tres millas del charco salvador, levantá-

base una colina bastante alta, desde la que sin duda, se vería el Estrecho. Pero era imposible dar un paso más. Estábamos desfallecidos, presa de la fiebre, con el mareo espantoso de la debilidad que hacía bailar vertiginosamente á nuestra vista cuantos objetos nos rodeaban. En vano tratamos de aplacar el hambre masticando raíces. La fiebre aumentaba, y extrañas y horribles ideas se apoderaban de nosotros... Uno propuso que nos sorteáramos, pero apenas comenzó á formular su pensamiento, cuando lo interrumpí indignado, diciéndole que me encargaba de matar como á un perro á quien se atreviese á sugerir siquiera la idea de un festín de caníbales. Pero vi en sus ojos, y en los de mis compañeros, que si el hambre apuraba más, no iba á poder cumplir mi amenaza, porque se me hubieran anticipado, y era uno contra cuatro...

A la madrugada comenzamos á andar ¡de qué manera! hacia la colina, que nos parecía lejana y casi inaccesible. Nos habríamos arrastrado milla y media, cuando hallamos otra lagunita en que nos detuvimos á beber. Nadie decía una palabra. Nadie hacía un movimiento. Pasamos así más de media hora, casi agonizantes. Pero haciendo un esfuerzo supremo me puse en pie.

—¡Vamos!—dije tartamudeando.—No nos podemos morir aquí, tan cerca del fin del viaje. ¡Valor, y andando!

Pero los otros no se movieron. Rogué, supliqué, todo fué en vano. Entonces los hice levantar á culatazos, á pesar de sus miradas de odio, y de que agarraran su winchester con los dedos crispados, prontos á matarme. Estaban completamente locos, pero una fugaz energía los hizo ponerse en marcha.

En una hora no habíamos caminado mil pasos,

cuando de pronto un estampido nos volvió súbitamente á la vida. Era un tiro de fusil. Levantamos las cabezas que se inclinaban irresistiblemente hacia el suelo, y vimos... ¡No, es imposible que usted suponga nuestro júbilo!... Vimos como á media milla, un hombre que, escopeta en mano, nos hacía señas y caminaba rápidamente hacia nosotros.

Fuese quien fuese, era la salvación.

Prorrumpimos en un grito que nos salió del fondo del alma, y completamente anonadados por la alegría, caímos sentados en el suelo, fijando ávidamente los ojos en aquel ser para nosotros sobrenatural en tan terrible momento. El hombre no tardó en llegar.

Era un minero del Porvenir que andaba de caza. Llevaba un par de magníficos cisnes que acababa de matar, y cuando estuvo cerca nos gritó:

—¡Eh! ¿De dónde vienen?

—¡Nos estamos muriendo de hambre!—contestamos, sin hacer caso de su pregunta.

Nos dió los cisnes, que Antonio y Wilson se pusieron á desplumar, mientras que Villoc encendía fuego, y yo ponía á aquel hombre al corriente de lo sucedido.

—¡Bien, pues se han salvado!—exclamó al fin. —Porvenir está á dos millas de aquí.—Coman un poco primero, y luego los llevaré á casa de Pablo Durán.

Los cisnes, medio crudos y sin sal, fueron materialmente devorados, y con alegría en el corazón nos pusimos en camino, llegando poco después á la casa, cuyo dueño nos recibió con toda bondad.

Tres días pasamos allí, reponiéndonos un poco de nuestros padecimientos y fatigas, y al cuarto se nos presentó la oportunidad de regresar á Punta

Arenas, á bordo de la goleta Anita, que frecuentaba aquellos parajes donde, además del lavadero de oro «Porvenir», de Pablo Durán, nuestro generoso huésped, existían varios de alguna importancia, como «Marta», de Thomas Saunders, «La Esperanza», de mister Wolff, y otros que durante el verano exportaban de diecisiete á veintiún kilos de oro, y el plantel de la estancia de mister Stubenrauch.

Aquella misma tarde llegamos á Punta Arenas, donde causamos una desagradable sorpresa al dueño de la goleta Luisa, que nos había abandonado tan indignamente, y que no había vuelto aún. El relato de nuestra travesía á pie sorprendió é interesó al pueblo entero, que quería vernos y pedirnos detalles con insaciable curiosidad.

Sólo entonces me preocupé del desastre pecuniario de nuestra expedición minera. Volvíamos sin un grano de oro, después de tan tremendos percances; había yo perdido mi empleo, y no teníamos recursos...

Me presenté á la autoridad, formulé la protesta del caso contra el patrón de la Luisa, pidiendo en mi nombre y en el de mis compañeros una indemnización por daños y perjuicios, y esperé la llegada de aquel que había estado á punto de ser causa de nuestra muerte.

Llegó por fin, y se enredó en mil explicaciones y disculpas, que de nada le valieron. Dijo que se le había roto la cadena del ancla—la primera se había perdido en Dungeness,—y que no teniendo lista otra, tuvo que darse á la vela para no irse sobre la costa. Que después que salió de San Sebastián, los vientos contrarios le habían impedido volver en busca nuestra, etc., etc.

A pesar de su labia, tuvo que pagarnos la indemnización, insignificante pero salvadora, realidad irrisoria al lado de nuestros sueños de fortuna de un mes antes, cuando organizábamos la expedición.

XVI

Pelo y pluma.

—¡Buenas noches, contramaestre! Buena nevada, ¿eh?

Los techos de la subprefectura y el presidio, los caminos, el campo, todo estaba cubierto de una espesa capa de nieve, blanca y seca, que la luna iluminaba con resplandor mate, con una luz fría, sin destellos, melancólica y monótona. Los árboles verdes parecían empolvados con harina, y en la cuesta de los montes la sábana blanca se veía salpicada de manchas obscuras como agujeros. El viento estaba en calma, y aunque la temperatura exterior fuera muy baja ya, la placidez de la atmósfera la hacía soportable. Había nevado el día entero, á intervalos, y al cerrar la noche, más obscura aún por los densos nubarrones que iban á desaparecer en breve, la memoria repetía por instinto los versos del poeta:

...Lentamente
la nieve silenciosa, descendiendo
del alto cielo en abundantes copos,
como sudario fúnebre cubría
la amortecida tierra. Cierzo helado
sacudía los árboles desnudos

de verde pompa, pero no de escarcha,
y sacudidos por el recio choque
parecían lanzar en las tinieblas
los rudos troncos lastimeros ayes...

—Buena para ser la primera—contestó Morgan.

Entramos en mi habitación, para sentarnos «al amor de la lumbre,» beber el café, no tan bueno como bien caliente, y contar él y escuchar yo algo interesante respecto de la recolección de huevos de pingüín, la caza de diversos animales, y las costumbres más ó menos curiosas de algunos de ellos. El contramaestre comenzó con la primera taza y con su cuento:

Todos los años, é invariablemente en el mismo día, comienza la postura. El pingüín hembra es como un calendario infalible; no se equivoca jamás.

Por nuestra parte, y conociendo esta costumbre, nos habíamos ocupado los días anteriores en reunir las latas vacías de kerosene que rodaban por ahí, y en arreglarlas convenientemente con alambre y filástica para poder colocarlas á la espalda á modo de mochilas. El 21 de octubre preparamos los pocos víveres que íbamos á llevar: tocino, grasa, café, sal y azúcar y los útiles, que no eran sino un caldero para calentar agua, y una sartén.

Al amanecer, los veintidós hombres que componíamos la expedición, cada uno con un par de latas y parte de los víveres, estábamos listos para emprender la marcha.

El campamento de los pingüínes está situado sobre el Atlántico, un poco más al este que San Juan, y puede llegarse á él por dos caminos: yendo en bote hasta fuera del puerto, doblando la punta para ganar la roca llamada del Castillo, y trepando

desde allí por la costa que parece un despeñadero. Pero esto sólo es practicable cuando el mar está muy tranquilo, pues por poco que se agite rompe furioso contra las rocas, poniendo en peligro á la embarcación y á los que la tripulan. El segundo camino es más penoso, pero está abierto en todo tiempo. Se atraviesa la costa que está frente á la subprefectura, se trepa la loma, y se camina unas dos millas y media... nada más.

Aquella mañana el tiempo no estaba bueno, y tuvimos que adoptar este último itinerario, más arduo, pero más seguro.

A las cinco y media de la mañana estábamos ya en la falda de la loma, que se eleva á unos seiscientos pies sobre el nivel de la bahía, y comenzamos á treparla. La ascensión es muy fatigosa, pues el declive es rapidísimo y las piedras que se desprenden al paso de los que van adelante hacen peligrar las canillas de los que marchan detrás.

A las seis y cuarto, después de algunos altos para tomar aliento, llegábamos á la cima, desde donde se domina la subprefectura y el faro. Hasta entonces habíamos andado entre las ramas de los árboles y los arbustos que crecen en las colinas, pero íbamos á tener que cruzar un campo extenso cubierto de juncos y pasto duro, que á milla y tres cuartos limita un pequeño cerro; el terreno esponjoso por la turba y los musgos, cedía bajo nuestros pies, dificultando la marcha; pero hora y media después alcanzamos el cerrito, comenzando á bajar por la vertiente opuesta, boscosa como la primera y cubierta por manchas del pasto llamado *tussac* que nos ocultaba por completo, pues alcanza á dos metros de altura.

Con todo, al cabo de tres cuartos de hora vimos

las dos rocas que tienen cierta semejanza con un castillo y que han motivado el nombre del promontorio, y pocos minutos después llegábamos al sitio en que habíamos hecho campamento en años anteriores.

Dos de nosotros fueron á buscar agua para hacer el café, mientras íbamos á la roquería á comenzar la cosecha de huevos.



Pingüínes

Enorme es el número de los pingüínes que se reunen allí, escalonados en orden de batalla, grotescos y tontos. Son de la especie que los chilenos llaman pájaro-niño, y andan apoyándose en las puntas de las alas, ó se quedan en pie, erguidos, moviendo á un lado y á otro la cabeza, graciosísimos, como una caricatura de gaucho con chiripá. Ocupan todo el despeñadero, que allí tendrá unos 700 pies de alto por 250 de ancho, y se les ve en filas horizontales, superpuestas, y tan apretadas que con un tiro de fusil pueden matarse muchos á la vez... Un verdadero asesinato.

Aprovechan cualquier cosa para hacer su nido;

las quebrajas de la piedra, los mechones de pasto, las excrecencias de la roca. ¡Pero qué nido! Un poquito de barro formando un montículo de diez centímetros de alto, con un pequeño hueco en el centro, seco ó mojado, en que depositan sus huevos de un blanco azulado, y algo mayores que los de pato.

El pájaro-niño es del tamaño de un pato criollo, tiene el pecho blanco, el lomo negro azulado, el pico agudo y rojo, y tras de los oídos se le ven cuatro plumitas amarillas de dos centímetros de largo. Desde el 20 de octubre hasta el 5 de noviembre, la hembra pone de cinco á seis huevos como los descriptos, que son bastante apetecibles, pues apenas tienen sabor á marisco; se aprovecha sólo la yema; la clara, que no se endurece en el agua hirviendo, es muy espesa, desagradable é indigesta,

Poco se come la carne del pájaro-niño, que es más dura aún que la de foca, y con gusto pronunciado de marisco en descomposición; los mismos indios de la Tierra del Fuego, á cuyas costas llega arrastrado por los temporales, lo desdeñan, y sólo comen el pellejo con la grasa que está adherida á él, asándolo á un fuego vivo. He probado muchas veces ese plato, que, en efecto, no es muy desagradable y se parece algo al pato demasiado gordo.

El pobre animal es muy valiente y defiende los huevos con ardor, valiéndose de su pico, que suele dar mordiscos bastante dolorosos.

—¿Y los otros pingüines?—pregunté, interrumpiendo al narrador.

—Tenemos, además, el de cueva, que habita principalmente los islotes y promontorios que rodean la isla. Es algo más grande que el otro, y anda en el mar siempre en parejas. Se distingue

del pájaro-niño por una faja circular negra que tiene sobre el pecho blanco. Arriba y abajo de los ojos tiene un arco y no lleva plumitas amarillas. Pone en las cuevas que encuentra, y no forma roquerías. El tercero, el pingüín real, se ha extinguido casi en la Isla de los Estados. Sólo se le encuentra en dos sitios: en Pengüín Rockery y en la pendiente de Bahía Franklin que mira al norte. Es mucho mayor que los otros, y puesto en pie alcanza á la respetable altura de un metro y veinte. Tiene el pecho blanco y el lomo negro azulado como el primero, pero su plumaje es más tupido y parejo, por lo que obtiene precios muy superiores. Lleva además un copete de plumas amarillas, azules y blancas, su pico es muy agudo, dentado como la boca de los tiburones, y con él produce á sus enemigos heridas dolorosas y de curación difícil. El comandante Piedrabuena casi los ha exterminado en las grandes cacerías que hizo en aquellos parajes, restos de las cuales vi el 85 en Bahía Franklin—calderas, etc.—como hoy se encuentran todavía ruinas de casas en Pengüín Rockery. El pingüín real es tan escaso ahora, que apenas se encuentra ni aun en la época de la postura; sólo una vez, en 1892, encontré doce juntos en Pengüín Rockery. Pero parece que aumentan poco á poco—gracias á que no se les persigue—en Bahía Franklin, donde ya en 1894 había más de cien. ¿Por dónde íbamos?...

—Llegaban los expedicionarios á la roquería.

—¡Ah, sí! Había ya en cada nido uno ó dos huevos, entre los que podíamos elegir, sin temor de equivocarnos, los recién puestos, que están completamente limpios, mientras que ya los del día anterior se han cubierto de una segunda cáscara con el

barro del nido, pegado y endurecido sobre ellos. En un momento juntamos algunas docenas, con las que una comisión culinaria se fué al campamento para hacer una tortilla—la de la primera sección—mientras el resto continuaba la recolección, tan fácil cuanto fructífera.

Cuatro ó seis docenas de yemas y un poco de tocino y sal, forman un buen almuerzo para seis hombres, y con eso y un jarro de café quedamos satisfechos. Desocupada la sartén y el caldero, reemplazaba otra tanda á la que acababa de almorzar, mientras ésta se ponía al trabajo. Así, almorzando y recogiendo huevos, ya á las once estaban llenas las 44 latas.

Puede usted hacerse idea de lo que significa eso, sabiendo que en cada lata caben de 120 á 130 huevos, y que como tienen la cáscara muy delgada, muchísimos se rompen. Nunca bajan de seis mil los que sacamos en estos verdaderos *malones*, y sin embargo, no se nota sensible diminución en los pingüines al año siguiente.

Los pobres animales tratan de oponerse al robo, y atacan á sus agresores, que los ahuyentan fácilmente á *gorrazos*, haciéndolos rodar cuesta abajo como una avalancha, que se engrosa á medida que desciende con los pingüines que encuentra al paso... No deja la recolección de ser peligrosa también para los hombres, pues un paso en falso, una piedra ó una mata que se desmoronaran, en un descuido, podrían hacerlos rodar como los pingüines, pero con la circunstancia agravante de que no llegarían vivos al mar...

Por fortuna no ocurrió accidente alguno aquella mañana, y á las once y media emprendimos el viaje de regreso, más arduo y más largo que el de ida.

Tardamos, en efecto, más de tres horas en llegar á la cima del monte que está frente á la subprefectura, y la bajamos cayendo y levantando, abrumados por la carga y precipitados por lo empinado de la cuesta. Sólo á las cinco de la tarde llegamos á San Juan...

—Ya que en eso estamos—dije al ver que había terminado su relato,—cuénteme algo, contramaestre, á propósito de las focas.

Morgan, que liaba un cigarrillo de tabaco patria, no se hizo de rogar.

—Aquí en la isla—comenzó,—se conocen sobre todo focas, ó lobos, como se llaman vulgarmente, de dos clases: el lobo de un pelo, que abunda en la costa norte, y el de dos, que sólo se encuentra al sur, y ya en pequeña escala. Se estima poco la piel del primero, pero puede utilizarse en muchos artículos. Al macho le decimos lobo-león, porque tiene una abundante melena; alcanza á cuatro metros y medio de largo desde el hocico á las aletas traseras. Cuando descansa sobre las rocas levanta la parte anterior, como si se incorporara, y llega así á tener una altura de metro y medio. Es muy cariñoso y horrible y sangrientamente celoso; abraza y besa á la hembra, hace el amor como los hombres, pero disputa con un valor y un encarnizamiento indomables la soberanía de su familia. Combate frecuentemente con otro macho, formándoles círculos las hembras, como espectadores, y ese duelo no tiene fin sino con la muerte de uno de ellos: rara vez se obtiene—casi nunca, mejor dicho,—una piel de macho que no esté acribillada á mordiscos. El serrallo de cada uno de estos señores tiene por lo menos cincuenta odaliscas...

Los lobos de un pelo se tienden durante el día so-

bre las rocas planas que les sirvén de refugio, siempre á sotavento. Por la mañana temprano y á la tarde se echan al mar y pescan recorriendo las matas de cachiyuyo que se extienden á lo largo de la costa... Como las roquerías están menos pobladas en verano que en invierno, supongo que en la época de los calores emigran hacia el sur.

El lobo de dos pelos, cuya piel se estima más que



Lobos Marinos

la de la foca de los mares árticos, tiene las mismas costumbres del otro, pero el macho es más pequeño y sin melena. Su número ha disminuido mucho, porque los loberos que lo cazan clandestinamente no reparan en la estación y lo hacen aunque sea durante el celo, matando hembras, machos, chicos y grandes... Así, mientras en 1884 se podían faenar, sólo en la isla, más de 22.000 animales, hoy se lograría apenas la décima parte... Al norte no hay una sola roquería frecuentada por estas focas; en la costa sur existen, en cambio, catorce.

En tiempo de invierno, y cuando reinan tempo-

rales del sur, suele encontrarse en nuestras aguas alguno que otro ejemplar de *vaca marina*, foca así llamada por su bramido... Se distingue de las otras por los colores de la piel, pues tiene el lomo ceniciento y el vientre blanco. Llegan á nuestras costas en una extenuación tal, que es muy fácil cazarlas, pero como vienen rara vez, sólo se han obtenido cuatro en los seis años últimos.

La caza del lobo de dos pelos es interesante.

Las goletas loberas van á fondear cerca de las roquerías, y desprenden de su costado los botes balleneros de dos proas, construidos especialmente para poder atracar con alguna seguridad á la costa erizada de piedras.

Salen los botes provistos de carne salada, agua, café, azúcar, leña y galleta para algunos días, fusiles de repetición, garrotes de roble, cuchillas, *chairas*, etc., y se dirigen á la roquería, á cargo de un timonel-capataz y tripulados por siete ó nueve marineros.

Cuando han llegado atracan á la costa con mucha cautela, para no ahuyentar á los lobos medio dormidos. El proel desembarca silenciosamente de un salto, y toma los víveres y las armas que le alcanzan los demás, aprovechando el momento en que la ola pone el bote al nivel de la roca. Los demás saltan á su vez, uno tras otro, cuidando de hacer el menor ruido posible, menos dos que se quedan á bordo y alejan inmediatamente la embarcación para que no se estrelle contra las piedras.

Por muy en calma que esté el tiempo, siempre hay alguna mar de leva, que hace muy difícil esta operación, tan sencilla al describirla. Saltar del bote á la roca lisa y como enjabonada por el cachiyuyo, y eso en un instante preciso, matemático,

cuando la ola llega á su mayor altura y el bote está sobre la roca, mientras los remeros ciando impiden que se haga añicos... es mejor para contado que para hecho... Un resbalón puede hacer caer al que no ha tenido la vista bastante segura, el pie bastante firme y los músculos bastante elásticos, entre la roca y el bote que lo aplastará en sus vaivenes, ó dejará que la resaca lo golpee contra las piedras. En cuanto á los remeros ¡qué puños! y al timonel ¡qué sangre fría!... La vida de sus compañeros, la suya propia, depende de un ademán, de un golpe de remo, de una voz de mando.

Desembarcados, por fin, los loberos se agazapan circularmente alrededor de las focas para cortarles la retirada: para ello tienen que deslizarse rápida y sigilosamente, con movimiento combinado y simultáneo, de manera que cuando los lobos se aperciban de su presencia, ya sea tarde para escapar...

Comienza entonces el ataque con un tiroteo convergente de los rifles de repetición—winchester por lo general,—que espanta á los animales y mata á muchos; el resto trata de ganar el agua, pero se les ha cerrado el paso, continúa haciéndose fuego sobre ellos, y al fin, bramando lastimosamente, se retiran hacia las cuevas, si las hay en la roquería, ó hacia los peñascos más altos, arrastrándose bastante de prisa, ayudados por las aletas.

La matanza verdadera, el exterminio va á empezar. Mientras uno ó dos, los mejores tiradores, quedan con el winchester para matar algún macho bravo que ponga á alguno en peligro, ó para evitar la fuga de los más ágiles, los otros loberos echan mano de los palos y avanzan sobre las focas. Cada

garrotazo bien asestado en el hocico, causa una víctima. El puñal la ultima, dándole la *puntilla*. El suelo queda pronto sembrado de cadáveres. Apenas si dos ó tres logran escapar, precipitándose al agua desde alguna roca á pico. En menos de media hora, 200 ó 300 lobos yacen ensangrentados, muertos á los pies de los cazadores...

Inmediatamente se procede á desollarlos, tarea que los loberos hacen con pasmosa rapidez, dejando para lo último los lobos de un pelo que han caído mezclados con los otros, y que tiran á un lado como cosa de poco valor. No importa que los animales respiren aún; los afilados cuchillos desprenden la piel, después de abrirla de arriba abajo, por el lomo, y conservando la grasa á ella adherida—y la arrancan de aquella carne caliente, palpitante, viva.

Los primeros 40 ó 50 cueros son embarcados en el bote, que los lleva á la goleta, donde se desengrasan y salan, poniéndolos en barriles, mientras la faena continúa en la roquería, sin más descanso que el tiempo necesario para tomar un trago de aguardiente ó un jarro de café, salvo cuando algún temporal impide el trabajo.

A veces, en roquerías apartadas de fondeaderos seguros, las goletas se alejan después de desembarcar á su gente, para volver en su busca algunos días después. Pero el mal tiempo suele ser cruel con los loberos, que á menudo tienen que aguardar más de lo previsto, y sufren verdaderas miserias cuando se les concluyen las pocas provisiones que han llevado consigo. Entonces, y cuando el hambre apura, hay que apelar á la carne de lobo, y hasta sin cocer...

Esto último sucedió en 1883, cuando Juan Silva,

un tal Germán y seis hombres tuvieron que permanecer nueve dias y medio en una roquería, al sur de la isla Navarino.

El café les duró tres dias, la galleta cuatro, el agua cinco y la leña un día más. Después comieron carne de lobo cruda...

Al octavo día, uno de los loberos se tiró al agua para tratar de alcanzar á nado la isla Navarino, que distaba unas dos millas. No se volvió á saber de él...

Al noveno, los infelices estaban casi locos por falta de agua, y cuando apareció la goleta San Pedro, que los había llevado, y no pudo volver antes en su busca, hallábanse tan postrados, que no podían moverse. Uno murió á bordo de extenuación. Los demás fueron reponiéndose poco á poco.

Y no crea usted que semejantes pellejerías sean bien compensadas. ¡Al contrario! El lobero no gana sueldo, sino que tiene que ajustarse á los resultados obtenidos. Del producto de las pieles se aparta un tanto por ciento para el armador, otro para el capitán, otro para el piloto, etc... El resto se divide por partes iguales entre los demás. Pero ese resto es muy exiguo, pues antes se ha descontado el importe de los víveres, las municiones, etc. Por regla general no gana sino el armador, que se ha quedado tranquilamente en su casa, mientras los otros arriesgaban el pellejo...

—Usted debe conocer muy bien los animales de la isla, después de tantos años de permanencia—dije á Morgan.

—¡Oh! Regular, y no como un naturalista—contestó.—Tengo los datos que cualquier marinero podría tener...

—No importa, hábleme de ellos; aunque no sea

científica, su descripción será interesante... quizás más por eso mismo...

—Conozco cuatro clases de shags ó cormoranes. Uno de pecho blanco y oídos blanquecinos, otro de pecho blanco, oídos azulados y cresta negra con puntas amarillas. Estas dos clases anidan en roquerías extensas, en los promontorios é islotes cercanos á la isla. Hacen sus nidos sobre guano dejado de años anteriores, que alcanza á un metro de altura; los forman con algas muy delgadas que ellos mismos extraen del fondo del mar. Ponen cinco ó seis huevos, comenzando en los primeros días de noviembre. Aunque se note su diminución, todavía son muy numerosos, y en una roquería triangular de la isla nordeste de Año Nuevo, de siete metros y medio de lado, conté 79 nidos, mientras que los shags serían unos 220. Estas aves se disputan los nidos á picotazos, pues las menos activas quieren ocupar los de las trabajadoras... Los huevos son del tamaño de los de gallina, pero más alargados y del color de los de pingüín, cuyo sabor tienen también; la yema es más rojiza. Su abundancia es asombrosa: en una estación cargamos cuatro botes, habría en ellos unas cuantas decenas de miles de huevos... El guano del shag, muy lavado por las continuas lluvias, es pobre. Las otras dos clases son: el shag negro, que tiene blancos los oídos, y el shag de roca, de ojos y oídos rojos. Estos anidan en las concavidades de rocas inaccesibles, cerca de la costa, son poco numerosos y más pequeños que los primeros.

Las avutardas son dos: la de Malvinas—que los ingleses llaman «Kelp-geese» ó avutarda de cachiyuyo, porqúe se mantiene con un alga tierna, el luche de los chilenos,—del tamaño de un pato case-

ro. Anda siempre en parejas: el macho es blanco y la hembra negra con manchas blancas. Muchas veces dos hembras siguen al macho, como usted habrá visto, y al volar forman triángulo, yendo el macho adelante. La avutarda de pasto, que los chilenos conocen por caiquén, es del tamaño de un ganso, negra y con manchas blancas. Tiene las patas palmeadas, pero busca su comida—pasto tierno —en las lomas. Anda también en parejas.

El curioso pato á vapor, que ya habrá encontrado muchas veces, y cuyas alas no le permiten volar, nada en parejas, es grande como un ganso, plomizo, anida entre la yerba de la costa, pone de cuatro á seis grandes huevos, y se mantiene con los caracolillos y mejillones del cachiyuyo. En sus correrías no se aleja nunca más de tres millas de la costa, cuya proximidad anuncia. El pato de mar es más pequeño y anda siempre en bandadas. El de agua dulce, que habita en las lagunas y vive con los gusanillos de la turba, tiene una lista azulada en el extremo de las alas y forma bandadas de quince á treinta individuos.

Ya conoce usted el albatros, ese inmenso pájaro que de una á otra punta de las alas mide cerca de dos metros y medio. Sólo visita la costa cuando hay temporal ú horas antes de que estalle, anunciando así el cambio que va á producirse. Entonces vuela muy alto, como si quisiera ver venir la tempestad, mientras que cuando reina ésta, ó cuando el tiempo es benigno, apenas se eleva un metro de la superficie del mar. Su congénere el albatros negro de pico amarillo verdoso, es un tragón de lo que no hay. Suele comer tanto, que permanece horas enteras en el agua sin poder levantar el vuelo.

Además, tiene usted la gaviota blanca, la negra,

la gris y la blanca con alas negras. Un gaviotín que llaman «golondrina de mar», blanco y de alas color plomo y una lista negra en el extremo; otro sin lista, con plumas teñidas de rosa como el flamenco, que zabulle precipitándose al mar desde 15 y 20 metros de altura. La blanca paloma de mar; la paloma del Cabo, negra y blanca con dibujos caprichosos que la hacen parecer una gran mariposa; la palomita del tamaño de una golondrina, parda, cuyas alas miden unos diez centímetros de largo, y tiene las patitas palmeadas; otra blanca con alas negras, que vive de pececitos, aguas vivas, etc., y por último la palomita ladrona que se alimenta como las demás, pero que en primavera visita las roquerías de shags y aprovecha los descuidos para comerse los huevos; es mayor que las últimas. Hay también una gallareta que se alimenta con lo que arroja á la playa la resaca y anida en troncos huecos.

El cisne blanco y el de cuello negro visitan en verano la isla. Vienen de Patagonia.

Entre las aves de rapiña hay dos buitres, uno completamente negro y otro con fajas blancas en el cuello; tres caranchos, uno negro de cabeza pelada, otro negro con manchas blanquecinas y el tercero amarillo obscuro; tres halcones, el gris, mayor que una paloma, el amarillento con puntas blancas como la paloma y otro amarillento también, pero con alas amarillas y una faja negra en la cola y que es del tamaño de un zorzal. Una lechucita gris con puntas negras, y la *viuda*, pájaro negro del tamaño de un cuervo, que fascinado por la luz del faro, se estrella continuamente contra los vidrios...

Algunas veces dan contra los cristales con tanta fuerza, que los rompen, como ha sucedido hace poco. El viento apagó las lámparas, hizo añicos los tubos; pero todo pudo componerse en un cuarto de hora, y el faro continuó funcionando...

XVII

Entre dos borrascas.

Los días hermosos, ó mejor dicho, los momentos —bastante escasos, por cierto—en que el tiempo se hacía bonancible, eran aprovechados en cortas excursiones á las cercanías, ya para conocerlas, ya en busca de mariscos, ya en procura de alguna pieza de caza que diera variedad—triste variedad— á nuestra mesa, ya sólo por paseo, bien necesario en el encerramiento forzoso en que vivíamos...

Generalmente preferíamos las embarcaciones á todo otro medio de locomoción—limitados estos últimos á la marcha á pie,—pues los terrenos de la isla son tan cenagosos, que los más resistentes se fatigan muy pronto aunque ya estén aclimatados. Las primeras veces que fuí hasta Punta Laserre, que está, sin embargo, á un paso de la subprefectura, el camino me pareció interminable, y tuve que hacerlo por etapas; jadeante y sudoroso, cada pequeña cuesta me reclamaba un verdadero esfuerzo; pocos días después comencé á habituarme, y pronto salvaba á paso de trote la distancia antes enorme.

Tenía razón De la Serna; el faro lo era también

para nosotros en los días brumosos de *spleen;* á él acudíamos como se va á Palermo en Buenos Aires.

Muchas veces recorrimos en bote la bahía de San Juan; pero no recuerdo una sola en que hayan dejado de sorprendernos chubascos de agua helada, mortificantes á más no poder, acompañados por violentas rachas, frías como hojas de cuchillo, que nos obligaban á sostener los *ponchos* con ambas manos, bien plegados al cuerpo, para que el viento no se los llevara, y á nosotros con ellos.

La bahía, como se habrá visto en el plano, se interna bastante en la isla, hasta tropezar con la base del monte Richardson, é inclinándose hacia el oeste. Está rodeada de costas casi á pico, de roca desnuda, hasta donde alcanza el agua en las mareas, y cubierta de turba, de vegetación y de bosque desde allí hasta cerca de la cumbre de los barrancos que forma. Su aspecto es al propio tiempo pintoresco y extraño: un poeta la elegiría para hacerla escenario de nebulosos y desgraciados amores, para fantásticas apariciones, para rondas de espíritus desolados del mundo de Poe...

Algunas playitas de cantos rodados interrumpen acá y allá la aspereza bravía de la costa en que continuamente rompe la ola con fragor inacabable, mientras las nubes se enredan en las crestas peladas de los cerros, bajan lentas por sus aristas, ó parecen bailar una complicada cuadrilla en el espacio limitado por las alturas. Criptas negras abren su boca al nivel de las aguas, como habitáculos sombríos de algún monstruo; sobre ellas, en la piedra lavada por las exudaciones, se agarran las raíces de los fagus, como manos huesudas, descar-

nadas, crispadas en un espasmo horrendo: al lado otras cavernas, salpicadas por la espuma del mar, manchadas por los musgos y los mohos; ó altos pilares rectos que sostienen bóvedas medio derruidas, estrambóticos capiteles, arquitrabes que se mantienen en milagroso equilibrio, frisos historiados, cornisas decadentes de una estética loca é inconexa, peristilos en que las columnas de piedra se mezclan con los gruesos troncos de los árboles, como si el material se hubiese agotado de repente.

Allá, una inmensa roca se ha despeñado de la al tura, cayendo al mar con pavoroso estruendo; la huella que dejó en el cerro se ve aún como una tremenda cicatriz descolorida; pesaba miles de toneladas, y su caída ha tenido que conmover toda aquella extensión, como un *maremoto;* los árboles la han acompañado y crecen en el islote como crecerían en el cerro natal. Acá, otra roca ingente ha sido partida en dos, y su pared lisa parece buscar todavía las antiguas adherencias á la costa; el mar corre entre dos muros de piedra, perpendiculares, en cuya cima se ve una estrecha faja de cielo. Y por todas partes gotea ó chorrea el agua, que lo empapa todo, corre en delgados hilos, formando arroyuelos, torrentes y saltos, se evapora y cubre de nubes el espacio, y luego vuelve azotándonos con su lluvia, apedreándonos con su granizo, cubriéndonos con su nieve, cuyos copos parecen lentas y blancas mariposas. Y al pie de la roca siempre espumante, las verdes matas de cachiyuyo amansan la ola, alzan sobre la superficie sus anchas hojas blanqueadas por innumerables caracolillos, y que el viento agita como manos de ahogados que piden socorro. Sirven de vivero á los peces de roca,

á los langostinos, y de repostería á las gaviotas, y aun cuando el mar se encrespa alrededor, tienen rinconcitos especulares, en que el agua semeja de acero bruñido.

En torno pululan los shags, los patos á vapor, las avutardas, que pescan sin descanso los pobres pececillos y los crustáceos que se han refugiado allí, huyendo del lobo, que sin embargo va á buscarlos hasta ese último asilo. Los gaviotines salpican la bahía con millares de manchas blancas, sobre todo en los días tranquilos y tibios, cuando el viento y la lluvia no dispersan sus innumerables bandadas... ¡Cuántos tiros hemos hecho sobre aquellas aves codiciadas en la isla, impresentables en cualquier mesa medianamente abastada, como decía fray Luis! La caza era, sin embargo, bastante difícil, desde el bote y á bala de fusil, pues carecíamos de munición más apropiada, y los recelosos pajarracos no dejaban aproximarse mucho, temiendo ya, y con razón, la vecindad del hombre. Pero no por eso dejábamos de volver, salvo raras excepciones, con algún ejemplar cuya carne figuraba en nuestra mesa previo un verdadero trabajo de desinfección, y cuyo cuero con la pluma se reservaba cuidadosamente para un embalsamamiento siempre postergado. Esas aves tienen un sabor desagradable, y sólo pueden comerse en caso de necesidad extrema, ó después de larga cocción y disfrazadas con salsas que valgan más que los caracoles... Se calumnia á los pobres mariscos diciendo que el gusto de las aves es igual al suyo. Quizá cuando entran en descomposición, ¡pero frescos! Los calamares, los minúsculos langostinos, pueden figurar con honor en comidas luculianas. Los mejillones tienen un sabor exquisito, son un *vrai bonbon*, suaves, blandos,

perfumados, como una golosina obra maestra de cocinero genial. ¡Y cuántos, cuántos! En el fondo de la bahía, la roca que las mareas cubren está alfombrada, desaparece bajo la capa negra de sus conchas, se recogen á baldes, pueden llenarse botes enteros con ellos... Y nada de trabajo para prepararlos: basta un ligero hervor en agua salada para que estén á punto, la cáscara se desprende casi por sí misma, con toda facilidad se le saca una parte amarga que tienen dentro; unas gotas de vinagre ó de limón, un poco de aceite y ese plato, tan vulgar en la isla, sería el éxito de un *restaurateur* cualquiera.

Una mañana, el doctor Pinchetti y yo nos adherimos á una expedición que iba á *marisquear* con el contramaestre Morgan á la cabeza. El día estaba hermoso, la temperatura agradable, hasta hacía sol á ratos. Alrededor del bote, de vez en cuando asomaban las focas su cabeza redonda, para mirarnos curiosamente, y quedar un instante atentas al silbido con que las llamábamos. De pronto desaparecían para reaparecer cinco ó seis minutos más tarde en otro sitio, ya delante, ya tras de la embarcación. Les hicimos algunos disparos sin resultado, pues el bote se movía como una hamaca; una, sin embargo, fué herida, pues de pronto subió á la superficie del agua una gran mancha roja que se desvaneció en breve; pero el animal escapó. Alguna vez veíamos la peluda cabeza de un macho, cuyas crines se distinguían perfectamente, como sus colmillos blancos, como sus ojos obscuros y brillantes, de expresión casi humana.

Desembarcamos tarde en el fondo de la bahía, á causa de lo agitado del mar; la marea estaba ya demasiado alta y cubría por completo los bancos de

mejillones. Ibamos á regresar, cuando el contramaestre Morgan nos procuró entretenimiento.

—¿Vamos á ver la laguna?—nos dijo.—Está muy cerca, detrás de aquella colina...

—¡Vamos!

La isla podría llamarse el país de los lagos. Los depósitos de agua abundan de tal modo, que ese nombre le cuadraría más que á cualquier otro sitio del mundo. Cada hondonada, cada valle pequeño entre cerros, se ha llenado de agua de las continuas lluvias, de la condensación de los vapores en los picos enfriados por el viento, y en esos lagos nadan cisnes, patos, enjambres de animales que pocas veces incomoda el hombre, por la dificultad de trepar hasta allí.

Echamos á andar por la playa, sobre los gruesos cantos rodados, cuando un fuerte olor de podredumbre nos llamó la atención. El viento había cambiado, y soplaba del nordeste. Volvimos los ojos en esa dirección, tapándonos las narices; dos grandes caranchos negros, con las alas abiertas y sus plumas separadas como las varillas de un abanico, alzaron al mismo tiempo el vuelo, trazaron dos ó tres círculos caprichosos en el aire, y se dejaron caer de nuevo sobre un objeto cuya forma no podíamos distinguir. Venciendo la repugnancia que nos causaba aquel olor nauseabundo, nos acercamos al sitio en que se habían posado las aves de rapiña, manteniéndonos en lo posible á barlovento. ¿Sería algún náufrago? No había que pensarlo... ¿cómo podía haber llegado tan cerca de la subprefectura, para caer justamente en el momento de salvarse?

Pronto cesó nuestra emoción. Tratábase sólo del cuerpo de una foca que la marea había dejado en

seco, y que—al crecer,—iba á arrebatar de nuevo. Las olas cortas que llegaban hasta él, haciéndolo moverse, espantaban á los caranchos, que muy luego volvían á su presa, cebando los agudos picos en la carne, ya en plena descomposición. Los ahuyentamos, y llamando á algunos de los marineros, se les encargó que le sacaran el cuero, si era posible.

La foca era un magnífico macho de dos metros y medio de largo, y pertenecía á la especie vulgarmente llamada lobo de un pelo y lobo-león. Pero estaba en un estado tan avanzado de putrefacción, que era inútil desollarlo, pues la piel no hubiera servido para nada.

¿Habríalo muerto alguno de nuestros tiros de los días anteriores, algunos de nuestros fuegos graneados, tan sin éxito al parecer? Fué lo que nos dijimos en un principio; pero las grandes cicatrices de feroces dentelladas, algunas de ellas recientes que se veían en la piel, estaban demostrando de un modo terminante que el pobre lobo era una víctima, un vencido de los combates primaverales. Señor destronado de su harén, había ido á morir lejos de la roquería, huérfano de amores, para que la ola móvil jugara con su cadáver y fuera á encallarlo en playas desconocidas...

Dejamos á los marineros junto á aquel despojo nauseabundo, cuyo olor infecto se pegaba á las mucosas—nos duró todo el día,—y emprendimos el camino del lago. La playa estaba resbaladiza, como enjabonada por las algas que depositan las mareas, pero andar por ella era fácil en comparación de la cuesta que íbamos á tener que subir.

—Hay un camino que hicimos el 84 los marine-

ros de la expedición Laserre—nos dijo Morgan.—Iremos por él.

Pero la hierba crecía alta, enmarañada, entorpeciendo la marcha, y no se veía la huella menor de senda, vereda ó camino. El suelo, formado de turba y detritus vegetales, era más húmedo y fofo que en San Juan, y los pies se hundían, y el agua entraba á chorros por las costuras de la bota, helándonos los pies.

—Pero, ¿dónde está el camino, Morgan?

—Es éste.

—¡*Corpo!*—exclamó el doctor Pinchetti.

Bajo la yerba espesa corren hilos de agua que de pronto desaparecen, se infiltran, pierden su caudal en el suelo esponjoso para reaparecer después algo más bajo, ya engrosados, ya disminuidos, según el capricho del declive. Trepábamos trabajosamente enredándonos en la maleza, desviando ó quebrando las ramas de los árboles, pinchándonos en las espinas, bajo la sombra húmeda de las hayas, junto á las magnolias de florecillas de batista blanca, ó los calafates de frutas negras y redondas como cuentas de azabache, cuando á pocos metros sobre el nivel del mar nos hallamos de pronto ante un campo cubierto de cruces y de piedras, en que la hierba crecía con vigor, no empobrecida por la vecindad de los árboles.

Era el cementerio de San Juan del Salvamento, pobre y melancólico camposanto, donde nadie va á llorar ni orar por los que fueron. Sobre las toscas cruces leímos algunos nombres, ya casi borrados por tantas borrascas. Otras tumbas, aisladas, como desdeñadas, no tenían ni nombre ni cruz: sepulturas de indios, segregados de la sociedad hasta para el sueño eterno.

Seguimos adelante, internándonos en el bosque, deslizándonos entre troncos secos que amenazaban aplastarnos con su caída, lastimándonos con las espinas del calafate, saltando charcos y pasando arroyos. En un puente derruido, cubierto de moho y cuyos troncos sin labrar estaban tan separados que nadie hubiera dicho que era puente, di un resbalón que me pintó de verde las espaldas, etc. Me levanté mohino, renegando de la isla y de los islotes adyacentes.

—¡Conque éste es el camino, no!—exclamé.

Morgan no pudo menos de sonreir, mordiéndose los labios.

— Está un poco borrado — dijo. — Pero más arriba...

— ¡Será peor!—interrumpí restregándome un brazo medio descuajaringado.

—Probablemente... ¡Hace ya tanto tiempo!...

El doctor Pinchetti observó que ya era cerca de las diez, y que para llegar á la hora del almuerzo... No gustaba mucho de aquella marcha, que era como andar con grillos.

—¡Oh! hay tiempo—dijo Morgan.—Estamos muy cerca.

Nos pusimos á andar, pero sin prisa ni entusiasmo. ¡Oh! ¡aquel suelo! La turba inconsistente, los musgos esponjosos que ceden como elásticos á la menor presión, el agua que lo satura todo, los troncos caídos y enjabonados, las ramas entrelazadas, las espinas, la yerba, ¡ah!... ¡Cuánta razón tenía Bove al decir que los musgos lo acobardaban y que, andando por la isla, recordaba las llanuras siberianas, donde el cuerpo se hunde en la nieve hasta la cintura y donde los más robustos se fati-

gan á los pocos pasos!... Pinchetti y yo sudábamos la gota gorda...

Pero la fatiga no nos impedía contemplar el paisaje mudo y sombrío, de una tristeza honda y amarga desde que el día se había nublado y las nubes bajaban hasta la copa de los árboles. Si en los paisajes lunares hubiera árboles, serían así... Sólo el rumor vago del viento y el redoble de la lluvia que comenzaba á caer sobre las hojas; ni un grito, ni un canto de pájaro, sino el murmurar del agua corriente, como una oración continua, balbuceada sin cesar con el mismo ritmo, con las mismas notas. Aquí y allá árboles muertos ó moribundos, vencidos en la lucha por la existencia, sin desarrollo, casi secos éstos, crujientes bajo la mano, podrido el corazón y en pie todavía aquéllos, que fueron robustos y que otros más poderosos han anonadado al fin, robándoles los jugos de la tierra...

Media hora después hicimos alto sin haber llegado «á ninguna parte.»

—¿Falta mucho todavía?

—¡Oh, no! casi nada; ya hemos andado más de la mitad...

—¡*Más* de la mitad!... Lo que quiere decir que falta... *casi* la mitad! No, volvamos, señor contramaestre, no sea que lleguemos después del almuerzo... como dice el doctor.

Y no vimos el lago, cuyas aguas tranquilas no han de haberse enturbiado por eso...

Otro día, poco después de diana y mientras yo dormía tranquilamente, aprovechando como de costumbre la bonanza entre dos borrascas, Demartini salió en bote excursionando fuera de San Juan para reconocer la costa nordeste de la isla.

En ese lado está la roquería de Pingüines, la roca

del Castillo, y el islote en que, desde tiempo inmemorial, anidan los shags. Un poco más lejos avanza hacia el norte el cabo Saint John, extremo de la isla. Según me dijo á la vuelta, había visitado una gran ensenada todavía sin nombre, seguro fondeadero, rodeado de altas rocas, con algunas playitas accesibles, al abrigo de los fuertes vientos dominantes. La ensenada en cuestión está junto á la punta que termina al este de la bahía de San Juan, y es una de las mayores bellezas naturales de aquellos contornos, que las tienen en tan crecido número. El amable subprefecto terminó su entusiasta relato, diciéndome:

—Todos los que visitamos la ensenada, hemos convenido en darle el nombre de *La Nación*, á la costa á pico que forma uno de sus lados, lisa como un muro, llamarla paredón Piquet, y á la punta que avanza entre la ensenada y esta bahía, bautizarla con su apellido...

Agradecí—¿cómo no agradecer?—la galantería y el exceso de honor—por lo menos en cuanto á mí toca—y demás está decir que hice todas las objeciones imaginables, muchas de ellas justísimas y decisivas, como la de que demasiado se ha bautizado cada rincón de Tierra del Fuego y de la isla, llegándose á una nomenclatura verdaderamente anárquica, con que nadie se entiende. Hubo que renunciar, pues, al proyecto, aunque sólo en parte: la ensenada comenzó á llamarse «de *La Nación*,» nombre que sancionará ó no sancionará la costumbre—ley en tales casos—¡vaya usted á saberlo!

Pero interesado por las descripciones del capitán Demartini, le pedí que me llevara á conocer el sitio, y pocos días después salíamos—almuerzo hecho—con un tiempo excelente, sobrevenido á raíz de una

especie de diluvio y mientras se preparaba otro á los rayos evaporadores del sol.

Bajaba la marea, bogaban con brío los remeros, de modo que en poco rato nos encontramos fuera de la bahía, doblamos la punta y pusimos la proa á la ensenada. El mar estaba como una balsa de aceite y en su superficie pululaban los cormoranes, los patos, las gaviotas, los gaviotines, mientras que sobre nuestras cabezas revoloteaban albatros, «darups», golondrinas de mar, palomas del cabo pintadas como mariposas... Aquel era un día verdadero de fiesta, un día «de transporte,» como se dice en San Juan, con el sol jubiloso, la alegría de las aves, la reverberación del mar como un espejo ustorio...

Allá lejos, detrás, se veía la rompiente espumosa del cabo Fourneaux; al norte, á nuestra izquierda, el horizonte curvo é inmenso del Océano, que parecía ir levantándose suavemente, dejándonos en su parte más baja...

Llegamos á la ensenada; era pomposa; un derroche de arquitectura titánica; grandes cavernas como templos, rocas enormes, partidas de arriba abajo por la fuerza de los hielos, presentando grietas negras y profundas, cuevas visitadas por las focas, minaretes árabes, cúpulas bizantinas, menhires, altares druídicos, graves monumentos aztecas... en fin, cuanto puede ver una buena voluntad ayudada por un poco de imaginación, porque en esto, como con la etimología, se prueba lo que se quiere...

—¡Avante!

Salimos de la ensenada y nos corrimos más al este, hasta la roquería de Pingüines, frente á la cual llegamos poco rato después, aunque «Burro y

medio» que hacía cimbrar el remo, hubiera prometido seriamente no troncharlo.

Los pájaros-niños, muy solemnes, estaban, como siempre, en filas superpuestas, ocupando todo lo alto y lo ancho de la roca. Se movían lentamente, con andar torpe, siguiéndose unos á otros como en una procesión. Tiramos algunos tiros con un éxito inesperado, porque cada vez despeñábanse varios pingüines, que rebotando en las asperezas, iban á quedar detenidos en cualquier roca saliente, á la que se precipitaban los caranchos, vecinos empecinados y crueles de las roquerías, á las que—en pago de sus frecuentes matanzas de pichones—limpian de cadáveres impidiendo las epidemias.

Nos dió lástima asesinar así á los pobres pingüines, sin más resultado que dar de comer á los darups, y nos alejamos de su campamento de cincuenta pisos.

En la subprefectura de San Juan ha habido en estado doméstico un pingüín tomado casi al nacer y que los marineros llamaban *El Vasco*; paseaba tambaleándose grotescamente, y como sumido en hondas y trascendentales meditaciones, y fué bondadoso compañero de gansos y gallinas hasta que murió. Se ha tratado de traer ejemplares á Buenos Aires, pero sin conseguirlo, que yo sepa. La nostalgia, la añoranza de su isla misteriosa, los devora en pocos días, y mueren de calor como se muere de frío.

No lejos de sus abruptas rocas, que no sin acierto han llamado del Castillo los marineros de San Juan, blanquea el guano del islote de los shags, hacia el cual nos dirigimos navegando cerca de la costa, caprichosa y abrupta.

—¡Un lobo! ¡un lobo!

En efecto, sobre una piedra alta, bastante alejada del agua, un lobo, tendido al sol, levantaba su torso para mirarnos.

Apunté rápidamente, hice un tiro, luego otro con el winchester, y el animal desapareció rodando...

¿Había caído ó se había tirado?... La duda entre ambos extremos era permitida.

Sin embargo, mis compañeros convinieron en que el anfibio estaba herido.

—No se tiran así cuando no se les ha tocado—insinuó uno.

—Yo lo he visto retorcerse al sentir la bala—afirmó otro.

—Son duros para morir, y el winchester no vale lo que el rémington, para cazarlos—agregó un tercero.—Si no se le da en la cabeza, es inútil.

Demartini dispuso que se viera dónde estaba el cuerpo de la foca para ponerlo fuera del alcance de la marea é ir á tomarlo con toda precisión al día siguiente, y gobernó buscando dónde desembarcar. Esto, fácil en teoría, era arduo en la práctica, pues á cualquier parte que se dirigieran los ojos se veían las crestas irritadas y espumosas de la rompiente. Por fin se eligió una roca plana que en violento declive descendía hacia el mar, á espaldas del sitio en que había caído el lobo. El marinero Vassallo que hacía de proel—joven robusto y ágil como un gato—aprovechando el instante fugitivo en que la proa del bote estuvo á la altura de la piedra, llevado por la ola, dió un salto y fué á caer sobre la roca cubierta de jabonoso cachiyuyo. No resbaló, á pesar de no haberse quitado las gruesas y pesadas botas, y trepó desapareciendo en breve tras de otras piedras.

—¡Cía! ¡cía!

La embarcación, merced á un violento impulso de los remeros, que bogaban hacia atrás, se alejó de la piedra, donde podía haberse estrellado. Aguardamos largo rato, dando algunas bogadas para resistir á la corriente que nos llevaba sobre la costa. Comenzaba á preocuparnos la tardanza de Vassallo, á quien podría haberle ocurrido algún percance, cuando apareció en lo alto de las piedras.

—¿Y el lobo?—le preguntamos á voces.

—¡No está!—nos contestó de la misma manera.

Se maniobró para atracar á la erizada costa, y el ágil marinero saltó al bote.

El se explicó entonces:

—No encontré el lobo, pero vi un reguero de sangre que llegaba hasta la orilla de una piedra... Bajé hasta la misma costa, pero el animal no estaba.

—¡Es raro! ¿Buscaste bien?—preguntó Demartini.

—Sí, señor, por todos los rincones.

Yo callé. A pesar de lo del reguero, no las tenía todas conmigo. Seguramente la puntería no había sido buena, pero Vassallo querría no herir mi amor propio, para lo cual habría inventado la sangre aquélla... Aunque muy aficionado á la caza, donde no suelo errar es en el plato...

Hubiéramos seguido nuestra excursión por lo menos hasta el islote de los shags, y al cabo San Juan, si hubiera tiempo suficiente, pero comenzó á levantarse mar corta é incómoda con viento fresco del oeste que iba á dificultar el regreso: era prudente pensar en volver, y pusimos proa hacia la bahía.

No anduvimos mucho sin tropiezo; de pronto, desde una alta cortadura, bajó una racha silbando como un latigazo, empezó el baile de las nubes, y segundos después nos envolvía una borrasca de lluvia, mientras el mar hacía danzar el bote que era un contento. Llegamos, sin embargo, fácilmente á la subprefectura, á tiempo que la tormenta tomaba mayor intensidad, empapados pero satisfechos, por las horas plácidas que habíamos pasado, y riéndonos de la presunta muerte del lobo.

Y á propósito de lobos: también hubo dos en San Juan, tomados pequeñitos como el pingüin. Pero los animales, arrancados á sus costumbres, se negaron á comer, y hubo por fin que echarlos al agua, en la que desaparecieron como si hubieran estado en ella toda la vida. Otro, ya adulto, que se tomó también, protestó del mismo modo pasivo contra sus opresores, y para no verlo morir se le devolvió la libertad.

Los días pasaban en estas excursiones, alternadas para mí con trabajos de escritorio, visitas al faro, paseos hasta el campo de tiro, donde se ejercitaban los soldados del piquete de infantería, con bastante resultado, á decir verdad.

El blanco, á 300 metros, parecía mucho más lejano por lo nebuloso de la atmósfera, pero los soldados hacían numerosos impactos en cada sesión, y se perfeccionaban poco á poco, aunque los cinco tiros de cada serie no basten para afirmar bien el pulso.

Y siempre, cualquiera de estos paseos, por corto que fuera, tenía que hacerse entre dos borrascas, la que acababa de salir de escena y la que se preparaba entre bastidores, en la *frábica*, como decía

un ex-subprefecto, aludiendo á los cerros que rodean á San Juan.

El mismo distinguido funcionario llamaba *ráchagas* á las rachas, y de vez en cuando solía equivocarse al poner su nombre...

XVIII

Un poco de climatología.

¡El clima de la Isla de los Estados! Según la creencia general, es algo verdaderamente insoportable, y no deja de haber razón para ello, como acaba de verse. La lluvia, el viento, la humedad, el granizo, la nieve... Semejantes elementos, en acción continua, disputándose unos á otros la palma, ó trabajando en colaboración, hacen las combinaciones más incómodas y extraordinarias que imaginarse pueda. Muchas veces en la isla me creí estar en plena realización de esas láminas que en algunos tratados de meteorología representan objetiva y arbitrariamente la «formación de la atmósfera,» sólo que faltaban los relámpagos. ¡Qué laboratorio químico! No andaba descaminado el subprefecto de la «frábica,» al llamarlo así.

Pero esta es una cosa, y la que se cree vulgarmente es otra. Pensar en la Isla de los Estados y verla cubierta de eternas nieves, rodeada de enormes y flotantes témpanos, congeladas sus bahías, sepultada la vegetación bajo una blanca y helada corteza, todo es uno. Las tierras de Graham no son menos hospitalarias en el concepto popular, y en la isla sólo pueden habitar los esquimales bebe-

dores de aceite de foca, comedores de pescado crudo con velas de sebo para postre, refugiados en humosas colmenas de hielo...

Una mirada al mapa bastaría para desvanecer el error, como que la isla está algo más al norte que la misma Ushuaia, donde no hace gran frío, sin embargo. Pero como se va poco á la Isla, la preocupación y el falso concepto subsisten.

El clima está muy lejos de ser glacial, la temperatura es bien soportable, no hay nieves eternas, ni témpanos, ni se hiela el mar, salvo en algún rinconcito muy tranquilo y muy pequeño, en bahías sin oleaje.

Personas que han vivido allí quince años, como el contramaestre Morgan, por ejemplo, me aseguran que jamás vieron descender el termómetro á más de seis grados y medio bajo cero. Aun en los meses más rigurosos del invierno, la temperatura media se mantiene sobre el cero, y es muy soportable.

Los patines son perfectamente inútiles, pues si las lagunas y aun los simples charcos llegan á congelarse, la capa de hielo que los cubre no es nunca lo bastante gruesa para soportar el peso de un hombre.

Verdad que el mar es bravo en torno de la isla, que el *tide-rip*, esos remolinos inesperados y fatales, acechan á los navegantes, que las rachas están siempre prontas á caer como fieras sobre las embarcaciones descuidadas. Pero no hay duda de que se exageran mucho los peligros, pues los loberos frecuentan—demasiado quizás,—sus costas hervorosas, y los botes abiertos de la subprefectura, que ni siquiera tiene un cúter, hacen hasta treinta y más millas para socorrer buques náufragos, ó en

procura de provisiones, cuando los transportes no llevan á la isla todo el indispensable racionamiento, como ocurre á menudo...

El viento corre continuamente con una velocidad de 25 kilómetros por hora, cuando está casi tranquilo... En sus días de asueto, llega á ser vertiginoso, y el anemómetro gira con tal rapidez, que parece un disco transparente... La velocidad máxima observada ha sido de 165 kilómetros por hora, y esto con bastante frecuencia. Allí sí que resultaría exagerado el viejo chascarrillo.

—¿Quid levis plumœ?

—Pulvis.

—¿Quid pulvere?

—Ventus.

—¿Quid ventus?

—Mulier.

—¿Quid Mulier?

—Nihil. (1)

Y la variante de Francisco I, introducida en *Rigoletto*.

Algunas cifras fijarán mejor las ideas respecto de la temperatura media anual de la Isla de los Estados. Para facilitar su interpretación, se comparan aquí con las de otros puntos: Buenos Aires, Bahía Blanca y Ushuaia:

	Media	*Máxima*	*Mínima*
Buenos Aires.	17.23	38.80	— 2.00
Bahía Blanca.	15.24	41.00	— 5.00
Ushuaia.	6.30	27.00	—10.50
San Juan del Salvamento. .	6.26	25.25	— 6.50

(1) ¿Qué es más ligero que la pluma?—El polvo.—¿Que el polvo?—El viento.—¿Que el viento?—La mujer.—¿Que la mujer?—¡Nada!

Como se ve, la temperatura media de San Juan del Salvamento es casi igual á la de Ushuaia, observándose que la máxima es más baja y la mínima más alta, lo que demuestra que la temperatura es menos variable. Es menos fría también. Si en San Juan no se pasó nunca de 6,5 grados bajo cero, en Ushuaia, y en mayo de 1886, el termómetro ascendió á 12,5 grados, ó sea seis grados menos.

La temperatura media mensual en los mismos puntos es la siguiente:

	PRIMAVERA			VERANO			INVIERNO			OTOÑO		
	Setbre.	*Octubre*	*Nobre.*	*Dicbre.*	*Enero.*	*Febr.*	*Marzo*	*Abril*	*Mayo*	*Junio*	*Julio*	*Agosto*
Buenos Aires...	13,86	16,86	20,24	22,75	24,22	23,46	21,29	17,09	13,63	11,33	10,03	12,00
Bahia Blanca...	12,04	14,88	18,49	21,27	23,15	22,07	19,36	14,96	11,23	8,10	7,93	9,38
Ushuaia.........	4,04	5,00	9,20	9,50	11,80	9,90	7,90	6,30	3,70	1,00	0,20	0,80
S. Juan del Sal.	4,80	6,86	7,36	8,38	9,61	10,75	8,35	5,63	4,62	2,22	3,23	3,29

Resulta en este último cuadro la uniformidad sorprendente de la temperatura de la isla, uniformidad tal que no se la observa semejante casi en país alguno del mundo. La media mensual más alta es sólo de 10,75 grados, y la más baja de 2,22 grados: la diferencia es de 8,53 grados. En cambio, la media mensual más alta de Buenos Aires es de 24,22 grados, y la más baja de 10,30, ó sea casi 14 grados, y la diferencia en Bahía Blanca alcanza á más de 15 grados.

Pero si la temperatura es uniforme, no sucede lo mismo con la humedad, que es muy variable por lo montañoso del suelo y los frecuentes vientos. A menudo se llega casi hasta la saturación:

HUMEDAD RELATIVA

	Media	*Máxima*	*Mínima*
Buenos Aires.	74.2	—	—
Bahía Blanca.	63.5	—	—
San Juan del Salvamento. .	82.1	98	47

La cantidad de lluvia que cae en la isla es sorprendente, y pasaría los límites de lo creíble, si no se tratara de un laboratorio en perpetua actividad. ¡En un solo año han caído 3400 milímetros de lluvia, lo bastante para hacer creer en un nuevo diluvio universal! En el mes de agosto de 1896 cayó casi medio metro: ¡415,9 milímetros! Y siempre la lluvia cae con análoga abundancia, aunque algunos años disminuya bastante.

LLUVIA MEDIA ANUAL

Buenos Aires.	865.6	milímetros.
Bahía Blanca	489.0	«
Ushuaia	511.6	«
San Juan del Salvamento. .	2905.6	«

En cuanto á la presión barométrica, he aquí los cuadros correspondientes á los mismos cuatro puntos:

PRESIÓN ATMOSFÉRICA MEDIA ANUAL

	Media	*Máxima*	*Mínima*
Buenos Aires.	760.79	780.00	742.00
Bahía Blanca.	759.02	782.00	730.00
Ushuaia.	740.94	771.10	708.32
San Juan del Salvamento. .	749.44	772.15	714.20

Estoy lejos de aconsejar que se tome á San Juan del Salvamento como lugar de veraneo, mientras no se concluya el enorme trabajo meteorológico á que está entregada la isla. Sus condiciones climatéricas tienden á modificarse, y sólo será cuestión de unos cuantos siglos para encontrarlas más benignas y agradables. Entonces podrán pasarse allí los días de la canícula, sin tener que encerrarse en las habitaciones por las rachas y la lluvia.

Las rachas, sobre todo, que son tan incómodas, y hasta malignas, cuando bajan como el rayo de los altos barrancos, y corriendo vertiginosas por la superficie del mar levantan densas polvaredas de agua, que se alzan á veces como columnas salomónicas, girando sobre sí mismas, cuando se encuentran dos vientos opuestos.

No puede concebirse la instantaneidad y la fuerza de esas rachas, que á menudo golpean contra los edificios, los árboles ó las rocas, como si fueran un cuerpo sólido, como si les dieran *un empujón*, y que harían volar techos y construcciones, si desde un principio no se hubiese tenido en cuenta su violencia. Doblan los árboles, contribuyen al despeñamiento de las rocas que se desprenden, y arrebatan

cuanto opone á su paso una resistencia susceptible de ser vencida.

El suelo húmedo y caliente de la isla, en que las materias orgánicas están en continua descomposición, el aire húmedo y frío, producen las densas nieblas que casi de continuo lo envuelven todo. De esas nieblas puede darse cuenta el lector recordando la densísima que se observó este año en Buenos Aires, y que dificultó el tránsito en las calles. Son como las de Londres, espesas y tenaces, y tienen pronunciado olor á turba.

Las nubes bajan casi hasta el nivel del mar, y flotan en la cumbre de colinas poco elevadas. Las que traen el granizo, negras y pesadas, avanzan lentas como un toldo colosal que fuera á ocultar para siempre la luz del sol; las de lluvia son más ligeras, más tenues, pasan con vuelo rápido, y se asoman al Océano para volver atrás, como atraídas por irresistible fuerza hacia los picos de la isla.

Cosa extraña: sólo muy de tarde en tarde—tanto que muchos podrían negar la existencia del fenómeno,—suelen oirse truenos en la Isla de los Estados. No se ven tampoco relámpagos, y parecería que la electricidad no funcionara allí. Por el contrario debe estar en perpetua actividad, descargándose á medida que se acumula, lo que explicaría la ausencia de grandes manifestaciones. La tierra y las nubes, en continuo contacto, neutralizarán probablemente su flúido en todo momento, sin dar lugar á la formación de chispas apreciables y, por consiguiente, de relámpagos y truenos.

Sea como sea, el hecho de que el rayo se observe sólo como una extraordinaria excepción, es indis-

cutible, puesto que lo atestiguan hasta los más viejos habitantes de la isla.

En cuanto á auroras australes, sólo he recogido una vaga referencia del contramaestre Morgan, quien me dice que se ven allí, efectivamente, pero no en la forma que en el hemisferio boreal; la luz, según él, afecta la forma de lágrimas que salpican el cielo obscuro. Para apreciar mejor este fenómeno, habrá sin duda que descender más hacia el sur. Sin embargo, no hay que poner en duda su existencia, á juzgar por lo que afirma uno de los más reputados astrónomos franceses:

«Hay auroras boreales que se extienden sobre un espacio inmenso. La de 3 de febrero de 1859, fué visible desde Nueva York hasta Siberia y á *ambos lados de la tierra*, tanto en el otro como en nuestro hemisferio—¡en el Cabo de Buena Esperanza, en Australia, en el Salvador, en Filadelfia, en Edimburgo! Entonces se comprobó por primera vez *de visu*, la teoría de que las auroras boreales y australes se producen al propio tiempo en ambos hemisferios, bajo la influencia de la misma corriente. Los extremos del globo están en relación íntima entre sí, por medio del flúido que circula incesantemente en los aires y en el suelo. En ciertos momentos solemnes, la intensidad del magnetismo aumenta, y parece reanimar la vida del planeta.»

Yo no las he visto, pues no se presentaron durante mi permanencia en la isla, y lo siento, pues deben ofrecer uno de los espectáculos más sugestivos y curiosos para los que, como los habitantes de las márgenes del Plata, están privados de esos esplendores de la Naturaleza...

A propósito de un fenómeno curioso, recuerdo otro que vieron Américo Vespucio en 1501 y Sar-

miento en 1580: un arco iris blanco en el trópico de Capricornio, de noche, en contraposición á la luna que iba á ponerse. Este fenómeno se ha colocado entre los *anthelios*, pero el que me fué dado observar á mí no ha sido descripto aún, si no me equivoco.

Trátase de dos arcos iris completos, unidos por una de sus bases, afectando la forma de una m echada. Sorprendente espectáculo que me llamó fuertemente la atención y que dió ancho campo á las conjeturas. Lo vi sólo una vez, y no me fué posible cerciorarme de su causa, que no me explico sino suponiendo que el arco iris real—si así puede llamarse,—se reflejaba en una segunda cortina de vapores que formaba ángulo con aquella en que se descomponía la luz. Los colores de ambos arcos no estaban invertidos, como suele suceder en los concéntricos dobles ó múltiples. Puede tratarse también de la bifurcación de los rayos solares por la interposición de algún pico, roca ó piedra; pero entonces los arcos estarían seguramente separados...

Los versados en meteorología lo decidirán.

Con estos elementos, las tormentas de la isla son imponentes y magníficas, aunque no las acompañen el rayo y el trueno con golpes de bombo, redobles de timbal y fragor de platillos. El mar azota las costas con violencia tal, que sus espumas llegan al camino del acantilado de Punta Laserre, á cuarenta metros del nivel ordinario de las aguas. Sopla el viento furioso. El cielo se obscurece. Las delgadas saetas de la lluvia caen como recién salidas del arco tendido. Ruedan los cantos. Los árboles agitan sus ramas como en desesperada defensa. Y sobre todo esto la voz del mar domina,

ronca y formidable, y las olas acuden en loca carrera desde el confín del horizonte,

Ou sont-ils les marins sombrés dans les nuits noires?
O flots, que vous savez de lugubres histoires!
Flots profonds, redoutés des mères à genoux!
Vous vous les racontez en montant les marés,
Et c'est ce qui vous fait ces voix désespérées
Que vous avez le soir quand vous venez vers nous!

Otro espectáculo siempre admirable es el que ofrece una nevada, una de esas blancas nevadas que todo lo visten con traje de novia, y cuelgan de los árboles guirnaldas de azahares. Los copos co mienzan á revolotear como leve plumazón arrebatada al nido por la brisa; luego se hacen más y más espesos, hasta ocultar el borroso panorama, y caen sin ruido, depositándose en los techos, en el suelo pedregoso, en las rocas negras, más lúgubres aún con el sudario que deja ver á intervalos sus miembros sombríos. De noche, la luna despejada suele brillar sobre la superficie niveladora de la nieve, y todo toma entonces colores pálidos del clorosis, y la robusta vegetación, las piedras colosales, parecen anémicas que aguardan una lenta muerte por desfallecimiento... La alegría de la nieve es mortal tristeza para los que nacimos donde el sol de invierno calienta y reconforta bajo el cielo azul.

El clima tiene sobre el paisaje mayor influencia que la de favorecer la vegetación y pasear por los agrestes panoramas sus legiones de nubes. El ha contribuido, en efecto, á quebrar y tallar la roca, entregándose á una verdadera orgía de arquitectura. El agua, al congelarse, hace estallar las piedras pequeñas, y separa, disgrega las mayores con esfuerzo irresistible. El suelo se encuentra, pues, sembrado de fragmentos, junto á los cuales se yer-

guen inmensos bloques aislados, de las más variadas formas. Darwin ha estudiado este fenómeno bajo otro aspecto:

«He observado con frecuencia en Tierra del Fuego y en los Andes—dice,—que allí donde la roca se cubre de nieve durante gran parte del año, está resquebrajada de un modo extraordinario en gran número de pequeños fragmentos angulares. Scoresby ha observado el mismo hecho en Spitzberg. Paréceme difícil explicarlo; en efecto, la parte de la montaña protegida por un manto de nieve debe estar menos expuesta que cualquiera otra á grandes y frecuentes cambios de temperatura. He pensado á veces que la tierra y los fragmentos de piedra que se encuentran en la superficie, desaparecen quizá menos rápidamente bajo la acción de nieve que se funde poco á poco y se filtra en el suelo, que bajo la acción de la lluvia, y que, por consiguiente, la apariencia de una desintegración más rápida de las rocas bajo la nieve es absolutamente engañosa. Cualquiera que pueda ser la causa de esto, encuéntrase gran cantidad de piedra triturada en la Cordillera. A veces, en primavera, enormes masas de detritus resbalan á lo largo de las montañas, y cubriendo de nieve las que se hallan en los valles, forman así verdaderos ventisqueros naturales. Hemos pasado sobre uno de esos ventisqueros, situado mucho más bajo que el nivel de las nieves perpetuas.»

Este trabajo contribuye sin duda, no sólo á aumentar lo pintoresco de aquellas regiones, sino también—cosa más útil—á rellenar las infinitas cortaduras que dibujan las costas como un encaje, haciéndolas de enorme extensión, relativamente á la escasa superficie de la isla.

Labor de los siglos que tienden siempre á nivelarlo todo.

—

Peró por más inconvenientes que tenga el clima de la isla, tanto es el poder de la uniformidad de su temperatura, que—andando sin cesar en la humedad—en todo el mes de mi permanencia allí no tuve un solo resfrío; en cambio apenas llegué á Buenos Aires, la influenza tuvo á bien hacerme una visita larga y enojosa, que me hizo echar de menos las nieblas y las lluvias de San Juan del Salvamento.

—Y—se preguntará—aunque así sea, ¿para qué diablos puede servir ese peñón, tan azotado por los elementos que las bondades discutibles de su temperatura no disminuyen sus desventajas?

Sirve primero, para presidio, á lo que está dedicado, pero sin la amplitud de programa que podría tener; para estación de pesquería, que tendría mucha importancia si el privilegio exclusivo de la pesca no estuviera en manos de la sucesión Piedrabuena; para depósito de carbón, en mejores condiciones que Lapataia; para la producción de leña, carbón vegetal, postes y madera de construcción, que sus bosques ofrecen con abundancia; para establecer aserraderos y carpinterías de ribera, que podrían poner en actividad los mismos presidiarios; para un comercio bastante desarrollado, en fin, con los barcos que ahora pasan al largo, por la falta de buenos faros, y porque la isla apenas puede procurarles agua, y de ningún modo refrescar sus víveres.

No hay duda, pues, de que la isla tendrá su importancia en lo futuro, dada la situación en que se encuentra; en la actualidad—fuerza es decirlo—esa importancia es muy relativa.

XIX

Puerto Cook.

La lluvia y el viento nos hicieron retardar varios días una proyectada expedición á Puerto Cook; muchas veces, á punto de embarcarnos, el tiempo que prometía ser bonancible varió de pronto, agitando el mar y haciendo inútiles nuestros preparativos: salir en bote en esas condiciones y sin urgencia, era una indisculpable locura. Por fin, cierta mañana, aprovechando una calma, partimos de San Juan.

No se espere hallar aquí el relato de múltiples y peligrosas peripecias: no las hubo. Apenas las incomodidades que nunca faltan en una excursión cualquiera, y nada más.

Formábamos la comitiva: el alférez Lezica, nuestro jefe en la emergencia; el doctor Pinchetti, contentísimo ante la perspectiva de varios días de caza; el contramaestre Morgan, como práctico de aquellos mares y aquellas costas; yo, en mi calidad de periodista viajero que quiere y debe verlo todo; cinco de los mejores marineros de la subprefectura, hechos al remo, incapaces de fatiga; otro para servir de relevo en caso necesario, y un par de perros fueguinos. Dos marineros más habían sali-

do á pie el día anterior, y debían hallarse ya en Cook.

El subprefecto enviaba á sus comisionados para que le informaran acerca de las condiciones de aquel paraje, que según se afirmaba eran muy superiores á las escasísimas que reune San Juan del Salvamento en cuanto á habitabilidad. Se me permitió agregarme á ellos, como reporter sin función oficial.

Llevábamos pocos víveres, sólo los estrictamente necesarios: un capón sin las «achuras,» algo de arroz, café, azúcar, una bolsa de galleta, un poco de vino, una botella de caña... Nuestro cargamento se completaba con los fusiles para cazar, mantas y quillangos para abrigarnos, mi máquina fotográfica...

En la casilla de Eyroa hay de todo: platos, tazas, camas, conservas, cuanto se necesita...

Confiados en eso, no quisimos aumentar la impedimenta, que así y todo empachó bastante el bote.

La mar larga dificultó mucho nuestra marcha apenas salimos de la bahía, tanto más, cuanto que la calma hacía inútil la vela que, hasta con brisas suaves, presta alas al bote «negro,» embarcación que en San Juan es como el «petizo de los man daos» en las estancias, y anda eternamente de aquí para allá. Pero navegar á remo no era inconveniente de mayor cuantía, pues el trayecto hasta Cook es de pocas millas por mar, y de menos aún por tierra: unas dos horas de retraso, cuando mucho, con la marea á favor, como llevábamos.

Nos hicimos bastante al norte para evitar los remolinos del cabo Fourneaux, donde—como ya he dicho—las aguas se agitan y hierven hasta

cuando el Océano parece un inmenso lago. Desde lejos veíamos la cresta de las olas que iban á estrellarse contra las rocas negras de su base, y la espiral del *tide-rip* giraba aún á pocos cables de nosotros.

Luego, variando el rumbo, tomamos hacia el oeste, poniendo la proa en dirección á las islas de Año Nuevo, que sobresalían de la ondulada superficie del mar, como grandes olas inmóviles, verdes también, pero más claras.

En el segundo tercio del viaje comenzó á levantarse un poco de viento, pero soplaba arrachado, y no era posible izar la vela sin correr el riesgo de que el bote se nos pusiera de sombrero, á pesar de su estabilidad, grande en relación á sus dimensiones. Continuamos, pues, á remo, y los valientes marineros se encorvaban y enderezaban con movimientos rítmicos sobre ellos, sin prisa, ganando terreno á cada impulso, mientras Morgan gobernaba evitando el golpe de las olas que en series de á dos, de á tres levantaban y hundían sucesivamente la embarcación, ya ensanchando hasta lo inmenso nuestro campo visual, ya reduciéndolo á unos cuantos metros de radio, según nos alzábamos sobre la onda sin rompiente ó bajábamos á la concavidad profunda y verde que dejaban detrás.

—¡No pierdan bogada, muchachos!

—¡Cuidado á babor! ¡No ahoguen el remo!

Mecidos por la ondulación—no muy suave, sin embargo,—los pasajeros de popa, Lezica, Pinchetti y yo, conversábamos tranquilamente, interrogando á menudo al contramaestre Morgan, que se mantenía en cuclillas junto á la caña del timón, postura incómoda que no sé por qué adoptan casi todos los timoneles; sin duda para manejar la caña

desde arriba y con más fuerza. Llevábamos el fusil al alcance de la mano, prontos á hacer fuego apenas se nos presentara un tiro conveniente. Pinchetti, sobre todo, entusiasta devoto de San Huberto. Pero no gastamos pólvora; aunque con la mayor sangre fría fueran á desafiarnos gaviotas, palomas y otros avechuchos, que tuvieron á honor ponerse bien á nuestro alcance, los fusiles no funcionaron.

—¡Oh! ¡si tuviera cartuchos para mi escopeta!— exclamaba el doctor Pinchetti.

—¡Pues, sin duda alguna! Con munición patera hubiéramos dejado el tendal de pajarracos; pero las balas eran impotentes para detenerlos en los caprichosos círculos que trazaban sobre nuestra cabeza, ó al darse pediluvios en las olas altas, ó al volar en línea recta cual si fueran á posarse en el cañón de los fusiles. El bote, tomado de proa por la marejada y felizmente empujado por la marea, nos columpiaba sin descanso, y todavía no se han hecho ejercicios de tiro en columpio.

—¡Fuego, doctor, fuego!

Un magnífico albatros pasaba á diez metros, frente á Pinchetti, pero al mismo tiempo descendíamos con rapidez tal, que nos pareció que el mar faltaba bajo la quilla. Con ademán instintivo el doctor apuntó, pero inmediatamente bajó el arma, sonriendo de su propia precipitación. En cuanto á mí, no pude dominarme, é hice fuego sobre un carancho que fué á observarnos con demasiada curiosidad. Pero el ave no se dió por aludida, y continuó examinándonos como si tal cosa...

—Guardemos las balas hasta desembarcar.

—Es lo más prudente.

Y descorazonados, desarmamos los fusiles poniéndolos á nuestras espaldas, sobre el banco, y lo

sustituimos con la pipa bien cargada de tabaco negro. Agotada la provisión de tabaco *fumable* que lleváramos de Buenos Aires, el de cuerda, húmedo de *pichúa*, comenzaba á parecernos excelente, sobre todo cuando lo picaba en hebras delgadas como cabellos un marinero portugués del faro, toda una notabilidad en la materia. Pero en cualquier centro medianamente civilizado, el tabaco en cuestión sólo se utilizaría para ahuyentar importunos y matar mosquitos.

Gracias á los buenos puños y á la mejor voluntad de los remeros, pronto estuvimos á la altura del escollo que se encuentra al este de la entrada de Puerto Cook—donde ha tropezado algún buque de nuestra escuadra,—cuya rompiente se veía desde lejos como una mancha blanquecina é incierta en medio de los médanos verde-obscuros del mar.

Lo doblamos sin inconveniente, mirándolo aparecer y desaparecer al capricho de la marejada, y poco después poníamos proa al puerto, izando la vela para aprovechar un soplo favorable.

—Esto es como un paseo en el Tigre, doctor.

—Algo más agitado quizá.

Dejamos á nuestra izquierda el islote de base redonda que en la entrada semeja una torre puesta allí para custodiar el puerto, y comenzamos á navegar en aguas cada vez más tranquilas, muy transparentes, aclaradas por el sol y en cuya superficie hormigueaban las aves. Entre las hierbas y las piedras de la costa, aquí y allí resaltaba el puntito blanco de las avutardas.

El puerto es abrigadísimo, muy amplio y de lo más pintoresco que pueda verse en toda la isla. Bove lo reputaba el más seguro de todos. Las irregulares alturas que lo rodean no favorecen tanto

como las de San Juan la formación de las rachas, dejan pasar más luz, no estrechan los horizontes hasta la opresión, y sus playitas de arena ó de cantos rodados, sus costas riscosas, sus barrancos á pico, sus colinas y sus montañas cubiertas de árboles, sus saltos de agua, son eficaces elementos de su panorama. No hay duda, no: más plácido, más risueño que San Juan, presenta aspectos variados, menos violentos, menos diabólicos que aquel pozo abierto como una enorme herida de bordes ásperos y desagradables de cicatriz reciente.

Ibamos avanzando lentamente por sus aguas. La vela, apenas de tiempo en tiempo hinchada por una ráfaga, pendía luego lánguida, mustia, gualdrapeando como por fórmula, pronta á quedarse inmóvil, petrificada á lo largo del mástil. Hubo, pues, que volver al remo para ganar el fondo de Cook. A lo lejos pasaban haciendo espuma los patos á vapor, y algunas focas emergían del agua para sumergirse en seguida, como negras ondinas de aquel lago.

Media hora después desembarcábamos en una playa de cantos rodados, enjabonada por el cachiyuyo en descomposición, sembrada de aguas-vivas que dejó en seco la bajante y que, entre las piedras, parecían pedazos de cristal; algunos tenían en el interior flores curiosamente coloreadas.

En la línea de la playa comenzaba el matorral de altas hierbas, gramíneas, *tussac*, apio silvestre, dominado un poco más arriba por arbustos,—calafates, magnolias, que las hayas dominaban á su vez. No se veía senda alguna, y la vegetación parecía cerrarnos el paso.

Al desembarcar tuvimos que meternos en el agua hasta media pierna, aunque los marineros

hubieran varado el bote, arrastrándolo muchos metros. La playa es baja, y desciende con suave declive. Uno de los marineros se ofrecía á llevarnos sobre los hombros, *á babucha*, pero por mi parte renuncié; un desembarco por el estilo en Santa Cruz, había costado un baño á mi *portador* y en poco estuvo que también yo me zabullera en la onda amarga.

Morgan se quedó con dos hombres para hacer un arganeo y dejar el bote bien seguro; los demás excursionistas tomamos nuestros trebejos personales, mantas y fusiles, y parte de las provisiones comunes, y echamos á andar cuesta arriba, entre la yerba, que nos empapó los pies en un instante.

—¿Y la famosa casilla de Eyroa?—pregunté al alférez Lezica.—¿Dónde está?

—Allá, á la derecha, sobre Vancouver. Desde aquí no se alcanza á ver.

—¿Está muy lejos?

—No. A unos cuantos centenares de metros. No sé á punto fijo...

Todos anduvimos á la par durante un rato: pero el doctor Pinchetti y yo, embarazados con nuestra carga, complicada para mí con la máquina fotográfica que me golpeaba empecinadamente las espaldas, como avisándome de que sus últimos negativos no iban á servir nos rezagamos muy pronto, echando pestes contra el turbal en que se hundían los pies, y contra la presión atmosférica que hacía trabajar sin descanso los pulmones.

—No me parece que concluyéramos pronto si se nos encargara á ambos una exploración de toda la isla...

—¡Oh! seguramente...

—Sin contar con el perpetuo baño... Mire usted, ¡ya comienza á llover!...

A derecha é izquierda levantábanse dos macizos de montañas, separados por el llano, de quinientos á ochocientos metros de ancho—que desde ambas orillas, Vancouver y Cook, va elevándose poco á poco, para formar en el centro una especie de espinazo más alto que el resto del istmo. A primera vista parece que aquella estrecha faja de tierra se ha formado con el acarreo del mar y los derrumbamientos de las montañas que lentamente han cegado un canal antiguo: contribuye á fundar esta opinión, el hecho de que la playa norte del istmo sea de cantos rodados, mientras la sur, sobre Vancouver, es de arena fina, y también el que no se vean rocas desde la una á la otra orilla.

Encontramos algunas vigas empotradas paralelamente en la turba, como carriles, y que sin duda han servido para transportar embarcaciones de un puerto á otro.

—¡*Corpo!* Esto fatiga bastante.

—¡Y tanto!

—Sin embargo, no hemos caminado ni cien metros...

—Sigamos un poco, doctor. Por aquí hemos de encontrar algún punto que nos muestre al mismo tiempo las aguas de Cook y de Vancouver.

—Es muy posible.

—¡Oh, es seguro! Entonces... ¡á descansar! y en celebración del acontecimiento echaremos un taco.

—¿Cómo dice usted?

Digo que, como me han hecho depositario de la botella de licor, me parece justo que cobremos la comisión por adelantado.

La charla festiva ocultaba mal nuestro cansancio, pero cubiertos de sudor, y jadeantes, seguimos andando bajo la lluviecita pertinaz y maligna. No me había engañado: cerca de allí, en lo más alto del lomo del istmo, nos fué dado ver las aguas especulares de ambos puertos, que un caprichoso rayo del sol, alto aún, doró un instante con fugitivo resplandor. Nos sentamos á descansar sobre la yerba, que manaba agua. Un beso á la botella; un cigarrillo; luego un poco de contemplación silenciosa.

Habríamos andado unos trescientos metros para llegar hasta allí. Desde nuestros asientos veíamos allá abajo, á la derecha, una casilla de hierro galvanizado, delante de la cual, y de una hoguera recién encendida con leña húmeda, se levantaban espirales de humo denso, que subía lentamente á mezclarse con las nubes. Algunos de nuestros marineros iban y venían haciendo los preparativos de la instalación bajo las órdenes del alférez Lezica. Había que reunirse á ellos, so pena de pasar por poco activos, si no por algo peor.

Nos levantamos, dando un suspiro, y comenzamos á bajar; hicimos las de Blondín y pasamos las de Caín, atravesando sobre un tronco ensebado el arroyo de aguas amarillas que corre junto á la casa; pero después de eso tuvo término feliz nuestra odisea.

—¡Hola! ¡ya están aquí!—exclamó al vernos el alférez, no sin cierta ironía.—Creí que se quedaran ayudando á Morgan...

—¡Mire que es malo, alférez!

Entramos en la casa, que se compone de dos departamentos, á saber: una pieza cuadrada y una cocinita adyacente. Está construida con chapas de

hierro galvanizado, y forrada por dentro de madera, menos el techo; una puerta da luz al interior, otra más pequeña se abre sobre la cocina. Su mueblaje se limita á unas cuantas camas portátiles, casi completamente desvencijadas, un banco largo de madera, varios tablones, en el techo los remos de dos embarcaciones, y junto á las paredes, y esparcidas por el piso, negras bolsas de sal, húmedas como si hubieran estado á la intemperie. En la pared del fondo, frente á la puerta, un tablero contenía, en castellano, francés é inglés, la siguiente hospitalaria inscripción:

AVISO

SE RUEGA Á LOS SEÑORES NÁUFRAGOS Ú OTROS QUE USEN ESTA CASA, LA CUIDEN Y GASTEN SÓLO LOS VÍVERES NECESARIOS PARA SU SUSTENTO.

Buenos Aires, 1.° enero de 1896.

Antes la inscripción estaba perfectamente justificada por la existencia de víveres, y hablaba muy alto en pro de los sentimientos humanitarios de los dueños de la casilla, que así la ponían con sus enseres y bastimentos, á disposición de náufragos y visitantes; pero en aquellos días no había provisiones que malgastar, y el letrero era simple recuerdo de tiempos mejores.

—En la casilla de Eyroa hay de todo: platos, tazas, camas, conservas, cuanto se necesita...

Salvo las camas, en muy mal estado, la sal, y una provisión de balas de winchester, poco comestibles á decir verdad, nada de aquello había; ni tazas, ni platos, ni mucho menos conservas. Los loberos y otros merodeadores que han pasado por

allí dejando las huellas de Atila, han quitado á los propietarios las ganas de renovar provisiones y vajilla, como lo demuestra otra inscripción grabada en el zinc con un clavo ó un cuchillo y que comienza diciendo: «¡Ojo! Esta casa fué saqueada y robada...» No copio la acusación íntegra, pues bien pudo el que la hizo equivocarse al señalar á los presuntos autores del saqueo.

—¿Le extraña á usted, doctor? Pues lo extraordinario es que no se hayan llevado también la casa, ó se hayan calentado con ella, como han hecho los loberos con la que dejó la Romanchè...

Sin embargo, cosas así han de respetarse, porque son respetables, y cada individuo que visita la casilla y se apropia lo que contiene, debería ponerse en lugar de los náufragos que pueden un día llegar á ella buscando socorros, y encontrar frustrada su última esperanza...

Cerca de allí, fuera del alcance de las olas de Vancouver, estaban, con la quilla al aire, los dos botes de la pesquería. Porque debo advertir que de una pesquería se trata, y que la cantidad de sal de que antes he hablado no está allí inútilmente: es para la conservación de los cueros de foca que se cosechan al sur de la isla, y que sólo pueden beneficiar legalmente los herederos del comandante Piedrabuena, representados por el comandante Eyroa.

Vancouver no merece el nombre de puerto sino muy á la entrada, pues el resto está sembrado de restingas y escollos que pondrían en grave peligro á cualquier embarcación mediana que se aventurara entre ellos. En el fondo, junto á la casilla, forma un arco regular, bastante cerrado, que traza una playa de arena fina y amarillenta; una roca

situada á corta distancia de la costa, y cuya base se ve sobre la arena del fondo, tan cristalinas son las aguas, sirve de pedestal á algún carancho que, en actitud académica, descansa ó digiere. La vegetación crece al abrigo del viento, á ambos lados, y avanza sobre el mar, como para mirarse en él. Rocas desnudas y caprichosas se levantan un poco más lejos, y un promontorio, con aire de castillo, domina á la derecha la entrada de una caleta, determinando al propio tiempo el final del arco. Enfrente, una línea recta de restingas se corona de espuma. Allá, más lejos, al sur, una raya obscura separa el cielo del Océano ya sin límites hasta las tierras polares.

Entre Cook y Vancouver el istmo mide mucho menos de lo que generalmente se cree y de lo que indican todos los mapas de la isla. Una cuidadosa mensura hecha al día siguiente en nuestra presencia por el contramaestre Morgan, dió por resultado exacto 555 metros entre el nivel de las altas mareas.

La estrecha faja está, del uno al otro extremo, cubierta por una capa de turba, cuyo espesor varía entre 1,45 y 2,85 metros. Sobre ella crece abundante yerba, que daría alimento á buen número de animales.

En la falda de los cerros que limitan el istmo al este y al oeste, los fagus alzan su copa desmelenada, ó abren calle á los chorrillos que bajan saltando, para correr luego hacia el mar. Esos árboles son en general más desarrollados que los que crecen en las cercanías de San Juan del Salvamento, sobre todo los que forman los bosquecillos del sudoeste. Y á propósito del fagus, observé en el centro del istmo una particularidad bastante curiosa:

allí los vientos corren á su antojo y sin obstáculo, de sur á norte y de norte á sur, adquiriendo gran velocidad y, por consiguiente, fuerza; algunas semillas de fagus han germinado, sin embargo, y las plantas han comenzado á desarrollarse, plegándose al viento para no morir; luego fueron creciendo poco á poco, cuidándose de no estorbar, adaptándose al medio en que nacieron; y hoy por fin se presentan perfectamente horizontales, al ras del suelo, extendiendo sus ramas y su follaje verde, como una alfombra, convertidos en una nueva planta rastrera, de grueso tronco y leñosas guías...

Mientras hacíamos este ligero examen de la localidad, los preparativos de instalación quedaron terminados: se había barrido con escobas de yerbas, sacudido las destripadas camas sin más colchón que el elástico, y ensanchado un poco el espacio libre apilando las bolsas de sal esparcidas por el suelo. No hacía falta más ó, mejor dicho, nuestra escasa exigencia accidental se contentaba con aquello.

—¿Hay buenos hoteles en la Isla de los Estados? —preguntóme una persona hace pocos días.

—¡Ah! si viera usted el de Cook, donde en el mismo balde se hacía el puchero y el café...

La hoguera cuyo humo habíamos visto desde la lomita, no estaba tampoco desocupada. Un costillar y una paleta de capón, ensartados en un asador de haya, se doraban lentamente junto á ella, dejando caer gotas doradas de jugo, que chirriaban sobre la brasa. Un marinero, con la gravedad de un mago, bendecía el asado con un hisopo empapado en salmuera. Los demás en círculo alrededor, envueltos en nubes acres, seguían atentos la ceremonia. La carne se estiraba, se esponjaba, y la película color caramelo que iba cubriéndola, resque-

brajábase á veces, con ligero estallido, como para dejar ver el interior, blanco y apetitoso, y dar salida al suculento caldo. La envoltura del riñón parecía de oro, y reflejaba el claro llamear de la hoguera... ¿Que es vulgar un asado al asador? ¡Oh! En Cook es un espectáculo incomparable, lleno de interés y de emoción; y, mucho más cerca, en la campaña, no hay paisano que no siga con profunda atención sus diversas escenas, desde que se ensarta el trozo de carne hasta que se clava el asador en medio de la cocina, poniéndolo á disposición de los cuchillos.

Pero no asistimos á todo el desarrollo de la operación, porque la lluvia comenzó á apretar, y nos pareció conveniente refugiarnos en la casa, obscura ya como si hiciera noche.

—¿Con qué comeremos?—preguntó el doctor Pinchetti, no avezado todavía á las modas de donde no puede haberlas.

—Pues, con el cuchillo y los dedos...

—Pero ¿en qué se pondrá el asado sino hay platos?

—Lo tendremos en la mano...

No era necesario tal extremo: el banco largo, previamente raspado con los cuchillos, quedó listo para servir de mesa, fuente y plato al propio tiempo, y sobre él comimos la sabrosa carne, que no tardó en llegar, cubierta de dorada y crujiente cáscara. El café se hizo en el balde de *achicar* el bote, y fué servido en un plato hondo de lata cubierto de herrumbre, dos jarros que habían llevado marineros previsores, y las dos mitades de un envase de queso de bola.

Como no había sido posible colarlo, lo sorbimos por medio de unas pajitas, utensilio de la invención

de Morgan. Tomado el café, los cacharros pasaban á la segunda serie de comensales. Una vela de estearina alumbraba la escena con reflejos á la Rembrandt, y violentas sombras móviles por las ráfagas, que se paseaban sobre el revestimiento de madera de las paredes y parecían vivir con vida fantástica entre las negras pilas de bolsas, ó pegadas al techo en que redoblaba el viento y resbalando por él. Tratamos de encender fuego en una estufa de hierro, pero tuvimos que renunciar, pese al intenso frío, porque el humo, rechazado por el viento, volvía á la habitación y amenazaba asfixiarnos. Sacados los manteles... ó con más realismo, terminada la comida, nos arreglamos lo mejor posible para pasar la noche, unos en las camas, otros sobre los tablones, aislados así de la humedad del suelo y de las bolsas de sal; Morgan, que tuvo el acierto de llevar su coy, durmió colgado de los tirantes encima de nuestras cabezas. ¡Qué noche y cómo bendije al inventor del quillango, que—mejor que el recado del gaucho—sirve de abrigo y de colchón cuando se duerme, como sirve de capa y *water proof* cuando se viaja!

Picante estuvo el frío: sin embargo, y quizá por lo mismo, no madrugamos mucho, pero pronto se recuperó el tiempo perdido; hirvió el agua en el balde, el café llenó la habitación con sus vapores perfumados, salieron á relucir el plato, los jarros, las tapas pintadas de rojo del queso, y las pajitas auxiliares... Nos desayunamos alegremente, después de haber hecho nuestras abluciones á la orilla del mar, y luego cada cual se fué adonde mejor le plugo, unos á cazar, otros á buscar mariscos, otros á holgazanear un rato por los alrededores.

Recorrí lentamente las playas de Vancouver, de-

teniéndome de vez en cuando para admirar el silencio y la calma de aquella mañana excepcional, la soledad absoluta, el reposo mudo y como reconcentrado de la Naturaleza. Nunca he tenido mejor la sensación del desierto, ni aun en medio de la pampa, donde, sin embargo, se abarcan inmensas extensiones solitarias, en que ninguna aspereza del terreno puede ocultar á la vista un rancho, una persona, un potro alzado. Detrás de aquellas rocas, entre aquellos árboles, bajo aquellas malezas, podía haber hombres, quizá mis propios compañeros, que andaban cerca, á un paso, al alcance de mi voz; y sin embargo, parecíame estar solo, aislado del mundo, en un lugar extraño que no perteneciera á nada, que no tuviera relación con nada. Probablemente las rígidas é imponentes líneas de algunas partes del paisaje sugestionaban mi imaginación con ideas de desamparo y desconsuelo...

Volví hacia el norte, después de haber recogido algunos ejemplares de esponjas que la marea había arrojado á la orilla y que todavía huelen á iodo, como también musgos, líquenes y huesos de foca, especialmente uno muy curioso, que sólo tienen los machos, y que los loberos suelen usar como boquilla.

Las esponjas que recogí no son bastante fuertes ni compactas, están llenas de piedrecitas y caracolitos, y no parecen completamente formadas; cierto es también que el mar no arranca sino las que están insuficientemente adheridas al fondo.

Las aves debían haberse pasado aviso de nuestra llegada; el día antes, en efecto, abundaban hasta lo increíble, pero ya pudimos notar un movimiento emigratorio muy acentuado, y á medida que avanzábamos, veíamos que—las avutardas espe-

cialmente—volaban hacia el norte, como para salir de Cook. El hecho es que en toda la mañana no sonó un tiro, aunque fuéramos cinco ó seis los cazadores. Pero cuando, de vuelta en la casa, y sentado en una piedra, miraba á los marineros que preparaban el frugal almuerzo, la carrera de los perros, que salieron desalados, me llamó la atención. Pronto los oí, ya lejos, ladrar furiosamente, en son de ataque. Los marineros se pusierón en pie de un salto.

—¿Qué es eso?

—¡Una nutria! ¡una nutria!

Y tomando una pala y una carabina que cerca de ellos había, salieron á todo lo que les daban las piernás, en dirección á los perros, sin ocuparse del asado que podía arder y hacerse yesca si tal era su gusto. Estuve por quedarme á cuidarlo, vista la escasez de la carne, pero la curiosidad pudo más que la prudencia, y eché á correr tras ellos. Al propio tiempo, y como á un centro de atracción, corrían hacia el mismo punto y de varias direcciones los demás compañeros. Sonó un tiro, el primero de aquella mañana. Cuando llegué, la nutria se había refugiado en un hoyo que encontró á punto para escapar de los perros, que seguían ladrando desaforadamente. El tiro lo había disparado el de la carabina, pero mal dirigido por no dañar la piel de la nutria ni herir á los canes, que debían haber dado y recibido dentelladas á juzgar por las señales. El de la pala descubrió en un instante al animalejo, que trató de escapar otra vez, pero que, sujeto por los perros, fué muerto á golpes en la cabeza. Palpitante todavía, comenzaron á desollarlo... Yo veía las contracciones de los músculos que se crispaban al contacto del cuchillo, y profunda-

mente sublevado por el cruel espectáculo, me volví á la casa. Hice dos veces bien: además de no ver aquello, llegué á tiempo de evitar una carbonización inminente de todo nuestro almuerzo, ya en parte chamuscado y que tuve que raspar para devolverle su prístino aspecto. Nada cómoda aquella cocina al aire libre: el humo acre é irritante de la leña mojada, el piso como un charco, la lluvia inevitable (un día conté en San Juan dieciséis chubascos de lluvia, granizo y nieve) me hicieron desear bien pronto que fueran á relevarme. Llegaron por fin, y, listo el asado «partibus factis,» se almorzó con tanto apetito que el buen humor era silencioso.

Luego, mientras se hacía el café, cambiamos impresiones.

El doctor Pinchetti encontraba que Cook era muy superior á San Juan del Salvamento, desde el punto de vista sanitario. En efecto, aunque muy húmedo, el istmo lo es menos que el asiento actual de la subprefectura, y tiene más sol, más luz, elementos también necesarios á la vida.

—Hay que observar también—dijo otro — que desde aquí puede vigilarse mejor ambas costas ó frentes de la isla, si ustedes quieren; porque el istmo tiene, como si dijéramos, salida á dos calles.

—Los animales—agregó un tercero—se mueren en san Juan por falta de espacio y... de qué comer. Aquí hay mucho y muy buen pasto, y el istmo forma un amplio corral natural que puede acabar de cerrarse con unos pocos metros de alambrado.

—No falta agua.

—Sobra leña.

—Los árboles son más corpulentos, mejores para hacer vigas y tablas, y hasta embarcaciones.

—Hay pesca más abundante, mucho calamar, por la tranquilidad de las aguas, y pululan las aves silvestres.

—Eso no—observó el doctor Pinchetti.—Apenas se estableciera gente aquí, las aves se retirarían. Ya lo estamos viendo... Hoy no se ha cazado nada.

—Bien, pero las rachas son menos frecuentes y violentas, porque el viento no choca contra tantas paredes.

—El puerto es también mucho más abrigado y seguro. Los transportes no tendrían que irse á dos ó tres millas de la subprefectura, como lo hacen en San Juan, dificultando enormemente la descarga...

Y mil otras observaciones, surgidas sobre el terreno, y por las cuales quedaba demostrado plenamente que el sitio más adecuado para instalar la subprefectura y el presidio, era sin duda alguna Puerto Cook. Se ha proyectado su mudanza, que debe hacerse, en efecto, como debe erigirse un faro de primera clase en la isla del este de Año Nuevo.

—¿No sería bueno pensar en el regreso?—pregunté.

—Sí—apoyó Morgan;—la carne que queda es poca, y no tenemos otras provisiones. Comiéndola asada, se consume mucha.

—Saldremos esta tarde—resolvió el alférez Lezica.—¿No les parece?

Quedó determinada, pues, nuestra partida.

Un rato después cazamos otra nutria; nadaba en las aguas de Vancouver, cerca del islote, cuando la descubrimos: pronto alcanzó la playa y emprendió la fuga perseguida por los perros; un tiro certero le agujereó el cráneo y cayó muerta á poca distancia de nosotros. La piel fué á unirse con la de su compañera. Más feliz que por la mañana, el doctor en-

contró algunas avutardas, con las que volvió lleno de justa satisfacción.

— Tenemos mal viento—observó Morgan.—Si sigue soplando así, cuando llegue la hora de la marea favorable, el camino estará sembrado de *tide-rips*, y sería temeridad ponernos en viaje.

La marea comenzaba dos horas después. Me entretuve sacando algunas vistas fotográficas, que una mano tan indiscreta como mal inspirada había de inutilizarme después, abriendo la caja en que guardé las placas impresionadas... El aparato y las placas eran excelentes, como que procedían de la casa Lepage. El viento no cambió, y hubo que resolverse á comer en Cook.

—Quizá podamos salir esta noche—auguró el contramaestre, pero con aire dubitativo.

Hubo que renunciar al asado, por si se prolongaba la estadía, y se hizo puchero en el balde con el espinazo del capón y unos puñados de arroz por todo aderezo. La carne cocida tiene la enorme ventaja del caldo. El café se resintió bastante por algún resto de grasa.

Otra noche toledana, más fría que la anterior; afortunadamente, se pudo encender la estufa, y no tardamos en dormirnos, aunque ante nosotros se presentara la triste perspectiva de que bien podríamos tener que quedarnos varios días allí, ó emprender el regreso por tierra, cosa tan ardua, que uno de los marineros que acababa de hacer el trayecto, estaba derrengado, y había llegado á Cook á duras penas.

Pero á la mañana siguiente salimos, después del desayuno, y llevando cocido el resto de la carne, por lo que pudiera ocurrir.

El viento había cambiado, soplaba fresco del sur,

y todo anunciaba una excelente navegación. La vela se hinchó, redondeándose y haciendo inclinar el bote sobre un costado, lo llevó como una flecha. Hervía el agua en la proa, y tras de nosotros dejábamos una brillante estela. La marcha era vertiginosa, y en un momento salimos de Cook. Media hora había bastado para recorrer cerca de cuatro millas con la pequeña embarcación.

Avanzamos algo hacia el norte y luego pusimos proa al este en demanda de San Juan. Pero el agradable viaje comenzó á cambiar de aspecto; en lugar del viento continuo que hasta entonces nos había favorecido, soplaban repentinas rachas que obligaron á tomar rizos; luego fué preciso arriar la vela y apelar al remo.

—*¡Corpo!*—exclamaba el doctor Pinchetti.

Las rachas cada vez más frecuentes hacían danzar el bote, pero ayudado por la marea continuaba avanzando. Se resolvió variar de rumbo para ponernos al reparo de la alta costa, pues el viento y el mar nos tomaban de costado, haciéndonos embarcar un poco de agua. Así mejoró la situación y nos acercamos al cabo Fourneaux, imponente en aquel momento.

Entonces fué cuando volví á oir los mugidos que me habían llamado la atención á mi llegada en el Villarino, pero mucho más fuertes; pasábamos frente á la roquería, y en la piedra plana descansaba un centenar de focas de un pelo. Una que otra erguía el torso dominando á sus compañeras, y mirando fijamente el bote.

—¡Lástima que el mar esté tan malo!—exclamé.

—¿Por qué?—preguntó Lezica.

—Porque nos hubiéramos acercado para fotografiar la roquería...

—Lo han hecho los del Bélgica, que obtuvieron una placa magnífica, según dicen.

—No me consuela mucho el dato.

Descargamos un tiro sobre la roquería.

Un indescriptible alboroto se produjo entre las focas, que se irguieron, miraron un instante á todos lados buscando sus enemigos, y luego comenzaron á precipitarse al mar. Pero viendo sin duda que el ataque no se repetía, la fuga cesó, á tiempo que una roca iba á ocultarnos.

Poco después doblamos sin dificultad el cabo Fourneaux, enorme peñón negro, escueto, que parece un torreón destacado del castillo feudal de la isla; el faro de Punta Laserre se presentó entonces frente á nosotros.

—Ya estamos en casa, doctor.

—¡Oh! ¡me alegro mucho!

Pero hicimos mal en cantar victoria tan pronto.

El viento sur, que primero nos empujó de popa y luego nos tomó por estribor, soplaba allí de proa, oponiendo un obstáculo invencible á nuestra marcha. Ibamos ya empapados por las salpicaduras de las olas, que no habían cesado de azotarnos en el trayecto; pero allí entraban en el bote las olas mismas, barriéndolo de proa á popa, felizmente no con tanta fuerza que nos pusiera en peligro. Pronto estuvimos hechos sopa, inundados por el mar, calados por la lluvia. Y el viento del sur era frío, frío, y penetraba hasta la médula de los huesos, y nos transía, entumeciéndonos. El doctor Pinchetti se había envuelto hasta la cabeza en un poncho de caballería, y no podía ver, porque el agua le empapaba los anteojos. Lezica y yo mirábamos, cegados á cada momento por las salpicaduras.

El faro había anunciado nuestra llegada á la subprefectura izando una señal.

—¡Cía á babor! ¡Boga á estribor! ¡Avante todos!

Pero el bote no avanzaba un metro, y yo continuaba viendo la misma piedra del cabo durante minutos, largos como horas. No sé cuánto tiempo estuvimos así, sin adelantar ni retroceder, aunque los marineros hicieran esfuerzos que cubrían sus frentes de sudor.

Ya nadie hablaba; sólo Morgan, dando órdenes con voz breve. Estábamos materialmente transidos, envarados de frío.

Pero todo tiene fin, hasta los malos ratos, y venciendo la resistencia del viento y la marea, el bote avanzó, lentamente, como á despecho suyo, llegó á la altura del faro, pasó el canal, y se presentó á la vista de la subprefectura, cuando ya se arriaba otra embarcación para salir en su auxilio.

Nos costó trabajo trepar la escalera del muelle y la que conduce á las casas, donde se nos recibió con júbilo, porque nuestra tardanza comenzaba á inquietar. Un buen fuego nos aguardaba en las habitaciones respectivas, y con unas fricciones, ropa seca y un vaso de vino caliente, desapareció todo malestar... menos el de un formidable apetito, que casi llegaba á ser hambre mayor de edad.

Un rato después estábamos reunidos alrededor de una mesa bastante bien provista para la circunstancia, y Demartini nos interrogaba interesado en las peripecias de la excursión.

—Ahora falta que me lleven al Pengüin Rockery —dije al terminar.

—¡Oh, con mucho gusto!—contestó el subprefecto.

Pero otra cosa estaba escrita.

XX

De regreso.

Cuando menos lo esperábamos, apareció en San Juan el transporte 1.° de Mayo. Creíamos que tardaría algunas semanas más, y su arribo causó á todos agradable sorpresa. Había acortado el viaje, tomando directamente de Gallegos á la Isla de los Estados para llevar víveres á la subprefectura y el presidio; é hizo bien, pues los comestibles comenzaban á escasear y ya se había apelado á la carne salada para completar las raciones. Ancló en el fondo de la bahía, donde acudimos todos á saludar á los recién venidos; yo regresé en seguida para arreglar mi equipaje, y aquella misma tarde me embarqué.

Demás está decir cuán efusivamente agradecí á Demartini y á los empleados de la subprefectura y el faro las múltiples atenciones de que me hicieron objeto. El primero, sobre todo, había hecho lo posible para que mi estadía en la isla fuese agradable y útil, sin descuidar por eso sus quehaceres, que solían absolberlo de la mañana á la noche. Ambos objetos fueron cumplidamente llenados, pues conservaré gratísimos recuerdos de aquella extraña

villeggiatura, y la reorganización del presidio era ya plausible hecho cuando emprendí viaje de vuelta.

No los dejé sin pesar, tristemente convencido de lo poco que podría hacer por ellos, como también de que el destino condena á la Isla de los Estados á pasar abandonada muy largos años todavía... El olvido parece hecho para aquella tierra, en que trabajan, sin despertar el eco de un aplauso, hombres muy meritorios.

A la mañana siguiente partimos.

Por última vez vi las costas fantásticas de aquel peñón sombrío, cuyos perfiles tengo siempre presentes á mi vista, y me acerqué de nuevo á los maravillosos canales del Beagle. Pero no me detendré —aunque lo desearía—ante aquellas magnificencias. Urge dar término á este trabajo, ya demasiado largo.

La primer recalada de este viaje interminable—duró cuarenta y cinco días—fué en Bahía Aguirre, ya en Tierra del Fuego. En el trayecto había conocido á la oficialidad del transporte y á los pocos pasajeros que iban á bordo: el comandante Antonio Mathé, que ha hecho muchos viajes al sur; el segundo Wells, marino siempre risueño fuera de las horas de servicio; el teniente Padilla, que aunque mediterráneo—es cordobés—está en el agua como en su elemento; el doctor Rojo, médico accidental del 1.° de Mayo, amabilísimo compañero, gimnasta, cazador, pescador, remero, excursionista, tan dispuesto á prestar auxilio á los pacientes, que una noche se levantó á deshora para prescribir un medicamento al doctor Pastor y Montes, á quien lo desvelaba una muela...

Entre los pasajeros iban el ya nombrado doctor Pastor y Montes, juez letrado del Chubut, que re-

corría su jurisdicción—Santa Cruz y Tierra del Fuego,—inspeccionando los juzgados de paz, y su secretario, señor Sarmiento, á quien había conocido en Madryn, como uno de los afortunados catequizadores del doctor Brodrick. Pedíle noticias acerca del interesante médico inglés, y supe que se había conquistado una gran clientela y la atendía sin descansar ni de día ni de noche. Entre otras operaciones quirúrgicas practicadas con éxito, acababa de hacer la trepanación de un cráneo, auxiliado por su esposa, que demostró la más envidiable sangre fría.

Después de Bahía Aguirre nos detuvimos en Haberton, donde tuve oportunidad de conocer á mister Bridges, de quien he hablado ya tantas veces, y en el pequeño aserradero del señor Ravié, para cargar alguna madera.

En Ushuaia nos recibieron con mucho agasajo el secretario de la gobernación, señor Mariano Muñoz, y el jefe de Policía, señor Ramón L. Cortés.

Este último acababa de hacer una excursión al norte del territorio, y los indios lo habían herido de un flechazo, de que aún se resentía. A mi pedido me relató los hechos de la siguiente manera:

«A mi llegada á Río Grande, de vuelta de la Misión Salesiana, á principios de febrero, tuve noticia de que una partida de indios estaba cometiendo robos y haciendo destrozos en la Primera Argentina, estancia de don José Menéndez. Por los datos que se me dieron, supuse que estos indios eran los mismos que incendiaron la comisaría de Río Grande y un puesto del señor Menéndez.

»Hice entonces los preparativos necesarios para perseguirlos sin pérdida de momento, y salí por la

noche, pues sólo en la obscuridad es posible acercarse á los indios.

»Me acompañaban el comisario Atanasio Navarro, el mayordomo de la Segunda Argentina, don Alejandro Mac Lennan, que se había brindado para ello, el sargento Imperiale, dos gendarmes y dos indios onas.

»Estos me habían dado aviso de la invasión y se comprometieron á servirnos de guía indicándonos los parajes por donde entraban los indios á sacar la hacienda, los puntos por donde probablemente saldrían, y sus mismos campamentos.

»Llegamos al primer punto de observación á las cinco de la madrugada del 6 de febrero, y nos detuvimos á descansar.

»Poco después, Mac Lennan, que observaba el campo con su anteojo, divisó hacia el nordeste un arreo de ovejas, dirigido por ocho ó diez indios. Inmediamente di orden para que adelantáramos en su misma dirección, ocultándonos tras una cerradilla que teníamos enfrente. De ese modo evitaríamos que entrasen con la hacienda en un bosque cercano, donde sin duda alguna iban á escapar. La operación se hizo con felicidad; nos adelantamos á los indios sin ser sentidos y aguardamos la aproximación del arreo.

»Cuando estuvo á unos 200 metros de nosotros, di orden de avanzar, y cuando aparecimos fué tanta la sorpresa de los indios, que ni siquiera trataron de defenderse: echaron á correr abandonando algunos de ellos hasta los quillangos, y se precipitaron á todo escape hacia un bosquecito que se hallaba á cosa de dos mil metros.

»Los perseguimos sin hacer un solo disparo, pero sólo pudimos alcanzar á dos de ellos, á causa del

terreno, que no permitía galopar á los caballos.

»Como el grupo de árboles era muy pequeño, lo hice rodear completamente y mandé á uno de los indios prisioneros á intimar á sus compañeros que se rindieran y asegurarles que su vida no correria peligro.

»El que hacía de cacique contestó que no se entregaban y que lo que querían era pelear y matar cristianos.

»Por segunda y tercera vez hice repetir la orden, pero obteniendo siempre la misma respuesta.

»Entonces mandé que se hicieran algunos disparos al aire como señal de ataque. Los indios contestaron á esta salva disparándonos flechas con que hirieron al caballo del sargento. Sólo al ver esto, mandé que se hiciera fuego sobre los árboles, pues los indios no presentaban blanco alguno.

»Hice repetir, sin embargo, la intimación, y esa vez salió á entregarse con su arco el indio más joven, un muchacho de catorce ó quince años, quien declaró que los demás no querían hacerlo; en efecto, apenas nos acercábamos, llovían flechas sobre nosotros.

»Otra descarga que hicimos hirió gravemente al cacique Shule, que murió poco después; atemorizados por esto y por mi amenaza de pasarlos á todos á cuchillo, los indios consintieron en entregarse.

»Aquella primera jornada dió por resultado la muerte de Shule, la captura de seis indios de pelea con sus arcos y flechas y el rescate de 236 ovejas.

»Volvimos al campamento para asegurar á los prisioneros, dar alimento y descanso á los hom-

bres y animales, y preparar una nueva batida, atacando á los indios en su toldería general, de cuya situación tuvimos noticias por los presos.

»La tribu, á la que estaba agregado el indio Felipe y los que le acompañaron á incendiar la comisaría y el puesto de Menéndez, y en diversos robos de hacienda, estaba instalada como á unos 30 kilómetros hacia el sur, en la falda del cerro Hersch, que teníamos á la vista.

»Dispuse, pues, que saliéramos aquella misma noche en busca del paradero, guiados por uno de los indios prisioneros, y así lo hicimos. El indio se nos escapó cuando ya estábamos cerca; pero, sin embargo, á eso de las siete de la mañana sorprendimos la toldería en momentos en que los indios se preparaban á carnear unos bueyes robados á Menéndez. A tiempo llegamos, pues ya estaban levantados todos los toldos, y hechos los preparativos para mudar campamento; los indios que escaparon de la sorpresa del día anterior, habían dado indudablemente la voz de alarma.

»En este segundo ataque no tuvimos necesidad de disparar un solo tiro, pues los indios huyeron al bosque, donde era imposible toda persecución. Tomamos cuatro mujeres y dos criaturas solamente.

»Como habíamos dejado los caballos á diez cuadras de allí y estábamos extenuados, resolví que se quemaran los objetos que se encontraron en el campamento: arcos, flechas, pedazos de alambre, sin duda del alambrado de Menéndez, que utilizan para cazar tucu-tucus—y emprendimos en seguida la marcha.

»Una vez en el punto en que habíamos dejado los caballos, despaché á los gendarmes con las prisio-

neras y me quedé con Mac Lennan y el comisario Navarro, para seguir un poco más atrás. De improviso fuimos rudamente atacados por una partida de indios de flecha, que ocultándose en la espesura del bosque habían llegado á diez ó quince metros de nosotros, que desgraciadamente no teníamos preparadas las armas ni sospechábamos el ataque. Con gritería infernal nos lanzaron una verdadera lluvia de flechas, hiriéndonos á Mac Lennan y á mí, á Mac Lennan en la espina dorsal y á mí en el lado izquierdo del cuello.

»Probablemente los indios querían rescatar sus compañeras, que por una casualidad habían partido con los gendarmes y estaban ya fuera de su alcance.

»Los atacantes huyeron en cuanto pudimos tomar las armas, heridos y todo, y nosotros nos pusimos penosamente en marcha para regresar á las poblaciones y ponernos en cura.»

Las indias é indios presos, puestos á disposición del juez letrado, fueron embarcados con nosotros y el 1.° de Mayo los condujo hasta el Chubut, donde se quedaron llorando y suplicándonos que los lleváramos.

En el transporte hicieron campamento sobre cubierta, junto al puente, en el sitio más abrigado, pues hasta él subía el calor de las máquinas y la cocina. Tendieron unas lonas que sujetaron con cuerdas, y pronto su carpa improvisada presentó el extraño aspecto de un wigwam fueguino á bordo de un barco de vapor. Allí vivieron largos días entreteniéndose en conversar entre sí, en fumar, en labrar puntas de vidrio para flechas, que luego regalaban á los oficiales y pasajeros. El comandante Mathé hizo desde el primer momento que se diesen

un buen baño y que les cortaran las greñas, les dió algunas ropas, y de veras que no estaban mal y no eran antipáticos aquellos pobres indios que ya sin duda no volverán jamás á ver su Tierra del Fuego...

Saliendo de Ushuaia fuimos á cargar madera en Lapataia, donde fué á reunirsenos con la lanchita á vapor de la gobernación, el señor Mariano Muñoz que debía trasladarse á Punta Arenas.

Los canales volvieron á presentársenos en espectáculos extraordinarios de hermosura. Pero el trayecto por ellos fué interminable, pues había que fondear á cada paso. Las nieblas parecían haberse conjurado para no dejarnos avanzar, y todo lo obscurecían, todo lo borraban, sorbiendo el paisaje, ocultando hasta las mismas perillas de los palos.

Pero llegamos á Punta Arenas y pasamos á Gallegos, sin más incidente que la insoportable demora.

En Gallegos embarcáronse bastantes pasajeros, entre los cuales contábanse el señor Antonio G. Gil, miembro de una de las subcomisiones de límites, el señor Hauthal, que tan buenos é importantes servicios ha prestado en las recientes exploraciones de la Patagonia, y don Pedro Derbes, nuestro antiguo conocido del Chubut, que regresaba de un corto viaje. En Santa Cruz nos aguardaban dos compañeros del viaje de ida, el señor Terrero y el coronel Rosario Suárez, que habían dejado al doctor Moreno después de su feliz navegación del río Santa Cruz.

En Golfo Nuevo tocamos primero en Pirámides, cuyas costas á pico, amarillentas y abruptas son muy pintorescas. Cargamos sal de las salinas que existen en aquel sitio, y pasamos en seguida á Madryn, donde el 1.° de Mayo se llenó de gente.

Ya desde Gallegos había aumentado nuestro número con algunos estancieros, casi todos hijos del norte de Europa, hombres fuertes y decididos, de francas y toscas maneras, que ya están reclamando en Bred-Harte. Pero en Madryn—donde don Pedro Derbes nos obsequió con un excelente asado al asador los galenses invadieron materialmente el transporte, haciéndome recordar con terror los apretones del viaje de ida.

Salímos, pero para recalar en Crakres hasta el día siguiente, porque el mar estaba muy bravo.

Cuando, ya fuera de Golfo Nuevo, nos hacíamos la ilusión de haber llegado á Buenos Aires, aunque faltara trecho todavía, el mareo nos libró otra vez del exceso de pasajeros, dejándonos en relativa holgura.

Una noche, de la superficie del Océano surgió una luz que brillaba y se apagaba intermitente. Hacía horas que la esperaba sobre cubierta, y sin embargo al verla quedé como sorprendido: era el faro del Cabo San Antonio, cuyos centelleos parecíanme amistosos llamados...

La navegación continuó sin incidente alguno, y por fin tomamos rumbo directo á Buenos Aires.

XXI

Las últimas páginas.

...Buenos Aires se presentó á nuestra vista aquella mañana, envuelta en vapores luminosos, dorada por el sol, resplandeciente como una ciudad de pasión y de encanto. A lo lejos, las cortinas de árboles del suburbio se esfumaban con los últimos jirones de la niebla, y el inmenso panorama, de líneas violentas y colores vibrantes en primer término, iba amortiguándose progresivamente, hasta la indecisión final del horizonte. Sobre el gran río rodaban oleadas de luz enceguecedora, tornasolando las aguas turbias, de color neutro, con el reflejo de las nubes, y yendo á quebrarse en millares de chispas contra las fachadas churriguerescas y los techos sombríos, dominados aquí y allí por las torres, las cúpulas barnizadas y brillantes, las altas chimeneas empenachadas de humo.

Todos estábamos sobre cubierta cuando el 1.º de Mayo, surcando lentamente el río, entraba á media fuerza en el canal, señalado por gruesas boyas que la ola mece sin descanso. Hasta entonces la alegría y la algazara habían reinado á bordo: de los camarotes salieron muy de mañana hasta los más fasti-

diados por el mareo, que recobraban ánimo y estómago al saberse tan cerca del término del viaje; las conversaciones se hacían en voz alta, entrecortadas por risas, exclamaciones, llamamientos, rebosando el júbilo de proa á popa, y de la máquina al puente. Pero, desde que entramos en el canal ¡qué largos fueron aquellos minutos! ¡cómo parecía que no avanzábamos hacia el bosque de mástiles del puerto!... Una congoja nos oprimía el pecho; la animación, las risas habían cesado; hubiérase dicho que estábamos en la expectativa angustiosa de un peligro desconocido.

El mismo pensamiento, diversamente exteriorizado, embargaba á todos, nos inmovilizaba limitando nuestra actividad á los ojos ávidos de ver, á la imaginación que nos conducía á la dársena, luego á las calles sórdidas del barrio de San Telmo, después al ruidoso y palpitante corazón de la ciudad...

Aquel extraño silencio aumentaba aún la lentitud de los minutos, y la emoción enervante que lo producía era más fatigosa que el cansancio mismo del viaje. Pero, por fortuna, ya se veían distintamente los buques en la dársena, los depósitos de ladrillo rojo, las casuchas de madera pintadas de colores rabiosos, los remolcadores negros y chatos que iban y venían, nadando como inmensas tortugas...

Un rumor indeciso llegaba hasta nosotros, como la respiración de la ciudad, y el 1.º de Mayo seguía avanzando sin prisa, alta la proa, al viento la bandera, entre las embarcaciones menores, cada vez más numerosas, que encontraba á su paso, y cuyos tripulantes nos miraban alzando la cabeza. Por fin tocamos las aguas del antepuerto, el rumor au-

mentó con mil ruidos distinguibles ya, la vida intensa de Buenos Aires nos envolvía, nos reconquistaba, saturándonos de actividad febril con las ráfagas de su ambiente, y todo lo pasado quedaba atrás, muy atrás, desvanecido en los horizontes del sur.

Atracar al malecón de la dársena, amarrar el transporte, recibir la visita de las autoridades del puerto, fué cuestión de horas. En balde tratábamos de engañar nuestra impaciencia recorriendo los diarios de la mañana.

—La guerra hispano-americana continúa. Ha habido un combate en...

—Sí, sí; ya podríamos estar en tierra...

—La elección del general Roca es un hecho...

—¡Y decir que todavía tendremos que esperar la revisación de los equipajes!

¡Qué fiebre, qué violento deseo de echar á correr por las maderas del muelle, qué congoja la que anudaba nuestra garganta! ¡Oh! un viaje de tres meses no es un largo viaje; pero cuando se han pasado en el aislamiento, en la separación absoluta de todo lo querido, de todo lo usual, los meses, las semanas se convierten en años, y el tiempo, eternizándose, fatiga y envejece, sin embargo, con mayor rapidez.

Por fin desembarcamos, y minutos después—ya revisadas las valijas—corríamos en carruaje hacia el centro de la ciudad, casi sin despedirnos de nadie, con la premura de quien va á reanudar la vida. Tumultuosamente acudían á la memoria todos los recuerdos anteriores al viaje, mientras éste desaparecía, se desplomaba con todos sus detalles, como para no dejar solución de continuidad entre el ayer y el hoy, entre el 12 de febrero y el 10 de mayo,—

curioso fenómeno que, ante una pregunta imprevista, hace necesario, para responder, un esfuerzo semejante al de un brusco despertar.

—¿Ushuaia tiene muchos habitantes?

—¡Eh!... ¿cómo dice usted?... ¡Ah, no!... Muy pocos...

Estos viajes son como la rápida lectura de un libro variado é interesante: cuando se llega al fin sólo queda una impresión nebulosa, muy tenue y muy frágil, compuesta, sin embargo, de todas las impresiones *íntegras* que se han experimentado, empalidecidas, casi efímeras, pero prontas á reaparecer, ante una decidida evocación, con toda su intensidad y todo su relieve. He intentado esta evocación y al escribir estas páginas he revivido mi viaje, sin lograr, no obstante, fijar todas sus sensaciones en el papel. Si hubiera alcanzado á la verdad descriptiva y sugestiva con que soñaba al tomar la pluma...

Pero tengo confianza en otro resultado, menos artístico, pero más útil: que el Gobierno y los hombres de empresa fijen su atención en las regiones que recorrí, el uno para incorporarlas definitivamente á la existencia nacional, los otros para llevar á ellas sus iniciativas y sus esfuerzos, acelerando su progreso para cosechar sus primeros frutos. Si eso se logra, por indirectamente que sea, este modesto trabajo irá á dormir en el olvido, pero no sin servir antes un momento.

Cierto que con él ó sin él, Patagonia cumplirá, más bien temprano que tarde, los destinos á que está llamada.

La creencia general de que era un territorio estéril é ingrato, va, por fortuna y con justicia, desvaneciéndose poco á poco. No se conocen en vano

los magníficos cereales del Chubut, los bosques seculares de la falda oriental de los Andes, las verdes y ricas praderas de sus valles; las lanas y la carne de Santa Cruz; las ovejas gigantescas de Tierra del Fuego; las minas de carbón y de lignito; las arenas auríferas; el depósito inagotable de los fagus; las aguas termales; el océano hormigueante de peces, de anfibios, de cetáceos, de moluscos; la montaña en cuyos riscos se asilan millares de guanacos; los anchos y profundos ríos de onda cristalina, prontos á mecer cientos de embarcaciones; los lagos inmensos como mares mediterráneos; el clima vívido, fortificador, á la espera de una raza de hombres vigorosos y emprendedores; la extensión, la extensión inconmesurable y solitaria, que se ofrece y se abre para que la fecunden...

Y ¿cómo, entonces, no acude allí todo un pueblo de trabajadores, iluminadas las frentes, robustecidos los brazos por la esperanza cierta? ¿Cómo no se ve, por caminos aún no trazados, desarrollarse las caravanas de *cowboys*, en dirección á ese *far west*, á ese *far south* argentino que las aguarda para entregarles sus riquezas?...

El Gobierno, guardián celoso, deteniendo el futuro, les cierra el paso momentáneamente con las *reservas*, ó para siempre con las concesiones de que se ha apoderado la especulación.

Hace más de veinte años que se sueña en aumentar de un modo apreciable la población del país, fomentando la inmigración por los medios ya naturales, ya artificiales que más eficaces parecían. Pero la población se mantiene en un estancamiento doloroso, y los cálculos menos optimistas resultan todavía exagerados en la realidad. Sólo Bue-

nos Aires, la enorme cabeza de la República, ha seguido creciendo sin descanso.

La inmigración viene, pero se marcha: es una verdadera *corriente*, que, si fecunda, arrastra también lo que encuentra á su paso. Y para que la inmigración contribuya realmente al bienestar general, es menester que se quede; si no, tanto valdría que no viniera á complicar la estadística y á pesar sobre el erario con toda una rama de empleados públicos.

Pero si á medida que llega se retira, con el ir y venir continuo de la marea, fuerza es que haya causa para ello; la Argentina está bastante lejos de Europa como para que los braceros no acudan á ofrecerse por una cosecha, y regresar luego con sus salarios á la aldea. ¿Cuál es esa causa? ¿No será la de que los recién llegados no encuentran en ella todo lo que esperaban, ó siquiera una parte suficiente para retenerlos?

Por poco que se medite, se ve que no hay otra razón. La gran mayoría de los que regresan no han *fatto l'América*, sino, por el contrario, se van lamentando de la desastrosa aventura que los vuelve derrotados á su vieja tierra. Sin embargo, no se les había ofrecido más de lo que podía dárseles: campo en que hacer su hogar y desarrollar su acción, seguridad de vidas y haciendas, justicia rápida, equitativa, insospechable, barata, comunicaciones fáciles para la salida de sus productos. Y todo eso que puede, que debe dárseles, porque nos beneficiaría á nosotros mismos en primer término, se traduce precisamente en todo lo contrario...

La tierra—mucha parte de ella, por lo menos,—está en poder de compañías especuladoras y avaras, que mientras aprovechan el trabajo del colono

no le permiten conquistar el pedazo de terreno prometido y que sería su independencia, porque permitiéndolo perderían el siervo pseudo-libre que las enriquece. La seguridad de nuestras campañas ha sido y es un mito, pues las autoridades encargadas de velar por ella, se nombran con miras inconfesables de dominio *político* y con el mismo fin se les dejan facultades tiránicas de que todavía abusan. La justicia es en general tarda, tortuosa, cara, terrible para quien acude á ella, por más que tenga razón. Las comunicaciones sólo son fáciles en las partes privilegiadas del país que las posee naturales: los caminos de hierro están intransitables... por los fletes...

Para vivir la vida amarga de la estrechez cercana á la miseria, preferible es la patria al extranjero, y nadie emigra sino á la conquista de algún vellocino más ó menos de oro. Pensar en que el país ha de poblarse porque sí, gracias á la virtud de un discurso, un artículo ó un libro, es reirse de la lógica ó desconocerla por completo. Hay que dar al inmigrante algo más que palabras, y ese algo, eficaz, lo tenemos á nuestra disposición, pero hay que usarlo con cuidado y con régimen: tierra fértil de que hará su segunda patria si se le protege sin incomodarlo, con el mínimum posible de gobierno.

Patagonia ofrece inmenso campo, no ya para un ensayo (estamos ensayando desde 1810, y ya es hora de asentar el juicio), sino para la implantación regular y normal de un sistema de población gradual, definitivo, bien meditado, que puede formularse en un congreso de hombres de reconocida competencia y experiencia. Cada uno aportaría sus conocimientos y sus ideas, y de ese conjunto de opiniones y de observaciones prácticas, saldría, si

no una obra maestra, algo que se le aproximara más que los proyectos de un ministro lírico, ó las leyes de cámaras esencialmente electorales.

Dominaría sin duda en el sistema adoptado, la prudente repartición de la tierra, para no dar al colono menos de lo necesario á su bienestar; el cálculo aproximado de los productos para no provocar abarrotamiento y crisis; la norma de progresión máxima para no producir un adelanto violento que trajese un retroceso como consecuencia... Para mayor eficacia, se organizarían colonias militares y penales, núcleos de villas futuras, dando al ejército —ahora que va á quedar desocupado—la misión, expresa esta vez, que cumplió inconscientemente y por ley natural cuando la guerra de indios en las avanzadas de la frontera...

Ya me parece oir á uno de los pobladores del sur, llamados á consejo, expresándose así:

—«El problema, al parecer difícil, está resuelto con sólo plantearlo. Patagonia tiene cuanto necesita una región que ha de poblarse: tierra fértil, agua abundante, clima benigno; con más otras cosas que llamaré superfluas: bosques, minas, caza; y un tesoro: ¡ríos navegables!...

»Pero, si no se ha poblado todavía, es porque *está lejos*, porque es mal conocida, porque aparentemente no presenta ventajas sobre otras tierras de este mismo país.

»Las comisiones de límites que la han cruzado en todas direcciones, aparte de otros exploradores y viajeros muy dignos de ser recordados, han despejado la incógnita describiendo casi palmo á palmo aquellos ricos territorios antes tan calumniados y despreciados. Desaparece así una de las causas de

su atraso: la falta de conocimiento exacto de sus cualidades.

»Las otras dos causas puede hacerlas desaparecer el Gobierno sin esfuerzo alguno.

»Patagonia no estará lejos de Buenos Aires cuando la una á ella una línea de transportes *de verdad*, que la sirvan continuamente y lleven toda su carga, y estará muy cerca de Europa cuando se declaren libres sus puertos...

»*Una voz*—Eso no se hará.

»¿Por qué? Eso sería justamente dar á Patagonia la ventaja que le falta para que la población afluya primero á sus costas, que es lo peor que tiene, luego hacia el interior, que va enriqueciéndose hasta la falda de los Andes, donde el territorio es una maravilla.

»Con esa concesión no se perjudicaría en nada á las provincias que tienen vida propia. Y, señores, las que no la tienen ¿no pesan injustamente sobre los mismos territorios? Parte de la renta de éstos ¿no va acaso á contribuir al sostenimiento de los Estados que no tienen con qué costearse su gobierno? Y esas rentas que indudablemente no proceden de la aduana, porque en el sur costaría impedir el contrabando más dinero del que producirían los derechos, se verían engrosadas, decuplicadas con la declaración de puertos libres, que llevaría capitales, multiplicaría la producción, valorizaría la tierra engrosando la contribución directa, y sembraría para recoger mil por uno.

»Cuando se trató en la convención reformadora esta cuestión de tan vital importancia para Patagonia, y por consiguiente para el país, los representantes de las provincias agricultoras, especialmente ellos, se opusieron á tan progresista conce-

sión. Precisamente entonces sus provincias pasaban por una situación difícil: año tras año las cosechas se habían perdido, y los colonos desalentados, buscaban nuevos horizontes. «Si declaramos los puertos libres—se dijeron—todos estos labradores arruinados, se irán á Patagonia: no cedamos, pues...»

»Y bien, señores: ¡los colonos no se han ido á Patagonia, pero se han ido al extranjero!... El país ha perdido lo que sólo puede calcular mirando la villa que se levanta en la margen norte del Estrecho de Magallanes, la gallarda Punta Arenas, risueña como un balneario de moda, con chalets y palacios, grandes establecimientos comerciales, aserraderos, astilleros, un puerto siempre poblado de transatlánticos, de buques de cabotaje, de barcos balleneros. En torno se agrupan los establecimientos ganaderos, las manufacturas, toda una población fija que vive de lo que la tierra produce, en aquella estrecha faja de territorio que está lejos de ser lo mejor de Patagonia... Y aquella ciudad naciente, es hoy motivo de envidia, cuando sólo debiera ser ejemplo y enseñanza...

»¿Por qué la República Argentina no tiene en todo el sur un pueblo como ese? ¿Qué inclemencias de clima, qué esterilidad de suelo, qué alejamiento es mayor en su territorio que en aquel rinconcito que goza de tan dulce privilegio?... No, no existen desventajas, pero el procedimiento gubernativo ha entorpecido, imposibilitado la expansión, mereciendo críticas ásperas y agrias que no se formulan con el vigor debido.

»Cerremos los ojos á la realidad, y para castigar nuestro orgullo supongamos—¡oh, por un instante solo!—que Inglaterra es dueña de Patagonia... Esta sola suposición evoca ideas de actividad, de ri-

queza, de libertad, de administración, de gobierno propio, todo un proceso vertiginoso de adelanto... ¿No tenemos ahí, frente á Gallegos, las islas Malvinas, esos escollos cubiertos de turba y sin un árbol, en que vive holgadamente una población ganadera que ya tiene exceso de productos?

»¡Ah! se dirá; pero Inglaterra cuenta con elementos que no poseemos nosotros; es la nación colonizadora por excelencia; sus capitales son enormes; su fuerza expansiva colosal... Bien: pero de esos elementos el primero y principalísimo está á nuestro alcance: es el orden, es el método, es la lógica... Hay tolerancia aduanera en el sur, y acuden los pobladores y los comerciantes; Gallegos crece, sus calles se prolongan, sus casas se multiplican, todos lo señalan como al «competidor de Punta Arenas,» y de pronto se le quita lo mismo que le daba la savia vital. Gallegos se debilita, vegeta, no muere porque nada muere en el suelo americano...

»Santa Cruz está poblado por viejos *pioneers* que han ido allí en días de miseria y de abandono; pues á esos *pioneers* no se les da la tierra que han ganado y que se les había prometido.

»La Tierra del Fuego atraía habitantes con sus playas auríferas, con sus bosques de hayas; pues se probibe el lavado de oro y el corte de maderas...

»El este de la isla es lo más poblado y lo más rico de ese territorio argentino; pues se le deja sin comunicaciones con el resto de la República...

»Hay que reaccionar, señores, y con la visión de lo futuro abrir de par en par á los trabajadores del mundo las puertas de la Patagonia...»

Tal imagino que diría, con las ampliaciones del caso, uno de esos hombres del sur, prácticos y ex-

perimentados, si se le pidiera su opinión sobre el porvenir de la Australia Argentina.

¡La Australia Argentina! ¿No habré estado en error al apellidar así á esas tierras australes, geográfica y topográficamente tan próximas parientas con el mundo novísimo? ¿Podrá decirse un día, que fué predicción lo que hoy es presunción tan sólo?

Sí. Patagonia hará su camino, más lenta, más rápidamente, según la sabia ó desacertada dirección que le impriman los gobiernos. Pero lo hará. En aquellas inmensas soledades

Le douteur ne voit rien, le penseur trouve un monde.

El mundo de mañana, asilo de la libertad y escenario del progreso.

Buenos Aires, 1898.

FIN





